NIRA STRAUSS



CORAZÓN EN FUERA DE JUEGO

matchstories

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher

Lluvia
Asher
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Asher
Lluvia
Lluvia
Asher
Lluvia

Asher
Epílogo
Agradecimientos
Banda sonora
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora	Descubre	Comparte

Sinopsis

Se dice que los Stone y los Clearwater solo tienen dos destinos: matarse o casarse. Descubre cuál es el de Asher y Lluvia en esta novela romántica *new adult*.

Lluvia Clearwater y Asher Stone llevan siendo vecinos —y enemigos— toda la vida.

Y esto es así no porque ellos quieran; básicamente, se trata de una maldición familiar: los Stone y los Clearwater están en pie de guerra desde que llegaron al pequeño pueblo de Santa Jacinta, California.

A Lluvia le encanta dibujar y trabaja en la floristería familiar. Asher fue deportista de élite en el instituto y es alérgico al polen.

Los dos estaban convencidos de que la universidad separaría sus caminos definitivamente, pero nadie contaba con la genial IDEA de sus abuelas: un viaje de verano en familia, Stone y Clearwater, compartiendo una autocaravana durante seis semanas.

¡Seis semanas!

Respirando el mismo aire y compartiendo el mismo retrete.

Absolutamente nada podía salir mal.

Un *childhood friends to enemies to lovers* de dos personas heridas que llevan en pie de guerra toda la vida.

CORAZÓN EN FUERA DE JUEGO

Nira Strauss



Para mi sobrina Daniela.
Crece sana, feliz y fuerte.
Y, POR FAVOR,
que te guste leer

A veces la vida puede ser más sencilla de lo que creemos.
Nacemos, morimos y, entremedias, si tenemos suerte, reímos.
Y eso hace que el viaje merezca la pena.

PHIL DUNPHY, *Modern family*

Prólogo



Asher

Salí corriendo más rápido de lo que había corrido en mi vida, aunque no había sido esa mi intención en un principio. En realidad, no tenía muy claro qué estaba haciendo o hacia dónde me dirigía. Solo sabía que tenía que abandonar aquella habitación asfixiante revestida de púrpura, y alejarme de los gritos de la abuela. El corazón me latía como las alas de un colibrí, y las piernas devoraban el asfalto con ansiedad. Me parecía que cada vez daba zancadas más largas, que mis pies se difuminaban y que, si me lo proponía, sería capaz de despistar a mi propia sombra.

También pensaba que, si no me detenía durante el tiempo suficiente, lo dejaría atrás todo.

La casa. A mi abuela. El motivo que me había llevado allí.

Probablemente era absurdo pensar así, creer que, poniendo distancia física entre los problemas y yo, estos se harían más pequeños, como las carreteras y los árboles cuando un avión despega del suelo. Pero tenía nueve años, así que no iba a evaluar la imposibilidad de lo que me planteaba.

La ligereza en el pecho cuanto más rápido me movía me era suficiente.

Como no conocía el pueblo, no sabía hacia dónde estaba yendo y la verdad era que me daba un poco igual. No me había molestado en conocer Santa Jacinta en los días que llevaba allí, y por mí podía llegar una inundación y tragárselo todo. Bueno, tal vez a las personas buenas no. Quería a mi abuela, de hecho. Que a veces me intimidara con su vozarrón, o que estuviera casi convencido de que su bastón con mango con forma de gallina podía observarme, no significaba que no la quisiera. Era un amor como el que se le tiene a un profesor, o algo así. Ella me parecía gigantesca e intimidante, pero cocinaba auténticas delicias y me arropaba todas las noches desde que había llegado.

Seguramente debería haber sospechado de aquello. En anteriores visitas la abuela no había sido muy dada a las muestras de afecto. Me decía cosas como «Ven aquí y abraza a tu abuela, o pensaré que tus padres han criado a un burro y no a un niño», y en realidad me sentía muy confuso porque no tenía claro si de verdad quería que la abrazara, que me disculpara o que rebuznara. Por lo tanto, el beso en la frente que me había dado la noche anterior en la cama, seguido de unas toscas caricias en el pelo, me habían dejado intranquilo. Había dado vueltas y vueltas toda la noche, mis piernas sacudiéndose con inquietud, pidiendo algo que yo desconocía.

Y aquella mañana todo había cobrado sentido.

O había dejado de tenerlo para siempre, no lo sé.

«Asher, querido... Tus padres...», la voz de la abuela se filtró a través de mi respiración agitada, a través del áspero sonido de los árboles que dejaba atrás y las hojas secas que aplastaba bajo las zapatillas. Imprimí más velocidad, más fuerza a los muslos, pegué los codos a las costillas y aguanté la respiración los siguientes metros.

Cuando los árboles desaparecieron y algo brillante quedó a la vista, frené un poco. El crujido de las hojas fue sustituido por otro diferente. Guijarros negros se extendían debajo de mí, un poco húmedos, y hubiese acabado con

el agua hasta el pecho si no me hubiera desviado un poco a la izquierda y clavado los talones en el suelo.

Tomando grandes bocanadas de aire, me agarré las rodillas y contemplé el lago. No sabía que hubiera uno tan cerca de la casa de la abuela, aunque, por otro lado, no estaba seguro de qué distancia había recorrido. En aquel momento, por más que me esforzaba, no era capaz de recordar exactamente por dónde había ido ni durante cuánto tiempo.

—Ostras, ¡corres más rápido que un león!

Volví la cabeza de golpe, un poco asustado, si bien jamás lo admitiría, para encontrarme a una niña más o menos de mi edad sentada a la orilla del lago. Llevaba un vestido rojo de flores subido por encima de las rodillas y sus pies tocaban el agua. Había un cuaderno sobre sus muslos y tenía lápices en... Bueno, tenía lápices por todas partes: en la mano, sobre las dos orejas y diseminados a su alrededor junto a los guijarros.

—Lo sé —contesté, aunque en cualquier otra ocasión hubiera dado las gracias y me habría marchado al instante. Por lo menos estaba tan acalorado por la carrera que no podía ruborizarme más.

—Ya veo. —Ella asintió, como si no le molestara mi respuesta, y lo que parecían dos coletas se balancearon con precariedad. Varios mechones de pelo castaño golpearon sus mejillas—. No eres del pueblo.

No era una pregunta, así que me quedé en silencio. Ella tampoco parecía necesitar respuesta de mi parte.

—Sabría quién eres si fueras de por aquí, porque llevo yendo a clase con los mismos niños toda la vida. Conozco a los mayores, también. Y a los pequeños. Mi amiga Trin y yo acompañamos muchas veces a su hermanito, Jimmy, hasta la mismísima puerta de su clase. Es dependiente. Y llorón. Mi abuela dice que los pueblos pequeños son infiernos grandes. ¿Cuántos años tienes?

Me había perdido tanto en su diatriba que tardé en darme cuenta de que me estaba mirando fijamente. Mi respiración se había calmado un tanto, así

que me erguí y tragué saliva antes de contestar.

—Nueve.

—¿Nueve? ¿Estás seguro? ¡Tenemos la misma edad! Pero eres superpequeño. Pensaba que tendrías siete como mucho. Si me pongo en pie, estoy segura de que te saco cinco dedos por lo menos.

Di un paso atrás y ella se rio.

—¡No iba a hacerlo! No te preocupes, no tienes que ser alto solo porque seas un chico. Si fueras más bajito, seguro que correrías más rápido.

Aquello no tenía ningún sentido en absoluto a no ser que fueras Emmitt Smith, pero volví a permanecer en silencio.

—¿Por qué llorabas?

Me alarmé.

—¿Q-Qué?

La niña parpadeó y desplazó la mirada hacia su cuaderno.

—Nada.

Aprovechando que no me observaba, me froté las mejillas con las manos y las encontré un poco húmedas. Estaba seguro de que no eran lágrimas, porque yo nunca lloraba. Había oído a mi madre comentárselo a sus amigas cuando...

Sacudí un poco la cabeza para despejarla. En fin, que yo no lloraba, por lo que aquello debía de ser sudor o incluso la bruma húmeda del lago. Lágrimas desde luego que no.

Me planteé dar media vuelta y alejarme, pero la verdad era que no tenía ningún sitio al que ir, porque no me veía regresando a casa de la abuela, y después del calor y el zumbido que había invadido mis venas durante la carrera me sentí... débil. Exhausto. Ni siquiera sabía que mi cuerpo podía correr tanto y en ese momento me estaba pasando factura ser un niño poco deportista. Muchos profesores de gimnasia me habían tratado con amabilidad a lo largo de los años, pero los compañeros de clase siempre se burlaban porque no se me daba bien ningún deporte. Era capaz de botar una

pelota un par de veces, pero no tenía la altura necesaria para estar en ningún equipo de baloncesto. Y mis piernas siempre me habían parecido demasiado delgadas para jugar al fútbol, a pesar de que me apasionaba verlo en televisión.

Las miré. Demasiado delgadas y cortas, pero me habían llevado hasta allí muy rápido, y algo en mi interior se sintió bien al pensar aquello.

Tal vez no sería pequeño para siempre. Tal vez solo necesitaba tiempo para crecer y volverme alguien alto y fuerte, como mi...

Respiré entrecortadamente y volví a sacudir la cabeza.

—¿Quieres ver mis dibujos?

Vaya, por unos minutos me había olvidado de que la niña seguía ahí. Pero ella no se había olvidado de mí.

Debí de hacer alguna clase de gesto, porque ella palmeó los guijarros a su lado y, por alguna razón que ni yo mismo comprendí, me senté junto a ella. La niña parloteó alegremente mientras pasaba páginas y páginas de un cuaderno de hojas blancas. Algunas veces se detenía unos pocos segundos en algunos bocetos, explicándome conceptos como «sombreado» y «puntillismo» y la diferencia entre la «sepia» y la «sanguina», y cuando creía estar captando lo que me decía, pasaba a otra página y volvía a empezar de cero. Estuvimos así, ella hablando y yo escuchando, como media hora, y consideré que sería de muy mala educación interrumpirla y hacerle saber que se explicaba de pena; se la veía muy entusiasmada. Además, cada vez que se recolocaba los mechones errantes de pelo, se dejaba marcas negras y rojizas en las mejillas y pómulos y aquello me estaba causando una mezcla de desasosiego e impaciencia.

Mientras refunfuñaba porque no había sabido captar la «delicadeza» de las antenas de una mariposa, saqué mi pañuelo favorito del bolsillo y se lo tendí.

Ella lo miró sin comprender.

—Tienes la cara sucia.

—¡Es que soy una artista!

¿Y eso qué tenía que ver con la suciedad?

—Vale. —Continué ofreciéndole el trozo de tela y ella siguió mirándome como si estuviera loco. Muy inquieto por la mancha negra que tenía demasiado cerca del ojo izquierdo, reprimí un suspiro y la limpié yo mismo.

En el momento en que un extremo de mi meñique rozó la nariz de ella sin querer, me quedé paralizado y me pregunté por qué había sentido como si una descarga eléctrica me hubiera traspasado el dedo.

La miré a los ojos y me di cuenta de que estaba observándome con los ojos muy abiertos. ¿Ella también lo había sentido? ¿O estaba pensando que era un bicho raro?

—Yo...

—Llevas pañuelos en los pantalones como los señores mayores. —Soltó una risita y me cogió de la mano, la que sostenía el pañuelo—. Me gusta. Es muy bonito.

Era de mi padre. Tragué saliva. Era algo propio de señores mayores porque era algo que le había visto hacer a mi padre y había imitado, porque siempre me había parecido un hombre pulcro, con el peinado en su sitio y la corbata perfecta, y había visto cómo mi madre se sonrojaba cuando él sacaba el pañuelo y...

Un ardor de lo más raro invadió la parte posterior de mis ojos y garganta. De pronto, propuso:

—Mira, si pones la mano aquí, en este hueco, puedo hacer un dibujo genial. ¿Qué te parece? ¡No te muevas!

Un poco aturdido, tanto por la extraña sensación que me había invadido (que ni de broma eran lágrimas) como por la ocurrencia de la niña, obedecí. Dejé la mano en el espacio entre ambos, con el pañuelo entremezclado con lápices y guijarros. Mientras ella elegía a toda prisa una hoja en blanco, conseguí hacer un par de inspiraciones.

—Esta perspectiva que voy a utilizar se llama oblicua. Significa que tengo que dibujar la línea del horizonte y dos puntos de fuga, que creo que van a ser tus rodillas y las mías. Voy a necesitar que... Esto... ¿Tienes prisa por volver a casa?

Yo, que había dejado la vista fija en el pañuelo, parpadeé hacia la niña. Pensé en su pregunta. Sentí que la opresión en la garganta se relajaba un poco al contestar:

—No.

—Vale, porque es mejor que te quedes quieto hasta que acabe el primer borrador o esto puede resultar un desastre —afirmó ella con mucho aplomo —. Pero no te preocupes, porque voy a ir describiéndote todo mi proceso creativo mientras tanto.

Aquello tendría que haberme horrorizado. Estaba en aquel pueblo infernal involuntariamente, sin otro sitio al que ir, con una completa desconocida a la que le encantaba escucharse a sí misma y que tenía una higiene propia muy dudosa, y sin saber muy bien cómo me había convertido en una especie de modelo para sus dibujos, los cuales ni siquiera estaba seguro de que fueran buenos.

Tal vez debería levantarme e irme.

Podría correr hacia otra parte donde pudiera estar solo.

Observé cómo sus dedos se deslizaban por el cuaderno y empezaba a trazar líneas, círculos, y sacaba una regla de ninguna parte para medir cosas que solo ella sabía. Bueno, ya no podía marcharme. La dejaría a medias y parecía muy concentrada.

—Soy Lluvia, por cierto —me dijo al cabo de un rato, en una pausa entre explicaciones detalladas de su «proceso creativo».

Un nombre raro para una niña peculiar.

—Yo soy Asher. —Como no quería darle la mano y que me ensuciara de carboncillo o sanguina o lo que fuera que tenía en los dedos, cabeceé lo que esperaba que fuera un saludo.

—¿Asher? ¿Entonces puedo llamarte Ash? ¿Como Ash Ketchum?

—No.

—¡Pero si hasta llevas una gorra! Sin ninguna duda, eres un Ash.

—Yo no soy... —Bizqueé y comprobé que, en efecto, llevaba mi preciada gorra de los Dallas Cowboys—. La mía es azul.

—Lo mismo da.

Seguí discutiendo un rato con ella, hasta que acabé por darme cuenta de que daba igual lo que yo dijera, aquella niña había decidido llamarme Ash y punto. Luego discutimos porque estaba segura de que había cambiado de posición la mano con el pañuelo, y yo le juré que no, y ella tuvo que rehacer sus líneas madre o lo que fuera que estaba haciendo.

Dos horas después, Lluvia aún no había terminado el primer borrador de su dibujo, y para entonces yo había dejado de sentir ardor en los ojos y en la garganta. De hecho, hasta que el sol no descendió hacia la orilla opuesta del lago y la brisa no empezó a refrescar, juraría que no había pensado en gran cosa aparte del parloteo constante de Lluvia.

Así que ella siguió dibujando.

Y yo seguí escuchando.

Lluvia



Diez años después

Muchas personas afirmarían que lo peor que te puede ocurrir si trabajas en una floristería es, por ejemplo, que desarrolles alergia al polen, o que tengas la piel sensible y reaccione cada vez que los guantes se rompan y las espinas u hojas alcancen tus dedos, o, por supuesto, que te conviertas en uno de esos amigos que solo hablan de la fotosíntesis o de la época de reproducción de las abejas.

Pero ninguna de esas cosas es mala. No. En mi muy experta y humilde opinión, trabajar en una floristería son todo ventajas.

Por ejemplo: el ciudadano medio de Santa Jacinta tiene tan poca idea de flores y plantas, y siendo este el único negocio de esta clase en todo el pueblo, que da por sentado que soy lo más parecido a un artificiero; que tratar raíces, tubérculos y pistilos es un trabajo delicado que requiere de concentración militar. Por lo tanto, en este espacio nadie osa incordiarme.

Nadie llama pidiendo ayuda.

Nadie viene en busca de favores.

Por si esto no fuera suficiente, últimamente me he dado cuenta de una realidad que se me había escapado. Y es que las plantas son seres vivos que, sí, necesitan de ciertos cuidados para vivir y florecer de manera hermosa, pero no hay trampa ni cartón. Si sabes cómo hacer las cosas, son seres agradecidos y longevos. Si los cuidas, no se mueren.

Y yo pongo cada átomo de mi ser en que todos los semilleros y macetas a mi cargo resplandezcan con luz propia.

Así que, sí, adoro este pequeño lugar del mundo.

Excepto en el muy aislado caso de que algo que debe tener las proporciones de un cohete espacial circule y aparque justo frente al invernadero de las plantas especiales... o Unidad de Pequeños Brotecitos, UPB, como lo llamamos mi abuela y yo.

Cuando las viejas ventanas de vidrio emplomado comienzan a repicar y las macetas colgantes a balancearse, esprinto hacia el brote de fitonia que he cuidado como si hubiera salido de mis entrañas. Lo abrazo, siendo muy consciente de sus hermosas hojas llenas de venas y de lo mucho que he fantaseado con utilizarlo para el ramo de la señora Phillips. Fitonias para los Phillips. Sí, suena presuntuoso. Tal vez demasiado evidente. Pero Pachamama, la autora superventas y superanónima tres veces ganadora del Premio Pétalos y Raíces de la revista *Jardín al descubierto*, asegura que hay alguna clase de relación cósmica entre los nombres de las personas y las plantas.

Yo me llamo Lluvia y la gente asegura que puedo revivir la planta más moribunda. Y con «gente» me refiero, por supuesto, a mi abuela y a su Club de cincuentonas florecientes (que fue fundado cuando yo era una bebé y ya no debería llamarse así, pero todos fingimos que las integrantes jamás han superado la barrera de los cincuenta).

El temblor hace que todo aquello que no esté debidamente anclado comience a estar en precario. Por el rabillo del ojo, veo cómo el saco de

arpillera sobre la mesita auxiliar se desliza hacia el borde. Cierro los ojos y me mentalizo de todo el abono que tendré que limpiar más tarde. Más tarde, cuando averigüe en qué se ha metido esta vez la abuela.

Admiro y amo a esa mujer con todo mi corazón, puedo jurarlo frente a un tribunal si hace falta, pero en ocasiones es complicado ser su nieta. Bueno, es complicado ser nieta de Joyce Clearwater y todo lo que eso conlleva: sus peculiares *hobbies*, sus peculiares dietas y sus peculiares amigas. La más peligrosa de todas es Atlanta Stone, sin duda.

Pero como me considero otra persona peculiar, y a mucha honra, rara vez me ofuscan las cosas que suceden en este pequeño rincón de la ciudad.

El temblor se detiene al mismo tiempo que la puerta interior del invernadero se abre de un tirón. Conecta con la tienda que se abre al público de lunes a sábado, separados solo por una habitación de dos metros cuadrados donde cualquiera que se atreva a entrar a la UPB tiene que pasar por una rutina completa de desinfección.

Me separo con mucho cuidado de mi preciosa fitonia, comprobando que no hay ni una sola hoja doblada.

—¡Lluvia, querida! —La abuela se acerca contoneando sus delgadas caderas entre las filas de mesas de aluminio. Aunque no le toca trabajar con los retoños, se ha puesto el gorro y los guantes reglamentarios—. ¡Qué ganas tenía de que llegara este día!

Le dedico una sonrisa de refilón mientras voy a por el escobillón y el recogedor. La abuela me sigue dando pasitos cortos y con las manos entrelazadas. Me doy cuenta de que, sea lo que sea lo que la tiene tan entusiasmada, ha hecho que solo se pinte el labio superior con su característico carmín rojo.

Está muy graciosa.

—¿El día que habría un terremoto de nivel cinco en California?

—¿Un... un terremoto? —Me mira con confusión—. ¿De qué estás...? ¡Oh! ¿Lo dices por ese ligero temblor?

—Sí... —Barro con fuerza y energía, agradecida por lo limpias que están siempre nuestras instalaciones. Podré aprovechar casi todo el abono caído —. Ese «ligero temblor».

La abuela suelta una risita. O tal vez no debería calificarla como risita, porque jamás la he oído elevar la voz más del nivel estrictamente necesario. Ya sea que llore, ría o esté endemoniadamente cabreada (lo cual apenas sucede), ella se comporta como si la hora del té fuera siempre. En todo momento. Con cualquiera.

Es tan mona que ni los ayudantes del *sheriff* son capaces de multarla cuando utiliza el carga y descarga para fines personales.

—Estoy deseando que lo veas —suspira, dando palmaditas—. Me he estado mordiendo la lengua desde hace un tiempo.

Arqueo las cejas con disimulo. He notado un plus de risitas y miraditas por su parte en los últimos días, como si estuviera esperando que algo sucediera, que alguien diera el pistoletazo de salida para poder echar a correr a toda pastilla. Claro que mi abuela no corre. Da pasitos rápidos.

—¿Es una de tus superideas? —pregunto.

La abuela frunce el ceño.

—Y de Atlanta. El borrador inicial es mío, lo concedo, pero el boceto final es de ambas.

Eso suele ser, en el mejor de los casos, una exageración. Desde que los Clearwater y los Stone somos vecinos, casa con casa, en Santa Jacinta se sabe que los que causan los estragos somos los Clearwater. Los Stone suelen ser los que van detrás arreglando el desastre o, en ocasiones (como el excepcional caso de la abuela y Atlanta), aceptando ser nuestros humildes secuaces.

Esto es así desde que Gertrude Clearwater afirmó en 1850 que las orillas de Golden Lake estaban llenas de oro (de allí surgió posteriormente el desacertado nombre del lago). La consecuencia fue una superpoblación descontrolada, un aumento alarmante del crimen y los asesinatos y la

necesidad de que se fundara la primera oficina del *sheriff*, cuyo primer ocupante, elegido por unanimidad, fue, como no podía ser de otra manera, Jeremy Stone. De más está decir que no se encontró ni una mísera pepita en todo el pueblo.

Si se mira desde un punto de vista estratégico e histórico, los Stone jamás habrían ascendido tanto en la comunidad de Santa Jacinta sin la ayuda de los Clearwater.

De nada por eso.

—No se me ocurre una sola cosa que hayáis podido idear y que no vaya a gustarme —miento.

Un sonido alto y agudo se esparce por los alrededores. Tardo tan solo unos segundos en reconocer la melodía. Es una versión corta y estridente de *La Cucaracha*.

La siguiente vez que miro a la abuela, sus mejillas están tan ruborizadas que podría freír un huevo allí.

—¿Lo que sea que ha provocado el miniseísmo.... acaba de llamarnos?

—Oh, querida. Te va a encantar.

Asher



El estridente sonido se repite, al menos, cuatro veces más antes de que me decida a mirar por la ventana. En este extremo del pueblo no es raro que la música empiece a sonar de repente, o que se oigan ruidos extraños. Gallinas cloqueando cuando se supone que no hay granjas cercanas, equipos de música con rock a todo volumen, sirenas de policías que se ven forzados a acercarse para indagar excentricidades... Es parte del encanto de vivir en Hazard Street, Santa Jacinta.

Y es la principal razón de que las viviendas aquí estén tiradas de precio.

Me paso una camiseta limpia por la cabeza antes de deslizar el cristal de la ventana hacia arriba. Un aire cálido y lleno de aromas se cuela en la habitación, que lleva cerrada más de diez meses. Es agradable sentir la brisa en el pelo húmedo, joder. Lo primero que hice en cuanto llegué fue meterme en la ducha para deshacerme del sudor tras las horas de autobús, aeropuerto y vuelo... y hacer una serie de estiramientos porque sentía las rodillas entumecidas por haberse visto aprisionadas tanto tiempo en un espacio tan pequeño. Cualquiera diría que las compañías aéreas del siglo XXI ya deberían haberse adaptado a las personas un poco altas, pero está claro que no. Yo ni siquiera soy extraordinariamente grande. Tan solo rozo el metro noventa.

De hecho, los capullos de mis compañeros de equipo me han bautizado de manera oficial como Peque.

Apoyo las palmas de las manos en la madera desvencijada y aspiro una gran bocanada de aire. Casi puedo decir que he echado de menos estar aquí, en la casa en la que crecí durante diez años, en el pueblo que jamás pensé que amaría porque solo me recordaba todo lo que había perdido demasiado pronto.

Un cosquilleo me asciende por la nariz como una culebra, y dos segundos más tarde estoy estornudando con tanta fuerza que mi frente impacta contra la parte superior de la ventana. El cristal se sacude y el dolor me explota en la cabeza.

—¡Mierda!

Estornudo al menos seis veces más antes de poder recuperar el aliento. Con una mano en la frente y otra en la nariz, fulmino con la mirada el rayo de luz anaranjada que entra por la ventana. ¿Cómo he podido olvidarlo? Hay una muy buena razón por la que mi habitación no es ventilada a menudo, y una muy buena razón por la que, aunque el pueblo acabó convirtiéndose en algo familiar para mí, nunca sentí que encajaba del todo con esta parte de este.

Varios chillidos femeninos entran por la ventana, como queriendo darme la razón.

Entrecierro los ojos.

Las Clearwater.

Me encamino hacia el baño para lavarme la cara, con la esperanza de eliminar todo el polen que pueda haberse adherido a mi piel. Mientras froto con brío, pienso en la primera vez que alguien me explicó la legendaria «amistad» entre los Clearwater y mi familia, los Stone. Fue el director del colegio, cuando Lluvia Clearwater resbaló por la escalera e hizo creer a todo el mundo que yo la había empujado. Yo, que acababa de pasar por un infierno y pesaba la mitad de lo que debía pesar un niño de mi edad. Yo,

que me había desarrollado tarde y era tan pequeño que las piernas me colgaban bajo el pupitre.

Yo, que, cuando la había visto llegar con su vestido de flores y sus dos trenzas, me había quedado sin aliento y pensado que una mano invisible me estaba estrujando el corazón. Porque era ella. La niña del lago de principios de verano. La extraña niña que dibujaba mientras hablaba y me había distraído con su verborrea, y a la que no había vuelto a ver desde entonces porque la abuela y yo habíamos pasado ese período en Texas arreglando... papeles.

Reconozco que quedarme mirando y no moverme ni un centímetro para ayudarla no habló en mi favor. Pero solo tenía nueve años y era la primera vez que había sentido algo en los últimos meses. No le expliqué nada de eso al director. En primer lugar, nunca he sido una persona propensa a compartir mis sentimientos o razonamientos. Y, en segundo, la forma en que me había mirado Lluvia, totalmente airada y sin ninguna duda de que tenía algo en su contra, había sellado por completo mis labios. No reconocí haberla empujado, pero tampoco lo negué.

Entonces fue cuando el director Callaghan suspiró y negó con la cabeza.

—Un Stone y una Clearwater, cómo no. Os mataréis u os casaréis, quién sabe.

Lluvia y yo nos miramos con espanto al mismo tiempo, ella respingando por sus costillas magulladas. ¿Casarnos? Y un huevo. Aquel día, cuando le conté el incidente a la abuela porque el director la había llamado inmediatamente para explicarle por qué iba a estar dos semanas castigado, lo único que hizo la mujer fue echarse a reír.

Se rio tanto y tan fuerte, de hecho, que se pasó el resto de la tarde tosiendo. Pero, cada vez que lo recordaba, volvía a reír. De más está decir que no me castigó. Me conocía. Sabía que era incapaz de empujar a una niña por una escalera; sobre todo una niña a la que apenas conocía y que no me había hecho nada en primer lugar.

—No te preocupes, muchachito —me dijo aquel día mientras se limpiaba las comisuras de los ojos—. Esto solo acaba de empezar.

No la entendí hasta veinticuatro horas más tarde, cuando recordé sus palabras tendido en la cama del hospital. Miraba al techo con estoicismo, prohibiéndome una sola queja. Ni siquiera cuando la guapa enfermera me cortó los pantalones y los calzoncillos y encendió una pequeña linterna. Ni, por supuesto, cuando el doctor atravesó la cortinilla de Urgencias e inspiró con espanto.

Dijo que nunca había visto un hueso tan roto en alguien tan pequeño.

De eso solo queda una cicatriz que luce mucho peor de lo que en realidad es. Me he acostumbrado tanto a ella que el septiembre pasado tardé en caer en la cuenta de por qué mis nuevos compañeros de equipo me miraban tanto en los vestuarios.

No, no fue porque tuviera algo impresionante entre las piernas. Eso es lo que nos gusta pensar a todos.

Era la cicatriz. Tan grande y brillante que resulta imposible creer que no me duela; que pueda correr no solo igual que los demás, sino más rápido que la mayoría; que haya entrado en uno de los mejores equipos de fútbol universitario y ya haya reventado varios récords.

Hasta el entrenador Tim exigió copia de los informes médicos que aseguraban que el hueso estaba en su sitio y que todo funcionaba correctamente. Luego hizo que el médico del equipo me hiciera exámenes más exhaustivos. Me jodió un poco, pero lo entendí. El equipo de fútbol americano de los UCLA Bruins es jodidamente respetado y tiene un palmarés increíble. No entra cualquiera. Y no solo debes ser apto y jugar bien en el momento de las pruebas; tienen que creer que proyectas algo, que tienes alguna clase de trayectoria. Desde luego no quieren a chicos con lesiones que los apartarán del campo de juego más temprano que tarde.

«Casarme con Lluvia Clearwater», pienso de nuevo, resoplando para mí mismo. La niña que casi arruinó la carrera que ni sabía que podría tener. La

chica que me jodió la adolescencia haciendo que suspirara como un imbécil por todas partes.

Antes me pego un tiro en los huevos.

Lluvia



Soy consciente de que probablemente debería cerrar la boca. Mostrarme atónita delante de dos personas tan pagadas de sí mismas puede resultar peligroso. Puede hacer que lleguen a conclusiones precipitadas, como que mis ojos abiertos como platos y la mandíbula blanda significan éxtasis, entusiasmo, aprobación.

«No se me ocurre una sola cosa que hayáis podido idear y que no vaya a gustarme.» La mentira más grande en la historia de Santa Jacinta. Pero, claro, me he convertido en una excelente actriz en el último año. Y la mole de acero, aluminio y vidrio que tengo ante mis narices acaba de subir más rápido que un cohete al puesto número uno de «Razones plausibles para cambiarme el apellido». Más rápido incluso que una canción de BTS en la lista de los Billboard.

Consigo juntar los labios. Trago saliva y observo discretamente a las dos mujeres que me flanquean. La abuela parece un gato que acaba de comerse un canario, y Atlanta está encantadísima de conocerse. Yo me quedo en blanco por un momento, aterrorizada, pensando en qué leches puedo decir para manipular la situación y hacer que cambien de idea sin que se den cuenta de que estoy en contra. Es lo que llevo haciendo toda la vida, dirigir

a la abuela como un pastor a sus ovejas. Con mimo y tiento, pero conduciéndola hacia donde me interesa.

La titiritera en la sombra.

Vaya, ese es un título buenísimo para un dibujo.

Si yo estuviera en disposición de dibujar algo, claro.

Respiro hondo en silencio y luego sonrío con fuerza.

—Creo que es el autobús más lujoso que he visto en mi vida.

Atlanta golpea el suelo con su bastón de forma imperiosa. Como estoy acostumbrada a sus movimientos bruscos y a ese espeluznante bastón con cabeza de gallina desde que era niña, apenas me sobresalto.

—Un autobús es un coche con muchos asientos y olor a sudor —dice—. Esto es una obra maestra de la ingeniería. Una oda al automovilismo. La unión perfecta entre carretera... y hogar.

El corazón se me acelera y necesito de todo mi entrenamiento vital para no perder la sonrisa. La sonrisa es la clave.

—Sin duda es lo bastante grande para albergar a... ¿dos personas? —aventuro.

—Cinco —interviene la abuela—. Pero hemos pedido que se adaptara para cuatro camas.

Cuatro camas.

Cuatro.

Como un robot con fallo en el sistema, cuento mentalmente. Una, dos, tres...

¿Por qué cuatro camas?

¿Por qué me estoy incluyendo a mí misma en la cuenta por inercia?

¿Por qué...?

Atlanta gira el cuerpo hacia la entrada de su casa y agita el bastón en el aire.

—¡Asher, muchacho!

Los rápidos latidos de mi corazón se transforman en un tambor africano, derivando en toda clase de sensaciones: inquietud, nervios, molestia. Llevo alterándome por culpa de Asher Stone desde hace tantos años que uno pensaría que ya tendría que estar acostumbrada; que oír su nombre no debería hacer que la respiración se me quebrara.

Estoy convencida de que se trata de la maldición de Hayden Stone, ese zafio supersticioso que en el siglo XVII aseguró que las mujeres de mi familia eran brujas. Todo porque el muy hipócrita se lio con una de mis antepasadas, Shanaya Clearwater, mientras estaba beatíficamente casado. Según su versión de la historia, ella lo había seducido con artes oscuras y lo había apartado del camino del Señor. En la versión Clearwater, Shanaya lo había mandado a paseo en cuanto se había enterado de lo de su esposa, y eso al señorito Stone no le había sentado nada bien. El resto es historia: acusación por brujería, muerte en la hoguera, y juramento de Hayden Stone de que todos sus descendientes perseguirían y atormentarían el apellido Clearwater sin descanso.

Y por eso nació Asher, mi tormento personificado.

A esa conclusión llegué después de mi segundo encuentro con él, cuando me tiró por la maldita escalera del colegio. Siempre fui una niña fantasiosa y propensa a buscar los significados ocultos de las cosas más cotidianas. Y me he convertido en una adulta de firmes creencias paranormales. Pero que Asher Stone está en el mundo para truncar mis planes y mi vida es un hecho. Tengo tantas pruebas como para rellenar un atestado policial.

O las tenía... hasta hace cuatro años.

Oigo sus largas zancadas acercarse. Es espeluznante que sepa distinguir el modo de caminar de Asher, pero es una de las consecuencias de vivir casa con casa. Incluso íbamos «juntos» a la parada del autobús por las mañanas. Él, por una acera, y yo, por otra, claro, pero conozco a la perfección cómo sus piernas se comen el pavimento a toda velocidad, mientras que yo prefiero tomarme mi tiempo para llegar a cualquier lado.

Más de una vez me reí en su cara al verlo de morros en el autobús después de haberlos hecho esperar.

—Jovencito, estás todavía más guapo que la última vez que te vi —canturrea la abuela.

«Las puertas del cielo se abrirán para ti, vieja encantadora», pienso sin darme la vuelta. En este momento prefiero mirar lo que tengo delante que lo que tengo detrás, y eso es decir mucho.

La risa grave, ronca, de Asher me pone los pelos de punta.

—Siempre me miras con buenos ojos, Joyce.

Tras unos cuantos arrumacos y piropos, viene el silencio. Un silencio que, para mí, es como tener un estéreo emitiendo vibraciones justo a mi espalda. Gigantesco, imposible de ignorar... tentándome como una sirena a darme la vuelta al mismo tiempo que ejecuto una patada baja que lo envíe de culo al suelo.

El bastón golpea algo, y el sonido estrangulado que sigue me hace esbozar una sonrisita, y esta sí es sincera.

—¿Me harás el favor de comportarte y saludar a Lluvia apropiadamente?

Estoy aguzando el oído como un perro de caza para escuchar la respuesta cuando la abuela aparece a mi lado. Se limita a mirarme con los ojos bien abiertos y la cabeza ladeada. Y eso no da nada de miedo, no.

Los cuchicheos entre Atlanta y su nieto me son ininteligibles mientras me giro a regañadientes. Y entonces estoy frente a frente con Asher Stone. Una vez más.

Pero esta vez...

Esta vez hay algo diferente.

Varios músculos, centímetros y una vibra extraña.

El Asher Stone que se fue a la universidad el agosto pasado era alto, un tanto desgarbado, y de mirada esquiva. Sieeeempre mirada esquiva, sobre todo los últimos años. En muchas ocasiones me pregunté qué vio Trinity en él para que fuera su *crush* del instituto, porque dudo que se hayan mirado a

los ojos nunca. Asher es intenso, reservado; ninguna de esas son las cualidades de un deportista de instituto, pero él fue el mejor y uno de los más populares año tras año.

Por eso consiguió entrar a un gran equipo de fútbol universitario y aprobar con buenas notas su primer año en Ciencias de la Computación. Algo que sé no porque me haya interesado en su porvenir académico, sino porque Atlanta me retransmite con mucho orgullo todo lo relacionado con su adorado nieto. Y yo, por ella, finjo un amable interés e incluso lanzo exclamaciones en las partes adecuadas.

Ahora bien, nadie había tenido la decencia de señalar que Asher ya no está desgarbado, sino increíblemente tonificado; o que ya no es alto, sino superalto; o lo más importante de todo: que, por una vez en mucho tiempo, su mirada no es esquiva, sino penetrante.

El doble de intensa.

Y fija.

En mí.

Incluso, a pesar del tiempo y de la gorra azul y amarilla de los UCLA Bruins bien calada que lleva, tengo claro que sus ojos siguen igual de azules, enmarcados por las mismas e injustas pestañas.

De pronto recuerdo cuando nos conocimos y pasamos la tarde en Golden Lake. En aquella ocasión también me miró así, como si yo fuera una caja cerrada con tesoros inimaginables en su interior, y siempre lo achaqué a algo que solo supe después: Asher acababa de enterarse del fallecimiento de sus padres tras un accidente automovilístico. Fue una grieta en la armadura.

Ya no sé muy bien quién debe saludar primero a quién, así que me limito a mirarlo con la misma fijeza, porque si algo no he tenido jamás es vergüenza. Pestañeo una, dos y hasta tres veces antes de que él apriete la mandíbula y mire hacia otro lado.

Punto para mí.

Y como además de sinvergüenza tengo una malsana vena competitiva, decido convertir ese punto en una aplastante victoria.

Sonriendo, doy un paso hacia él.

—Vaya, y yo que pensaba que me merecía un abrazo después de tanto tiempo sin vernos, Ash.

Asher



Todavía me escuecen los ojos y me hormiguea la nariz tras el reencuentro con la invasión de polen característica de las Clearwater y su floristería. Pero tendría que estar ciego para no ver la enorme autocaravana negra y plateada que hay aparcada frente a mi casa. No tenía planeado reunirme con la abuela en la acera, pero cuando he visto el panorama desde la ventana de la cocina todas las alarmas han empezado a saltar a la vez en mi cabeza.

La alarma de «Las locuras de la abuela».

La alarma de «Los planes que idea con Joyce».

La alarma de «Lluvia está metida en el ajo».

Sea cual sea ese ajo, claro.

Me alegra ver a Joyce, no puedo negarlo. Es una de las mujeres más extrañas que he conocido (y que conoceré, probablemente), pero siempre está riéndose a carcajadas con mi abuela. La hizo reír incluso en el velatorio de mis padres, y eso jamás se me ha olvidado. El único pecado de la pobre es tener la nieta que tiene.

A la cual... no puedo decir que me alegre tanto de ver. Lo primero en lo que me fijo al salir por la puerta principal es en su vestido. Cómo no. Sus puñeteros vestidos de flores.

Cuando se da la vuelta para encararme, sin duda obligada por Joyce, me quedo en blanco durante unos valiosos segundos. Por un momento pienso que, aunque se trata de Lluvia (y no solo por su vestido), algo no encaja del todo. Es un cambio tan sutil que no sé determinarlo. ¿Es... su pelo? Solo está más largo, con los mechones castaños rozando sus caderas. ¿Tal vez algo en su cara? Sus ojos eran... Son...

¿Por qué coño parpadea tanto? ¿También tiene alergia?

Mierda.

Ha pasado casi un año desde la última vez que la vi. Esto no debería pasar.

«Tal vez, si no la hubieras espiado en Instagram, la distancia y el tiempo habrían funcionado mejor», dice esta estúpida parte de mí que siempre acaba teniendo la puta razón.

Fijo la vista en una de las llantas de la autocaravana y la veo moverse hacia mí por el rabillo del ojo. Otra de las miles de alarmas de mi subconsciente comienza a sonar.

La alarma de «Lluvia Clearwater está demasiado cerca».

—Vaya, y yo que pensaba que me merecía un abrazo después de tanto tiempo sin vernos, Ash —dice, con un tono de voz que sí me es del todo familiar.

Y ese anzuelo no estoy dispuesto a picarlo, de la misma forma que no he picado ninguno desde hace muchísimo tiempo. Me limito a arquear las cejas, sin moverme del sitio.

—Hola, Lluvia.

Ella mantiene su sonrisa falsa, aunque noto el esfuerzo que tiene que hacer.

—¿Qué forma es esa de saludar a una señorita?

—Define «señorita».

Y con calma, deslizo la mirada por la suciedad que siempre acompaña a Lluvia: tierra en los antebrazos, seguro que por cargar sacos de abono; tierra

en las rodillas, porque le encanta retozar por el suelo como un topo; tierra hasta en la sien izquierda, como si hubiera querido quitarse el pelo de la cara con los guantes puestos. Lo repaso todo, incluidas las botas que tienen tanta mierda adherida a las suelas que creo que le dan centímetros extra.

Otra vez por el rabillo del ojo, compruebo que nuestras abuelas no se pierden nada. Y lo peor de todo: la mía tiene el dichoso bastón.

Sé que mi análisis de «Mírate. Eres un desastre» ha funcionado cuando aprieta los labios.

—Veo que continúas siendo el mismo tiquismiquis de siempre. Ni la universidad te ha cambiado.

Aprieto la mandíbula con fuerza. «Tiquismiquis», «quejica» o «exagerado» son adjetivos que no he oído en meses, porque solo esta chica me ve de esa manera. Nunca he logrado que entienda que, a su lado, junto a su desaliñado y estrambótico estilo de vida, cualquiera parecería un estirado.

—¿Lluvia? —reclama su abuela.

—He intentado ser amable y me ha mirado como si fuera un escarabajo pelotero. ¿Qué quieres que haga?

Acto seguido, ambas abuelas suspiran al mismo tiempo, lo cual no es tan raro como suena. Han sido amigas durante tanto tanto tiempo que hacen muchas cosas de manera sincronizada. Echarnos sermones suele ser una de ellas.

—No era así cómo me había imaginado este momento —se lamenta Joyce, cabizbaja.

Mientras mi abuela le pasa un brazo por los hombros a su amiga (algo fácil, teniendo en cuenta que Joyce no levanta un metro y medio del suelo), alcanzo a captar algo en el rostro de Lluvia. Una expresión fugaz.

—Honestamente, Jojo, sabíamos que son dos huesos duros de roer. Pero creemos en nuestro proyecto, ¿recuerdas? Y, ante todo, creemos en el amor

incondicional que nos profesan nuestros nietos. —La sonrisa de mi abuela es todo dientes e intenciones—. ¿Verdad, chicos?

—Verdad —contesta al instante Lluvia.

Yo me abstengo, política que me ha salvado de muchas locuras a lo largo de mi vida. Me cruzo de brazos y miro a la abuela críticamente.

—Tengo maletas que deshacer, y he quedado en un rato. Así que, si podemos aligerar esto...

—Podemos —confirma, y luego toma una gran bocanada de aire, preparándose para lo que sea que vaya a soltar—. Aunque no estaba previsto que la sorpresa llegara hasta mañana, lo importante era que Asher ya estuviera aquí. Y aunque me habría gustado que descansara más del viaje antes de anunciarlo...

—Se lo ve guapísimo incluso después de un vuelo tan largo —apostilla Joyce a toda velocidad.

Las comisuras de mis labios tiemblan a pesar de saber que soy lo más parecido a un conejo acercándose a una suculenta zanahoria naranja.

Lluvia resopla.

—Solo hay un par de horas de viaje entre Santa Jacinta y Los Ángeles.

Mi abuela continúa hablando, omitiendo las intervenciones.

—... este es un momento tan bueno como cualquier otro para deciros que, por primera vez en la historia de este pueblo, ¡Stone y Clearwater se van juntos de vacaciones! ¡Dentro de dos días! ¡Para visitar todos los estados que tengan algo interesante que mostrar!

Luego, tanto ella como Joyce se estrechan y sonríen ampliamente.

Arqueo las cejas y pienso a toda velocidad. Por el silencio que viene de mi derecha, supongo que Lluvia está en las mismas. Estamos intentando desgranar a toda prisa el significado oculto de todo esto. La parte racional de mi cerebro quiere sonreír y felicitarlas, desearles buen viaje y asegurarme de que han elegido una ruta apropiada para dos mujeres sexagenarias.

La otra parte, la que se ha criado aquí, rebota una y otra vez sobre el hecho de que nos han esperado tanto a Lluvia como a mí para darnos la noticia al mismo tiempo, y que han hecho demasiado hincapié en nuestro amor como nietos.

Como si su intención fuera...

—Eso es fantástico, Atlanta —acaba diciendo Lluvia, y me pregunto si soy el único que nota lo aguda que se ha vuelto su voz—. Ay, abuela, os lo vais a pasar genial. ¡Que tiemblen las carreteras!

—Oh, querida —juraría que los ojos de Joyce están un pelín húmedos cuando se acerca a su nieta y agarra sus hombros—, dirás que nos lo vamos a pasar genial.

El estómago me da un vuelco similar a cuando capturo el balón en las manos y me falta solo una yarda para llegar a la línea de anotación, y esa es una de las mayores emociones que permito en mi vida. La sonrisa de Lluvia no decae ni un ápice, pero algo en sus ojos me recuerda a un ciervo en medio de una carretera alumbrado por los faros de un coche.

—¿Qué?

Mi abuela hace eso que me da escalofríos y se mete la mano en el escote del vestido. Saca lo que parece un papel muy grande plegado al límite.

—¡Vacaciones familiares, muchachitos! —exclama, agitándolo. Luego empieza a desdoblarlo—. A bordo de una de las autocaravanas más punteras del mercado. Está todo pensado. Todo previsto. Serán solo seis semanas, por lo que no va a haber ningún problema con...

—Espera, espera, espera. —Al fin, descruzo los brazos y detengo a la abuela con un gesto de la mano que, sin duda, no le sienta nada bien—. ¿De qué estás hablando, Nana? Hace poco te llamé desde la universidad y no me comentaste nada de esto.

Me mira como si acabara de hablarle en otro idioma.

—En eso consisten las sorpresas.

Lluvia, para mi completa confusión, continúa callada. Tal vez hay cosas que, después de todo, sí pueden dejarla sin palabras.

—Esto es... Vosotras... —Contemplo la jodida autocaravana, nuestra pequeña calle y el jardín delantero de mi casa antes de mirar de nuevo a la abuela—. No digo que la idea no sea buena. Estoy seguro de que lo habéis planeado con mucho tiempo y... ah... dedicación, pero yo no puedo ir.

—Sí que puedes —replica al instante mi abuela.

—No, yo no...

—He hablado con tu entrenador. Tim Despyroux, ¿verdad? ¡Vaya nombrecito!

—¿Que has hablado con el entrenador Tim?

—En un principio se mostró desconcertado por mi llamada; debo comentar que es un hombre de lo más suspicaz. Cualquiera diría que le estaba proponiendo un cambio de compañía eléctrica. El caso es que me confirmó que no habría ningún problema en que te tomaras unas vacaciones; es más, te las tienes bien merecidas. Eso sí, habló de una rutina de mantenimiento y de que debías estar a tiempo y en forma para el primer partido de la temporada, que es... el primer sábado de septiembre, ¿cierto?

Por fin, termina de desplegar el papel y muestra un mapa de Estados Unidos. Aparte de constar en él todos los estados, condados y ciudades, alguien ha ido añadiendo anotaciones y puntos con rotulador. Hay bastantes anotaciones. Infinitos puntos.

Las uñas pintadas de negro de mi abuela señalan la parte inferior izquierda, donde está Los Ángeles.

—Pase lo que pase, te prometo que llegaremos con más de veinticuatro horas de antelación a Pasadena. Tiempo de sobra. —Y cierra de golpe el mapa.

Por un momento, pienso que algo se ha desconectado en el interior de mi cabeza. El hilo que debería unir el concepto y la imagen del entrenador con el de la abuela, no existe. No hay multiverso en el que hubiera creído

posible que el tosco y lacónico entrenador Tim y mi autoritaria y regia abuela mantuvieran una conversación. Al menos, no sin matarse.

Joyce sonríe.

—Oh, si supiera que os ibais a estar quietos, iría a buscar mi cámara.

Entonces, Lluvia y yo nos miramos. Omito por primera vez en mucho tiempo todo lo que la rodea y lo que siempre me hace sentir. Por un instante, no somos Asher Stone y Lluvia Clearwater y no tenemos que esforzarnos por odiarnos. Somos nietos de dos mujeres manipuladoras y algo chifladas, y...

Y lo sabemos.

Estamos jodidos.

Lluvia



El señor Mottram tiene las manos largas propias de un hombre que nació en los años treinta en el seno de una familia acomodada, las historias de mil batallas de las correspondientes guerras a las que «tuvo que hacer frente, como cualquier hombre», pero el corazón tan blandito y rosa como un cachorro de chihuahua. Al menos esa es la conclusión aproximada a la que he llegado después de cuidar su jardín durante años.

A todo ello he de añadir que tiene la labia propia de un candidato a presidente, por lo que solo le costó un par de intentos convencerme para que hiciera visitas a domicilio de parte de la floristería.

En su día la abuela me preguntó por qué había aceptado, atónita, y yo me limité a suspirar. Y cuando le informé de que el señor Mottram quería un huerto y no un jardín bonito, puso los ojos en blanco y me entregó todos los libros de horticultura de su biblioteca.

No sé decir con exactitud cómo empezó mi faceta de superheroína a domicilio, pero sí sé cuándo: poco después de que mi madre, Savannah Clearwater, se marchara para siempre con su sombrero vaquero rosa, sus dos maletas y cero hijas. Después de aquello, algunas amigas de la abuela me acariciaban la cabeza con suavidad cuando pasaba por su lado (todas excepto Atlanta), y eso me recordaba a lo que yo hacía con los perritos y

gatitos de la protectora de animales. El curso siguiente, ningún profesor me impuso un asiento; me dejaban escoger dónde sentarme y con quién (y yo siempre elegí a Trin, claro), y las señoras de la cafetería me ponían extra de todo. Sopa, ensalada, patatas fritas o helado. Y me atiborré a mucho helado en esa época.

Sin embargo, con el paso de las semanas todo empezó a sentirse... mal. Creo que fue un cúmulo de expresiones de pena, conversaciones murmuradas para que yo no pudiera oírlas (aunque lo oía todo) y gestos.

Pasé de agradecer el cariño y el mimo a odiarlo, porque no dejaba de recordarme lo que había ocurrido y lo que la gente pensaba al verme: es ella, Lluvia Clearwater, la niña abandonada. La niña que no fue suficiente, que no era nada comparada con una gira musical.

Pero eso no era así. Yo era más que suficiente.

La abuela y yo éramos geniales, y Savannah había cometido un terrible error.

Comencé a esquivar sutilmente los intentos por acariciarme de las amigas de la abuela, ofreciéndome, en cambio, a ayudarlas en cualquier cosa. Así, las miradas de lástima se transformaron en sonrisas de aprobación. En clase, me reuní en privado con los profesores uno por uno para decirles que no quería ningún trato de favor; es más, yo podía ayudar con los clubes, las fotocopias y lo que fuera que a ellos les supusiera un rollo.

¿Y las empleadas de la cafetería? El día de «Trae a tus padres al colegio» no esperé a que todos mis compañeros se dieran cuenta de que no iba a haber nadie de pie junto a mi pupitre (aunque mi abuela se ofreció una y otra vez). Me puse un delantal, mimetizándome tras los mostradores de acero inoxidable y luego recibiendo muchos elogios.

Y no sé si fue el paso de sentirme fuera de lugar a sentirme indispensable, pero el caso es que empecé a adorar que me felicitaran, que me llamaran, que me... necesitaran.

Poco a poco, ya no era la niña abandonada. Era Lluvia Clearwater, la chica a la que siempre puedes llamar si tienes un problema. De algún modo, sentí que me construía yo solita un lugar en el pueblo, un propósito que, pasara lo que pasase, nadie podría quitarme.

En ese entonces jamás pensé que también llegaría a cansarme de eso.

La voz del señor Mottram me saca del carrusel de los recuerdos.

—Repíteme eso de nuevo —gruñe desde el porche trasero de la casa de una sola planta, arrastrando su bombona de oxígeno de allá para acá con tal de no perderme de vista. Ya he aprendido a usar camisetas que no se abran cuando me inclino hacia delante, y pantalones que no se muevan de su sitio ni bajo amenaza de huracán—. ¿Por qué te vas? ¿Qué se supone que he de hacer con las acelgas que llevamos meses cuidando?

Mucha labia y tendencia a exagerar.

—Con las acelgas, nada, ya que nunca las hemos plantado. Esto son tomates, y podrían tardar tres meses más en asomar la cabecita. Para ese entonces, ya habré vuelto.

«O eso espero», pienso sombríamente. Se me ocurren tantos y funestos escenarios posibles ante las dichosas vacaciones... Aposento el culo entre dos filas de tutores de bambú y me seco el sudor de la frente con el borde del delantal. Bueno, creo que acabo de bautizarme con tierra al estilo de Rafiki.

—¿Y qué haré si el riego automático falla? —No me hace falta mirarlo para saber que la cánula nasal debe de estar bailándole sobre el bigote gris que se niega a afeitarse—. O si llega una tormenta. O si el pulgoso de los Webber decide volver a mear en mis terrenos. ¡Maldita sea, necesito que me devuelvan la escopeta!

—No mientras el *sheriff* Stone siga al mando, ya lo sabe.

—Y quién le ha dado potestad a él para hacer eso, ¿eh? ¿Desde cuándo un hombre libre no tiene derecho a defenderse? Stone, Stone, Stone...

Y farfullando el «apellido infame», como a él le gusta llamarlo, vuelve al interior de su casa, la pequeña bombona traqueteando cuando las ruedas tropiezan con las tablas irregulares del suelo.

Bastante *voyeur* y cascarrabias, pero es mi viejo preferido de todos a los que atiendo en el pueblo. Además, él y Atlanta tuvieron una especie de amorío prohibido en su adolescencia que la abuela nunca se ha atrevido a contarme del todo, y para mí los secretos truculentos solo añaden atractivo a las personas.

El móvil me suena desde algún lugar en el interior de los pantalones bombacho antimorbo. Para cuando consigo quitarme los guantes de jardinería y encontrarlo, ya tengo una llamada perdida. Deslizo hacia arriba y mi corazón da una voltereta digna de un acróbata ruso por culpa del nombre que aparece en la pantalla.

Ash Ketchum.

Joder. Mierda. Ni siquiera recordaba que lo tenía guardado así. ¿Cuándo fue la última vez que hablé con él por teléfono? ¿Pudo ser... en el instituto? ¿Tal vez cuando nos tocó organizar juntos el baile de primavera de los de primaria? Me sorprende que siga teniendo el mismo número, pero es absurdo, porque yo también conservo el mío. Vivimos en Santa Jacinta. Aquí la gente solo se cambia de número si entra en el programa de protección de testigos.

De pronto el móvil vibra y estoy a punto de dejarlo caer al suelo, hasta que me doy cuenta de que solo es un mensaje.

Pero es de él.

Ey, ¿estás en tu habitación?

El corazón se me acelera por ninguna razón en absoluto excepto la que dicta la lógica: que está tramando algo. Aunque, en todas las ocasiones en las que me la había jugado a lo largo de los años, la verdad es que no se tomaba la molestia de mandarme un mensaje primero. Y ya hace mucho mucho tiempo que él dejó de jugármela, francamente.

¿Eso me molesta, el hecho de que él decidiera, de manera unilateral, que había llegado la hora de hacer un cese en las hostilidades? Para nada. Cualquiera con dos dedos de frente sabe que en algún momento todos los niños se hacen mayores... que esconder culebrillas en el cajón de la ropa interior de alguien está bien a los once o doce años, pero que eso no se puede mantener para siempre.

Solo me escuece un poco que no me diera ninguna explicación. Me da igual lo que piense la gente, Asher y yo no éramos solo dos enemigos públicos. Para mí, éramos mucho más. Nuestras jugarretas significaban más.

Está claro que, para él, no. De lo contrario, no habría dejado de mirarme o reparar en mi existencia de un día para otro. Sin motivos. Como si yo nunca hubiera supuesto nada en su vida.

Vale, puede que me escueza más que un poco, pero estoy trabajando en ello.

No...

Vale...

¿Y puedes decirme dónde estás o tienes derecho a permanecer en silencio?

Y a un abogado también.

Mis dedos flotan sobre la pantalla unos segundos, indecisos.

¿Ha pasado algo?

Me tomas el pelo, ¿no?

Automáticamente pienso en lo obvio: la superidea de las abuelas, la autocaravana, el viaje «familiar», la maleta azul que la abuela ha dejado esta mañana alegremente en la puerta de mi habitación y con la que casi me mato cuando he bajado a desayunar.

Sí, sé a la perfección qué ha pasado, pero eso no explica que él quiera saber dónde estoy y me mensajee por voluntad propia por primera vez en la historia.

Quédate donde estás.

Mis ojos se abren como platos. ¿Eso es una amenaza?

Mi corazón empieza a ir a toda pastilla, como si alguien acabara de pincharme adrenalina.

Apenas me ha dado tiempo de recoger mis guantes y utensilios y meterlos todos en la pequeña carretilla oxidada del señor Mottram cuando el móvil vuelve a sonarme, esta vez otra llamada. Automáticamente pienso que es él, pero me relajo cuando compruebo que es Justin. Por fin ha debido de ver todas mis llamadas perdidas y mensajes de anoche. Suelto la carretilla junto al cobertizo y atiendo.

—Hola.

—Hola, nena.

La voz de Justin es profunda y cálida. Eso siempre me gustó, aunque el resto de los sentimientos vinieron despacio, con el tiempo. El día que la señorita Salvany nos adjudicó compañeros aleatorios y yo no pude elegir a Trinity para el trabajo de ciencias, él se me acercó al finalizar la clase y me preguntó si me arriesgaba con él. Yo lo había estado esperando, sinceramente, porque, unas semanas antes de eso, en mi fiesta de cumpleaños, Justin me había dado mi primer beso.

Recuerdo quitarme la venda de los ojos en aquel armario y no creerme a quién tenía delante. Nos conocíamos de toda la vida y la verdad es que nunca había pensado en él como otra cosa que el hijo de la familia más rica del pueblo y otro jugador de fútbol del instituto (aunque siempre estuvo un poco a la sombra de Asher). Sin embargo, algo había cambiado en Justin después del beso y él sí había empezado a verme de otra manera.

Su atención, sus sonrisas y sus *touchdowns,* todos fueron para mí a partir de entonces. Y eso me encantó. Fue reconfortante por muchos motivos.

Justin exhala con fuerza.

—Acabo de leer tus mensajes... ¿Es en serio?

No sé si su tono es recriminatorio o que está tan sorprendido por la situación como yo, pero opto por lo segundo. En lo referente a él, tiendo a pensar lo mejor de antemano, lo cual Trin siempre dice que es justo lo contrario a un mecanismo de supervivencia.

—Yo tampoco puedo creérmelo. De hecho, no he pegado ojo en toda la noche. Justo cuando...

—Es que no entiendo muy bien cuál es el problema —me interrumpe, lo que es una costumbre en él. Justin es impaciente para todo, muy inquieto y competitivo, con un carisma que atrapa miradas. Por eso a nadie le extrañó que lo admitieran en Harvard o que acabara siendo el rey del baile en nuestra graduación. Aquel día Trinity fingía que tenía arcadas mientras yo aplaudía por lo guapo que estaba con la corona de plástico dorada—. Le has dicho que no a tu abuela, ¿verdad?

Me detengo a medio camino entre el cobertizo y el porche, bajo la sombra refrescante de un arce que crece justo en la linde entre la casa del señor Mottram y la de los Webber. Mi primer impulso es abrir la boca y preguntarle a Justin cómo cree que yo haría eso, porque... porque él lo sabe. Él y Trin son las únicas personas que lo saben todo, las únicas con las que he podido desahogarme durante todos estos meses cuando sentía que la situación me sobrepasaba y que la ansiedad me tragaba como si me encontrara en medio del mar y algo tirara de mis pies hacia el fondo.

Quizá por eso mismo, recapacito y suspiro.

—Justin... —Y no se me ocurre mucho más que añadir que no suene a sermón, y sé que él odia los sermones.

—Lluvia, no puedes concederle todos los caprichos —me dice, sonando muy lógico y tranquilo—. No funciona así. ¿Qué pasa contigo? ¿Qué pasa con lo que tú quieres?

Son buenas preguntas. Arrastro los pies hacia la sombra del porche y me siento en el segundo escalón. Son buenas preguntas, excepto que... la abuela no sabe que le concedo caprichos. Esa es la clave de todo. Y yo... yo no me sentiría bien, ni volvería a saber lo que es no sentirme culpable, si no estuviera con ella y la hiciera feliz.

Desde el mismísimo momento en el que descubrí por error que tiene cáncer, todo cambió. Literalmente sentí que había estado viviendo una vida concreta hasta ese instante, y que se rompía como un espejo al que le lanzas un pedrusco. Todos y cada uno de los fragmentos a mi alrededor me mostraron a la abuela cuidándome, haciéndome regalos por mi cumpleaños en nombre de mi madre y asegurándome que los había enviado ella (incluso falsificaba su letra y firma), sentada a mi lado mientras yo dibujaba y ella leía sus revistas sobre temas paranormales. Contemplé todos esos resquicios de lo que había sido mi vida y me sentí... idiota. Consentida. Culpable.

Después de enterarme, esperé a que la abuela me lo contara, pero eso nunca sucedió. Y supe cuál era su plan. Supe qué pretendía esa bandida, porque lo había visto en los fragmentos rotos. Quería volver a arroparme y cuidarme, fingiendo que nada malo pasaba.

Decidí que no se lo iba a permitir. He respetado su decisión de guardar el secreto desde entonces. Ella no sabe que yo lo sé, y va a seguir así indefinidamente, pero tampoco va a estar sola. Me niego.

¿Dejar a la mujer más buena y generosa del mundo pasar por su momento más bajo sin compañía, sin apoyo, sin familia?

¿Cómo se le ocurre?

«Exacto, ¿cómo se le ocurre a Justin?», pienso por inercia. Luego me obligo a empujar esos pensamientos lejos, bien lejos de esta conversación.

—No me parece que sea para tanto —murmuro, pellizcando un hilo suelto del bombacho—. Y ya han pagado la autocaravana, así que...

—Pueden irse ella y la loca de su amiga. Y Stone. No tienes por qué ir tú.

Es el cambio de tono a mitad de frase lo que me hace fruncir el ceño.

—Espera un segundo, ¿te molesta porque va Ash?

—¿Ash? —repite, a lo que sigue una pequeña pausa—. Y, no, lo que haga ese tío me da igual. Es que no entiendo por qué vas a jodernos el verano de esta manera.

Me quedo callada un momento pensando en cómo responderle, y asimilando el vacío que he sentido en el estómago ante su disgusto.

Conozco a Justin. Sé que se siente herido porque me voy a alejar de él justo cuando acaba de regresar de la universidad. Cuando se marchó el agosto pasado, yo no sabía cómo iba a irnos con el tema de la relación a distancia. No fue ni tan mal ni tan bien como me imaginaba, pero sí llegué a la conclusión de que Justin necesitaba más atención que cuando estaba aquí, en el pueblo. Así que modifiqué ciertos horarios y compromisos para tener siempre un par de horas libres a la semana en las que pudiéramos hacer videollamadas y ponernos al día. Probamos el *sexting* y todas las variantes que se nos pudieron ocurrir, a excepción de grabarnos o sacarnos fotos porque era algo con lo que no me sentía nada cómoda. Internet es terrorífico para las chicas que toman la decisión de desnudarse, ya sea por amor o por dinero.

Funcionó... por un tiempo. Luego llegaron las Navidades, él regresó a Santa Jacinta unos días y la llama se reavivó, así que, sí, sé que lo que nos pasó es que nos echamos mucho de menos y no supimos gestionarlo. Aguantamos el segundo semestre con la idea de pasar un verano increíble.

Supongo que siente que estoy faltando a una promesa, lo sé, entiendo su punto de vista, pero...

La abuela es lo primero.

Y no sé cómo decírselo sin que se cabree, y yo odio, odio, odio esta clase de situaciones.

Entonces ocurre algo que ya me ha pasado con anterioridad. Una desesperación extraña, como si sintiera la urgencia extrema de resolver esto

y que desaparezca el conflicto, sube como fuego por mi garganta y me hace vomitar:

—El Gran Cañón.

—¿Qué?

—Llevamos mucho tiempo queriendo ir a verlo, ¿no? Pero nunca conseguíamos cuadrarlo. Podemos hacerlo. Podemos vernos dentro de seis semanas en Arizona.

Sé perfectamente que lo que estoy diciendo es una absoluta locura, que no es algo que haya meditado con anterioridad y que una parte imperiosa de mí me exige que me eche atrás. Pero esa parte no tiene nada que hacer contra el ardor en mi pecho y garganta. Solo se mezcla con la impotencia ya existente y hace que mi cerebro sea incapaz de analizar todas las razones por las que estoy chiflada.

Justin permanece en silencio unos segundos. Claro, debe de estar impresionado por la vuelta que acabo de darle a la tortilla.

—¿Y estar juntos hasta que yo me tenga que ir a Massachusetts?

¡No! Eso serían diez días más, puede que hasta dos semanas. ¿Y la abuela?

Debería decir eso, por supuesto, pero si menciono a la abuela otra vez...

—Claro —suelto en su lugar.

Si Justin se da cuenta de lo débil e indecisa que ha sonado mi voz, no lo demuestra.

—A ver, eso no quita que vaya a pasarme la mayor parte del verano en este pueblo de mierda sin mi novia. Dios, Lluvia, tenía tantos planes contigo...

—Resérvalos para el Gran Cañón —insisto. Oigo un sonido extraño y me doy cuenta de que estoy apretando el móvil con tanta fuerza que he hecho una captura de pantalla. Me obligo a relajar los dedos, respiro hondo y hago un esfuerzo físico por sonar optimista—. Será increíble. ¿Recuerdas la lista de todo lo que haríamos allí si pudiéramos ir?

Por fin, noto el cambio en su voz. De apático y molesto, a flexible, cariñoso.

—Aún la tengo guardada. Con la mancha de café incluida.

Y por fin, también, el remolino de fuego y ansiedad va perdiendo fuerza. Cuando colgamos unos minutos después, todavía no me creo lo que acabo de hacer. El atolladero en el que me acabo de meter yo sola. Me quedo mirando el teléfono, hasta que alguna clase de sentimiento pegajoso me hace guardarlo deprisa en el pantalón y mirar por encima del hombro. El señor Mottram está al fondo de la casa; veo su bombona de oxígeno al lado de la nevera, por lo que debe de estar preparándose para su segundo desayuno.

Cuando me pongo en pie, hay un instante en el que no recuerdo bien qué estaba haciendo justo antes de hablar con Justin. Entonces mi mirada recae sobre la carretilla y doy un respingo.

«Quédate donde estás.»

Verifico por última vez que he programado bien el sistema de riego para que se active y desactive por su cuenta durante las próximas semanas y esprinto hacia el señor Mottram, que por poco tira la rodaja de melón que tiene en las manos.

—¡Diablos, niña!

—Me voy ya, señor Mottram. Le prometo que estaré de vuelta antes de que pueda echarme de menos. ¿Me deja darle un abrazo?

—¡Como si fueras a irte si te digo que no!

No es del todo cierto, pero esquivo sus manos manchadas de jugo de melón y, teniendo cuidado con la manguera de oxígeno, lo achucho con suavidad. Y pese a sus cualidades de *voyeur* y que me ha dado portazos en las narices más veces de las que puedo recordar, sus codos hacen una especie de aspaviento contra mis costillas, como diciendo «Sí, mira, yo también te devuelvo esta muestra de afecto innecesaria».

Un cosquilleo incómodo se instala en mi garganta cuando me separo y veo cómo gruñe y mira al suelo.

—Cuídese mucho mientras no estoy, ¿vale?

—Qué remedio, ya que me dejas tirado.

—Ay, no cambie nunca ese sentido del humor.

—¡Bah!

Tragando nudos, bato un nuevo récord corriendo hacia mi coche, aparcado justo frente al pequeño jardín delantero del señor Mottram (que también he cuidado yo). Estoy metiendo la llave en la puerta cuando oigo el característico motor de un Chevrolet Celebrity del 86 doblando la esquina del final de la calle. No, no soy experta en reconocer motores; solo aquellos que pueden suponer la diferencia entre mi vida y mi muerte.

Y es evidente que, cuando más prisa tengo por marcharme quemando goma, no soy capaz de atinar en la cerradura y se me cae el manojo de llaves al suelo.

El Chevrolet se detiene a mi lado cuando las acabo de recuperar junto a la rueda delantera.

—Lluvia —me llama esa voz—. Sube, por favor.

Tomando una gran bocanada de aire, me inclino un poco para mirarlo a través de la ventanilla abierta del copiloto. Ha debido de abrirla antes de arrancar el coche, porque es tan viejo que funciona con manivelas. Es tan tan viejo, de hecho, que tiene hasta un elegante cenicero forrado de madera debajo de la radio, y el asiento delantero va de lado a lado, sin espacio entremedias. Ni siquiera han cambiado su pintura de fábrica, un desvaído azul grisáceo que resulta hasta triste y se ha desconchado alrededor de las defensas y en los bordes del techo.

Si fuera un Ford, sería el coche de los Weasley.

—Lo siento, pero tengo cosas más importantes que hacer que ir a dar una vuelta contigo en esta vieja gloria.

Asher se inclina también, dejando una mano sobre el volante. No le puedo ver bien los ojos por la dichosa gorra.

—Ah, ¿sí? ¿Como qué? ¿Ir corriendo a casa a hacer las maletas?

—Por ejemplo. Te recomiendo que hagas lo mismo. Nos vamos mañana temprano y tu abuela es superpuntual.

Una voz chillona nos interrumpe.

—¡Lluvia, cielo! —Es la señora Webber, asomada por encima de su pequeño buzón amarillo. Su perro *Titán*, «el pulgoso», mueve la cola desde los parterres—. ¿Es cierto lo que he oído? ¿Tu abuela y tú os vais todo el verano?

Esbozo una sonrisa amplia hacia la mujer y agito la mano.

—Buenos días, Abigail. Nos vamos seis semanas de vacaciones, sí.

—¡Oh! —Parpadea con confusión y echa un vistazo por encima de su hombro—. ¿Y qué haré con mis rosales? En la televisión hablan de una ola de calor aplastante para la semana que viene.

—No se preocupe, vendré esta tarde y se lo explicaré. Es muy sencillo, ya verá.

—Ah, sí, de acuerdo... ¿Ese es Asher Stone? ¿Ya ha vuelto de la universidad? ¡Asher, guapísimo! Mi marido ha visto los partidos televisados de tu equipo. ¡Corres que da gusto verte!

Asher murmura algo que ni yo puedo oír y se toca la gorra a modo de saludo.

—Hola, señora Webber —grita luego—. Muchas gracias por el apoyo. Estaba invitando a Lluvia a un helado en el Frosty's, pero se me está resistiendo.

Vuelvo la cabeza hacia él a toda prisa y cambio la sonrisa por un ceño fruncido fulminante que pasa por él como una brisa veraniega. Una de las comisuras de sus labios empieza a subir, revelando el hoyuelo que detesto con todo mi ser y por el que Trinity se desmayaba.

—Oh, Lluvia, cielo, no seas tonta. A tu edad nunca hubiera rechazado a un chico tan guapo, y menos con un helado de por medio. ¡Ay, si mi diabetes me lo permitiera, iría con vosotros!

Aprieto los labios para que la señora Webber no me vea resoplar, ya que me parece un gesto muy despectivo y lo reservo exclusivamente para personas no gratas. Meto las llaves en mi *tote bag* y abro de un tirón la puerta del Chevrolet. Sin que la señora Webber lo vea, me quito la pamela que siempre uso para trabajar bajo el sol y la tiro cual frisbi al interior. Sé que he dado en el blanco cuando oigo un gruñido.

—¡Nos vemos esta tarde, Abigail! —Sonrío y me despido.

—¡Disfrutad del helado, bonitos!

Luego me lanzo dentro del coche de Asher Stone como un misil aéreo y no me da ninguna pena tener las alpargatas llenas de barro.

Asher



Estoy acostumbrado a la doble personalidad de Lluvia, a la forma que tiene de mirarme, como si llevara un cinturón de explosivos escondido bajo la camiseta, e incluso a la corriente de electricidad que parece enviarme cuando compartimos espacio.

Por unos motivos u otros, la conozco mejor que a la mayoría de los del equipo o hasta que a mis tres compañeros de piso en Culver City. Aunque, claro, Travis, Dwight y Cooper son bastante fáciles de leer. Si tienen más capas de personalidad aparte de ser los típicos universitarios sedientos de victorias, tías y alcohol, lo desconozco. Bueno, Travis y yo nos hemos hecho excepcionales buenos amigos. Sabe preparar flan y limpia los pelos de la ducha para que no me den arcadas.

Así que, sí, Lluvia Clearwater es una especie de rutina en mi vida. Algo habitual. Por eso estoy sorprendido de que sea esta la primera vez que la veo vestida como algo a medio camino entre un apicultor estrafalario y una vendedora de marihuana ilegal. Ambos con una higiene propia dudosa.

Cuando se deja caer en mi coche con toda la fuerza que posee, le devuelvo el extraño sombrero verde. Me lo arrebata como si yo se lo hubiera quitado en primer lugar.

—Más te vale que lo del Frosty’s sea verdad.

Me limito a asentir.

Pongo rumbo a la única heladería de Santa Jacinta, que se encuentra a dos minutos en Sawyer Road, la calle principal del pueblo. Se llama así en honor a Sawyer Stone, un antepasado mío que se las ingenió para traer la electricidad al pueblo cuando a nadie le importaba lo que pasaba más allá de San Francisco, y no en honor a Bill Clearwater, quien serró la mayoría de los pinos para construir los postes y al que luego, según algunos, ni siquiera le dieron las gracias.

Por el rabillo del ojo veo cómo Lluvia se frota con disimulo los espantosos zapatos que lleva, y los montoncitos de tierra que se van construyendo en mi alfombrilla. Aprieto los dientes y cuento mentalmente hasta diez. No pienso caer.

Y como en realidad me cuesta no prestar atención a todos sus movimientos, sean maléficos o no, intento pensar en otra cosa.

—Tengo que preguntarlo: ¿qué llevas puesto?

—Entiendo tu pregunta, ya que no puedo imaginarte arrodillándote en el suelo en busca de arañas rojas. Esto es lo que las personas que se dedican a la jardinería se ponen: ropas viejas.

—Te he visto trabajando en la floristería y en nuestros jardines, y nunca has llevado algo así.

Se queda callada unos segundos, y luego suspira.

—Digamos que el señor Mottram es un poco mirón.

Es decir, que va vestida así para que el viejo veterano no tenga nada específico que mirar y se lleve un chasco. Se me escapa una pequeña sonrisa al imaginármelo.

Ella vuelve a suspirar.

—Ahora en serio, tío, ¿qué quieres?

Bien, hora de ir al grano.

—Pensaba que ya lo habías pillado: tenemos que hablar de la locura que se les ha ocurrido a tu abuela y a la mía y averiguar cómo librarnos sin

cabrearlas.

No dice nada. Entonces recuerdo su anterior comentario sobre las maletas y frunzo el ceño.

—Un momento, no estarás pensando en ir, ¿verdad?

—¿Por qué? —Va haciendo girar la pamela entre sus manos mientras habla—. ¿Tengo que pedirte permiso?

—Alto el fuego, ¿quieres? —Aparco junto a la heladería y apago el motor. Luego me giro por completo hacia ella, colocando el brazo en el respaldo entre los dos—. Dudo que a ti te haga ilusión pasarte seis semanas encerrada conmigo en una autocaravana.

—No me encanta el plan, pero me he hecho a la idea de que tú eres un daño colateral. Nuestras abuelas son muy divertidas, ¿sabes?

Sacudo la cabeza, incrédulo. Cuando me he levantado esta mañana y he decidido que tenía que hablar con Lluvia para intentar ponernos de acuerdo y frenar todo esto, jamás habría imaginado que ella estuviera de parte de las abuelas. Jamás.

Y normalmente yo pienso en todo.

—Te vi la cara ayer, te tomó tan por sorpresa como a mí —insisto—. Y seguro que tenías planes para este verano, ¿no?

De nuevo, una expresión extraña pasa por su rostro, fugaz, y no me da tiempo a interpretarla. Una vez más, siento que tengo que prestar atención porque hay algo en ella que no me encaja, algo que no estaba ahí cuando me fui el agosto pasado.

—Pues te equivocas, llevo un año sabático tan brutal que ya hasta me estaba aburriendo —afirma, con la vista clavada en sus dedos manchados.

Sé sin asomo de dudas que está mintiendo. Sin embargo, no tengo ni idea de por qué me mentiría sobre este último año, o por qué siento una opresión rara en el pecho cuando rehúye mi mirada. Sé que Lluvia tuvo mala suerte el año pasado y no consiguió entrar en ninguna universidad. Me consta que ha seguido el camino artístico que ya tenía tan claro cuando la

conocí, pero no ha dado resultado y no tengo ni idea de por qué. Hasta donde yo sabía, todos los profesores de arte del colegio y del instituto alucinaban con ella, así que no puede ser falta de talento.

Hace un par de años incluso la llevaron con todos los gastos pagados a la bahía de San Francisco para que expusiera un par de dibujos en la feria de Sausalito, feria de la que nadie en el pueblo había oído hablar hasta que una de las nuestras fue invitada. Recuerdo que el alcalde, mi tío abuelo Pete, organizó una fiesta para ella cuando regresó, con una pancarta gigante en la plaza principal en la que ponía «Bienvenida, Lluvia, nuestra artista más célebre».

Así que, cuando la abuela me contó que Lluvia no iba a ir de momento a la universidad, me resultó raro, pero no le di muchas más vueltas. Di por sentado que había sido mala suerte o mala organización, que tal vez no había solicitado plaza en más lugares. Suena muy propio de Lluvia empecinarse en que quiere ir a una universidad concreta y no barajar más opciones por si acaso.

Ahora me pregunto si fue un golpe duro para ella y si todo este año atrapada en Santa Jacinta le habrá pasado factura. Sé que, si yo no hubiera podido ir a UCLA y jugar en el equipo de fútbol, me habría tirado de cabeza a Golden Lake en pleno invierno.

A cualquier otra persona le preguntaría cómo está, pero con Lluvia las cosas no funcionan así. Y su postura indica con claridad que no está receptiva.

—Solo asegúrame que de verdad quieres ir al viaje y no dices esto solo para fastidiarme —le pido, aunque eso no soluciona mi problema. Contaba con aliarme con Lluvia para convencer a nuestras abuelas de que nos dejaran en paz, pero ella está en el equipo contrario, así que estoy solo con el balón en las manos y sin saber muy bien qué jugada hacer a continuación.

—No me baso en ti para tomar decisiones —replica al instante, y alza las pestañas para encontrarse con mi mirada.

Levanto las manos en son de paz, ignorando la sacudida en mi pecho porque, joder, tiene unos ojos preciosos.

«No pienses en sus putos ojos.»

—Vale. Te creo.

—Dios, qué aliviada estoy de que me creas. —Entonces parece darse cuenta por primera vez de que ya hemos llegado—. ¿Me vas a comprar un helado o no?

—Soy un hombre de palabra.

Ella resopla.

—A todas estas, ¿cómo has sabido dónde estaba?

—Adivina.

La oigo murmurar algo que contiene «en serio», «mujer loca» y «mi propia seguridad», así que supongo que a Joyce le va a caer una pequeña bronca.

En el Frosty's, dejo que Lluvia pida lo que quiera a sabiendas de que es una especie de pozo sin fondo en lo que a cosas dulces se refiere. La dependienta, Lorie, estudió con nosotros y nos observa como si fuéramos especímenes de dinosaurios recién descubiertos, evaluando la distancia entre nuestros cuerpos como para confirmar si venimos juntos o es casualidad. Sin embargo, es discreta y solo me pregunta qué tal me ha ido en la universidad y luego le recuerda a Lluvia que su tía Patty la espera para limpiar el filtro de la piscina.

Me pregunto por qué no limpia ella misma el filtro de su tía Patty, pero Lluvia solo sonríe y promete que irá más tarde. Supongo que hoy sí que tiene una agenda apretada.

Lluvia recoge la bandeja en la que va su crocanti con nata con extra de *toppins*, su copa de macedonia y un vaso grande de horchata. En una esquina está mi botella de Gatorade.

—Adelante, hombre de palabra —susurra al pasar por mi lado.

Lorie acepta mi tarjeta de crédito con ojos como platos. Sé que en un par de horas todos nuestros excompañeros de clase sabrán que Lluvia y yo hemos estado juntos en el Frosty's y que yo he pagado la cuenta.

Nos sentamos a comer (en mi caso, a beber) en silencio. Yo, porque estoy meditando qué paso dar a continuación y estoy cagado porque no se me ocurre nada, y ella, porque se zampa los helados como si acabara de venir de la guerra. Paseo la vista por los brillantes suelos de madera color caramelo, los mostradores de azulejos turquesa y los sofás de escay blanco, todo iluminado por los fluorescentes rosas del techo y del escaparate. Era el local más visitado por los niños cuando yo llegué al pueblo, y no ha perdido encanto ni clientela.

Recaigo otra vez en Lluvia, sentada frente a mí, y me siento como si algo no cuadrara en la imagen, como si todo formara parte de un decorado falso y Lluvia fuera lo único que está en 3D. Tal vez sea porque he estado muchísimas veces aquí, sobre todo durante el instituto, con colegas de equipo, y también con alguna chica, me imagino a cualquiera sin problemas en ese asiento, pero Lluvia...

Es raro. Por no hablar del destrozo que está haciendo en el escay blanco con esos pantalones mugrientos.

Al cabo de unos minutos así, deja la cuchara dentro del crocanti.

—¿En serio no me vas a insistir para que te ayude?

—¿Serviría de algo?

Enarca una ceja que se pierde en su despeinado flequillo oscuro.

—Obviamente, no.

—Entonces, no. No me gusta perder el tiempo.

—Humm. Pues lo siento, vas a tener que pensar un plan de acción tú solito para librarte de esto.

Gruño, dándole luego un buen trago al Gatorade.

—Tú has pasado mucho tiempo con las dos estos meses. ¿De verdad no sospechabas nada?

Niega con la cabeza sin mirarme, concentrada en acumular los *toppins* en lo alto de una bola de nata.

—Creo que llevamos años corriendo un paso por delante de ellas y que esta vez han sido más listas. Eso es todo. —Hace una mueca con los labios, como queriendo decir «Yo ya he asumido este destino de mierda, hazte a la idea tú también».

—Ya... —La observo de hito en hito, atento a sus movimientos—. ¿Y tú lo aceptas porque estás aburridísima del pueblo, dices?

—Y no te olvides de mi amor de nieta. —Me guiña un ojo, acercándose la cañita de la horchata a los labios.

Sé que está mintiendo de nuevo, pero, por un segundo aterrador, me quedo con la vista fija en su boca. El labio inferior es muy carnoso, y el arco de cupido del superior es tan pronunciado que prácticamente es una «M». Es una buena boca. No es una novedad. La he visto en infinidad de ocasiones, normalmente torcida por el disgusto, así que me digo que el jarabe de sacarosa y el ácido cítrico de la bebida me han aporreado las neuronas.

Justo cuando la horchata está a punto de llegar a su destino, aparto la vista, sintiendo un calor en el bajo vientre que ignoro por completo.

«Tampoco te fijes en su boca, capullo.»

El silencio de a continuación se ve interrumpido por la campanilla de la puerta.

—Justo donde nos han dicho que estarían —dice el inconfundible vozarrón de mi abuela.

Tanto Lluvia como yo nos volvemos como resortes hacia el recibidor del Frosty’s. La verdad es que siempre es un espectáculo verlas entrar en algún sitio. Mi abuela roza el metro setenta y cinco, y, si no fuera por sus problemas en las rodillas, continuaría utilizando sus tacones de escándalo. Con un vestido veraniego verde, suficientes abalorios como para estropear

un detector de metales y las gafas de sol de pasta naranja sobre la nariz, parece una actriz de Hollywood paseando de incógnito.

Además, nada como ver a tu abuela para que cualquier pensamiento sucio que pudieras estar teniendo salga corriendo. No se puede pensar en guarradas con un familiar femenino cerca. Está prohibido constitucionalmente.

A su lado, Joyce Clearwater resulta adorable. Gracias a su pelo blanco con forma de nube de azúcar, consigue llegar a los hombros de mi abuela. Lleva unos pantalones acampanados de crochet que contienen todos los colores del universo. Todos. Y su perenne sonrisa suaviza un huevo lo imponente que resulta mi abuela.

Son, y siempre han sido, un dúo que se complementa a la perfección.

Lluvia me fulmina con la mirada.

—¿Me has tendido una trampa?

—Querida, querida... —Joyce se apresura hacia nuestra mesa. Sus pies siempre parecen ir a la velocidad de la luz, pero en realidad se mueve despacio. Algo rarísimo—. Ha sido a Ati y a mí a quienes se nos ha ocurrido venir a dar con vosotros. Sabía que Asher te estaba buscando, y Abigail me ha dicho que veníais al Frosty's.

Malditos pueblos pequeños.

—Esto es terreno neutral. —La abuela menea el bastón peligrosamente cerca de mi cara, indicándome sin palabras que le haga sitio. Me deslizo hasta quedar pegado a las cristaleras, y Lluvia hace lo mismo—. Así no pondréis tantas pegas.

Que estas dos se hayan tomado la molestia de pillarnos en un lugar fuera de casa no pinta nada bien. Las alarmas de mi cabeza resuenan de nuevo.

—Pegas, ¿a qué?

La abuela observa todos los platos delante de Lluvia con ojo crítico.

—A lo que sea. En este caso, a sentar las bases de nuestro próximo viaje y procurar que todos estemos contentos antes de embarcarnos.

«Difícil», pienso. Sobre todo, cuando es un viaje que NO hemos decidido entre todos. Siento escalofríos por estar ahora mismo aquí, en esta mesa, sin escapatoria plausible. Sí, claro, podría saltar como una cabra por encima de mi propia abuela, soltar alguna excusa que nadie se creería y largarme... pero en algún momento tendría que volver a casa y enfrentarme a ella.

Entonces saca el dichoso mapa que solo vimos de refilón ayer y mis ojos no van tan rápido como para captar todo lo que está señalado ahí.

—¿Pensáis visitar todo eso? —pregunto, incrédulo.

Han señalado puntos muy comunes en viajes por el país, como parques nacionales y rutas playeras, pero también veo marcas en el desierto de Mojave. ¿Quién diablos visita un desierto? Además, me doy cuenta de que algunas cosas están en color naranja y otras, en verde.

—Pensamos —me corrige la abuela. Pasa las manos varias veces sobre el mapa para alisarlo lo máximo posible. Los pliegues están muy marcados y algo desgastados, lo que me lleva a pensar en la cantidad de tiempo que habrán dedicado a planear esto—. De ahí esta reunión. Joyce y yo ya hemos decidido lo que queremos visitar y nos parece justo que tengáis la oportunidad de añadir lugares de vuestra elección.

Joyce asiente, contenta. Nos mira a Lluvia y a mí de esa manera tan tierna que hace imposible que te enfades con ella, aunque ahora mismo mis niveles de pánico estén subiendo a cotas anormales.

—Este viaje es tan vuestro como nuestro —insiste la mujer—. De veras.

Antes de que se me ocurra algo que contestar a eso (algo que, sospecho, no agradaría ni a mi abuela ni a Joyce), Lluvia la abraza.

—Lo sé. Gracias, abuela. Y a ti también, Atlanta. Cuanto más lo pienso, más ilusión me hace.

—¿En serio? —Joyce se apretuja más en los brazos de su nieta, algo muy parecido a ver a un gatito buscando calor en su mamá gata—. Ay, querida, qué feliz me haces.

Las observo haciendo todo lo que está en mi mano por no quedarme boquiabierto. A ver, Lluvia siempre ha jugado un poco con su papel de pelota y nietísima para salirse con la suya. Es bastante manipuladora. Pero, una vez más, no entiendo qué gana ella siguiéndoles el juego. ¿Será verdad que está hasta las narices de Santa Jacinta y cualquier plan para salir de aquí le suena a gloria? ¿Incluso cuando ese plan me incluye a mí, la persona que menos soporta de todo el pueblo?

No tiene sentido. Me he pasado AÑOS fastidiándola con mi practicada indiferencia, rezando en silencio para que se extinguiera la llama de nuestra rivalidad. Yo debería ser el que estuviera abrazando a su abuela y asegurando que todo esto me parecía genial, y contemplando cómo a ella se la llevaban los demonios porque no podría hacer nada por evitarlo.

Sin embargo, ella ha asegurado que yo solo soy un daño colateral.

¿Qué cojones está pasando?

¿Acaso ella... ya no me detesta? Y si no me detesta, ¿qué hay entre nosotros? Sigo notando la tensión flotante cada vez que estamos cerca. No me he podido imaginar eso, ni la forma en que se indignó ayer por no seguirle el juego. Así que, si ha pasado página, tal vez sea simplemente que no le caigo bien y ya está. Y que eso es tan insignificante que pasarse mes y medio de viaje conmigo le resbala.

Debería alegrarme. Me fui a la universidad creyendo que la distancia acabaría con esta absurdidad que nos envuelve desde los nueve años.

Sí, debería estar contento si ella ahora solo me ve como el nieto de la mejor amiga de su abuela, excompañero de clase o un chico más del pueblo.

No entiendo por qué quiero pegarle un puñetazo a la cristalera, la verdad.

—Los lugares señalados con naranja son los míos —está explicando Joyce, muy contenta. Supongo que tener a su nieta escuchándola con atención y sin oponer resistencia va a hacer que hoy duerma como un angelito— y los verdes son idea de Atlanta.

—Son... un montón —murmura Lluvia.

El eufemismo del siglo. No hay un solo estado en el que no hayan señalado algo que quieran ver. Es imposible. Ni con seis meses de viaje serían capaces de llegar a todos esos sitios, por no hablar de las vueltas inútiles que darían en el proceso.

—Para eso está mi Asher —dice entonces la abuela, dándome un apretón bastante fuerte en el antebrazo. De pequeño hubiera pensado que era un gesto agresivo, pero ya he llegado a entender que, tratándose de Atlanta Stone, es una muestra de afecto infinita—. Tú puedes ordenar esto, ¿verdad?

Claro que podría. Sin embargo, me muerdo la lengua. Todavía no he dicho que sí. Desde que nos dieron la noticia ayer, no ha habido una sola ocasión en la que en realidad me haya planteado que esto podría pasar. Me he negado en redondo a considerarlo en serio.

Lo cual es un comportamiento bastante absurdo viniendo de mí.

Aguanto como un campeón la mirada penetrante de mi abuela, que se ha quitado las gafas de sol.

—Nana, tengo planes.

—¿Planes más importantes que pasar tiempo conmigo? —Sus ojos se abren un poco más y yo me siento como un pobre incauto frente a una serpiente de cascabel. Me parece que todo lo que la rodea se difumina, y solo existe su rostro y el sonido de su voz. Creo que es la misma táctica que utilizó para convencer al abuelo de que el apellido familiar fuera el suyo, Stone, y no Jackson—. ¿La mujer que lo ha dado todo por ti?

Ay, la leche. A partir de ahí, todas las razones que doy y expongo sobre por qué el viaje es una mala idea para mí y que tenía otras cosas programadas para este verano, son echadas por tierra. Lluvia y Joyce contemplan el debate con evidente interés, aunque no me hago ilusiones sobre por quién apostarían si pudieran.

Al final acaba haciéndome sentir un nieto egoísta, cerca de lo despreciable, argumentando que jamás me ha pedido nada. Es cierto, y a la

vez no lo es. De normal a la abuela no le hace falta pedir las cosas porque sus miradas y gestos hablan por sí mismos, pero en fin. El caso es que acabo aceptando, derrotado por sus argumentos y por el hecho de que Lluvia también va y a ojos de mi abuela eso es parte de una competición de amor filial y yo no puedo quedarme atrás.

Arrinconado como un animal herido, hago lo único que puedo para tomar un poco de control y no sentirme tan gilipollas.

—¿Tenéis un rotulador?

Joyce prácticamente da un salto.

—¡Tengo de todos los colores! —Se pone a rebuscar en su bolso, también de crochet—. Lluvia, ¿qué color crees que le corresponde a Asher? ¿Azul, por sus ojos?

Le tiende a su nieta un manojo de rotuladores. En efecto, en ese bolso cabían infinidad de colores. De manera casi imperceptible, Lluvia se desliza unos centímetros, alejándose de su abuela.

—Rojo —murmura, lanzándome una miradita que interpreto a la perfección.

Rojo infernal.

—Excelente, pues el azul para ti.

Acepto el rotulador rojo, pero Joyce no lo suelta de inmediato. Aprovecha para darme unas palmaditas (suaves y delicadas, en comparación con los golpetazos de mi abuela) sobre los nudillos y sonreírme.

—Gracias por venir, querido. Este viaje no sería lo mismo sin ti, de ninguna manera.

Mi corazón frustrado tartamudea un poco. Esta mujer y su labia deberían ser ilegales. Muy a mi pesar, no puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Viajar contigo va a ser la hostia, Joyce.

La mujer agita las manos, sonrojándose desde el cuello hasta las puntas de las orejas.

—¡Ese hoyuelo tuyo, bribón!

Destapo el rotulador, giro el mapa hacia mí y luego hago la «X» más gruesa, irregular y desbaratada de mi vida. Y por si quedaba alguna duda, también rodeo con un círculo la ciudad de Pasadena y escribo:

3 de septiembre
Partido contra Stanford

Considerando que tienen planeado irse (irnos) mañana, es entonces cuando caigo en la cuenta de que faltan cuarenta días para eso... Es decir, cuarenta días de viaje. Cuarenta días suena a peste negra, a deambular por el desierto resistiendo las tentaciones de Satán, o al mantra de algún gurú de mierda que asegura que son los días exactos que el cuerpo necesita para habituarse a algo nuevo.

No me gusta el número cuarenta, no.

Vuelvo a dejar el rotulador sobre la mesa, sintiéndome como quien acaba de firmar un contrato con el diablo y sabe que, pase lo que pase, va a salir perdiendo. Mi abuela parece triunfante, observando a Joyce como si dijera «¿Lo ves? Al final lo hemos conseguido». Joyce, por su parte, tiene las manos unidas bajo la barbilla y la vista clavada en el mapa, arrobada por lo que ve.

Lluvia se ha cruzado de brazos y no puedo leer nada en su expresión.

Contemplo una vez más mi «X» y suspiro, tragándome todo el pánico y tirando de mi estómago para recogerlo antes de que pringue aún más el suelo de la heladería.

—Objetivo fijado. Ahora falta el plan de juego, señoras.



El debate sobre qué estados son prioritarios visitar, qué estados no, qué lugares dan miedo o cuáles tienen la entrada prohibida a visitantes se extiende un par de horas. Resulta que Joyce entiende este viaje como una manera de estar debidamente acompañada mientras visita los lugares más misteriosos de Estados Unidos y se vuelve adicta a la adrenalina o algo así. Siempre he sabido que es una firme creyente de lo paranormal. Tiene un disfraz hecho a medida de los *Cazafantasmas* que se pone cada Halloween. Así que ha señalado todas las mansiones encantadas, geoglifos, parques de atracciones fuertes y hospitales abandonados. Encantador.

Mi abuela es mucho más clásica. Quiere ver monumentos, árboles milenarios, puestas de sol y tomarse un copón de Chardonnay en alguna bodega con muchos premios.

La única demanda por parte de Lluvia es parar en Arizona antes de regresar a California.

—Justin va a estar allí para ver el Gran Cañón —dice. Se pellizca sus propios dedos y no se me escapa la mirada de reojo que le lanza a su abuela, que parece un poco sorprendida—. No digo que me vaya a quedar con él, mi idea es seguir el viaje hasta volver a casa con vosotros...

Su voz se va haciendo más pequeña. Eso me llama la atención al instante. Es como si no estuviera segura de sus propias palabras, o como si se hubiera obligado a decirlo.

Eso no es NADA propio de Lluvia Clearwater.

No muevo ni un músculo ante la mención de su novio, o al menos eso espero. Jamás le he dado indicios a Lluvia sobre lo que opino de su relación con ese cretino, a pesar de que los he vigilado de vez en cuando. A decir verdad, lo he vigilado a él. No es trigo limpio. No lo era en el instituto, y dudo mucho que eso haya cambiado al irse a la otra punta del país a estudiar lo que mamá y papá le han indicado. Si alguna vez, una sola vez, hubiera sabido que no se estaba comportando como debía con Lluvia...

Sí, sé que no hubiera podido hacer nada. A no ser que fuera un absoluto cabrón y le hiciera daño, los tíos que Lluvia elige no son asunto mío. E incluso en el peor de los casos, no sería lógico que fuera yo quien saliera en su defensa.

Pero si le encajara un puñetazo estando él y yo a solas, sé que jamás se le ocurriría admitir que había sido yo. No nos hemos llevado bien jamás. Él me detesta porque nunca pudo superarme como *running back* y fui el único en recibir una beca por mis habilidades deportivas. Yo lo detesto porque solo piensa en sí mismo, como compañero de equipo no se podía confiar en él, y... por otros motivos.

Motivos que, hoy en día, siguen haciendo que me hierva la sangre.

—No, no, querida, ir a ver el Gran Cañón con tu novio es una idea maravillosa —comenta Joyce, a todas luces encantada. Cualquiera diría que quiere librarse de su nieta, de no ser porque la ha emboscado para este viaje conjunto. Tal vez es su manera de compensarla—. Y podemos pasar por Arizona justo al final, ¿verdad, Asher? Dejamos a Lluvia y continuamos hacia tu gran partido.

Mordiéndome un carrillo, asiento. Arizona y California son estados colindantes y, aunque entre el Gran Cañón y Pasadena haya un trayecto de varias horas en coche, se puede hacer. Solo habrá que estar atentos esos últimos días para llegar con antelación al partido.

—Que todavía no está decidido —insiste Lluvia—. Mi plan es con vosotros.

—No te hagas la cándida, muchacha —la regaña mi abuela, aunque está claro que está tomándole el pelo—. No somos tan malas como para privarte de unos días con tu novio al final de las seis semanas de viaje. Hay que darle vida a esa vagina.

Lluvia no se pone ni colorada, pero yo sí siento todos los fuegos del infierno chocando contra mi cuerpo. No sé si es porque mi abuela ha dicho la palabra *vagina* en el Frosty's, porque esa vagina a la que se ha referido es

la de Lluvia o porque ha insinuado que la vagina de Lluvia va a montárselo con el gilipollas de Howard.

«Retrocede, cerebro, retrocede.»

No puedo caer en esos bucles. Necesito redirigir mi atención, así que me implico al cien por cien en organizar el caos del mapa. Hay cosas que quiero ver de Estados Unidos, joder. Nunca he estado en Washington D. C. o Nueva York, por ejemplo. Deberían quitarme la nacionalidad por semejante delito.

Finalmente fijamos una ruta que no nos hará dar vueltas innecesarias ni retroceder, sino ir visitando todo lo que nos interesa con mucha calma mientras regresamos inexorablemente hacia la gran «X». Descartamos estados como Utah, Nebraska o Iowa, porque nos obligarían a hacer un desvío muy gordo.

En líneas generales, establecemos las prioridades basándonos en ciudades que no hayamos visitado nunca, que nos interesen a todos y que tengan campings de autocaravanas. Y no son pocas. De hecho, mirándolo desde esta perspectiva, Estados Unidos parece diseñado para que alguien lo recorra en autocaravana. Aun así, consigo reducir drásticamente la infinita lista que habían hecho la abuela y Joyce. Ninguna de las dos protesta mucho (por no decir nada), lo cual me hace preguntarme si nos han engañado con la típica táctica de asustarnos con demasiado de golpe y luego hacernos creer que tenemos poder de decisión.

También se comprometen a que yo tenga espacio y tiempo todos los días para mis ejercicios.

—Se lo juré a tu entrenador —dice la abuela, poniendo los ojos en blanco—. Qué hombre, de verdad.

Una vez todo aclarado, me siento mucho más tranquilo. El control y el orden me reconfortan. Ahora veo el mapa de forma muy parecida a la pizarra de jugadas del entrenador Tim. Entiendo sus símbolos, veo cuál es mi posición entre todo esto.

—Esto sí es un viaje bien organizado —proclama la abuela—. Lo siento, Jojo, tú y yo habríamos acabado en Chihuahua sin saber muy bien cómo.

Joyce se ríe.

—Es cierto, Asher ha sido nuestra salvación. ¿Qué era lo que le gustaba hacer cuando llegó a Santa Jacinta, Ati?

Mi abuela infla el pecho con orgullo. Oh, no. Aquí viene. La anécdota sobre cómo ideé un horario para cuadrar rutinas con mi abuela cuando me mudé con ella. Incluí cosas muy normales, como desayuno, almuerzo, cena, actividades, reuniones o tareas del hogar, pero también me vine arriba e insistí en que apuntáramos cuándo nos tocaba ducharnos, quién organizaba la nevera (por tipo de alimentos y fecha de caducidad, claro) y los ratos en los que podíamos «holgazanear». Sí, usé esa palabra.

Joyce presta tanta atención como si fuera la primera vez que escucha la historia. Observo de refilón a Lluvia, que muestra una sonrisita mientras devora el segundo pedido de helados que ha hecho. Me pregunto a dónde van todas esas calorías, porque, que yo sepa, no hace más ejercicio que subir y bajar escaleras y trasladar macetas.

—Se lo enseñó mi Benjamin —dice la abuela—. Ese muchacho llevaba la organización a otro nivel. Bueno, en el colegio le diagnosticaron TOC.

—¿Tu padre tenía TOC? —Lluvia arquea las cejas—. Eso explica muchas cosas.

Joyce vuelve a dar otro saltito.

—¡Oh, se me olvidaba! ¡El reparto de roles!

Tras rebuscar de nuevo en su bolso, saca cuatro palos de madera muy finitos y planos. Pintarrajea el extremo de cada uno con los cuatro colores que hemos usado en el mapa: naranja, verde, rojo y azul. Luego los oculta en su puño.

—Voy a mezclarlos y los iremos sacando para decidir quién se ocupa de cada cosa, ¿de acuerdo? Aunque necesitamos una mano inocente, por

supuesto... ¿Quién...? ¡Oh, sí! ¡Lorie, querida! ¿Puedes venir un momentito?

Lorie prácticamente vuela hasta nuestra mesa y se presta a ayudar en lo que haga falta. Sus ojos se desvían todo el rato hacia el mapa y sé que no es tan complicado atar cabos sobre lo que ocurre. Y menos cuando mi abuela le dice:

—En primer lugar, decidiremos al encargado de la limpieza. ¡Adelante, muchacha!

Lluvia



Lorie observa el puño de mi abuela, donde están escondidos los extremos coloreados de los palillos, con muchísima concentración. Vaya, se lo está tomando súper en serio... tal vez porque nuestras abuelas le dan mucha gravedad al asunto con sus expresiones circunspectas. Y bueno, para qué negarlo, a mí esto también me interesa. No me molaría tener que pasarme las próximas seis semanas limpiando bajo la mirada de halcón maniático de Asher. Tiene un concepto muy erróneo de los gérmenes. Para empezar, cree que existen con una gran conciencia de sí mismos en las superficies de todas las cosas y que están deseosos de infectar a las personas.

El primer palito que sale es el naranja. Mi abuela aplaude.

—¡Oh! Soy la primera. ¡Qué ilusión! Me comprometo solemnemente a mantener nuestro hogar rodante en perfectas condiciones.

En fin, puede que no me haya librado tanto de la limpieza como creía. La abuela no es muy meticulosa, le basta con que brille aquello que está a primera vista, y yo prefiero que no haga sobreesfuerzos.

Lo siguiente es decidir quién cocina. Por suerte para todos, sale el palito verde. Atlanta es una excelente cocinera. Yo me defiendo en los fogones, sobre todo con cualquier receta que lleve pasta (y me salen unas ensaladas muy pintorescas), pero, una vez más, no me apetece lo más mínimo seguir

las indicaciones del tiquismiquis de Asher y su dieta de deportista; que está en el Frosty's y solo se ha pedido Gatorade, por Dios.

Atlanta asiente, satisfecha.

—Bien, ahora veamos quién será el conductor principal. El que quede será el encargado del mapa.

Oh, esto es genial. De repente, Asher se separa del respaldo del sillón y se inclina hacia Lorie. Sé lo que está pensando. Lo tiene escrito en la cara. Es el típico tío que no puede concebir que una mujer lleve el volante.

Los dedos de Lorie revolotean unos segundos sobre los dos palitos que quedan. Cuando escoge uno, yo contengo un poco el aliento. Tira de él y...

—Mierda —farfulla Asher.

—¡Sí! —exclamo al ver el color azul. ¿Hace unos minutos me importaba ser la conductora en un viaje al que, en primer lugar, no estaba interesada en ir? Claro que no. Esto es una cuestión de principios—. Perfecto, yo también me comprometo solemnemente a...

Asher da una palmada en la mesa.

—Impugno esta decisión.

Lo observo, incrédula.

—¿Qué? No puedes hacer eso. No ha sido una decisión. Ha sido el azar.

—La impugno igualmente. —Me dedica una sonrisa falsa—. Nadie ha dicho que tengamos que estar de acuerdo con lo que sale de esos palitos.

Levanto los brazos.

—Y, entonces, ¿para qué demonios lo estamos haciendo?

—Muchachos. —Atlanta nos mira como si fuéramos niños revoltosos—. Asher, Lluvia tiene razón. Hemos utilizado este método y a Lorie para que el reparto fuera justo. ¿Cuál es el problema?

—Me alegra muchísimo que me hagas esa pregunta, Nana. ¿Alguien recuerda la estatua de Wood Stone que solía haber frente al ayuntamiento?

Atlanta, la abuela y Lorie contienen la respiración a la vez. La heladería al completo contiene la respiración. El maldito pueblo queda suspendido en

una brecha espaciotemporal provocada por este idiota.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo—. ¡Eso fue un accidente y casi no lo cuento!

El muy arrogante se limita a parpadear, pero capto algo... algo más. ¿Tal vez como si estuviera... satisfecho por haberme pinchado?

—No habría pasado si te hubieras quedado en tu carril. ¿No ibas, además, muy por encima del límite de velocidad?

Aprieto los labios y me digo que, si lo insulto en este momento, perderé toda la razón que pudiera tener, porque lo más importante para mi abuela y la suya son los modales. Tras hacer que toda la sangre huya de alrededor de mi boca, digo entre dientes:

—Claro que sí, es lo que pasa cuando los frenos no te funcionan porque vas cuesta abajo en un día que las carreteras están heladas. ¿No fuiste tú quien cogió mis cadenas para su propio coche y se olvidó de devolvérmelas?

—¿Quién coge un coche sabiendo que puede patinar?

—¿Quién me echaría en cara que casi la palmara contra el culo helado de su maldito antepasado?

—¡Basta!

Ambos nos sobresaltamos. Atlanta se ha puesto en pie y enarbola su bastón como si fuera una espada medieval. Tiene esa mirada atormentada, como si no supiera qué hicieron mal ella y la abuela en su anterior vida. Yo se lo diré: apellidarse Stone y Clearwater.

—No os vais a poner de acuerdo, ¿verdad?

—A mí no me mires, es tu nieto el que tiene un problema.

Asher se cruza de brazos, impasible.

—No. Esto es por el bien de todos. Lluvia es un peligro al volante.

—Bien. Entonces no nos dejáis otra opción. ¿Oro y plata, Jojo?

—Oro y plata, Ati.



No juego al oro y plata desde que era una cría, y desde luego nunca lo hice con Asher Stone. Las niñas solíamos jugarlo con otras niñas, sobre todo porque el riesgo de un pisotón doloroso era menor. Entre él y yo hubiera sido un baño de sangre.

Las abuelas nos hacen salir al aparcamiento del Frosty's. Sé que Lorie nos habría seguido si su encargada no estuviera ya dando toquecitos en el mostrador con las uñas. Si yo fuera Lorie, tampoco querría perderme algo así. De todas maneras, tenemos suficiente público de parte del resto de clientes y habitantes del pueblo como para que este chisme corra por Santa Jacinta como la pólvora.

Asher sostiene la puerta del local para que salgamos, haciéndose el caballero. Yo voy la última. Lo miro de refilón al pasar por su lado y nuestros ojos conectan. Como me saca casi dos cabezas, puede escrutarme con tanta parsimonia como un dios ante un mero mortal... o al menos lo intenta, porque jamás me he sentido intimidada por él. Siempre ha habido algo muy familiar en el rictus serio de sus labios y en sus ceños fruncidos; algo casi... pacífico. Sé que suena muy contradictorio, pero para mí tiene sentido.

Sostengo su mirada y le doy un par de segundos para que recapacite y diga que esto es una tontería. Es lo que lleva haciendo los últimos años, la verdad. Ya nunca entra al trapo en esta clase de cosas, las proponga yo o alguna de nuestras abuelas.

Sin embargo, me sorprende al no abrir la boca. Me detengo unos segundos justo bajo su brazo, en el umbral del Frosty's, entre el aclimatado interior y el bochornoso exterior.

Mantengo su mirada más tiempo de lo normal, sabiendo que lo detesta, y luego sonrío con lentitud.

—Prepárate para perder, Ash Ketchum. Pienso conducir esa autocaravana. De hecho, es lo que más me apetece en el mundo desde hace cinco minutos.

Durante unos instantes lo observo quedarse paralizado, como si no supiera qué hacer a continuación. Lo normal sería que apartara la mirada; que me ignorara y echara a andar, mostrándome su amplia espalda. Hoy, sus bonitos ojos azules escanean mi rostro, bajan por mi ropa antimorbo y vuelven a subir.

Entonces está a punto de darme un paro cardiaco, porque, con el brazo todavía extendido, se inclina hasta que su rostro está a la altura del mío. Por inercia, doy un paso atrás y acabo aplastada contra el marco de la puerta.

Su aroma me llega. Nunca lleva colonia, es algo mucho más natural y que siempre me ha recordado al sándalo. ¿Será el jabón que usa? ¿El detergente de la ropa?

—Esta vez no, Lluvia —murmura.

Luego se aleja, como si nada. Tengo que dar un par de pasos a toda prisa para que la puerta del Frosty's no me golpee el trasero. Bueno, si ese ha sido su intento de acobardarme, va listo.

«Hace falta mucho más para eso», pienso mientras abro y cierro los puños ahora que no me ve.

Mucho más.

El oro y plata consiste en que dos personas se coloquen frente a frente a unos tres metros de distancia. Las abuelas supervisan que estemos bien situados y, con una rápida partida de piedra, papel o tijeras, se determina que Asher será el oro y yo, la plata. Al instante me lamento. El que empieza es el que lleva ventaja. Por otro lado, los enormes pies de Asher y su envergadura pueden jugar en su contra, porque en este juego cada centímetro cuenta.

—Preparados, listos, ¡ya! —Atlanta golpea el suelo con el bastón.

Asher da una zancada de metro y medio, comiéndose la mitad del espacio de golpe.

—Oro.

Yo, mucho más precavida, coloco un pie delante del otro, talón y punta tocándose.

Le sonrío.

—Plata.

Tras otra zancada descomunal, el pie derecho de Asher queda a cinco o seis dedos del mío.

—Oro —dice, desafiándome con la mirada.

El objetivo de todo esto es que uno de los dos pise su propio empeine y el del contrincante y haya dejado suficiente sitio debajo, entre los dos pies, como para encajar el último en horizontal. Si no cabe a la perfección (no puede sobrar ni faltar un milímetro), pierde. Así que, cuando pisas el empeine de alguien, debes estar muy seguro del espacio que hay.

Asher ha dejado excesivo margen. Si lo piso, mi pie encajará de sobra, demasiado hueco. Pero si paso el turno, él me pisará y creo que su pie de Yeti sí calzará a la perfección. Por no hablar de los huesitos que podría romperme si deja caer su peso sobre mí.

—Tramposo —farfullo.

—Lluvia, Lluvia... te creía mejor jugadora. —Se cruza de brazos, todo alto y musculoso, muy fanfarrón bajo la visera de su gorra—. ¿Te rindes?

Sería lo más sensato.

—Nunca.

No es que yo sea muy sensata en lo referente a él, la verdad. Observo mis alpargatas de jardinería, que en su día fueron amarillas y ahora son un batiburrillo de marrón y verde, y pienso que ninguna batalla está perdida del todo si puedes hacer sufrir a tu enemigo.

Planto la punta de mi roñosa alpargata sobre su impoluta zapatilla y hago equilibrio para apoyar el talón sobre mi propio empeine. Me impulso un poco hacia arriba, porque quiero asegurarme de dejar la mayor cantidad de mierda sobre sus cordones y que todo esto no haya sido en vano.

No calculo mucho la fuerza con la que me muevo y me tambaleo. ¡No! No puedo caerme. Eso sería dejarme ganar por torpe. Agito los brazos como un pingüino intentando alzar el vuelo y, cuando veo que es imposible que yo sola me sostenga sobre mi pie y que voy a besar el suelo, me aferro a lo único que tengo cerca: el mismísimo Asher.

Mis manos caen sobre sus hombros, donde aprieto tanto piel como camiseta en mi intento de no resbalarme. El resto de mi cuerpo, torso y caderas sobre todo, caen a plomo contra él. Debe de tener unos reflejos de superhéroe, tal vez fruto de tantos años corriendo con un balón en las manos, porque descruza los brazos justo a tiempo y me atrapa. Usa un poco más de fuerza de la necesaria, me aplasta contra él y me roba el aire de los pulmones.

Con la nariz enterrada entre sus pectorales, jadeo:

—Monta. —Es lo que hay que decir cuando pisas a alguien en el juego. Un poco como el jaque del ajedrez.

Él no contesta. Creo que se ha convertido en una estatua de piedra, como Wood Stone. Deslizo una mano hacia abajo, sin percatarme para nada de lo firme y calentita que está su piel, y hago palanca contra sus abdominales para separarme un poco sin que peligre mi posición. Consigo despegar la cara de su camiseta y respirar más sándalo.

Alzo el rostro hacia él, rezando para que mi cara no esté roja y parezca que esto me viene superbién y ha sido a propósito.

—He dicho «monta».

Está mirando algún punto por encima de mi cabeza. Tiene la mandíbula apretada. Sus enormes manos de jugador de fútbol americano se deslizan de mi espalda a mi cintura y el pulso se me dispara. Pensando que va a intentar

separarnos y dejar que me caiga, le hago una llave a su cuello y me pego como una lapa. Incluso enrosco el índice en el cierre de la gorra, una especie de rehén hasta que acabe el juego.

—De eso nada. Esto es legal. Si me tiras, en cambio, tú pierdes. —Luego alzo la voz—. ¡Decidle que se mueva ya!

Durante unos segundos, nadie me contesta. Entonces mi abuela canturrea:

—Es tu turno, Asher, querido.

Tras otra pausa absurda, Asher al fin mueve el pie. Lo noto a la perfección, es lo que tiene estar adherida a él como una segunda capa de ropa. Sus muslos se rozan contra los míos, lo cual me hace preguntarme qué hubiera pasado si no estuviera disfrazada para el señor Mottram y, en cambio, llevara uno de mis vestidos o faldas cortas. Asher va en bermudas. Ahora mismo estaríamos rozándonos piel con piel.

Me saldría un sarpullido, seguro.

No se sentiría bien para nada.

Me pregunto si soy la única que siente que pasa una eternidad hasta que él dice:

—Cabe.

Atlanta y la abuela se acercan.

—¡Vamos a comprobarlo!

Sé que Asher ha ganado, no hace falta que lo certifiquen, y ahora mismo me da igual. Cuanto más tiempo paso abrazada a él, más rápido me corre la sangre por las venas, como un dique roto, y más se me incrusta el olor a sándalo en las fosas nasales. Voy a tener que darme una ducha larguísima para deshacerme de todo eso.

Le echo un vistacito. Tiene el rostro girado hacia un lado y, como casi siempre, está serio. Sus manos siguen en mi cintura y aprietan lo justo y necesario para sostenerme. Con cuidado, suelto su gorra y su cuello y dejo las manos en sus hombros. Por un momento he acariciado su pelo rubio y

he recordado una vez, hace muchos años, que me dejó peinarlo. Sigue teniendo la misma textura y sigue haciendo que me cosquilleen los dedos.

Su mirada se desliza hacia mí. No sé cuál es mi expresión, pero él hace una mueca.

—¡Asher es el digno ganador! —anuncia mi abuela.

Nos separamos como si hubiera una bomba con cuenta atrás entre nuestros cuerpos. Por alguna clase de milagro, conseguimos alejarnos el uno de otro sin que nuestros pies se enreden. Como no sé bien qué hacer con los brazos, coloco las manos en mis caderas.

—Felicidades, la carga de nuestra integridad física está sobre tus hombros.

No me mira al responder, algo mucho más normal viniendo de él.

—Gracias a Dios.

Asher



Por la noche, justo antes de acostarme, hago algo extraño. He jugado y perdido el partido de hoy contra mi abuela y las Clearwater, y me siento exhausto mentalmente. Soy un tío práctico y sé que, si lo analizo todo con objetividad, no hay nada malo en este viaje a excepción del hecho de que me pilló con la guardia baja.

El problema...

Sí, joder, el único problema real mide un metro sesenta y juega con mis nervios como un *quarterback* con las yardas.

En todo caso, primero le he enviado un mensaje con unas gracias muy irónicas a mi entrenador por conspirar a mis espaldas con la abuela (y he recibido un pulgar hacia arriba como respuesta) y me he entretenido todo lo posible en el chat de grupo con mis compañeros de piso... hasta que me he cansado de los tiktoks de Fornite que Cooper envía sin parar y de los *stickers* de perros en primer plano de Dwight. Y me he negado a escuchar el audio de veintitrés minutos de Travis. Habitualmente analiza alguna serie que haya visto y le haya gustado mucho (o que le haya parecido una ofensa al mundo audiovisual), se come la cabeza por alguna tía o se le ha ocurrido un plan de juego brutal que lo petará en la próxima temporada y nos lo cuenta.

Luego me he enfrentado a la maleta, que seguía en el suelo de mi habitación. Siendo positivo, ya estaba medio llena porque no había tenido tiempo de deshacerla del todo. Siendo negativo, iba a tener que pensar en pocas horas qué meter y limpiar a toda leche lo que necesitaré para ejercitarme durante el viaje. Lo mirara por donde lo mirase, necesitaba más tiempo para todo. Pero, claro, es probable que, si me dieran más tiempo, acabase encontrando la manera de escaquearme.

Así que la he preparado lo más rápido que he podido y he pensado en el pequeño Asher que llegó a este pueblo y solo buscaba excusas para largarse. Si a ese Asher le hubieran propuesto viajar menos de veinticuatro horas después de poner un pie aquí, se habría lanzado de cabeza.

Si soy honesto, el Asher actual también lo haría. Considero Santa Jacinta un segundo hogar, y después de todo en este lugar vive mi familia, pero no lo tengo metido en la sangre como quienes tienen las raíces de su árbol genealógico incrustadas aquí.

Después de cerrar la maleta, hago algo extraño, algo que no hago desde hace varios años: descorro las cortinas de la ventana que da hacia la casa de las Clearwater. Luego deslizo el cristal hacia arriba, arriesgándome a otro golpe de polen.

Para mi sorpresa, veo a Lluvia. Siempre he pensado que, igual que yo acabé echando las cortinas y renunciando a mirar hacia allí, ella habría hecho lo mismo. Hoy, al menos, no es así. Puedo verla sin problemas sentada junto a su escritorio, pero girada hacia la puerta. Tiene las piernas subidas a la silla y el portátil sobre las rodillas. Tal vez esté viendo una serie o una peli, porque no se mueve. Con una mano sostiene el portátil y la otra la tiene en su propio cuello. Tiene el pelo húmedo.

Diría que está muy concentrada, pero lo cierto es que parece distraída.

El Asher de hace unos años también habría lanzado un grito estratosférico para asustarla y que se cayera de la silla.

Echo de menos a ese cabroncete.

En este momento, solo la observo. Ni me planteo que lo que estoy haciendo pueda ser considerado raro, ilegal o aterrador. Entre esa chica y yo esos términos son muy vagos y relativos.

La observo y pienso que voy a pasar seis semanas metido en un espacio reducido con ella. La recuerdo abrazada a mí en el aparcamiento del Frosty's y mi estúpido estómago da una sacudida. Aprieto los abdominales para contenerlo. Siento vértigo... hasta náuseas. Todas las alarmas suenan a la vez en mi cabeza, porque hay una razón (muchas, en realidad, pero una ha adquirido prioridad) para que decidiera cerrar estas cortinas para siempre y para que mantenga las distancias con ella.

Es curioso (por no utilizar palabras como desmoralizador, horripilante, jodido) que haya pasado casi un año lejos de aquí pero que no lo parezca.

Al final, ella se mueve. Baja la tapa del ordenador con tanta fuerza que me duele incluso a mí. Luego se inclina hacia delante hasta que mete la cabeza entre las rodillas, y juraría que oigo un grito ahogado.

No de miedo o tristeza, sino de rabia.

Justo entonces, la vocecita de su abuela flota escalera arriba avisándola de que la cena está lista. Me quedo tan perplejo que ni me muevo cuando vuelve a erguirse y deja el portátil sobre el escritorio con movimientos muy tranquilos, medidos. Por alguna suerte cósmica (o porque tampoco se espera que yo esté aquí después de tantos años) no mira hacia la ventana. La veo hacer respiraciones profundas en plan «me estoy poniendo de parto» y masajearse el pecho, como si le doliera.

Un minuto después, hace algo que me pone los pelos de punta: fuerza las comisuras de sus labios en una sonrisa. Sacudiéndose el pelo por encima de los hombros, sale de la habitación y también alcanzo a oír su alegre respuesta:

—¡Genial, me muero de hambre!

Lluvia



—Ay, ay —oigo murmurar a Trin a mi espalda—. Corroboramos la asistencia del 41 de los UCLA Bruins. Viene hacia aquí con dos bolsas de deporte en las que cabrían un par de cadáveres sin problemas.

Me quedo paralizada un momento con medio cuerpo dentro del portaequipajes de la autocaravana, haciendo una fuerza con las piernas y la espalda que luego me pasará factura, sobre todo por la noche tan asquerosa que he tenido pensando en este viaje y todo lo que conlleva. Y, sí, después de lo de ayer sabía perfectamente que Asher vendría al viaje, pero aun así mi corazón se salta un latido por la confirmación.

Viene hacia aquí con sus maletas.

Es real.

—No debería sorprenderme que sepas cuál es su número —le comento a mi amiga.

—Me sé hasta las dimensiones de su trasero, puesto que las mallas del equipo no ocultan nada.

—Eso es verdad.

Sin asomarme por el lateral de la autocaravana, capto el alborozo de mi abuela ante la llegada de Asher, el tono imperativo de Atlanta anunciando

los minutos que nos quedan y mi propio corazón bombeando dentro de mis oídos, como si hubiera decidido mudarse sin permiso.

Procuro ignorarlo todo y me concentro en que mis maletas queden sepultadas al fondo, donde no corran el riesgo de deslizarse de un lado a otro durante el trayecto (difícil, teniendo en cuenta que el portaequipajes tiene capacidad para tres o cuatro motos bien colocadas). Ahí solo llevo ropa y zapatos de repuesto, ya que lo demás lo colocaré junto a mi cama... si es que hay espacio suficiente. La abuela me ha asegurado que sí, pero todavía no he explorado la autocaravana. Es como si mi cuerpo quisiera evitar la condena lo máximo posible.

Los pesados y largos pasos de Asher se acercan.

—Eh, Trinity, ¿cómo estás?

A favor de mi amiga debo decir que no es la típica que se queda en blanco delante de su *crush*. Disimula como una campeona (siempre y cuando Asher se deje la camiseta puesta).

—¡Hola! Genial, dándole a Lluvia un par de consejos para viajar por el país: no vayas a un parque nacional un domingo, estira las piernas, no des de comer a animales salvajes y sácate un fotón en Yellowstone.

—Lo típico, vamos. He oído que estás en la universidad de Reno. ¿Qué tal es?

—Bueno, ruedan matojos secos en verano y me llega la nieve a las orejas en invierno, así que... estupendo.

La carcajada de Asher envía escalofríos a través de mi espalda. ¿Desde cuándo es tan simpático? ¿O tan... magnético? No, no, esa no es la palabra. Pero es como si hubiera regresado de la universidad con un aura diferente, con una especie de confianza estúpida llena de... no sé, ¿testosterona? ¿Eso tiene sentido? Es probable que no. A ratos parece el mismo Asher de siempre (quitando los músculos extra), y de repente hace cosas como lo de ayer y...

De pronto, algo negro se desploma junto a mí y pego un brinco del susto.

Mi cabeza choca contra el techo, que, para mi suerte, es mucho más acolchado de lo que esperaba. O eso creo hasta que me doy cuenta de que Asher ha puesto la mano para evitar que me golpeara, y que el suspiro de Trinity puede haberse oído hasta en Pensilvania. ¿En serio? ¿No se da cuenta de que me ha «salvado» de algo que ha provocado él mismo?

Fulmino con la mirada las bolsas de deporte y luego a él. De ninguna manera me fijo en lo inmensos que parecen sus bíceps con esa camiseta roja de mangas recortadas, ni en que el hueco de la axila es tan amplio que prácticamente le veo un pectoral. Ni pienso que ayer mi cara estuvo enterrada entre uno y otro y todo se sentía muy muy firme.

—Podrías haber esperado a que yo terminara.

Enarca una ceja rubia que se pierde en su gorra. También es de los Bruins, pero esta es negra. Busco pelusas pegadas a la tela, pero es evidente que no encuentro ninguna. Me pregunto si, en lugar de cadáveres, lo que lleva en las bolsas no será su colección completa de gorras, cada una en un estuche hecho a medida con sistema de refrigeración, oxígeno, y quitapelusas individual.

Porque Asher es así de neurótico.

—¿No has oído a mi abuela? Nos vamos en veinte minutos, y preferiría que no dejaras esto como el armario de un indigente.

Y está claro que su neurosis ya ha extendido los tentáculos hacia la autocaravana.

—Bien. Todo tuyo, Marie Kondo.

Él me ignora y Trinity suelta una risita. Mi mejor amiga no despega los ojos de él cuando se inclina para colocar su equipaje; para ser precisa, sigue los movimientos de sus nalgas como una serpiente hipnotizada. Me pregunto si Asher nota esa intensidad, como si la zona se le calentara bajo la luz de una lámpara.

—Dame mi fitonia antes de que se te caiga, anda.

Recupero mi querida maceta de las manos de mi amiga sin que esta parpadee siquiera.

—Sigo sin poder creer que te la lleves al viaje.

Acaricio las preciosas hojas color magenta, brillantes y libres de enfermedades.

—Necesito que estén perfectas para el ramo de la señora Phillips, y no confío en nadie para que...

Un claxon interrumpe mis palabras. Conteniendo un poco la respiración, rodeo la autocaravana y me encuentro de frente con un carísimo Dodge Challenger rojo, el cual me importaría un pepino de no ser por su conductor.

—Justin —susurro.

Sale del coche como un actor de cine. Hasta me parece que la ligera brisa que corre por Hazard Street lo envuelve y sacude su pelo lo justo para que ese rebelde mechón castaño caiga entre sus cejas. Me pican los dedos por apartárselo, pero me contengo. Aunque no parece enfadado, tampoco me está sonriendo, y el mensaje que me envió ayer fue otra de las causas por las que no pude pegar ojo.

> Parece que los planes para tu viaje
> van viento en popa, ¿no?

Lo acompañó de una foto en la que salimos Asher y yo al final del juego de oro y plata. Es decir, enlazados como dos culebras. Me dio hasta repelús mirar esa imagen.

Maldita Lorie. Tuvo que ser ella.

—No sabía si vendrías —digo, apretando la maceta contra mi estómago porque los retortijones ahí dentro me hacen pensar que está ejecutando un centrifugado.

Él exhala con fuerza y, si no hubiera estado atenta, me habría perdido la mirada lúgubre que le echa a la autocaravana. Intenté explicarle lo del Frosty’s y le pedí que viniera a casa para charlar y enseñarle el trasto en el

que voy a subsistir durante seis semanas. No contestó y, por supuesto, no apareció.

—He estado hecho un lío, Lluvia, pero ¿cómo no iba a desearle buen viaje a mi novia?

Mi pecho se constriñe al oírlo. Es... Es una frase bonita.

Es bonita, porque ha venido.

Porque, aunque esto sea algo que ha roto todos sus planes para este verano, ha venido.

Omito la razón por la que tengo que insistirme tanto. Y, aun así, algo me impide salvar la distancia de medio metro que nos separa y no sé qué es.

—Gracias.

Justin chasquea la lengua.

—No hagas eso, que me haces sentir fatal. —Y, a continuación, tira de mí para abrazarme.

Aparto la fitonia a tiempo, alargando el brazo con la maceta lejos de nosotros, pero me sumerjo encantada en su pecho. Froto la suave tela del polo que lleva con la mejilla, y huelo su característica colonia de marca. Sé que es exclusiva y que no se vende en Santa Jacinta, pero siempre olvido el nombre.

—Te voy a echar un montón de menos —me dice junto al oído, y mi estómago pasa de centrifugar a conectar motores, listo para el despegue.

Eso todo lo que necesito que me diga. Solo eso. Justin tiene su propia manera de afrontar las cosas, necesita su tiempo. Y, al final, nunca me decepciona... aunque tarde un poco.

—Y yo a ti —respondo antes de apartarme.

Parece que está a punto de decir otra cosa, mucho más relajado, pero una sombra alta y rubia lo interrumpe.

—Vaya, pero si es Justin «Magia» Howard.

Asher le tiende la mano, esbozando una pequeña sonrisa que yo no me creo para nada; ni yo, ni Justin, ni nadie que esté observando y tenga dos

dedos de frente. Fueron compañeros-rivales en el equipo de fútbol del instituto, y en este momento no estoy segura de cuál de los dos es más alto. Tengo la impresión de que se están mirando de frente sin problemas. ¿O Justin se ha puesto ligeramente de puntillas para crecer unos centímetros?

Decido que, como soy diminuta en comparación, desde aquí es imposible estar segura.

Justin acepta el apretón de manos a regañadientes.

—Stone. Bonita gorra.

Asher toca la visera.

—Ya sabes, era mi sueño llevarla y todo eso.

¿«Bonita gorra»? ¿«Mi sueño y todo eso»? ¿Por qué los tíos heterosexuales se comunican tan mal? Debo de hacer más ruido de lo que pienso suspirando, porque los dos se giran hacia mí. Los ojos azules de Asher se fijan en la maceta.

—Vaya, es la primera vez que veo una planta tan rosa.

—Es una fitonia, y es magenta, no rosa —musito de mala gana. Luego me dirijo hacia Justin—. Te hablé de ella hace unas semanas, ¿recuerdas? La señora Phillips nos ha encargado el ramo para sus bodas de oro, y creo que esto hará un *bouquet* espectacular junto con las peonías. —Acaricio sus hojas una vez más—. Y el caso es que no confío en nadie para que la cuide.

Se produce un silencio incómodo que no comprendo del todo, y entonces Justin me sorprende al decir:

—Yo lo haré. —Y como me lo quedo mirando sin parpadear, confusa, añade—: La filipina esa, yo...

—Fitonia —lo corregimos Asher y yo a la vez.

En lugar de contrariarse, porque no le gusta que señalen sus errores, Justin sonríe con entusiasmo, lo cual es... sospechoso. ¿O soy mala novia por pensarlo? Pero la verdad es que Justin no se ha interesado por nada relacionado con la floristería desde que estamos juntos. Evita incluso entrar,

porque dice que odia el olor de los fertilizantes (cosa que entiendo, mi pituitaria tardó años en acostumbrarse).

—Eso. Yo la cuidaré por ti hasta que vuelvas. No puede ser tan difícil, ¿no?

—Bueeeno...

—¡Oh, aquí está el señorito Howard!

La abuela se acerca dando sus pasitos cortos apresurados, seguida con parsimonia por Atlanta y su aterrador bastón. Trin ha debido de quedarse oculta junto al portaequipajes, y una parte de mí se alegra. Ella y Justin apenas se toleran, y siempre que están juntos en mi presencia me convierto en una especie de mediadora o árbitro de *ring*.

Al ver a mi abuela y a Atlanta, Justin parpadea como si le hubiera entrado polvillo en los ojos. Tardo unos instantes en darme cuenta de qué es lo que le ha llamado la atención, porque para mí es de lo más normal. Ambas llevan sus camisetas a juego del Club de cincuentonas florecientes. Son de un rosa vívido, como uñas acrílicas, y en el centro hay un cincuenta gigante (que a estas alturas debería ser un sesenta) imitando una señal de tráfico de límite de velocidad.

En la de mi abuela pone «No estoy vieja, estoy crujiente».

Y en la de Atlanta, «Para mí el sexo ya es historia».

Justin no atina a decir nada mientras mi abuela lo achucha. Tampoco ha habido nunca mucho *feeling* entre ellos, francamente. Siempre he procurado entenderlo. Mi abuela es intensa.

—Tiempo de despedidas —proclama Atlanta—. Partimos en cinco minutos.

Asher le hace el saludo militar y se gana un coscorrón suave con el pico de madera de la gallina.

—He puesto tus maletas detrás de mis bolsas —me dice Asher entonces —, así no se moverán.

—Oh, ah... —Muevo la cabeza, instando a mi cerebro a una respuesta rápida. Me cuesta, porque todavía estoy procesando que Justin se haya ofrecido voluntario para cuidarme una planta—. Vale. Guay.

Aunque lo que quiero decir es «¿Por qué?», «¿es cierto o has tirado mis maletas al jardín y lo descubriré cuando ya estemos muy lejos de Santa Jacinta?» o tal vez «¿has metido un pescado podrido entre mis cosas?».

Pero me quedo callada, claro. Está Justin aquí y prefiero que me vea interactuar con Asher lo mínimo posible.

—Que tengas buen verano, tronco. —Asher le da una palmadita en la espalda a Justin antes de marcharse, como si no notara lo más mínimo la animosidad que sale por los poros de mi novio... o como si no le importara en absoluto.

La abuela sigue colgada del brazo de Justin.

—Ay, querido, qué pena que no hayas venido antes. Te habría preparado esas galletas de limón que tanto te gustan.

—No pasa nada —comenta Justin, esforzándose por sonreír.

Respiro hondo y me centro en este momento, contemplando a mi abuela y a mi novio. No siento que el peso sobre mis hombros se evapore, no, porque eso tiene una causa distinta, pero sí logro que mi estómago se calme poco a poco, y creo que puedo afrontar este viaje. Me habría sentado como una patada marcharme con Justin molesto, sobre todo después de todo este año luchando por salvar la relación.

Pero él ha venido, y sé que todo saldrá bien.

—Tienes razón —digo de pronto, mirando la fitonia con determinación —. No es tan difícil cuidarla y yo... confío en ti. La mantendrás viva y bonita para la boda de los Phillips, ¿verdad?

—Juro que la protegeré con mi vida, señorita Clearwater. —Y me mira con esos embaucadores ojos oscuros de pestañas rizadas, herencia de su abuelo cubano.

—No soy tonta, sé que es mi momento de retirarme. —La abuela me guiña un ojo—. No tardes, querida, no quiero que Atlanta empiece este viaje con mal pie. Hoy hay luna llena.

La abuela apenas nos ha dado la espalda cuando los labios de Justin caen sobre los míos.

—No me falles.

—¿Q-Qué?

—El Gran Cañón, ¿recuerdas?

¿Cómo olvidarlo? Conseguí incluirlo en nuestro plan de viaje, la penúltima parada antes de Los Ángeles y el dichoso partido de Asher. Lo que no sé es cómo voy a despedirme allí de la abuela y pasar tantos días lejos de ella. De momento me consuelo pensando que todavía queda mucho tiempo para eso y que algo se me ocurrirá.

—El Gran Cañón —repito.

Sonriente, vuelve a besarme. Cierro los ojos y me cuelgo de sus hombros, pensando que esta es la manera en la que me gustaría sentirme siempre. Y como mi cabeza sigue empeñada en dar demasiadas vueltas, intento centrarme de nuevo.

Estoy bien.

Estamos bien.

Esto es genial.

Besa superbién.

Pero ¿sabe qué hacer con una fitonia?

—Te enviaré... las instrucciones... para su cuidado —murmuro entre beso y beso.

Él farfulla algo y solo me aprieta con más fuerza la cintura. Pienso en la noche de sexo tan espectacular que podríamos haber tenido si Lorie no se hubiera ido de la lengua.

O, más bien, si él hubiera decidido escucharme.

Esto es genial.

Estamos bien.

—¡Yo también quiero mi morreo de despedida! —grita Trinity.

Asher



La autocaravana está limpia. Está reluciente, de hecho, y eso evita que sienta el conocido hormigueo en brazos y piernas siempre que estoy en contacto o cerca de objetos, personas o superficies sucias.

Mantengo la vista alejada de las ventanas mientras Lluvia termina de enrollarse con su novio. Antes de subir me ha dado tiempo de ver la enorme mano de ese capullo estrujando su culo y una alarma muy distinta ha sonado en mi cabeza. En contra de mi voluntad y de los mantras que me he repetido mentalmente hasta la saciedad, siento que el estómago (u otro órgano, a saber) se me ha caído al suelo y rueda de un lado a otro como un bebé con una pataleta.

Me despido de Trinity y, haciendo caso omiso de mi órgano llorica, exploro lo que será mi cárcel-hogar durante las próximas seis semanas. Huele como todos los vehículos nuevos, como a plástico y limón, y camino con la cabeza gacha hasta que compruebo que puedo ir erguido por el pasillo central e incluso sobra un palmo. Todo desprende un brillo brutal, y me hace preguntarme una vez más cuánto habrán gastado esas dos locas en alquilar esto.

Ayudo a la abuela a salvar el espacio entre el suelo y el primer escalón de la caravana, aupándola, y luego vigilo que suba sin problemas los tres

pequeños escalones.

En cuanto aporrea el suelo encerado con el bastón, siento un pequeño escalofrío. Es como una conquistadora proclamando que lo que pisa y ve en ese momento le pertenece.

Y yo estoy incluido.

Ah, joder, en serio que adoro a mi abuela.

—Esperaremos a que venga Lluvia y luego os haré un *tour* para enseñaros la magnificencia de este lugar.

—Bueno, creo que si giro sobre mí mismo trescientos sesenta grados se acabó el misterio.

—¡No seas bobo! Te va a sorprender todo lo que puede ofrecer Little Hazard.

Enarco las cejas.

—¿Ya le habéis puesto nombre?

—Joyce entró en un blog que afirmaba que, si no lo hacíamos, el viaje estaría maldito, y no nos apetece recorrer el país con engendros del demonio persiguiéndonos.

—Tiene sentido. —Apenas reacciono cuando suelta cosas así, y la verdad es que no me cuesta nada imaginarme a esas dos cuchicheando sobre maldiciones y demonios en torno a un ordenador—. Y para atraer la buena suerte, la habéis llamado Hazard. [1]

—También significa aventura, muchacho. Y es el nombre de nuestro hogar. ¿Qué mejor presagio que nombrarla como el sitio al que queremos volver?

Decido no contestar y, en cambio, busco con la mirada las camas. De momento lo único que veo es una estructura al fondo, sobre el portaequipajes, y queda descartada al instante porque en esa plataforma de madera comparten espacio dos colchones con forma de «P», cuyos extremos redondeados se tocan en la parte superior. Parecen dos piezas de un puzle que no encajan.

No, gracias. Mi abuela ronca como un tigre de montaña y, si quiero mantener la forma hasta que empiece la temporada, necesito mis seis o siete horas de sueño. Cuando me fui a la universidad eran entre ocho y nueve. Luego conocí a mis compañeros de piso y bajé las expectativas.

Oigo un chillido agudo y a través de las ventanas laterales veo a Lluvia y a Trinity abrazadas en la acera. El escandaloso Dodge de Justin Howard ya se está alejando por la calle, y no puedo evitar sonreír, divertido, al pensar que ha aceptado cuidar de una maceta solo porque quería mear alrededor de Lluvia en mi presencia.

Como ya he dicho, un imbécil de la leche. Por no hablar del sermón que se va a llevar si esa planta no llega viva a septiembre. Aunque, pensándolo bien... ¿Lluvia le diría algo o fingiría que no pasa nada? Por lo poco que los he visto interactuar, ella se comporta como su versión gremlin premedianoche con él. Parecía hasta cohibida.

¿Por eso hizo esas cosas tan raras anoche, cuando la vi a través de la ventana? A lo mejor estaban peleados y hoy se han reconciliado. ¿Por qué pelearían, en todo caso? Lluvia es agradable con todo hijo de vecino excepto conmigo, y me supongo que reserva sus mejores cualidades para su novio. ¿Por este viaje, tal vez? Justin es tan capullo que lo veo más que capaz de intentar dirigirla o controlarla. Conociéndolo, utilizaría sus tácticas de manipulación para no decir las palabras concretas e intentar que ella cambiara de opinión haciéndola sentir mal.

Y si fue así, está claro que le salió el tiro por la culata. Lluvia viene al viaje. Una vez más, decido que no debo meterme donde no me llaman e ignoro la ráfaga de satisfacción masculina que siento al saber que pasará seis semanas alejada de ese idiota y él no ha podido hacer nada para evitarlo.

De pronto, vuelve a producirse un miniseísmo como el de hace dos días cuando la abuela, impaciente como solo ella sabe serlo, hace sonar la

bocina con la melodía de *La Cucaracha*. Eso por si quedaba algún vecino que no supiera que nos íbamos.

Lluvia y Trinity se separan, y no parece que hayan llorado, pero la última tiene pinta de estar despidiendo a un astronauta a punto de embarcarse en una misión espacial al lado oscuro de la luna.

—Asher, querido, ¿serías tan amable...?

La voz de Joyce llega desde la puerta abierta, donde observa el hueco y los tres escalones con resignación. Mi abuela no puede subirlos por sí misma debido a sus rodillas, pero es que Joyce tendría que subirse a una escalera para llegar a la otra escalera.

—¡Ay, abu! —exclama Lluvia.

—A mis brazos, preciosa —le digo a la mujer, estirándome para cogerla por la cintura. Hago más fuerza de la debida porque creía que la señora Clearwater pesaría más que un gato adulto, pero resulta que no, y prácticamente la hago volar por los escalones—. Joder, perdón —digo cuando la suelto.

Ella solo se ríe como una colegiala y me da golpecitos en los brazos. Su abullonado pelo está un poco inclinado a la izquierda, como un barco escorado.

—Acabas de hacerme sentir como si tuviera quince años y bailara *Hound Dog* con Frederick Lynn en el baile de graduación.

—¡Buf! —exclama mi abuela. Supongo que Frederick Lynn era otro idiota de la leche. A lo mejor está en la genética de las Clearwater.

—Un chico afortunado, sin duda. —Le sonrío. Luego miro a Lluvia, que sigue en tierra y solo rebasa en diez o doce centímetros a su abuela—. ¿Tú también necesitas ayuda?

Sin contestarme, se ayuda de las barandillas cromadas para impulsarse, y luego sube los tres escalones con la dignidad de una reina. Al pasar por mi lado, creo que intenta darme un empujoncito con el hombro que siento como un mero roce.

Se planta en medio de la autocaravana, con las manos en las caderas.

—Huele a avión —proclama.

—Huele a calidad —la reprende mi abuela.

Joyce junta las manos bajo la barbilla. Da la impresión de estar a punto de echarse a llorar, cosa que preferiría no presenciar.

—¡Ay, qué ilusión que este día finalmente haya llegado! ¡Qué ganas de enseñaros todo!

Lluvia



Atlanta es la encargada de mostrarnos las virtudes de la autocaravana, bautizada por ella y la abuela como Little Hazard. Asher y yo nos mantenemos en los extremos más opuestos posibles en todo momento. Y hay uno concreto, cuando nos enseñan el dormitorio del fondo, en el que no hay extremo posible. Asher opta por quedarse atrás, lo que yo considero como un triunfo.

Tengo que reconocer que la autocaravana es increíble, por su modernidad y todo lo que ofrece, pero bastante aséptica. Todo está decorado en tonos blancos, madera oscura y beige, con acabados cromados. Me imagino entrando aquí con varios botes de pintura de muchísimos colores y lanzándolos por los aires. Cayeran como cayeran, el resultado siempre sería mejor.

Por lo demás, Little Hazard parece un vehículo propio de la Barbie. Tiene compartimentos escondidos en todas partes, muchos de los cuales me olvido de que existen en cuanto Atlanta los vuelve a cerrar. Debajo de las camas hay dos armarios roperos de unos cincuenta centímetros y distintas opciones de escaleras para acceder a los colchones (que mi abuela ya ha vestido con su estilo de ropa de cama preferida: blanca cien por cien algodón y con los extremos de ganchillo).

El pasillo que une ese dormitorio con el resto de la autocaravana mide como un metro y medio, y tiene una puerta a cada lado. En una está la ducha, tan moderna como la de un hotel de cinco estrellas, y tan estrecha que no me imagino el corpachón de Asher ahí embutido.

«Espera un momento.»

«Borra eso.»

Suplico a mi cerebro que se olvide de la tontería que se me acaba de ocurrir, pero ya es tarde. Es como cuando presionas muchas veces el botón de «Escape» de un ordenador para salir de una página web y lo único que consigues es bloquearla. La imagen de Asher Stone sin ningún tipo de ropa, bien mojado y con los hombros rozando incómodamente las paredes de la ducha, está ahí. Indeleble. Parpadeando a todo color.

Esto no habría pasado de no ser por el maldito oro y plata.

—¡Y ahora el retrete! —exclamo, cerrando de un tirón la puerta corredera.

Atlanta aparta las manos justo a tiempo.

—¡Niña!

Acalorada por ninguna razón, finjo que me interesa muchísimo el tema del depósito de aguas negras y qué debemos hacer cuando lleguemos al primer camping. Al darme cuenta de que mis cacas y las de Asher van a ir al mismo sitio siento que me mareo.

La cocina tiene dos fuegos a simple vista, pero hay un tercero escondido bajo un trozo de encimera extraíble. Aparecen y desaparecen mesas, sillas, bandejas e incluso una papelera. Hay dos hornos, una nevera repleta, despensas a rebosar, y cualquier compartimento alargado y estrecho está ocupado por botellas de vino blanco. No tengo muy claro para qué sirve cada agujero que veo, pero la abuela y Atlanta lo tienen controlado y meten los dedos sin ningún miedo en todas las rendijas.

Hay hasta un hueco en la entrada al que ellas llaman «el cofre», y donde pretenden que dejemos los zapatos a partir de ahora.

—No os olvidéis de los cierres de seguridad —repite por enésima vez Atlanta, meneando su bastón hacia los pomos de presión que hay en todos los cajones y puertas. Tenemos que hacer «clic» al abrirlos y «clic» al cerrarlos—. No quiero objetos potencialmente peligrosos rodando por nuestra casa cuando estemos en ruta.

Le sonrío con calidez.

—Por supuesto.

Me corresponde con un leve movimiento en las comisuras. La conozco casi tan bien como a mi abuela, y sé que ambas están nerviosas. Quieren que esto salga bien. La abuela estaba sorprendidísima porque yo no pusiera ninguna pega, y luego se me ocurrió que quizá sí debería haber presentado batalla, como Asher quería, para que no albergara sospechas. Me encanta hacer cosas con ella, pero seguro que no esperaba que me diera igual alejarme de mi novio y mi mejor amiga todo el verano.

Sin embargo, le aseguré que siempre me había llamado la atención viajar en autocaravana (aunque nunca se lo hubiera mencionado en diecinueve años). Mostrándome a medias entre ilusionada y complaciente, hice que dejara de mirarme como si algo no encajara conmigo.

Más o menos lo que llevo haciendo desde mayo del año pasado.

—Estos son de cuero. ¡Muy suaves! —comenta mi abuela, sentándose de forma primorosa en lo que será nuestro comedor y sala de estar.

Un sillón en forma de «L» a la izquierda y otro sillón de dos plazas a la derecha. En el centro, la mesa blanca se puede plegar para dejar un pasillo hacia la cabina del conductor, o agrandarse para unir los sillones. En esta parte el techo desciende y sigue recto hasta el parabrisas delantero, por lo que Asher tiene que inclinar un poco la cabeza.

—¿Y habéis visto la licorería? Sí, Asher, querido, es justo lo que tienes junto a tu cabeza. ¿No te parece una monada?

Él toquetea la vitrina recién descubierta. Está en la pared sobre la puerta. Hay cuatro copas de balón dentro.

—Sí... Un sueño —dice sin expresión alguna.

—¡Es ideal! —exclamo yo para compensar. Me gano una risita de mi abuela.

Asher lanza algo a medio camino entre gemido y carraspeo. Parece que ha estado conteniendo el aire desde que ha empezado la visita guiada.

—Es la bomba, no lo puedo negar, pero hay un pequeño problema.

Atlanta frunce el ceño peligrosamente.

—¿Cuál, si se puede saber?

Él señala con el pulgar sobre su hombro.

—Sigo viendo solo dos camas.

—¡Ay, ay, ay! —La abuela hace una especie de bailecito—. ¿Haces tú los honores o lo hago yo, Ati, querida?

Las comisuras de su amiga tiemblan mucho, casi a punto de esbozar una sonrisa completa. Algún instinto de supervivencia ancestral me hace dar pasos hacia atrás, alejándome de ambas y, por descarte, acercándome a Asher.

—Todo tuyo, chica.

Mi abuela corretea de un lado a otro de la caravana. Sus pasitos y su envergadura le permiten hacerlo y que no sean solo dos zancadas. Asher tiene que hacerse a un lado, e inevitablemente acaba rozándose conmigo. Yo me quedo inmóvil, fingiendo que no me doy cuenta y que no me estoy clavando un grifo o una encimera o una papelera en la espalda.

Hay un panel lleno de interruptores en la pared. La abuela presiona uno y un leve zumbido viene de la cabina de conducción. Los asientos del conductor y el copiloto (dignos de la NASA) se están arrugando sobre sí mismos hacia delante. La palanca de cambios desaparece en las profundidades de esta bestia. El zumbido se detiene.

La abuela nos mira.

—Y ahora viene la mejor parte.

Presiona otro botón y el zumbido es igual de leve, y no entiendo por qué. De repente la autocaravana se me asemeja a un Transformer, porque lo que creía que era un descenso en el techo en realidad es otro compartimento que se despliega poco a poco; uno gigantesco, ya que ocupa todo el ancho y casi un tercio del vehículo. Es como si un avión de combate abriera su rampa trasera, listo para soltar los misiles. Y lo que aparece cuanto más se abre el compartimento me deja todavía más patidifusa: una enorme cama de matrimonio compuesta, esta vez, por un único colchón.

En mi cabeza está sonando la *Sinfonía número 5* de Beethoven.

Lo primero que pienso al ver el cojín con forma de cactus a un lado de la cama es que es idéntico al que tengo en mi habitación. Entonces Asher da un respingo.

—¿Ese es mi balón de la Super Bowl?

Sí, junto al cactus hay un balón negro con las costuras rojas.

—Queríamos que os sintierais como en casa —dice mi abuela con voz débil, observándome.

Entonces me doy cuenta de que mi expresión debe de ser de horror y desconcierto, así que trago saliva y fuerzo una sonrisa.

—Y... Y lo habéis conseguido. Guau, ¡qué sorpresa!

Asher permanece mudo, tal vez procesando que uno de sus objetos más preciados y que me consta que mantiene en un atril en su estantería de trofeos ha sido manoseado y tirado en ese colchón al mismo nivel que mi cojín.

Amo mi cojín, pero es solo algo que estrujo cuando no puedo estrangular a una persona o aprieto contra mi abdomen cuando me viene la regla. No tiene un valor escandaloso en Amazon como objeto de coleccionista.

—Lo cogeré y lo llevaré a nuestra cama —le digo a la abuela.

Ella hace eso de parpadear e inclinar la cabeza.

—¿A qué te refieres, querida?

—Bueno, he dado por sentado que tú y yo estaremos en el otro dormitorio porque esto parece diseñado para personas gigantes.

—Hay dos escaleras para subir a esa cama —aclara Atlanta. Cómo no, aunque no tengo ni idea de dónde pueden estar escondidas—. Pero tienes razón, tu abuela haría más ejercicio que en toda su vida si tuviera que subirlas y bajarlas todos los días.

—Sí, eso es lo que...

Atlanta continúa hablando.

—Y mis rodillas chirrían más que unas bisagras mal engrasadas. Por eso esta es la distribución elegida.

La...

¿La distribución elegida?

Entonces lo capto. El brazo que sale de mi cactus está rodeando amigablemente el balón de Asher, como si estuvieran superfelices de compartir cama cuando yo sé que eso es un vil montaje.

El silencio mortal que emana de mi derecha me confirma que él también ha pillado la indirecta de las abuelas.

Al igual que hace unos días, volvemos a mirarnos.

Y, de nuevo, sabemos que estamos jodidos.

Asher



Me siento al volante de este mastodonte automovilístico. Es un privilegio que me gané a pulso soportando la cercanía del cuerpo Lluvia, su extraño olor frutal y la forma en que sus dedos rascaron durante un instante la piel de mi nuca y a mí me pareció que un pequeño seísmo invadía el aparcamiento del Frosty's. Si dieran medallas por aguantar suplicios así, yo tendría ahora mismo la de oro. Y teniendo en cuenta la distribución de camas que han hecho nuestras abuelas, voy a salir muy galardonado de este viaje.

Después de soltar esa bomba y que Lluvia y yo intercambiáramos miradas como dos presos en un pelotón de fusilamiento, ella ha rodeado a su abuela con un brazo y, sonriente, le ha dicho:

—Súper J, ¿podemos hablar un segundito?

A continuación, se la ha llevado donde yo no pudiera oírlas. No ha debido de funcionar para nada, porque al poco rato ha regresado y se ha apoderado del asiento del copiloto con aspecto de estar muy enfurruñada. Se supone que le corresponde por ser la que maneja el mapa, el cual, siempre que no esté en sus manos, estará a buen recaudo en la guantera.

Una vez que me acostumbro a la caja de cambios (que ha reaparecido como la espada *Excalibur* en cuanto la cama flotante ha vuelto a su

escondite), a la dirección y al hecho de que estoy un metro y medio más alto que en un coche normal, la sensación es... cojonuda.

Debo reconocer que hay algo en manejar maquinaria pesada que hace que un hombre se sienta un hombre. Nada que vaya a compartir en voz alta con mis compañeras de viaje, claro. Dejamos atrás la amada-infame Hazard Street y la abuela me prohíbe tajantemente detenerme, ni aunque el mismísimo alcalde de Santa Jacinta se tire delante de Little Hazard. Curioso, teniendo en cuenta que el alcalde es su hermano y mi tío abuelo, Pete Stone. En todo caso, nos ganamos muchos gritos alborozados, silbidos y risas de nuestros vecinos hasta que tomamos la Interestatal 5.

Santa Jacinta está bastante al norte de California y apenas tiene tres mil habitantes, por lo que la ciudad más importante en los alrededores es Redding... y no es tan interesante. Así que los lugareños estamos habituados a tener que alejarnos de casa para que cualquier viaje empiece a resultar divertido. Por fortuna, este nos va a llevar muy lejos. De hecho, si todo sale bien, vamos a recorrer el país de punta a punta, de oeste a este, y viceversa. Una de mis paradas elegidas es Nueva York, el hogar de los Jets y los Giants. Me muero por ver el estadio MetLife, aunque solo sea de lejos, y soñar como un puto loco que tal vez, si sigo corriendo como si me fuera la vida en ello, pueda jugar allí dentro de unos años.

En definitiva, este viaje de seis semanas va a ser extenso pero relajado. Primero iremos en línea recta hacia Oregón, al Parque Nacional Crater Lake. Como está a poco más de cuatro horas de casa (dependiendo del tráfico), Lluvia y yo ya lo hemos visitado en una excursión del colegio. Sin embargo, las abuelas nunca lo han visto y a nosotros no nos importa repetir.

La voz cantarina de Joyce me saca de mis pensamientos. Tanto ella como la abuela están en los sillones de cuero a nuestra espalda, trajinando con bolsas de comida.

—¡Asher, querido! ¿Quieres un rollito de canela?

—No, gracias, Joyce.

—Asher está a dieta —refunfuña mi abuela.

—¡Oh! ¿Cómo es eso posible? ¡Pero si estás delgadísimo!

De reojo, veo que la cabeza de Lluvia gira hacia mí un momento, pero luego vuelve a concentrarse en su móvil. Creo que está intentando enlazarlo con la autocaravana para poner música.

—No es un régimen de adelgazamiento. —Intento tranquilizar a Joyce, aunque es probable que caiga en saco roto. Dios sabe que le he explicado esto a la abuela treinta veces y sigue creyendo que en UCLA me matan de hambre. No le interesa el hecho de que empecé la universidad pesando setenta y ocho y ahora estoy sobre los noventa y cinco, todo ello musculatura extra que necesito en las piernas y en los hombros para correr esquivando a tiarrones de dos metros—. Los jugadores de fútbol debemos tener un peso determinado e ingerir cierto tipo de alimentos para aguantar tantas horas de partido.

—He visto algunos por la tele y muchos chicos tienen el doble de tu cuerpo —argumenta la abuela—. Por esa regla de tres, deberías comer más.

—Nunca me quedo con hambre —digo con parsimonia—. Además, soy el *running back* del equipo, el que corre para ganar yardas. Esos jugadores tan grandes probablemente sean de la línea defensiva.

Eso las deja calladas... unos cinco segundos.

—¿Y correr no hace que tengas más hambre?

—¡Necesitas engordar para defenderte de esos abusones!

Ya que en este tema siguen la misma lógica que un niño de ocho años, cambio de perspectiva.

—A ver, chicas, ¿alguna vez habéis visto correr a un conejo gordo? Sería el primero en ser devorado por los zorros. Los *running back* necesitamos agilidad para llevar la pelota lo más lejos posible y esquivar al equipo contrario.

Joyce se ríe por lo bajini.

—Nos ha llamado «chicas».

Mi abuela chasquea la lengua.

—Un conejo, flaco o no, no tiene nada que hacer contra un zorro en un tú a tú. Lo espachurraría como una mosca que se choca contra un parabrisas.

Tras ese comentario, Joyce pasa a mostrarse muy preocupada por mi salud física y los golpes que recibiría. Ahora sé que no puedo mencionar bajo ninguna circunstancia todos los empellones, placajes, tirones de brazo, pierna y hasta de casco que he recibido. Algunos son faltas que se penalizan con yardas u obligación de repetir la jugada, pero sé de muchos que, al no poder pararme, hacen lo que sea con tal de que no siga avanzando. Y creía que había visto muchas cosas durante el instituto, pero ¿el fútbol universitario? Tío, eso es otra liga. En todos los sentidos.

Nadie se lo toma a risa. Ni uno solo de los jugadores de mi equipo o de los contrarios están pensando en nada que no sea el partido cuando estamos en el campo de juego. Hay concentración, pasión, y una atmósfera de vida o muerte que flota por todo el terreno de juego y contagia incluso a los espectadores. Por no hablar del entrenador Tim. Joder, ese hombre es un genio, pero está como una maldita cabra. Cooper está seguro de que fue el tirano de un pequeño país en otra vida.

Sin embargo, cuando troté por el campo hacia mi primer partido el pasado otoño, nada me pareció excesivo ni insólito. Las protecciones no me pesaban, y el fragor de los miles de personas que habían pagado su entrada para vernos a nosotros, unos universitarios pedantes, jugar al fútbol me llenó la garganta de arena.

Pensé en mis padres. Me lo imaginé a él sentado sobre algún tipo de toalla para no manchar sus pantalones por culpa de las gradas, y a ella agitando un cartel descomunal con mi nombre y mi número. Creo que habrían estado orgullosos. No estoy seguro porque sus expectativas hacia mí cuando tenía nueve años eran que sacara buenas notas y me portara bien. Ni siquiera sabían lo mucho que me iba a gustar correr.

Por otro lado, si no fuera por lo que ocurrió tal vez yo nunca habría tenido motivos para correr como lo hago ahora.

Tal vez...

En fin, Travis estaba a mi lado en aquel momento y noté que se sentía de forma parecida. Él tenía más presión encima, porque ocupaba el puesto de *quarterback* después de trabajárselo bien durante la pretemporada y convencer al entrenador. Su predecesor, Ryan Jackson, se había graduado justo el año anterior y ya había sido fichado por Los Angeles Chargers. Tenía que sustituir a una puta leyenda, y no le tenía ninguna envidia.

Para sorpresa de muchos, ganamos el primer partido de la temporada. Yo me llevé el placaje de mi vida y vi estrellitas tras los párpados cerrados durante cuatro horas, pero no lo cambiaría por nada. Sí, fui una mosca en el parabrisas de Peyton Montana. Y fue glorioso.

—De todas maneras, lo de la dieta parece ser una elección que cambia a placer —continúa mi abuela, y sé inmediatamente por dónde van a ir los tiros. Me planteo tirarme por la ventana con la autocaravana en marcha—. Hay una mujer en el campus que le envía bizcochos y pasteles y él no los rechaza. Solo hace ascos a los nuestros.

—Nana, ya te lo he explicado mil veces...

—Y mil veces me he dado cuenta de que eres un zalamero.

Luego le explica a Joyce (desde su versión sesgada de los hechos) el tema que tanto le escuece: la señora Trabucci.

La señora Trabucci trabaja en el departamento de admisiones de la universidad, y nos volvimos cercanos a lo largo del curso pasado, coincidiendo en pasillos y cafetería. Es una mujer delgada y pequeñísima, tanto que sus compañeros de la administración suelen llamarla MiniTrabucci. El día que formalicé la matrícula en UCLA hacía un viento de mil demonios y se puede decir que la salvé de que le cayera encima la rama partida de un árbol.

Desde entonces, me trata como a un hijo, preocupándose por mis avances e incluso invitándome a su casa durante las Navidades en caso de que no tuviera dónde ir. Me prepara comida que en su mayoría se traga Cooper, que al ser un defensa puede devorar todo lo que se le ponga por delante, pero digamos que mi abuela es bastante posesiva y se lo ha tomado como una afrenta personal.

—Yo te quiero a ti, Nana —insisto.

—¡Ya se ve!

Lluvia no habla mucho durante la mañana después de la conversación secreta con su abuela, cosa que agradezco... aunque me mosquea. Pone canción tras canción, oscilando entre éxitos de los ochenta, pop, salsa e incluso algo de rock. La abuela y Joyce parlotean sin parar, de momento no muy afectadas por haber arrastrado a dos jóvenes inocentes en este viaje. Una parte de mí espera que en algún punto de esta larga carretera las dos se echen a reír y digan que todo ha sido parte de una broma. No me haría gracia, pero recogería mis cosas y mi preciado balón conmemorativo de la Super Bowl y haría autostop de regreso a Santa Jacinta con una sonrisa en la cara.

Hacemos una parada para llenar el tanque en Lakehead, donde solo me bajo yo. Descubro los oscuros misterios de ponerle gasolina a una autocaravana y continuamos nuestro camino, esta vez tomando la Ruta Federal 97. Se supone que desde aquí solo hay que seguir la carretera otro par de horas hasta llegar al parque nacional, pero al pasar por Klamath Falls, por supuesto, detengo la autocaravana en el arcén para que todas puedan bajarse a sacar fotos. El día está despejado y se ve sin problemas el volcán Aspen Butte al fondo.

Me quedo en la autocaravana mientras ellas cruzan con cuidado los carriles, Joyce corriendo con sus pasitos cortos y cogida de la mano de su nieta. Creo que Lluvia está intentando que no se apresure, pero mi abuela ya está al otro lado y les está haciendo aspavientos. Me apoyo contra el volante

y las contemplo colocarse, sacar fotos, señalar aquí, allá, recolocarse, sacar más fotos, reírse por algo que no oigo, y comprendo que así va a ser el viaje.

Intento molestarme, que esa estampa y la noción de que voy a tener que parar cada vez que vean algo bonito me cabree y me indigne. Pero... no lo consigo. La verdad es que son muy graciosas. Lluvia, como siempre, se hace cargo enseguida de la situación y procura que tanto Joyce como mi abuela se sitúen a cada lado del Aspen Butte y parezca que están tocando su pico con los dedos. Hacen muecas, adoptan poses que luego van a tener consecuencias para sus articulaciones, y comprueban las fotos varias veces antes de regresar.

Finjo que he estado muy ocupado revisando los controles del coche y que casi no me he dado cuenta de los diez minutos que han pasado fuera.

—¡Mira, Asher! —Joyce me planta la pantalla del móvil en la cara—. ¿No parece que le estoy dando un beso con lengua al volcán?

—Muy tórrido. De película porno.

—¡Exacto!

Me enseña unas cuantas fotos más, yo fingiendo que no las he visto posando para todas ellas, y le digo que mi favorita es un selfi en el que Lluvia sale con los ojos cerrados.

Cuando regresamos a la carretera, el ambiente dentro de la autocaravana se ha aligerado un poco, lo que me hace darme cuenta de que, antes de eso, había tensión. Lluvia ha vuelto a ocupar su lugar como copiloto y guardiana del mapa, pero está girada hacia atrás escuchando la conversación de las abuelas y haciendo comentarios. La noto más... animada que antes.

—La música —le digo antes de pensarlo dos veces.

Parpadea y me mira, sin duda pillada por sorpresa.

—¿Qué?

—No la has... —Señalo hacia la radio—. No está sonando. —Vale. Genial. ¿Para qué narices abro la boca si solo se me ocurren obviedades?—.

Si no quieres seguir haciendo de DJ, desconecta el *bluetooth* para que pueda elegir una emisora.

—¿Y que pongas algo muy masculino como Tupac o Kanye West? No, gracias.

Acto seguido, teclea en su teléfono y pone una lista de reproducción automática con todas las canciones de ABBA. Por principios, le dedico una mirada de hartazgo, como si no pudiera soportarla ni a ella ni a su elección musical. Sin embargo, cuando no está mirando, mis piernas se mueven al ritmo de *Dancing Queen* y tarareo para mis adentros. A ver, me he criado con las mayores fans de la música ochentera. ABBA, Cher, Madonna y Bon Jovi sonaban a todas horas en mi casa o en casa de las Clearwater. Joder, que había un póster de David Bowie en la puerta del baño de mi abuela... por dentro.

Dejo que Lluvia crea que me está martirizando con la música, porque estoy seguro de que, si supiera cuánto me gusta, la quitaría. Supongo que su error puede deberse a la leve fase que pasé con trece o catorce años. Creía que escuchar a Eminem me convertía en un tipo duro. Ahora que lo recuerdo, llevé hasta una cadena de oro muy gruesa durante un tiempo.

Con *Super Trouper* y la cháchara de mis compañeras de viaje de fondo, me arrellano cómodamente en el asiento y respiro hondo. Siempre que Lluvia se mantenga en su asiento con ganas de fastidiarme, y yo me mantenga en el mío recordando que seis semanas no son tanto tiempo, este viaje no tiene por qué ser tan malo.

Puedo hacerlo.

Puedo conducir por todo Estados Unidos con Lluvia Clearwater al lado, y regresar de una pieza a la universidad.

Mi mente está muy convencida, ahora solo tengo que convencer al resto de mi cuerpo.

Lluvia



Para mi absoluta sorpresa, el primer día de viaje transcurre... con tranquilidad. Asher conduce (y lo hace bastante bien, aunque nunca lo reconoceré en su presencia), yo finjo que consulto el mapa de vez en cuando (aunque en realidad me guío por el GPS del móvil) y Atlanta y la abuela no paran de hablar. Para ser honesta, pensaba que todo iba a ir de mal en peor después de saber que iba a tener que compartir cama con Asher. Mi optimismo estaba cayendo en picado.

Antes de parar en Klamath Falls, ni recordaba por qué había creído que iba a manejar bien esta situación. Me parecía que la Lluvia que estaba de pie en Hazard Street besándose con Justin no era la misma Lluvia que estaba allí sentada, en aquel lugar con olor a nuevo.

Siempre me he considerado una persona adaptable. Estoy convencida de que, en caso de apocalipsis zombi, sobreviviría. No a base de espachurrar cerebros ni masacrar cuerpos putrefactos, sino reuniendo un buen grupo de gente, haciendo piña, y creando una comunidad chachi. Me encargaría de muchas cosas, haría que todas esas personas supieran que no podían vivir sin mí, y entonces ellos espachurrarían cerebros en mi honor.

¿Cobardía? Yo prefiero llamarlo resiliencia.

Así que no sé por qué creo que superaría la extinción masiva de la mayor parte de la población humana y, en cambio, este escenario se me está haciendo bola. Es como si el aire estuviera enrarecido y mis pulmones lo notaran. Como si hubiera un hilo tensor entre Asher y yo, incluso cuando es evidente que estamos haciendo un gran esfuerzo por ignorarnos.

Al menos hasta que llegue la hora de dormir, claro. No sé cómo narices voy a poder ignorar un metro noventa de jugador de fútbol universitario en una cama de matrimonio. Sí, el colchón es grande... pero no lo es tanto. Para que este viaje fuera óptimo, Asher y yo deberíamos ir en autocaravanas separadas.

Pero no. Voy a dormir junto a él. Escucharé su respiración. Sabré si ronca. Puede que se le escape un pedo y lo oiga, y ya sabré para siempre cómo suenan los gases de Asher Stone. ¡Puede que se me escape a mí, Dios mío!

¿Y qué me ha dicho la abuela cuando me la he llevado a un aparte y le he recordado que *1)* Asher y yo tenemos un historial preocupante y *2)* tengo novio?

«Ya no tenéis doce años, querida, y no veo un anillo en tu dedo.»

Claro, es que olvidaba la época *hippy* de la abuela y que solo sentó cabeza cuando el abuelo se dio prisa por dejarla embarazada y luego la arrastró al altar. Para ella nada es una relación seria y nadie debe nada a nadie (fidelidad, por ejemplo) si no hay papeles legales de por medio o un romance de película de los años setenta. Esto me vino genial cuando le dije que había perdido la virginidad y montó una fiesta. Pero es horrible cuando quiero que me tome por una chica comprometida sentimentalmente.

Así que me muerdo los labios para no gritar y me hundo en este asiento tan cómodo como una nube. Examino el techo de nave espacial hasta que me aburro. Luego pienso que un poco de música llenará los vacíos y los silencios y me lanzo a la tarea. E incluso así, no se me ocurre qué pinto yo aquí. La abuela tiene a su amiguísima. No me necesita para entretenerse. No

hay nadie más con quien hablar, cosas de las que encargarme o jardines que cuidar. Hasta me arrepiento de no haber traído la fitonia. Es mimosa y requeriría mi completo cuidado. Sí, estoy teniendo un momento de bajón absoluto.

Entonces, un pensamiento intrusivo que viene oculto en la ola de pesimismo aparece: la tableta gráfica que dejé encima de mi escritorio y a la que eché un fular por encima para que no le cayera polvo durante mi ausencia. Y como tengo activada una serie de cortafuegos en mi mente para cuando eso ocurre, automáticamente veo el asunto del *email* que no debí leer en primavera del año pasado: «Resultados biopsia Joyce Linda Clearwater».

Eso es lo que yo pinto aquí.

Vuelvo la cabeza y observo a Atlanta contarle a la abuela las ganas que tiene de encontrarse con John Travolta por las calles de Los Ángeles. Y la abuela, por supuesto, le pregunta qué le diría si lo viera. Atlanta empieza a cantar *You're The One That I Want.*

La risita contagiosa de la abuela me hace sonreír.

Mis ojos se trasladan a Asher. Tiene la mano apoyada relajadamente en la palanca de cambios. Tal y como le dije en el Frosty's, él es un daño colateral. El viaje es para la abuela. Y si nos quiere a él, a su mejor amiga y a mí con ella, que así sea.

Puedo aguantar eso.

En el gran esquema de las cosas, esto es una minucia.

Entonces veo que estamos pasando de largo junto a Klamath Falls y su bonito lago, y sugiero hacer una parada. Estoy segura de que Asher protestará porque no llevamos ni tres horas de viaje y vamos a visitar otro lago, pero no dice ni una palabra.

Intento, con escasos resultados, que la abuela no corra hacia la franja de tierra y arbustos junto al agua. Llevo meses procurando que baje el ritmo y delegue tareas en mí sin que sospeche. A veces lo consigo, a veces no. Es lo

que tiene jugar a que no sé que está enferma: que no puedo tratarla con el cuidado que me gustaría o se destapará el pastel.

Un pastel que me he planteado destapar, tirar al suelo y pisar en muchas ocasiones, la verdad. Sentarme con ella, cogerla de las manos, y decirle que lo sé todo. Anoche, por ejemplo, le di vueltas y más vueltas al tema hasta que sentí que la cabeza me iba a explotar porque no me cabía ni un hilo de pensamiento más. Todos los escenarios me parecían callejones sin salida.

La abuela ha mantenido su enfermedad en secreto porque no quiere tratarse. Porque, cuando el doctor Schuster valoró lo que ocurría y los pasos que habría que dar para, al menos, paliar sus futuros dolores o intentar darle unos meses más, ella se negó. El propio doctor me lo explicó, a regañadientes después de que lo chantajeara de las maneras más viles que se me ocurrieron a pesar de ser quien me trajo al mundo. Estaba desesperada, así que no me arrepiento. Necesitaba saber.

Escuchar que tu abuela tiene cáncer terminal no es fácil. Bueno, ¿he dicho «fácil»? No es humano. Justo después de leer el correo electrónico sobre su biopsia, que llegó a mi portátil por error porque nuestras cuentas se sincronizaron, me planté en la consulta del doctor Schuster. Ni siquiera me había atrevido a hacer una búsqueda por internet sobre lo que ponía en esos documentos. Internet no está hecho para que la gente se autodiagnostique o pretenda interpretar resultados médicos.

Así que fui derecha a la fuente. Y salí de allí sintiéndome como si hubiera bebido varios litros de whisky, me hubieran metido en una lavadora y esta me hubiera escupido en una realidad alternativa. Caminaba por las calles de Santa Jacinta, pero a mí no me parecía Santa Jacinta. Saludaba a personas que conocía de toda la vida y que de pronto eran como absolutos desconocidos. Observaba el cielo y la tierra y no me resultaban bonitos, ni esperanzadores, ni familiares.

«Cáncer de páncreas en estadio cuatro.»

«Ha llegado al hígado y al pulmón.»

«No es posible operarlo.»

«En su estado, no considero que la radioterapia o la quimioterapia sirvieran de mucho.»

«Le sugerí que participara en un ensayo clínico... sin garantías.»

«Lo siento, Lluvia. Tu abuela tomó una decisión sensata, y esto no es algo que ni siquiera a mí, como médico acostumbrado a buscar soluciones, me guste aceptar.»

«Respeta los deseos de tu abuela, por más dolorosos que sean. Intenta entenderla. Y, aunque esto está de más porque sé cuánto la quieres, cuídala mucho.»

Así que, sí, contarle a la abuela que sé aquello que se ha esforzado tanto por ocultarme durante el último año queda descartado. De todas maneras, el momento propicio ya pasó. A estas alturas creo que hasta se sentiría engañada. He dejado que finja ser fuerte en mi presencia todo este tiempo, que crea que me trago sus sonrisas y el empeño que pone en hacer todo como siempre: cocinar, fregar, llevar la floristería...

He dejado que crea que no me doy cuenta de cómo se cansa cada vez más; de cómo antes aguantábamos hasta la una o las dos de la madrugada viendo series de crímenes, y ahora se queda dormida en el sofá de la sala antes de las diez. He ocultado el miedo irracional y absoluto que me invade cuando me giro hacia ella para comentar algo y la veo con los ojos cerrados y todo lo que puedo hacer es mirar fijamente su pecho para comprobar que todavía respira.

No he hecho comentarios porque cada vez se pone más maquillaje para ocultar que su piel está más y más amarillenta. He sonreído y le he dicho que está guapísima mientras mis entrañas se retorcían y la garganta se me contraía tanto que parecía que alguien estaba apretándomela.

Y en días buenos como hoy, días en los que tiene mucha energía y todo parece como antes de ese correo electrónico, me limito a estar a su lado y bajar mi obsesión por su bienestar a niveles normales. Tipo «te ayudo a

cruzar la carretera», «no corras», «cuidado con los escalones», «no te olvides de tus vitaminas»...

No es hasta que le saco la primera foto con Atlanta y el lago Upper Klamath de fondo que capto la esencia del espíritu de la abuela. Tal y como hemos visto en documentales sobre antiguas magias y supersticiones, me parece que soy capaz de atrapar algo de ella con la cámara de mi móvil. Inmortalizo su expresión exultante, sus ojos empequeñecidos por la enorme sonrisa, la manera en la que se abraza a Atlanta y se pone de puntillas para no resultar muy enana en la foto.

Trago todos los nudos que se me han hecho en la garganta y les digo:

—Juntaos más. Abu, si sacas la lengua, te prometo que te vas a mear con la foto.

—Yo no quiero mearme.

—De la risa, quiero decir.

—¡Ah! —Luego golpea a su amiga, que ha hecho un ruidito sospechoso y no puede ocultar la sonrisa—. Y tú no te hagas la milenial, atontada.



Crater Lake es, de manera muy obvia, un lago en un cráter. Un día un volcán llamado Mazama explotó y dejó esta maravilla tras de sí. Cuando la caldera se enfrió, la lluvia y la nieve pudieron acumularse y acabó formándose el lago. Quienes lo descubrieron lo llamaron de distintas formas: Blue Lake, por el intenso color de sus aguas, y Lake Majesty, porque es verdad que es el rey de esta cordillera. Al final creo que optaron por un marketing sencillo y directo y se quedó como Crater Lake. Infalible.

Está hundido quinientos noventa y dos metros y es el más profundo de todo Estados Unidos. La última vez que vine, con la señorita Salvany y mis

compañeros de clase, era pleno invierno. Había diez metros de nieve y solo pudimos movernos por los caminos delimitados. Fue impresionante y sobrecogedor, pero ¿ahora? Ver esta cuenca redonda con aguas de un azul que me costaría imitar mezclando y mezclando, los escarpados grises que lo rodean y la isla repleta de verde en su mismo centro, me roba un poco el aliento.

Puede que también me lo haya robado la breve caminata hasta aquí. No estoy nada en forma, maldita sea. Debería hacer más ejercicio.

Corrección: debería hacer algo de ejercicio.

Otra diferencia respecto a la última vez que estuve aquí es el resto de los visitantes. Desde que cae la primera nevada hasta que reabren las carreteras de acceso, la entrada al parque está muy restringida. Solo había coincidido con otros colegios cercanos. Hoy, creo que todo Oregón está realizando sus actividades estivales aquí.

Compruebo por millonésima vez que la abuela no se ha fatigado en el camino hasta el mirador, procurando que no se dé cuenta. Está fantástica. De hecho, creo que está mejor que yo, la muy bandida. Asher y su abuela van unos pasos por adelante, ya sacando fotos e intentando captar con el zoom al Viejo hombre del lago, que no es un hombre en absoluto; solo un tronco que lleva décadas en posición vertical en el lago y ya tiene muchos fans.

Entonces recuerdo que uno de los dibujos que envié en mi portafolios junto a las solicitudes de universidad lo hice aquí, durante la excursión. Dibujé el tronco, las aguas y la Isla del mago como telón de fondo. Lo titulé *Eternidad oculta* y siempre me sentí muy orgullosa de cómo había captado lo transparentes que son las aguas y del cambio de perspectiva entre la superficie y lo que hay debajo.

Si lo dibujara ahora...

«Pero no lo vas a hacer, así que no busques el mejor ángulo y relaja los dedos.»

Abro y cierro las manos que creo que, por inercia, ya se iban a poner a trabajar. Para distraerme, le comento a la abuela lo que aprendí en mi última visita.

Chasquea la lengua.

—Nada más lejos de la realidad, querida. Yo sé la verdadera historia de la formación de este lago. —Mira alrededor, hacia el flujo constante de familias, parejas y excursionistas solitarios, y baja la voz—. Fue una batalla entre el cielo y el infierno. La tribu de los Klamath siempre ha considerado este lugar como sagrado y sus miembros venían en busca de visiones... hasta que un día combatieron aquí dos de sus dioses: Llao, un dios del inframundo, y Skell, un dios del cielo.

Asiento.

—Es que los dioses nunca pueden estarse quietos. ¿Y quién ganó?

—Yo diría que el cielo, ¿no crees? —Señala el increíble paisaje que tenemos ante nosotras y aspira en profundidad—. Las aguas más puras y transparentes de Norteamérica, y una visión que hace que un ser humano se sienta pequeño y humilde.

Le rodeo los hombros con el brazo y susurro:

—Tú ya eres pequeña y humilde.

Suelta una risita.

Nos reunimos con Asher y Atlanta y sacamos muchas más fotos. Para ser exacta, fotografiamos a nuestras abuelas más allá de lo legalmente vinculante, hasta que me pregunto si la memoria ilimitada de mi móvil puede llegar a un tope en los primeros días de este viaje. Nos montamos de nuevo en Little Hazard y recorremos Rim Drive, una carretera de unos cincuenta kilómetros que rodea el borde del cráter y todos sus miradores. Descartamos todos aquellos que están a más de un kilómetro de la carretera o son muy empinados, y el mediodía y las primeras horas de la tarde se pasan volando.

No es hasta que llegamos al restaurante Annie Creek, donde hemos decidido cenar, cuando mi abuela saca su propio teléfono y mueve los deditos de uñas verdes.

—Asher, hoy no estás en ninguna foto y es el primer día del viaje. Lluvia, ahí quieta, que te estoy viendo. Vamos, vamos, juntaos.

No me hace falta mirar a Asher para saber lo que está pensando. Él estaba contemplando el bosque de secuoyas que rodea el restaurante y las cabañas donde algunos visitantes se pueden alojar si reservan con suficiente antelación. Tiene las manos en los bolsillos de los pantalones de deporte (que usa incluso cuando no está haciendo deporte). Con las zapatillas y la gorra, a mí me parece un turista más. Sin embargo, solo tengo que prestar atención al resto de visitantes para darme cuenta de que no es así.

Hay muchas cosas que sé de Asher, pero parece que no lo conozco tan bien como pensaba. Por ejemplo, sé quién es en el contexto de Santa Jacinta, pero ¿fuera de ahí? No me sorprende que llame la atención por su altura, su complexión y que es... atractivo. Sí, no se puede negar. Y la universidad le ha sentado bien. Pero es que además tiene ese no sé qué que hace que la gente se gire hacia él cuando pasan caminando por su lado.

Hay tres personas en el interior del restaurante con las caras pegadas al cristal, vaya.

¿Será porque es jugador de fútbol americano y emite vibraciones de deportista famoso en ciernes? ¿Lo habrá heredado de su abuela, que siempre va por la vida como si fuera a recoger un premio, bastón incluido?

Yo llevo una falda naranja de florecitas y un *top* blanco. No hacemos buen *match* para la foto. Él parece que va a rodar un anuncio para Nike, y yo soy la chica de la revista para adolescentes que te enseña a combinar la ropa de tu tía para lucir *vintage*.

Yo soy un ser humano funcional y sensible, y él es un robot preprogramado.

Intento transmitírselo a mi abuela sin palabras, pero ella es implacable.

Y entonces intervienen Atlanta y su bastón.

—Os habéis criado juntos, ¿podéis dejar de comportaros como si os debierais dinero?

Ay, sería mucho más sencillo en ese caso. Si no tuviéramos todo este torbellino de recuerdos que siempre nos ha hecho girar el uno alrededor del otro y, al mismo tiempo, nos ha mantenido a distancia.

Como Asher sigue inmóvil, imitando a las secuoyas del fondo, soy yo quien se acerca. Conozco a las dos señoras que tengo delante, así que me aproximo lo suficiente como para que nuestros brazos estén a punto de rozarse pero aún corra el aire entre los dos. No nos pueden obligar a posar ni a hacer piruetas extrañas y lo saben.

Mi abuela esconde su sonrisa de regodeo detrás del móvil.

—Estáis monísimos. ¡Sonreíd!

Ay, de perdidos al río. No quiero salir mal en una foto, así que adelanto una pierna, inclino la cabeza hacia un lado y hago el símbolo de la paz. La abuela no se contenta con una sola foto y saca como diez, todas desde distintas direcciones, pero ni Asher ni yo decimos una sola palabra.

Cuando creo que han quedado satisfechas (y porque ya me duelen las mejillas por la sonrisa falsa), tomo el relevo y animo a Atlanta a colocarse junto a su nieto. Antes curioseo con rapidez nuestras fotos, solo para comprobar si yo salgo bien, y, no, no me sorprende para nada que Asher haya permanecido de brazos cruzados y no esté ni sonriendo. La última vez que salimos juntos en una foto yo había ganado el primer premio de la competición de ajedrez del colegio y él había quedado segundo. Por mis rasguños y su ojo morado, cualquiera diría que en lugar de ajedrez habíamos practicado boxeo.

Y ni siquiera nos gustaba el ajedrez.

Así que salir ilesos y con la ropa y el pelo en su sitio en una foto creo que es un cambio radical. Un cambio positivo. No tengo ni idea de por qué me siento tan incómoda por lo rígido que él está a mi lado, por la distancia

entre nuestros cuerpos o porque parecemos dos personas en dos fotos distintas a las que han hecho un recorte y unido con cinta adhesiva.

«Hace años que superaste tu no relación con Asher Stone, ¿recuerdas?»

«Os lleváis mal porque tú eres una Clearwater y él, un Stone, y esa es toda la historia.»

Pero... ¿llevarse mal es esto? ¿Esta foto? En esta imagen, somos como desconocidos. Y entonces me doy cuenta de que esa ha sido la norma durante los últimos cuatro años, esta foto simplemente lo ha dejado patente. Estos somos nosotros ahora. Nada de golpes, nada de pellizcarnos para que uno de los dos salga con cara rara.

«No seas cría, Lluvia. Madura», dice la voz de Asher, una voz mucho más infantil y quebrada por los cambios de la adolescencia.

Oh, guau.

No pensaba en esa mierda desde hacía mucho tiempo. Lo había enterrado en un rincón muy muy alejado de mi mente, justo donde almaceno las vergüenzas, los miedos y... las decepciones. ¿Por qué leches lo recuerdo ahora? ¿Debería dejar de tomar fotos y luego buscarles significados ocultos?

Debe de ser el caos mental en el que vivo últimamente. Con tantas emociones, casi todos los días me siento como si un cirujano me hubiera abierto en canal y me hubiera dejado así, para que fuera por la vida abierta de par en par. Me afectan mucho más cosas en las que antes ni siquiera reparaba o que ya eran habituales para mí.

Como el distanciamiento de Asher Stone.

Asher



Cenamos en el restaurante Annie Creek, una especie de cabaña gigante con suelos de madera oscura, una chimenea de mampostería de piedra y fotos del lago en distintas épocas colgadas en las paredes.

Mi abuela, Joyce y Lluvia charlan sobre el lago, su isla y las distintas actividades que se pueden realizar en la zona. Mientras, yo me reprendo por haber estado tan rígido en la foto con Lluvia. El subconsciente no ha parado de recordarme que lo estaba haciendo muy obvio, que cualquiera con ojos en la cara se daría cuenta de lo mucho que me inquieta su cercanía. Pero ninguna de las presentes ha hecho ningún comentario ni parece afectada. Ni siquiera la propia Lluvia.

Mejor.

Me concentro en comerme mi sándwich de pavo, que no estaba en el menú pero que el chef del lugar ha consentido prepararme, sobre todo cuando mi abuela le ha dicho que soy un jugador de los UCLA Bruins. La verdad es que es un dato que abre muchas puertas. El fútbol americano es un símbolo de la identidad estadounidense. El primer domingo de febrero, cuando se celebra la Super Bowl, es sagrado en todo el país.

Para el postre, me traen sin que yo diga nada un yogur natural con rodajas de fresa por encima. Supongo que voy a tener que dejar una buena

propia por tantos mimos. Estoy dando cuenta de la primera cucharada cuando oigo a Lluvia decir:

—Para mí, el *brownie* doble de chocolate.

No, no me sorprende que pida lo más dulce y pringoso de la carta. Sin embargo, permanezco atento unos segundos más, esperando a que ella añada algo muy importante. Cuando no lo hace y la camarera se va, suspiro para mis adentros.

¿De veras? ¿Voy a tener que velar por el bienestar de Lluvia otra vez?

¿Cómo no se ha muerto mientras yo no estaba?

Me levanto muy a mi pesar.

—Voy un momento al baño.

Ninguna parece prestarme atención. El área donde está nuestra mesa está separada del resto por un biombo de madera, lo que me viene genial. Llamo a la camarera junto a la barra, y se acerca con curiosidad.

—¿Sí? ¿Necesitan algo más?

—¿Sabes si vuestros *brownies* contienen maní?

—Ah. —Asiente con la cabeza, comprendiéndome al instante—. Sí, están hechos con mantequilla de maní.

Me lo suponía. Lluvia es alérgica desde pequeña, desde mucho antes de que yo la conociera. Fui testigo de una de sus reacciones alérgicas en el comedor del instituto. En el colegio las cocineras estaban advertidas de su condición y procuraban que no cogiera nada que contuviera maní, pero en el instituto se les pasó por alto. Y Lluvia, por supuesto, vio el bizcocho de plátano en la cafetería y se olvidó hasta de sí misma.

Fui yo el que corrió por los pasillos del instituto hasta la enfermería en busca de la epinefrina porque ella, por supuesto, no llevaba en su mochila. Fui yo el que se la inyectó. Y fui yo el que sostuvo su mano hasta que dejó de estar morada y a mí me parecía que estaba con un pie en el infierno (porque en aquel entonces no creía que ella pudiera ir al cielo).

También fui yo el que, con tan solo doce años, reprochó a Joyce que no enviara a Lluvia preparada a clase para cualquier emergencia. La mujer no solo no me trató con condescendencia, sino que me dio la razón y luego me abrazó.

«Te has llevado un buen susto, ¿verdad, querido?», me dijo. No le devolví el abrazo porque todavía estaba muy cabreado, pero recuerdo que estuve a punto de echarme a llorar por los nervios acumulados.

—La chica de mi mesa es alérgica, pero se ha despistado —le explico a la camarera—. No quiero que le dé vergüenza, así que, ¿puedes decirle que os habéis quedado sin *brownies* y servirle otra cosa?

Sus ojos se desvían, creo que hacia donde está nuestra mesa. No puede verse desde aquí, pero la mujer sonríe y me parece que se está imaginando cosas que no son. Como que Lluvia es mi pareja y estoy en modo «novio protector encubierto».

—Solo nos quedan las galletas gigantes con chocolate. —Señala un expositor de cristal y compruebo que no miente al decir «gigantes». Son tan grandes como mi mano extendida, y puedo decir con seguridad que no tengo dedos pequeños o no podría capturar el balón en el aire con tanta facilidad.

—Ponle tres.

Y puede que me quede corto.

Lluvia no parece para nada molesta con el cambio de postre. Recibe las galletas como agua bendita, apenas escuchando la mentirijilla de la camarera. La mujer me guiña un ojo antes de irse y yo le muestro el pulgar levantado con disimulo. Que piense lo que quiera. No necesito ser novio de Lluvia (ni siquiera amigo íntimo) para querer salvarla de que se le inflamen las vías respiratorias. Con haberla visto una vez al borde de la muerte tengo suficiente para el resto de mis días.

Al pagar la cuenta, la misma camarera nos pregunta:

—¿Vais a pasar la noche aquí?

—No, tenemos una autocaravana flamante con camas por estrenar —contesta mi abuela.

Jamás admitiré que me ha recorrido un escalofrío al oír eso y recordar lo que significa. La reacción de Lluvia es parpadear un par de veces.

—Eso suena genial —dice la inocente mujer—. Id atentos al salir del parque, las carreteras no están iluminadas y a veces...

—¡Susan! —la llama un compañero.

—¡Voy! —grita, frunciendo el ceño—. En fin, conducid despacio y llevad las luces largas siempre que podáis. Y tened mucho cuidado con...

—¡Susan!

—¡Dios santo! —Le da el cambio a toda prisa a Joyce y sale de detrás de la barra—. Ha sido un placer atenderos, espero veros pronto. ¡Buen viaje, familia!

Y se va. Los cuatro nos quedamos mirando su coleta balancearse hasta que desaparece dentro de la cocina. Lluvia se ríe.

—Vamos a completar la frase «Y tened mucho cuidado con...» con lo primero que se nos ocurra. Empiezo yo. —Carraspea y baja la voz, adoptando un tono grave—. Y tened mucho cuidado con el Viejo hombre del lago, que sale del agua en noches especialmente oscuras y se lanza contra los parabrisas de los incautos visitantes.

Joyce le sigue el rollo enseguida, por supuesto.

—Y tened mucho cuidado con el espíritu vengativo de Llao, un dios cuyo trono destruyeron y todavía cree que estas tierras le pertenecen.

Luego nos miran a la abuela y a mí, expectantes, y nosotros les devolvemos una expresión estoica.



Bueno, Susan la camarera no ha exagerado ni en las galletas gigantes ni en la escasa iluminación de las carreteras de acceso al parque. No se ve una mierda. No hay un solo poste de electricidad en todos estos kilómetros, y el bosque es tan espeso a ambos lados de los arcenes que da la sensación de que estamos metidos en un túnel y no hay salida a la vista.

Conduzco excepcionalmente despacio, guiándome por las pocas líneas blancas que los faros de Little Hazard consiguen iluminar. Como nuestra autocaravana tiene luces hasta en el retrete, cualquiera con quien nos cruzáramos pensaría que somos una carroza de carnaval.

Unos minutos después de estar en carretera, a Joyce se le cae la bolsa con todo lo que ha comprado en la tienda de regalos. Llaveros de madera con la silueta de la cordillera serigrafiada, pines de metal, postales y hasta una camiseta se desparraman por el suelo.

Lluvia se levanta para ayudarlas.

—Esperad, no os agachéis.

—Lluvia, no te quites el cinturón mientras conduzco —digo a regañadientes.

Me ignora olímpicamente, claro.

—Ostras, abu, creo que te has pasado con los recuerdos. ¿Llevas para todo el pueblo?

Vuelvo la cabeza varias veces hacia atrás. Sí, la verdad es que hay muchas cosas en el suelo y espero que solo sea la fiebre de las compras compulsivas que suele dar al principio de los viajes y de la que todo el mundo se acaba arrepintiendo. A mitad de viaje te das cuenta de que te has ventilado todo el presupuesto en fruslerías.

Me distraigo un segundo, un solo maldito segundo cuando Lluvia se pone a gatas para recoger algo que hay debajo de la mesa plegable, y cuando regreso mi atención a la carretera la advertencia no acabada de Susan la camarera por fin cobra sentido.

Hay un puto ciervo en el carril. Es enorme, marrón, observando la autocaravana que se le viene encima con sus insondables ojos negros y las orejas en ristre.

—¡Joder!

Clavo los frenos y luego viro la autocaravana hacia la izquierda, donde sé que tengo margen para esquivar al animal. Creo que no le doy por los pelos, las ruedas chirrían y estoy seguro de que estamos dejando marcas en el asfalto, pero entonces oigo la exclamación ahogada de Lluvia a mi espalda. Mierda, mierda.

Sin dejar de pisar el freno, suelto el volante y me quito el cinturón en la misma maniobra, girándome hacia detrás. Por alguna clase de suerte cósmica, Lluvia viene volando directa hacia mí y la atrapo como buenamente puedo. La aplasto contra mí con un brazo, alejándola del salpicadero, recupero el volante con la mano libre y me las arreglo para detener la autocaravana unos metros más adelante.

Estoy en el carril contrario y todo el vehículo se sacude con fuerza cuando al fin paramos... pero creo que no he matado a ningún Bambi... o eso espero, joder.

Tardo unos segundos en encontrar mi voz.

—¿Nana? ¿Joyce?

Oigo sus quejidos.

—Estamos bien, Asher, muchacho... ¿Qué diablos ha pasado?

Apoyo la cabeza un segundo contra el asiento.

—Un ciervo. En medio de la carretera.

—¡Oh, sí, estoy viendo su colita blanca! —exclama Joyce—. Está adentrándose en el bosque. Con mucha parsimonia, debo decir.

En ese caso es un ciervo reincidente, acostumbrado a provocar sustos mortales a los visitantes del parque. ¿De veras Susan la camarera no ha considerado necesario quedarse medio segundo más para terminar la frase?

«Tened mucho cuidado con los ciervos kamikazes.» Y ya. No habríamos necesitado más.

Entonces siento un picor en el brazo que asciende hacia mi hombro, y me doy cuenta de que Lluvia está clavándome las uñas en el antebrazo.

—Asher —farfulla.

Está de espaldas a mí, su cabeza encajada en mi hombro y las piernas espatarradas entre mi asiento y el del copiloto, como intentando mantener el equilibrio. Solo le veo la coronilla.

—¿Estás bien? No te he hecho daño, ¿no?

—Qué va —asegura. Sus uñas se desentierran de mi piel y se deslizan hacia mi muñeca... y un poco más allá. Y es entonces cuando caigo en la cuenta de dónde tengo la mano, a qué me he aferrado con demasiado ímpetu para salvarla de la caída—. Pero creo que voy a necesitar rehabilitación en la teta izquierda.



Conduzco el resto del trayecto hasta el camping para autocaravanas en mortificado silencio. Se me vienen a la mente las expresiones de Travis, Cooper o Dwight si hubieran sido testigos del manoseo involuntario. Se estarían muriendo de risa a mi costa hasta que acabáramos la universidad... sobre todo por cómo he apartado la mano de la teta de Lluvia, como si, en lugar de una de mis partes favoritas del cuerpo de una chica, hubiera estado tocando cucarachas.

Si siento que la mano me hormiguea, aprieto con más fuerza el volante. Si me parece que Lluvia me mira de reojo, hago crujir el cuello y me concentro en la carretera como si me fuera la vida en ello. Y así es si siguen apareciendo animales salvajes de repente.

No se ha mostrado muy consternada por lo ocurrido, a decir verdad. Se ha limitado a afianzar los pies en el suelo cuando la he soltado, lanzarme una mirada por encima del hombro e irse al baño. Me he imaginado que se levantaba el *top* delante del espejo para comprobar los daños y que tenía mis cinco dedos marcados alrededor del pecho. Y he tenido muchísimas ganas de buscar al ciervo y darle un puñetazo entre ojo y ojo.

También he tenido muchísimas ganas de verlo por mí mismo, pero, bueno, a imbécil no me gana nadie.

Media hora después del susto, dejamos atrás la entrada norte del parque y Little Hazard acaba estacionada en medio de una hilera de bonitos árboles, en una plaza del parking para caravanas Diamond Lake, muy cerca del lago con el mismo nombre. Aunque es mucho más pequeño e infinitamente menos profundo que Crater Lake, es un gran punto de encuentro para pescadores de la trucha arcoíris. Lo sé porque mi abuelo participaba todos los años en el campeonato de pesca y tenemos varios trofeos en casa.

Me alejo del volante y me aseguro una vez más, en esta ocasión con mis propios ojos, de que mi abuela y Joyce no han sufrido daños por mis maniobras.

—Llevábamos puestos nuestros cinturones —me repite la abuela, señalando los arneses que salen del respaldo de los sillones de cuero—. Habrías tenido que volcar para que lo notáramos.

—Sí, querido, no te angusties más. —Joyce vuelve a darme palmaditas en la mano. Luego se dirige a su nieta, que está rebuscando algo en la nevera—. Tú también estás bien, ¿verdad, chiquitina?

—Sí, sí. —Le lanza una gran sonrisa a su abuela, pero algo en el gesto me mosquea. No me la creo del todo.

Mientras mi abuela y Joyce debaten acerca de quién va primero a la ducha, intercepto a Lluvia antes de que cierre la nevera. Ha abierto el compartimento del congelador y llenado una bolsa con cubitos de hielo. Al

verlo, siento como si decenas de esquirlas de ese mismo hielo se me clavaran en el estómago.

—¿Es para el pecho?

Se lleva las manos a la boca de manera teatral.

—¿Asher Stone ha dicho la palabra que empieza por pe?

—No me hagas repetirlo, por favor.

Exhala un gran suspiro, abandonando su pose.

—Si tanto quieres saberlo, sí.

—Joder, Lluvia, en serio, yo no...

—Para. —Levanta la bolsa con hielo, haciendo que los cubitos entrechoquen y tintineen—. Ha sido un accidente. O, mejor dicho, ha sido casi un accidente. La verdad, si no me hubieras detenido, probablemente habría acabado como las muñequitas que bailan el hula en los salpicaderos.

—Muy visual, gracias.

Sus ojos recorren mi rostro, analizando mi expresión, y parece sorprendida.

—No me lo puedo creer. ¿Estoy hablando con el mismo Asher que me soldó las trenzas a las sábanas con pegamento industrial? Te puedo asegurar que quedarme medio calva con once años me dolió muchísimo más que esto.

Cierro los ojos un instante, exasperado.

—Ahora tenemos diecinueve.

—Por eso me has espachurrado una teta en lugar de destrozarme el peinado. Con once no habrías tenido nada a lo que agarrarte.

La fulmino con la mirada, pero ella está a punto de echarse a reír. A mi costa. Le resulta superdivertida mi consternación. Gruño algo que ni yo mismo entiendo y pienso que me vendría muy bien correr un poco por los alrededores de la autocaravana antes de dormir. La energía y las emociones zumban por mis venas como si estuvieran calentando motores. Además, así me alejo mientras todas ellas se duchan y se preparan para acostarse.

Abro la puerta de la autocaravana.

—Asher... —dice Lluvia, con voz vacilante.

Por favor, si me echa alguna pulla más con lo idiota que me siento ahora mismo, no sé qué voy a hacer. Tomo aire y la miro de refilón. Se ha puesto seria. Se pasa la mano por el pelo antes de decirme:

—Gracias. Has estado rápido.

Al verla así, apretando los labios hasta formar un puchero, con la bolsa de hielo en una mano y un mechón de pelo en la otra, una de mis alarmas mentales parece que quiere sonar. Pero es tan tan antigua que... No. No puede ser. Esa alarma no puede revivir.

—Cierra con llave cuando salga —murmuro, y luego huyo.

No conozco para nada Diamond Lake ni sus alrededores. A partir de este punto de Oregón, el viaje empieza a ser una completa aventura incluso para mí. Desde que me mudé a Santa Jacinta no he ido demasiado lejos, y antes de eso vivía con mis padres en Arlington, Texas; el hogar de los Dallas Cowboys y la ciudad del sueño americano. Sí, nací y pasé mis primeros años en una ciudad texana. Mi acento sureño me valió burlas amistosas en el colegio hasta que lo perdí.

Empiezo a trotar sin un rumbo fijo, alejándome de la hoguera grupal que han montado los campistas y devolviendo los saludos de las personas que se sientan en sillas plegables fuera de sus vehículos. Con cada paso que doy, con cada zancada, la sensación de ingravidez que siempre me ha envuelto al correr empieza a hacer su magia. Al tener la impresión de que mis pies se mueven tan rápido que no tocan del todo el suelo, es como si también me desconectara de todo lo que está en tierra. Me concentro en el latido de mi corazón, que va aumentando de forma gradual, en mi respiración y en el ahora.

No hay Lluvia Clearwater en este momento. No existe.



Más tarde, después de una ducha reconfortante, me encuentro con la no existente Lluvia a los pies de nuestra cama. La ha desplegado y ha descubierto la escalera oculta en un costado.

Mi abuela ya está recostada en su propia cama, leyendo una de sus novelas de romance mientras espera a que Joyce termine de echarse sus cremas y potingues. Lluvia tiene el pelo recogido en una toalla rosa y lleva un pijama que solo sirve para que tenga ganas de salir a correr de nuevo. El pantalón podría considerarse una braga larga, verde con decenas de aguacates estampados, y el *top* deja la mayor parte de su abdomen al aire y hace MUY evidente que no hay ningún sujetador ahí.

El aguacate entre sus pezones erizados está sonriendo y dice «Avo cardio».

Sé que es una tía liberal en cuanto a su ropa y a la piel que muestra. Me consta que es por su abuela, que en sus fotos de joven con la mía era la líder de un grupo de *hippies* llamado Ciudadanas contra las telas opresoras. Se rumorea que incluso practicó el nudismo hasta que el anterior alcalde amenazó con echarla del pueblo.

Es la primera vez que me gustaría que fuera conservadora vistiendo.

Ella observa mi pantalón de deporte corto y mi simple camiseta y arruga la naricilla.

—¿Duermes igual que vistes durante el día?

—Duermo en pelotas, así que no.

—¿Que tú...? —Vuelve a mirar mi pantalón, tal vez para comprobar que sigue ahí. Luego esboza una sonrisa apretada, como si quisiera ocultarla y no pudiera—. Esto no me lo esperaba de ti, Ash Ketchum... ¿Qué lado prefieres? ¿Respetamos lo que han elegido nuestros compis?

Por «compis» supongo que se refiere al cactus, que está a la izquierda, y al balón, que ha rodado a la derecha.

—Me da igual —contesto, y es verdad.

—Vaaale. Pues la izquierda para mí y Don Pinchos.

Entonces cometo el error que cometemos todos los tíos hetero cuando una chica sube escaleras delante de nosotros: mis ojos van a su culo. Para mi completa desgracia, tiene que subir en plan escalada porque no son escaleras normales. Sus nalgas se proyectan hacia fuera y escapan de lo poco que hay de pijama.

Y como si tuviera vida propia, noto un cosquilleo de interés en la polla.

Le lanzo una mirada fulminante a la delantera de mi pantalón.

«Es un buen culo, pero olvídate. Es territorio prohibido.»

Por suerte para mí y mis genitales, la escalera solo tiene cuatro escalones. Observo la licorería con interés mientras ella gatea hacia su lado de la cama. Solo cuando sé que está sentada contra el cabecero, subo yo.

Joder, esto va a ser mucho más violento de lo que me temía. El techo bajo da una sensación de mayor intimidad, y el hecho de que nos rodeen las paredes me hace pensar en un maldito ataúd.

Sin decir una palabra, me acomodo lo más pegado que puedo a la pared. Lluvia ha hecho lo mismo y, para rematar, coloca a Don Pinchos y mi balón de la Super Bowl entre nosotros, marcando la mitad de la cama. Luego se queda quieta, observa mi pecho y mis hombros, y rueda ambos objetos unos centímetros hacia ella.

Enarco las cejas.

—¿Me estás dando más espacio?

Su rostro es la viva imagen de la perplejidad.

—No sé de qué estás hablando.

Luego nos dedicamos a fingir que el otro no está ahí, mirando nuestros teléfonos. Supongo que tiene muchas notificaciones que comprobar porque lo he oído sonar y visto iluminarse bastantes veces hoy. Joyce todavía está

frente al espejo del baño, canturreando. Cuando estemos todos listos, apagaremos las luces. Podríamos apagar ya las de esta sección, pero prefiero postergar todo lo posible el momento en el que me quede a oscuras con esta chiflada. Por su silencio, creo que ella también.

Tengo mensajes tanto en el grupo con mis compañeros de piso como en el del equipo completo. El entrenador Tim manda todos los días plantillas con dietas optativas. Para mí es lo puto mismo todo. Que un día pueda comer pasta integral en lugar de arroz integral no me va a hacer saltar de alegría. Tampoco es algo que me mate. Notarme más fuerte y capaz de aguantar las horas de partido (que nunca sabemos si van a ser una, dos o hasta cuatro) me flipa. Tampoco está mal tener buenos abdominales y unos brazos como los de Thor. Oye, hay que gustarse a uno mismo.

Cooper, Dwight y Travis han enviado fotos de sus destinos de vacaciones. El cabrón de Cooper está haciendo *rafting* en Costa Rica, porque es de esa clase de hijos de familias con pasta. Dwight está en el pueblo de Escocia donde nacieron y se casaron sus padres, que por lo visto es lo que hace todos los veranos. Parece un gigante en Hobbiton, pero los paisajes molan un huevo. Y Travis se ha marcado un selfi con el estandarte de una expo de arte y cine, a la que tenía muchísimas ganas de ir, detrás de él.

Yo envío una foto de mis pies al borde de esta cama, con la autocaravana y mi abuela leyendo con su camisón negro de fondo. No se me ocurre mejor imagen para expresar lo derrotado que me siento. Por supuesto, estos cabrones contestan echándole piropos subidos de tono a mi abuela.

Por fin, Joyce anuncia que está lista para un nuevo día y se apagan todas las luces. Conecto el móvil al cargador que tengo junto a la cabeza (esta autocaravana tiene de todo, eso no se puede negar), me acuesto bocarriba y coloco las manos detrás de la cabeza. Mis ojos permanecen abiertos por inercia y sé que me va a costar dormirme.

Por las vueltas y suspiros de Lluvia, creo que ella está en las mismas. Para colmo, se ha quitado la toalla del pelo y me llega un potente olor a coco que no está nada mal.

Al cabo de unos cinco minutos, susurra:

—No hace falta que te diga que nadie puede enterarse de esto, ¿verdad?

No hay que ser muy listo para saber que con «nadie» se está refiriendo a su novio. Siento una mezcla de horrorosa satisfacción al imaginarme la cara de Howard si nos viera ahora mismo y molestia punzante porque ella se acuerde de él justo ahora... cosa que, por otro lado, es normal.

Si mi novia se viera obligada a dormir con otro tío, al menos querría que pensara en mí durante todo el proceso.

—Claro —musito a regañadientes.

—Asher, lo digo en serio.

—Y yo. ¿Crees que quiero ir anunciando a los cuatro vientos que tengo que dormir a tu lado?

Eso parece calmarla. Sé cuándo se queda dormida mi abuela, por los ronquidos estratosféricos. Incluso capto el momento en el que la respiración de Lluvia se vuelve pausada. Yo caigo rendido mucho tiempo después, cuando he ordenado mil cosas en la cabeza y me he recordado que incluso los soldados en las trincheras tienen que descansar para volver a la guerra.

Lluvia



Los siguientes días de viaje se establece una rutina. Supongo que era inevitable, siendo esta una versión en miniatura y movimiento de una casa, y con los Stone a bordo. Decir que son estrictos es quedarme corta. Casi espero pasar un día por la nevera y ver ahí pegado un calendario con los mismos colores del mapa (naranja, verde, rojo y azul) para determinar cuándo nos duchamos, a qué hora comemos y nuestros turnos para respirar. La abuela y yo lo ignoraríamos, pero sería una presión añadida. Como cuando alguien va andando con la bragueta abierta y haces todo lo posible por no mirar, pero SABES lo que asoma de la abertura.

Cada mañana cuando me despierto, Asher ya no está. Y, como soy básicamente una marmota con aspecto humano, ni siquiera me desvelo por las noches. Mi mente siempre me entierra con profundidad en el mundo de los sueños, ya sea para cosas agradables o pesadillas terribles. Por fortuna, últimamente sueño con... Bueno, sí, con pinceles. Con óleo y aguarrás. Hasta que gano en un concurso *online* un maletín que se abre en secciones infinitas, como esta autocaravana, y contiene todos los colores del universo. Un ser parecido a un Na'vi me nombra Artista galáctica del año y luego me meten en una nave espacial donde todos me felicitan por mi talento.

En fin, que con tanto sueño ajetreado nunca me da tiempo de ver a Asher dormido. Imagino que duerme, claro, sobre todo porque es el que más cosas hace a lo largo del día y nunca tiene aspecto de estar cansado.

Siempre justo antes de lanzarnos a la carretera, está entre una hora y una hora y media haciendo sus ejercicios fuera, junto a la autocaravana. El primer día no puedo afirmar ni negar que me escondí tras la cortinilla de una de las ventanas para espiarlo. Para la gente antiejercicio como yo, hay algo morboso en ver a los demás temblando por el esfuerzo y sudando a mares. Como que siento que somos de la misma especie y, al mismo tiempo, no.

Tampoco puedo afirmar o negar que Asher levantando pesas, haciendo flexiones y SOBRE TODO haciendo abdominales no sea una visión agradable. La ropa de deporte se le va pegando al cuerpo progresivamente, el pelo se le empapa y, hoy, en el Ravenwood RV Resort a las afueras de Coeur d'Alene, hasta presencio el clásico *me-tiro-agua-de-la-botella-por-encima*.

Justo después de eso me siento tan tan culpable que voy corriendo a por mi móvil y abro la conversación con Justin. No es que tenga mucho sentido, porque con o sin pareja sigo siendo una chica joven con ojos en la cara. Al contrario que mi abuela y su no creencia en el compromiso, soy fiel a la persona con la que estoy. Mi historial está limpio. Pero eso jamás me ha impedido fijarme en unos brazos musculosos o una sonrisa bonita si se me ponen delante.

Y nunca sentí ni una pizca del agobio que he sentido cuando la entrepierna literalmente me ha palpitado por el espectáculo acuático de Asher. Intento consolarme pensando que hace tiempo que no tengo sexo. Justin apenas llevaba unos días en Santa Jacinta (porque se había entretenido en Harvard unas semanas más) cuando nosotros nos fuimos. Es decir, que llevo sin echar un polvo desde Navidades.

Pero ¿eso es relevante? Es decir, ¿no se supone que la mente tiene poder sobre el cuerpo? ¿Qué más da cuánto lleve sin hacerlo? Mientras esté lejos de mi novio y no me apetezca...

UN MOMENTO.

¿Y si sí me apetece?

¿Y si mi vagina empieza a mostrarse interesada por Asher Stone?

«No, no, no, ni se te ocurra ir por ahí», le digo a la muy descarada.

«¿Recuerdas la última vez que te hiciste una ilusión del tamaño de un guisante con él?»

«¿Recuerdas cómo te sentiste después?»

«¡Pues ni hablemos de tener sexo con él!»

Porque, sí, yo asocio el sexo con las emociones. Es imposible que me acueste con Asher Stone solo por lujuria y luego haga la vista gorda. Mucho menos encerrados en esta autocaravana durante tanto tiempo, donde no habría manera de fingir que nada pasó.

Tampoco me acostaría con él porque tengo novio.

Ah, sí. Eso también.

Excepto que...

Observo la conversación abierta con Justin. No he sabido nada de él en cinco días, aunque, para ser honesta, yo tampoco le he escrito. Los últimos mensajes siguen siendo los que le envié justo después de que él se enfadara por mi «abrazo» con Asher en el aparcamiento del Frosty's.

Ha sido una encerrona de Asher. Quería hablar sobre lo
del viaje porque
a él tampoco le hace gracia.

No es mi persona favorita del pueblo,
ya lo sabes.

¿Por qué no vienes a casa? Te invito a cenar y así
hablamos y pasamos tiempo juntos antes de que me vaya.

Porfa, no quiero que estemos enfadados.

Me quedo mirando los mensajes y el espacio vacío justo debajo unos cuantos minutos. Dos no se ignoran si uno no quiere, pero nada de lo que se me ocurre para escribirle me parece bien. Ni hacer como si esos mensajes no existieran (porque ya no puedo borrarlos) enviándole lo que tiene que hacer para cuidar de la fitonia, ni mencionarlos y decir que me alegro de que lo hayamos solucionado, ni nada.

Compruebo los mensajes de Trinity (fichada en mi teléfono como «Reina Trin»). Hoy ya tengo varios y me hacen reír. Nos hemos mensajeado a diario, lo cual no es una novedad porque ni siquiera cuando estuvo en época de exámenes y al borde del colapso en Reno perdimos el contacto. Decía que nuestras videollamadas le daban la energía que necesitaba para seguir en aquel infierno.

> ¡Hoooooliiiiiis!
>
> Sabes que necesito reportes cada pocas horas para certificar
> tu no
> muerte y la no muerte de tu compañero de viaje.
>
> Voy a ver “High school musical”
> para echarte más de menos.
>
> ¿Recuerdas cuando nos gustaba
> Zac Efron?
>
> ¿Qué le ha pasado? Ahora voy a poner “Los vigilantes de la
> playa” y llorar.

Al final de todos sus mensajes, hay una ristra de emoticonos que incluyen corazones, calaveras, una autocaravana, caritas asustadas, caritas llorando, una explosión, caritas vomitando y un micrófono.

Respiro hondo, confortada por sus mensajes. Por último, reviso el resto de las notificaciones; ninguna me sorprende, porque se repiten a menudo. Tres llamadas perdidas del mismo número, y cuatro correos electrónicos que se suman a un hilo ya existente porque provienen del mismo emisor. Los ignoro todos.

Apoyo la cabeza en el asiento de cuero y dejo que todos los pensamientos resbalen de mis hombros al suelo, como una chaqueta que me queda holgada. Lo vi una vez en un canal de psicología en YouTube. ¿Funciona? Para nada.

Estamos en el condado de Kootenai, muy al norte de Idaho. De hecho, si condujéramos dos horas más, llegaríamos a Canadá. Es una zona tan despoblada que he consultado en internet para comprobar que la densidad de población es de treinta y cuatro personas por kilómetro cuadrado. Y yo que pensaba que Santa Jacinta estaba en medio de la nada.

Sin embargo, para hoy y mañana tenemos planeadas varias cosas que me apetecen un montón. En Portland lo pasé bien, incluso visitamos jardines japoneses muy bonitos (Asher nos esperó en un bar, no quería tentar a sus alergias), y Oregón en general es precioso. Pero debo reconocer que, cuanto más nos vamos acercando a los estados más rurales, más emocionada me siento. Los paisajes se van volviendo más crudos, más vírgenes, y me embarga la sensación de que estamos adentrándonos en territorio inexplorado.

Aprovechando que Asher aún está terminando sus ejercicios y las abuelas siguen desayunando con parsimonia fuera, me pongo uno de mis vestidos más vaporosos y un biquini debajo para compensar, porque preveo que voy a mojarme lo quiera o no. Al ajustarme la parte de arriba, me doy cuenta de que, lo ponga como lo ponga, alguno de los pequeños moratones asoma por fuera de la tela. La gente va a pensar que tengo un pulpo por mascota o que me va el sexo duro.

Maldito Asher y su mano gigantesca.

Entonces recuerdo su expresión aquella noche, cuando me vio coger hielo, y contengo un suspiro. Eso fue una pequeña ventana al viejo Asher. El que, a pesar de buscar mil y una maneras de fastidiarme, tampoco faltaba cuando yo estaba pasando por un mal momento. Sí, sé que suena enrevesado que dos adolescentes que no parecían soportarse decidieran

comportarse como buenos amigos en momentos puntuales. Ni siquiera Trin lo entendía.

Como cuando falleció nuestro gato, *Calabaza*, y él apareció en mi jardín sin que nadie le dijera nada y me ayudó a pintar una pequeña lápida y a cavar un hoyo decente. Al día siguiente continuamos nuestro ritual de trastadas e insultos, pero ese día permaneció a mi lado estoicamente mientras yo sollozaba.

Tuve un atisbo de ese Asher la otra noche y la verdad es que me ablandó un poco el corazón. Pensar que estaba ahí, en alguna parte, y no se había ido para siempre, me reconfortó. Puede que en algún momento decidiera que yo ya no era digna de esa parte de él, pero no la ha perdido. Tal vez no sea un robot maniático completo todavía.

A pesar de que luego salió corriendo (literalmente) y ha vuelto a mantener las distancias, yo he bajado un poco el ritmo con él. No charlamos ni tenemos miradas cómplices, ni mucho menos, pero he dejado de poner grandes éxitos de los ochenta cuando estamos en carretera y cada noche le dejo más espacio a él en la cama para que pueda mover todos esos músculos.

Me digo que lo hago más por mí que por él. Hay cosas más importantes para las que debo reservar mis energías que en viejos resentimientos.

Una hora y media más tarde, estamos en el parque de diversiones Silverwood, uno de los lugares marcados en el mapa por mi abuela con su rotulador naranja. No he ido a uno de estos en mi vida, y mis compis de viaje tampoco. A la abuela le suelen ir más los parques de terror, y a Atlanta no le va nada que contenga la palabra *diversión*. De hecho, cuando en la entrada le ofrecen un chaleco salvavidas de un turquesa chillón, se limita a arquear una ceja y dejar a la solícita muchacha hablando sola. Como si ni siquiera mereciera una respuesta.

Yo tomo uno para la abuela, y también un folleto informativo donde se explica la intensidad (o nivel de emoción) de todas las atracciones. Por

suerte para mi corazón estresado, la abuela no llega al tamaño mínimo para las más fuertes. Me daría una apoplejía si se montara en una montaña rusa que hace un giro de trescientos sesenta grados, aunque tampoco podría impedírselo si ella se empeñara. Es mi abuela, pero a ojos vista es una mujer de sesenta y siete años que puede tomar sus propias decisiones.

Asher se ha hecho con otro folleto donde viene el mapa del recinto y ya lo está examinando. Desde que ha vuelto a entrar en la autocaravana tras sus ejercicios, parece que tiene un palo metido en el culo. Por la forma en que se ha detenido en seco al verme y sus ojos han descendido, pasando por encima de mi vestido blanco, me imagino el motivo. Que yo haya sentido que se me calentaban las mejillas es indiferente. Es más, me lo he tomado como el karma poniendo las cosas en su lugar.

Mi vagina aplaude al verlo hacer ejercicio, así que es justo que él parezca estreñido por mis transparencias.

¿Es ese pensamiento maduro? ¿Inteligente? ¿Coherente? Para nada. Y me importa un bledo.

Silverwood es enorme, lleno de árboles y está muy limpio. A pocos pasos de la entrada hay un carrusel, un muro de flores para sacarse fotos y un encantador cartel en el suelo, como los de las cafeterías coquetas, que señala el inicio de Main Street, donde están todas las tiendas y restaurantes. Con amplias zonas de césped mires hacia donde mires y macetas con lilas, hibiscos y tulipanes amarillos, la verdad es que parece más un parque natural por el que pasear y admirar el entorno que un parque de diversiones. Creo que hasta tienen una playa artificial.

—Bonito, ¿verdad? —suspira mi abuela.

—Lo es. —Engancho nuestros brazos mientras seguimos a Asher y Atlanta, que caminan muy decididos hacia algún lugar—. ¿Por qué elegiste venir aquí? No parece algo típico de ti.

Mira a su alrededor y asiente.

—Exacto. Este no es un viaje como el que hice hace años. Es para... —Se interrumpe cuando dos bebés gemelos dando sus primeros pasos se interponen en nuestro camino y se roban toda la atención unos segundos.

Me aferro a su brazo con más fuerza por inercia. Desde que ella y Atlanta soltaron el bombazo, supe el trasfondo de este viaje, el porqué la abuela quiere lanzarse como una loca de estado en estado. Sin embargo, hay algo que me llama la atención.

—¿A qué te refieres con «hace años»?

La abuela exhala un pequeño suspiro y contempla el cielo de Idaho unos segundos, como si estuviera pensando qué contestarme. Está un poco nublado, pero de momento el sol brilla con fuerza.

—Bueno, querida, es que esta no es la primera vez que salgo de Santa Jacinta para recorrer el país.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?

—Pues sí. Fue antes de tener a tu madre.

La observo de hito en hito, muy sorprendida y atando cabos en mi mente. No me esperaba eso para nada. Es decir, sé que mi madre se llama Savannah porque fue concebida allí; me lo contó ella misma en una de sus escasas visitas cuando era pequeña. También sé que mis abuelos se casaron en Florida, porque en ese entonces el abuelo estaba haciendo su formación en Pensacola. Pero esas son las únicas fotos de los álbumes familiares en los que la abuela aparece fuera de Santa Jacinta. Las más antiguas, siendo ella niña y adolescente, son en el pueblo. Y las posteriores, cuando ya mi madre había nacido, también.

Así que ese viaje del que me está hablando debió de ocurrir en el período de tiempo antes de conocer al abuelo. Pero ¿no era muy joven? Tuvo a mi madre con veintiuno. ¿Con quién viajó? ¿Con un noviete anterior al abuelo? ¿Cómo se lo permitieron sus padres? Me consta que eran bastante conservadores.

Tengo tantas preguntas, fascinada por esta nueva faceta totalmente desconocida de la abuela, que no me da tiempo a ponerlas en orden antes de que Asher y Atlanta nos llamen desde una caseta de madera con listones rojos.

—Ya hablaremos —me tranquiliza la abuela, que debe de haber visto mi cara de confusión, como si me hubiera lanzado una ecuación matemática a la cara.

La caseta roja resulta ser una atracción llamada Canal de troncos Arroyo rugiente. Como hace solo un rato que el parque ha abierto, aún no hay largas colas y pasamos sin problemas al interior. Está todo construido en madera, y unos pasillos en zigzag conducen a una plataforma junto a un estrecho canal de agua. La atracción consiste en barcazas en forma de tronco en las que te subes y dejas que te arrastre la suave corriente.

Intentando olvidarme de momento de lo que acaba de revelarme la abuela, abro con rapidez el folleto para comprobar el nivel de la atracción. Dudo que sea de las más fuertes porque está al inicio del parque y tiene un nombre bastante inocente (o al menos esa es mi lógica).

No veo que Asher se coloca a mi lado hasta que dice:

—Relájate, no voy a dejar que estas dos se suban a nada que no sea apto para bebés.

Bajo el folleto de golpe. Estoy un poco pasmada porque haya adivinado lo que me preocupaba. ¿O es porque se ha tomado la molestia de intentar calmarme?

—¿Cómo sabes que no lo miraba por mí? A lo mejor me dan pánico los troncos flotantes.

Enarca una sola ceja al más puro estilo Stone.

—Ya. —Y regresa junto a su abuela.

No es hasta que llega nuestro turno que me doy cuenta de que la barca-tronco solo tiene espacio para dos personas. Una delante y otra detrás, como

en un kayak. Y Atlanta y mi abuela parecen tener clarísimo que ellas van juntas, porque están discutiendo las posiciones.

Antes de que a mí se me ocurra algo que decir, Atlanta ya ha hecho que el encargado de la atracción la ayude a subirse al asiento de detrás, y mi abuela ha saltado al delantero como un canguro.

—Pero... —susurro cuando el tronco empieza a deslizarse. Ninguna de las dos mira a sus nietos para comprobar que parecemos dos idiotas a los que han dejado tirados—. ¡Tened cuidado!

El encargado se gira hacia nosotros.

—Hola, bienvenidos al Arroyo rugiente. ¿Vais juntos?

Asher



El parque de diversiones Silverwood en general es, para mi desgracia, divertido. No, no estoy dramatizando ni me he equivocado de adjetivo. Es que se hace muy difícil mantener una fachada o unas intenciones cuando la adrenalina corre por mis venas como una descarga y la risa de Lluvia se me incrusta en los oídos. Todo en estas instalaciones parece diseñado para que generes endorfinas. Las atracciones, la comida con chutes de azúcar, los empleados sonrientes. Es como si, al entrar aquí, ingresáramos en una realidad alternativa de felicidad.

En el Arroyo rugiente he podido mantener un poco la compostura. Iba detrás de Lluvia, por lo que no me veía la cara y lo único que he tenido que hacer ha sido guardarme los gritos. Tampoco es que yo sea de los que va desgañitándose en estas ocasiones. O sí. Yo qué sé. Es la primera vez que vengo a un parque de diversiones.

La he ayudado tanto a subir como a bajar del tronco, he hecho como que no me daba cuenta de cómo su pelo largo me azotaba la cara cuando hemos cogido un poco de velocidad, y al bajarnos he ignorado lo sonrosadas que estaban sus mejillas y lo acelerada que tenía la respiración. He sido un campeón del disimulo.

Más medallas para mí, cojonudo.

Eso ha sido antes de subirnos al Cañón del trueno, claro. La atracción es una balsa circular con asientos para ocho personas en los bordes, así que todas pueden mirarse a la cara. Te abrochan un cinturón alrededor de la cintura y te lanzan a otro circuito de agua que atraviesa el parque y está lleno de rápidos.

Lluvia ya está comprobando de nuevo el folleto, pero yo me acerco con disimulo a uno de los trabajadores que controlan la fila.

—Disculpe. Mi abuela tiene casi setenta años y artrosis en las rodillas. ¿Esto...?

El empleado, seguramente muy acostumbrado a familiares hipocondriacos, señala al grupo que se está subiendo en este momento a la balsa. Cinco de sus ocho integrantes son niños. Niños bastante pequeños. Les veo los huecos en los dientes a dos de ellos desde aquí.

—El mayor peligro de esta atracción es acabar empapado, amigo. —Me guiña un ojo—. Disfrutad.

Bien. Excusa a la basura.

En nuestro turno, nos juntan con otros visitantes para completar la balsa. Por razones del destino que jamás entenderé (un destino que me persigue desde que me mudé a Santa Jacinta), acabo sentado a la izquierda de Lluvia. Los asientos están tan juntos que su rodilla roza mi muslo. Y ella está distraída y no se aparta como normalmente haría. Yo es que no puedo meter las piernas en otro lado. Ni siquiera me cabe todo el culo en este asiento.

La abuela y Joyce están justo frente a nosotros. La abuela ha tenido que dejar su bastón en consigna, cosa que no le ha hecho ninguna gracia, y está sentada tan espléndida que parece una reina en su trono. A su lado, los piecitos de Joyce apenas tocan el suelo. Se da cuenta de que las estoy observando y agita la mano, sonriente. Le guiño un ojo. Creo que esa mujer es la que más está disfrutando todo esto. Después de la primera atracción su emoción no ha hecho sino aumentar y aumentar, que también es otro efecto de la adrenalina.

—¿Seis años? —jadea Lluvia, con fingida sorpresa en la voz—. Guau, yo pensaba que tenías como, no sé, diez.

El niño a su lado se echa a reír, muy escandaloso. El que creo que es su padre se gira para mirarlo, verifica que solo está hablando con una desconocida muy mona, y se relaja.

—¡Entonces sería muy viejo! —grita el crío. A este también le faltan dientes, en concreto las paletas superiores e inferiores. Cada vez que habla parece que puedo verle hasta el estómago.

—Es verdad. Yo tengo nueve y medio y ya tengo canas. ¿Las ves? —Lluvia inclina su coronilla despeinada hacia el pequeño—. ¡Están por todas partes!

El chiquillo vuelve a lanzar otra risotada, pero luego su padre le dice algo y se olvida de la existencia de Lluvia. Joder, qué fácil. Tendré que pedirle consejo cuando nos bajemos de aquí.

Están subiéndose las dos últimas personas a la balsa. Ignoro la expresión de felicidad de Lluvia y cómo balancea los pies unos cinco segundos.

—Veo que sigues utilizando la táctica de la edad para entrarle a un chico.

En lugar de fruncir el ceño y ponerse a la defensiva, o mirarme como si fuera tonto por hacer referencia a cuando nosotros nos conocimos, suelta una carcajada. Creo que es el efecto de este parque. Ya llevamos varias atracciones e incluso yo siento que, mientras estemos aquí dentro, hemos pactado una especie de tregua. Algo tipo «Han creado este sitio para que la gente sea feliz, no lo arruinemos».

—Por supuesto. No falla. No hay nada mejor para el ego masculino que decirles que son grandes, o fuertes, o que aparentan más edad. Si te sientes travieso, puedes sugerir que se parecen a Spiderman y ya lo tienes todo hecho.

—Vaya, y a mí solo me dijiste que era muy bajito y que llevaba pañuelos como los señores mayores.

—Y que corrías como un león, no lo olvides.

Jamás lo olvidé.

—¿Lo sigues haciendo? —pregunta de repente, justo cuando el empleado abre la pequeña compuerta que libera la balsa.

—¿Qué?

—Llevar pañuelos de señor mayor en tus bolsillos.

Observo su expresión. No estoy seguro de si me está tomando el pelo.

—No, Lluvia, ya no lo hago.

Hace una mueca y engancha los dedos al cinturón cuando sentimos el primer bamboleo.

—Vaya.

Ya no me da tiempo a preguntarle a qué ha venido eso y por qué ha sonado como si estuviera decepcionada. De niños, le contó a toda la clase que a mí me gustaba llevar esos pañuelos de tela encima y consiguió que me llamaran Mocos Finos todo un curso. Vale que en ese entonces ella tenía diez u once, pero...

Como Lluvia, el niño desdentado y yo vamos de espaldas a la corriente, somos los primeros en recibir el remojón cuando empiezan los rápidos. Un chorro de agua fría choca contra mi espalda y me hace maldecir en voz baja, pero a Lluvia y al crío les cae por encima y les empapa la cabeza y los hombros. Los dos se miran, con la boca abierta de par en par, y luego explotan en carcajadas.

—¡Por fin estás bautizada, querida! —grita Joyce. Mi abuela le da un tortazo en el hombro.

Varias personas la miran de reojo con expresión rara. Lo más probable es que crean que está bromeando, o eso espero. Está claro que no aprendió nada de cuando una junta de fervorosos creyentes intentó hacer una moción en el ayuntamiento de Santa Jacinta para obligarla a bautizar a Lluvia. Los Clearwater en general siempre se han comportado como si no vivieran en la misma sociedad ni siguieran las mismas reglas morales que el resto. A mí

en particular me importaba una mierda si a Lluvia de bebé le habían echado agua bendita por la cabeza o no.

Para ser sincero, saber que nunca ocurrió tenía bastante sentido.

Los rápidos aumentan y se suceden cada vez con más frecuencia, y como la balsa no deja de girar, todos acabamos empapados. Esta mierda sube y baja, a ratos hundiéndose un poco y dejando entrar el agua hasta nuestros pies.

Un poco más adelante, veo que nos espera un túnel de roca falsa que, desde aquí, parece tan oscuro como la carretera de salida de Crater Lake. Espero que ahí no haya ningún ciervo kamikaze. La entrada está en medio de una curva y vamos a lo que creo que es la velocidad máxima de este cacharro. Por ese mismo destino de mierda que me persigue, es nuestro lado el que acaba de espaldas en la curva y somos los primeros en recibir el pequeño impacto. Luego la balsa se reincorpora al cauce con suavidad y se desliza al interior del túnel.

Los niños chillan como si les fuera la vida en ello por la oscuridad, haciendo eco en las paredes, y me parece que oigo la risita de Joyce. No me extraña que esta parte de la atracción sea la que más le guste.

Apenas treinta segundos más tarde, la luz regresa y salimos al exterior. Unos metros más adelante veo la caseta de la atracción y otro pequeño tumulto de gente en la plataforma, lista para subirse.

No es hasta que mi abuela y yo cruzamos miradas que me doy cuenta de que ocurre algo extraño. Está observándome con las cejas tan arqueadas que parece que todas las arrugas del rostro se le apelotonan en las sienes. No, espera, no me está observando a mí.

Sigo la línea de su mirada hacia mi regazo.

Lluvia acaba de hacer lo mismo, porque damos un respingo a la vez. Suelto su mano a toda velocidad y vuelvo la cabeza en la dirección opuesta. Si el corazón ya me iba rápido por los saltos de esta atracción, ahora me

parece que se ha salido de su lugar y cae en mi estómago con un pequeño «paf».

¿La he cogido de la mano al entrar al túnel? ¿Por qué?

Es decir...

¿Por qué? ¿Primero una teta y ahora la mano? ¿Qué cojones me pasa?

¿Estoy mejorando o empeorando?

Creo que he alargado el brazo hacia ella en la curva, algo instintivo porque es pequeña y delgada como un fideo y a lo mejor se escurría del cinturón y acababa en el agua. Un gesto caballeresco. Algo que se hace por cualquiera.

De ahí a agarrar su mano y traerla hasta mi regazo...

¿Y por qué ella lo ha permitido? ¿No se ha dado cuenta, tal vez? Con tanto balanceo y gritos, ¿es posible?

«No pienses en ello. Ha sido un puto accidente.»

«Cuanta menos importancia le des, mejor.»

Salimos de la atracción en orden. Cuando Lluvia sube a la plataforma justo después del niño desdentado, me doy cuenta de que ha acabado tan empapada que su vestido ha pasado de «Creo que lleva algo rojo debajo» a «Sí, y es un maldito biquini minúsculo de dos piezas».

«El mayor peligro de esta atracción es acabar empapado, amigo», me ha dicho antes el empleado. De pronto me parece un visionario.

«No pienses en ello», me reclamo mientras Lluvia se despide del crío con besos volados.

«No pienses en ello», repito cuando volvemos al paseo principal y nueve de cada diez tíos heterosexuales miran a Lluvia como si fuera un faro en una noche de tormenta y ellos, barcos a punto de naufragar. Los entiendo.

Es normal que parezcan cautivados, y sé que no es solo por lo que se intuye bajo la tela. Es ella. Cómo camina. Cómo se ríe con su abuela. La manera en que el sol y la risa han coloreado sus mejillas, y parece la definición de la alegría hecha persona.

Lluvia Clearwater tiene algo. Lo he sabido desde siempre.

En ese momento, un grupito de adolescentes, de entre trece y quince años, pasan por nuestro lado y silban con descaro. Lo están haciendo desde la inocencia y la tontería propia de su edad, así que no resultan molestos. Lluvia les lanza más besos volados y uno finge que le está dando un ataque al corazón, haciéndolas reír a ella y a Joyce.

Los demás me levantan los pulgares, como si yo mereciera reconocimiento por el encanto de Lluvia. Continuamos nuestro camino y me permito esbozar una pequeña sonrisa porque, joder, si no lo hago, reviento.

Lluvia



—Califica tu cansancio del uno al diez.

—Menos veinticuatro.

Entrecierro los ojos, buscando la más mínima señal de farsa en la expresión resignada de mi abuela. Alzo un meñique.

—¿No mientes?

Entrelaza su meñique con el mío.

—No miento.

Puede parecer loco que nuestros dedos enroscados me tranquilicen. Bueno, en lugar de loco sería más correcto definirlo como infantil. Pero, a lo largo de toda mi vida, la abuela jamás ha mentido ante nuestros solemnes meñiques. Y lo que en realidad me alivia es que nada en ella indica que el ajetreo del parque le esté pasando factura. Si acaso, parece más enérgica y activa, como si llevara escondida en el bolso una de las bebidas para deportistas de Asher.

Lo miro de reojo. Estamos en la fila para la última atracción antes de irnos a almorzar. Rodea a su abuela con un brazo mientras ella, creo, le explica el derroche de agua que generan lugares como estos. Dudo que Atlanta sea ecologista. Es que le gusta quejarse de cosas... sobre todo si

lleva una mañana completa rodeada de gente que ríe y niños que se desgañitan.

Aparto la mirada justo cuando me parece que Asher va a girarse hacia nosotras. No sé si me está mirando o solo está comprobando cuántas personas tenemos por delante, pero yo siento que el pequeño nudo de nervios se retuerce en mi estómago. Se ha formado, tomando hilos de aquí y de allá y trenzándose con fuerza, cuando he descubierto que Asher y yo estábamos cogidos de la mano al final del Cañón del trueno y se niega a desaparecer. Ha sido tan... raro.

Se ha sentido tan... bien.

No, no. Sacudo la cabeza e intento imaginarme de nuevo que los pensamientos me resbalan como una chaqueta que me queda grande. Pero, por alguna razón que no alcanzo a comprender, mi mente se atasca en la imagen de toda esa tela amontonada en el suelo; es mucha. Es imposible de ignorar. A estas alturas es como si no fuera solo una chaqueta, sino una montaña de ellas.

Para distraerme, compruebo el móvil. He subido a Instagram la foto que Asher nos ha sacado a la abuela, a Atlanta y a mí justo después de bajarnos del Mezclador. La máquina ha hecho honor a su nombre y parecemos tres maníacas que han escapado de un psiquiátrico. He tenido que suplicarle a Atlanta que no se peinara para la foto, que así quedaría más divertida. Solo me ha hecho caso por la pulla de la abuela: «¿Ya no te haces la milenial, Ati?»

Trinity ha puesto caritas llorando de risa; excompañeros de instituto han comentado infinidad de cosas, y hasta Gideon Stone, tío de Asher y *sheriff* de Santa Jacinta, ha escrito «Quién te ha visto y quién te ve, mamá».

Eso mejor no se lo enseño a Atlanta.

La sonrisa se me borra de golpe cuando veo el comentario de Justin: «¿??».

Automáticamente reviso la foto, como si fuera a encontrar algo diferente en ella. Por inercia, intento ponerme unas gafas imaginarias que me permitan verla desde la perspectiva de Justin. Pero no... Sigo sin saber a qué han venido esos interrogantes. Es lo primero que me dice desde que nos despedimos. ¿Tal vez lo ha enviado por error?

Como si me leyera los pensamientos, en ese momento aparece un mensaje suyo.

Tía, ¿nadie te ha dicho
que se te ve todo?

Parpadeo varias veces, regreso a la foto y, por fin, caigo en la cuenta. Sí. El vestido mojado no oculta que llevo el biquini debajo. Pero no veo cuál es el problema. Precisamente por eso me lo he puesto, para que se transparente un bañador y no la ropa interior. Este vestido tiene tantos años, de hecho, que me lo he puesto varias veces para ir al lago con Trinity, con el propio Justin, con la abuela...

No veo la diferencia.

Me late el corazón fuerte, de una manera desagradable, pero mis dedos no dudan al teclear la respuesta.

No hace falta que nadie me diga nada, me he mirado al espejo antes de salir.

Su respuesta es un pulgar hacia arriba.

Yo no... No me puedo creer que esto esté pasando otra vez. Ya viví una situación parecida con él durante su primer semestre en la universidad. Parecía que tenía que darle explicaciones por todo. Lo permití una, dos, hasta tres veces, diciéndome a mí misma que podía ser normal sentir cierta inseguridad por el cambio, que solo era temporal. Luego, insistí para tener una videollamada con la ropa puesta y le comenté que no me estaba molando su cambio de actitud; que la distancia era la misma para los dos y

yo no andaba desconfiando de todo lo que él hacía o decía, ni con quién salía o dejaba de salir.

No le dije que él era el que estaba en un lugar nuevo, rodeado de gente desconocida, a más de tres mil millas de casa, pero lo pensé.

Justin pareció entenderlo. Al menos, entendió que me molestaba.

Ahora parece haberse olvidado.

Como también parece haberse olvidado de mi existencia hasta verme en una foto con un vestido mojado. Nada de preguntarme cómo estoy. Y lo más importante de todo: nada de interesarse por la abuela.

Quiero escribirle eso. Quiero reclamarle que me escriba por inseguridad y no por interés. Hacerle saber que me parece egoísta, que me duele, que reviso el móvil todas las mañanas esperando encontrar un mensaje suyo porque, para mí, está claro que ese paso lo tiene que dar él.

Sin embargo, para cada uno de esos escenarios imagino a la perfección cuáles serían sus respuestas, cómo devolvería la pelota a mi tejado, y el leve inicio de un enfado que estaba creciendo en mi interior se esfuma. Este es el problema con mi cabeza, que me agota pensar en entrar en una discusión y saber que no voy a sacar nada de ella; que lo máximo que lograré será un «Vale, lo que tú digas», y tendré que fingir que es suficiente.

Y fingir que es suficiente también es doloroso. Porque me hace pensar... en cosas que llevo mucho mucho tiempo guardándome.

Consigo dejar de mirar el pulgar hacia arriba cuando oigo un ruido potente, un retumbar bajo que parece reverberar en el propio suelo.

—¿Eso ha sido un trueno? —pregunta Atlanta.

Todos levantamos la vista hacia el cielo. Las nubes han ido multiplicándose a lo largo del día, grandes, esponjosas y más grises de lo normal a principios de agosto. He pensado que tal vez así son las nubes al norte de Idaho.

Resulta que no. Un mensaje automatizado empieza a sonar por los altavoces avisando de una tormenta que va a pasar con rapidez sobre el

parque. Nos indica a los visitantes que debemos guarecernos bajo techo, apagar nuestros aparatos electrónicos y seguir las indicaciones de los empleados. Parece que tienen la situación controlada, porque todos los trabajadores empiezan a dirigir a la gente con calma y eficacia, bajándolos de las atracciones y mostrándoles dónde pueden refugiarse. Yo apago mi móvil con bastante entusiasmo, la verdad.

El aire se carga de humedad y juraría que siento picor en la lengua por la electricidad acumulándose. El paseo se llena de visitantes buscando dónde meterse. Un empleado dirige a mi abuela y a Atlanta bajo un soportal que está hasta los topes.

Asher y yo no cabemos, y mientras buscamos dónde ir acabamos bajo el techo de chapa de la pizzería Caselli's. No es un restaurante ni mucho menos, sino un kiosco alejado de la zona de comidas por si a los visitantes les entra hambre en medio de la aventura. El mostrador y el techo plegable apenas miden dos metros de largo y dudo que sea lo más recomendable para protegerse de una tormenta eléctrica. Los truenos suenan cada vez con más frecuencia y mayor potencia, como si estuvieran más cerca. Gotas del tamaño de monedas empiezan a puntear el suelo, y la gente entra en pánico.

En circunstancias normales me haría gracia, porque solo es agua. Habiendo rayos de por medio, entiendo su problema. Yo misma soy un imán para rayos en este momento.

—Supongo que no venís a probar nuestros famosos *pretzels* con queso —dice una voz a nuestras espaldas.

Asher y yo nos giramos con un sobresalto. Hay una chica sonriente, con una camiseta con los colores de la bandera italiana, al otro lado del mostrador. Parece más o menos de nuestra edad.

—Estas tormentas son muy comunes por esta zona, no os preocupéis. Pasará de largo en pocos minutos, pero es mejor que a nadie le caiga un rayo. Mi prima Kelsie tuvo esa suerte y lleva el mismo collar y los mismos anillos desde entonces.

Fantásticas palabras de ánimo. La lluvia arrecia y suena como si estuvieran cayendo piedras sobre el pequeño techo de chapa. Un rayo lo ilumina todo, incluso el interior en penumbra de la minipizzería, y el trueno le sigue a los pocos segundos. Por inercia, Asher y yo nos acercamos más el uno al otro.

—¡Guau! —exclama la chica—. Venga, entrad. Ahí no estáis seguros.

No hace falta que diga más. Entre los tres despejamos el mostrador de servilletas, vasos de cartón y pajitas, y Asher no lo duda antes de ponerme las manos en la cintura y auparme. Es ilógico quejarse; no habría llegado yo sola a este mostrador absurdamente alto jamás.

Una vez en el interior calentito (y con un olor delicioso) de Caselli's, me asomo un instante sobre el mostrador para agitar el brazo. La abuela y Joyce me devuelven el gesto desde debajo del porche, apretujadas entre otro montón de gente. El corazón se me encoge un poco por ninguna razón.

Últimamente, no soporto ver a la abuela de lejos, sin mí. Ella suele salir todos los sábados por la mañana con su carrito de la compra para curiosear en el mercadillo del pueblo; lo hace desde que puedo recordar. De niña, le suplicaba que no hiciera ruido para poder dormir hasta tarde. Poco después de enterarme de su enfermedad, empecé a ir con ella. Había algo en verla salir de casa con su carrito, como siempre, tan menuda, tan solitaria (a pesar de saber que ella no se sentía así), que me retorcía las entrañas.

Una suave musiquilla hace que volvamos a mirar a la empleada, que se desengancha un teléfono inalámbrico del cinturón.

—Caselli's. Sí. Ajá. Ya... No me entraña. —Pone los ojos en blanco—. Sí, supongo que tendré que arriesgar mi vida. Ya voy. —Cuelga, luciendo algo frustrada—. Podéis quedaros aquí, yo tengo que comprobar algo que mis compañeros no han tenido la decencia de hacer antes de largarse a la zona de empleados. No salgáis hasta que den permiso a través de los altavoces, ¿vale?

Luego se va hacia la parte trasera del kiosco, que parece mucho más profundo que ancho.

Y, así, Asher Stone y yo nos quedamos solos.

De primeras, no es incómodo. La tormenta hace un montón de ruido, y hay bastante que ver aquí dentro. Como hace rato que ha pasado el mediodía, mis tripas se alzan en rebelión por todo el olor a pan, tomate y queso. Hay varias estanterías repletas de comida. Algunas están a medio hacer, otras solo habría que calentarlas un poco. A mí en este momento un trozo de pizza hawaiana fría me suena a gloria. Y la tengo al alcance de la mano.

—¿Crees que a la prima de Kelsie le importará si nos servimos por nuestra cuenta? —planteo.

Estoy casi segura de que va a decir que ni se me ocurra. Es un Stone. Los Stone no ratean comida. Sin embargo, me sorprende al encogerse de hombros. No habría necesitado su permiso, pero disfrutar de la pizza sin sentir su mirada censuradora es mil veces mejor. Me hago con varias servilletas y cojo el trozo más grande, gimiendo al comprobar que está tibia.

—¿No quieres? —pregunto con la boca llena.

No sé por qué hago esta clase de cosas cuando estoy con él, la verdad. Suelo comer con la boca cerrada, como una persona normal. Creo que adoro la cara que pone al verme.

En lugar de contestarme, abre la puerta de cristal del frigorífico y coge, por supuesto, una botella de Gatorade.

—Tienes un problema.

—No soy yo el que come eso. —Señala la pizza.

—Ay, no me extraña para nada que seas de los que odian la piña en la pizza. Es demasiado innovador para ti. Demasiado arriesgado. Una explosión de sabores que sobrecargaría tus sentidos robóticos.

Poco impresionado, enarca una ceja.

—¿Robóticos?

—Sí, porque eso es lo que eres, un robot.
Da un largo sorbo al Gatorade.
—¿Desde cuándo?
Y entonces se me escapa:
—Desde hace cuatro años.

Asher



Las palabras de Lluvia se quedan flotando en el aire... Este aire tan escaso, tan ínfimo, que de repente parece encogerse y hacernos realmente conscientes de que solo estamos ella y yo aquí. Los dos. Sin nadie más.

Y no pasaba desde hace, como bien ha dicho ella, cuatro años.

Mierda, mierda. Lluvia se ha quedado mirándome, sus ojos castaños reluciendo demasiado para estar en la penumbra de un kiosco en un día de tormenta. La tensión va aumentando en mi interior, y en lugar de instarme a hablar, como les sucedería a muchas personas en momentos incómodos, a mí me bloquea la garganta con más efectividad que un codazo en la nuez.

El silencio se alarga. Para mi asombro, ella tampoco parece tener nada más que decir después de sus últimas palabras; por la forma en que ha cerrado la boca con brusquedad y se ha concentrado en terminar el trozo de pizza, creo que desearía ser capaz de retroceder en el tiempo.

Una parte de mí desearía lo mismo.

La otra, que es una puta masoquista, se regodea en este momento como un cerdo en un charco de barro.

Unos minutos más tarde la veo frotarse los brazos y, resignado, me quito la sudadera y la pongo en su regazo.

Me mira fijamente otra vez.

Apretando los dientes, finjo que estoy muy interesado en los panfletos de promoción que hay bajo el mostrador. Y no sé por qué siento algo parecido a la euforia cuando, sin decirme nada, se pone mi sudadera.

Como era de esperar, le queda enorme. Se acumula sobre sus muslos desnudos (borra la palabra *desnudo* cuando te refieras a Lluvia, gracias), y sus dedos quedan escondidos en las mangas. No solo no se arremanga, sino que parece acurrucarse más dentro de la tela, subiendo la capucha para cubrirse el pelo.

Al cabo de unos minutos, murmura:

—Huele genial.

Llevamos tanto rato sin hablar que siento hasta un sobresalto.

—No esperaba otra cosa de ti —se apresura a añadir—. Con lo que te gusta estar limpio, y todo eso.

Lo dice con el mismo tono que si estuviera diciendo «Con lo que te gusta robar bancos», algo ilegal o muy extraño. Aprieto los labios para contener una sonrisa y empiezo a pellizcar las esquinas de uno de los panfletos.

La oigo suspirar.

—Odio cuando haces eso.

Me giro hacia ella con rapidez.

—¿Qué?

—Ignorarme.

Estoy a punto de reírme porque... Ay, joder, eso sí que es gracioso.

—Créeme, Lluvia, a ti es imposible ignorarte.

Por un instante se queda en silencio, sus ojos un poco más abiertos, pero acaba frunciendo el ceño otra vez. Como si hubiera interpretado algo en mis palabras y luego lo hubiera descartado. No sé qué prefiero, la verdad.

—¿Me estás llamando pesada?

—Vamos a dejarlo en... llamativa.

—¿Llamativa? ¿En serio? Dejaste de mirarme y reparar en mi existencia hace bastante tiempo. —Ha sustituido lo de los cuatro años por «bastante

tiempo», como si ser genérica mitigara el efecto de sus palabras.

Y así es.

—No es cierto —la corrijo antes de pensármelo dos veces, y luego me maldigo por su expresión de sorpresa—. Solo...

«Me cansé de mirarte y quedarme sin aire.»

«Me cansé de buscarte por los pasillos.»

«Me cansé de las excusas de mierda.»

Hay tantas probabilidades de que admita eso como de que esta tormenta desaparezca de repente. Así que, por supuesto, no digo nada.

No sé si eso la decepciona, porque evito mirarla.

—Da igual —acaba murmurando—. Olvida que he dicho algo. No esperaba que fuéramos a convertirnos en superamigos al crecer, me lo dejaste bastante claro, pero hasta dejaste de saludarme en el instituto.

Sí, lo recuerdo. Era incapaz de mirar a Lluvia a los ojos, mucho menos dirigirle la palabra. ¿Y lo imbécil que me sentía? Esa clase de sentimientos es difícil gestionarlos. Y es cierto que tal vez no debería haber dejado de hablarle sin más, pero tenía quince años y no... Sentía que no podía más.

—En cuanto a quitarte el saludo... Fui un niñato —digo, porque es lo único que puedo darle.

La verdad de aquel entonces es algo que probablemente jamás sea capaz de contarle. Tampoco hay razones para ello. Ya ha pasado demasiado tiempo y no cambiaría nada.

—Vaya... —Finge que se queda sin aliento, como si mi escueto reconocimiento hubiera sido toda una declaración—. Gracias por admitir algo tan gordo. ¿Qué tal si lo achacamos a la maldición de nuestras familias y listo?

Se me escapa una risa-resoplido. La incomodidad se disuelve un poco, distendiendo el ambiente.

—No estoy tan seguro de que eso exista de verdad.

—Hay registros que te enseñaría encantada si estuviéramos en Santa Jacinta. ¿Y qué mejor prueba que tú mismo? En cuanto llegaste al pueblo, te convertiste en mi némesis. Pero ¿te digo la verdad?

Me mira con diversión y se echa la capucha hacia atrás. Por un momento, dejo de respirar, aturdido. Unos rayos de sol que de ninguna manera deberían estar escapando de la tormenta están derramándose sobre el parque, colándose bajo el techo de chapa y alcanzando la mejilla de Lluvia. De pronto, sus ojos castaños parecen dorados. Su pelo oscuro tiene destellos cobrizos que destacan como fuego sobre mi sudadera negra, y las pecas de su nariz parecen haber sido resaltadas con rotulador.

Al sonreír, toda la luz, el color y los reflejos del mundo parecen converger en ella, meterse en su interior y hacerla brillar como si quisiera competir con el mismísimo dios de las tormentas de Idaho.

—Fue muy divertido —dice—. Has sido un gran enemigo, Ash Ketchum.

Mi corazón se salta uno, dos, tres latidos. Muchas alarmas suenan en mi cabeza, una de ellas muy muy antigua. La misma que sonó levemente el primer día del viaje, cuando la salvé de estamparse contra el salpicadero y más tarde me dio las gracias.

La alarma de «Lluvia está siendo adorable». Y esta vez viene con altavoces y estéreo.

Se me ocurre la soberana estupidez de que no llevo la sudadera, la tela de esta camiseta es muy fina y a lo mejor ella ha visto el preinfarto que acabo de sufrir.

Se me ocurre también que debo de tener cara de imbécil, mirándola sin decir nada.

Y, por último, se me ocurre que tengo que salir de este kiosco a toda leche.

Ella, desconocedora de mi agitación interior, coge otro trozo de pizza y lo mordisquea con suavidad. Cómoda, tranquila, ajena.

—Vale, hagamos recuento. De momento hemos estado a punto de tener un accidente en la carretera por culpa de un ciervo, y ahora hemos coincidido en tiempo y espacio con una tormenta del copón. Hagan sus apuestas. ¿Qué crees que es lo próximo que nos pasará?

Tras cuatro agónicos latidos de corazón y un trueno bastante ensordecedor, me recoloco la gorra (que ya estaba bien puesta).

—Que... —carraspeo, reuniendo fuerza en mi voz—. Que el supervolcán de Yellowstone decidirá erupcionar el día de nuestra visita.

Ella suelta una risita.

Yo contemplo la posibilidad de fingir un desmayo.

—Trágico. Y aterradoramente posible.

Luego se dedica a enumerar el resto de las catástrofes que pueden ocurrirnos mientras yo lanzo miradas de reojo al exterior todo el rato.

Lluvia



En Sun Valley, hacemos un sendero a caballo toda una mañana y patinaje sobre hielo por la tarde. La ciudad es preciosa y está mucho más llena de gente de lo que me esperaba en esta época. Sun Valley es conocida como el destino vacacional perfecto para el invierno por su centro de esquí; también porque muchos famosos vienen aquí. Tiene algo. Es como la mezcla perfecta entre modernidad europea y reminiscencias del viejo Oeste.

Hacemos noche allí y al día siguiente, antes de emprender nuestro camino al Parque Nacional de Yellowstone, decidimos refrescarnos en el río Big Wood.

La abuela y yo nos agarramos de la mano mientras entramos poco a poco al agua. En esta parte el río apenas cubre hasta las rodillas y la corriente es muy débil, pero adoro el paisaje. Piedras grises decoran las dos orillas y el lecho, y se forma espuma en la superficie cuando el agua choca contra arbustos y piedras más grandes. A la izquierda, podríamos pasar caminando bajo el puente del ferrocarril sin salir del agua si quisiéramos. Y justo enfrente tengo una vista preciosa de una hilera de árboles parduzcos y una pequeña montaña al fondo.

En este recodo del río solo estamos la abuela, Atlanta y yo.

Ah, sí, y el robot.

Corre de un lado a otro haciendo sus ejercicios. No se ha quitado la camiseta. Tampoco se ha tirado agua por encima. Hasta su abuela le ha preguntado en el desayuno qué mosca le había picado estos días, pero él se ha limitado a darle un beso en la mejilla para zanjar el tema. Una parte de mí ha esperado con impaciencia que Atlanta no se dejara engañar y volviera a la carga, pero por lo visto a esa mujer solo le hace falta un pequeño arrumaco de parte de su nieto para contentarse. Qué decepción.

Diría que me molesta su actitud, pero ¿qué actitud? ¿La de siempre? En el parque de diversiones apenas pasamos de la frialdad a la cordialidad. Hablamos un poco, sí. Me pareció que estaba casi hasta simpático (una exageración, qué puedo decir), solo porque mantuvimos un par de conversaciones en las que no nos insultamos ni enviamos mensajes subliminales hirientes, y porque salimos de aquel túnel agarrados de la mano.

¿Soy tonta?

«Lo eres. Este tío lleva años tratándote como papel de pared y se comporta como un ser humano normal durante un par de horas y tú ya tiras cohetes al cielo.»

Me digo a mí misma, como he hecho ya cientos de veces a lo largo de los años, que su actitud no tiene nada que ver conmigo. Estoy muy segura de que no hice nada para provocar su distanciamiento; tan segura como que el día que se lo pregunté en el instituto me dijo que madurara, y que me estaba imaginando cosas.

Debería creerlo. Asher Stone será muchas cosas, pero no un mentiroso. Y, aun así, siempre me quedó ese resquicio de duda... Esa molestia punzante que de vez en cuando me hacía removerme con incomodidad. Como cuando estás convencida de que has olvidado algo, pero no sabes qué. Era una sensación muy desagradable.

Algunos días me he dicho que es mi cerebro autoculpándose de cosas que no tienen relación conmigo. Porque lo he hecho otras veces y no sería

raro que cayera de nuevo en ese error. Pasa algo y automáticamente pienso «¿Qué ha ocurrido? ¿He sido yo? ¿He hecho, dicho, pensado o expresado algo inconscientemente que haya provocado esto?». Sí, no mola tener un cerebro que se declara culpable a la primera de cambio.

Bajo la vista hacia nuestros pies. El agua es tan cristalina y escasa que veo sin problemas los deditos cortos y rechonchos de la abuela, y los míos más alargados y sin color. Siempre que los miro pienso en pintarme las uñas, pero luego recuerdo que solo duraría unos días antes de empezar a desmoronarse y que es mucho trabajo mantener una pedicura decente. Y no soy de las que dedican su tiempo a esa clase de cosas.

Mi concentración, en cambio, pasa a la manera en que el agua rodea nuestros tobillos, y en nuestras sombras alargadas sobre la superficie, con las manos unidas. Con una paleta solo de tonalidades blancas, grises y azules, captaría a la perfección este momento. La iridiscencia del agua bajo el sol, su transparencia, nuestros pies tan cerca que los meñiques podrían rozarse en cualquier momento, y la diferencia generacional entre ambas: los suyos más anchos y aplanados, regados de venas y pequeñas manchas, y los míos más esbeltos y lisos.

Origen y vida, titularía a esa pintura.

Eso si llegara a realizarla, claro.

Estoy tan absorta en el proceso que seguiría que no me doy cuenta de que el apretón de la abuela se va haciendo más fuerte, más urgente, hasta que el tirón me hace tambalear. Ahogando una exclamación, extiendo el brazo libre hacia ella y la sostengo justo cuando estaba cayendo de lado hacia el agua.

Doy gracias porque sea tan pequeña que no me cuesta agarrarla.

—¿Abu? —jadeo.

No contesta, y eso envía mi corazón a una carrera desenfrenada en la que todo pensamiento anterior a esto desaparece. Busco su rostro. Tiene la mirada desenfocada y me parece que respira de manera superficial. Creo

que las piernas todavía la sostienen, pero la rodeo por completo con los dos brazos y luego miro hacia la orilla, desesperada.

Atlanta tiene sus gafas de sol puestas y un libro en las manos, distraída. Asher sigue con sus ejercicios, y a mí me da igual en este momento que lleve días comportándose como un idiota.

—¡Ash! —grito.

No sé si es porque lo sorprende que lo llame así o porque percibe algo en mi voz, pero vuelve la cabeza al instante. Suelta las cintas elásticas que tiene en las manos y viene corriendo hacia nosotras. Sus zapatillas se hunden en el agua y salpican por todas partes.

—¿Qué ocurre? —Nos examina a ambas—. ¿Joyce?

—Ayúdame —digo con más firmeza de la que yo misma esperaba—. Tenemos que llevarla a la sombra.

La levanta en volandas con sumo cuidado. La abuela no emite ni un solo quejido. Ha cerrado los ojos y no sé si está siendo consciente de lo que ocurre. Camino prácticamente pegada a Asher hasta que la recostamos en su toalla, que habíamos extendido bajo los árboles más altos de la orilla. Atlanta cierra el libro de golpe al vernos.

—¿Jojo? ¡Lluvia! ¿Qué demonios ha pasado?

—No lo sé, Ati, ha sido de repente.

Me arrodillo junto a la abuela y me pongo manos a la obra. He hecho esto otras veces; he estado en múltiples voluntariados y he asistido a tantos cursos de primeros auxilios que ya lo tengo interiorizado. Si a eso le sumamos el último año largo de consultas en internet sobre posibles síntomas de un cáncer en estadio cuatro, podrían convalidarme la carrera de Enfermería.

Tiene sudor frío, con la frente pegajosa, y la piel más pálida que de costumbre.

Me dirijo a Asher sin mirarlo:

—En el botiquín de primeros auxilios tiene que haber un glucómetro, y necesito algo dulce, como... Ah, un zumo de naranja azucarado debería valer. ¿Puedes...?

Antes de terminar la pregunta, capto sus fuertes pisadas alejándose. «Little Hazard no está lejos —me digo a mí misma—. No tardará en volver. Y esto solo es hipoglucemia.» No solo puede pasarle a cualquier persona por determinadas circunstancias (ayunar, una mala comida, ejercicio físico excesivo), sino que lo estaba esperando. El doctor Schuster me advirtió que el cáncer de páncreas produce alteraciones en los niveles de azúcar de sus pacientes, porque es el órgano que genera la insulina.

«Ya lo sabía», me repito mientras seco el sudor de la abuela y le murmuro que no pasa nada, que estamos con ella y que se le pasará rápido.

Atlanta se ha levantado con dificultad de su silla plegable, con ayuda del bastón, pero no puede arrodillarse como yo en el suelo y se pasea sin descanso alrededor de la cabeza de la abuela. Está tan alterada que, si me hubiera quedado alguna duda sobre si ella también lo sabe o no, en este momento la habría resuelto. Nadie actúa tan bien. Ni siquiera yo. Creo que ahora mismo tengo un cartel en la frente que pone «Nieta en crisis lamentándose por sus propias mentiras».

Porque, si yo no participara de toda esta pantomima, la abuela no estaría aquí tendida.

Estaría en un hospital, o en casa con las correspondientes atenciones y medicinas. No en medio de Idaho recibiendo asistencia de las manos temblorosas de una egoísta como yo.

Me parece que el tiempo fluctúa de otra manera. Sé que no han pasado ni dos minutos y Asher ya está de vuelta con todo lo que le he pedido, además de una toalla humedecida con agua tibia. Para mí, ha sido una eternidad estresante en la que no he podido apartar la vista del pulso de la abuela en su cuello al mismo tiempo que trataba de disimular. Con rapidez, le pincho un dedo y espero a que el glucómetro haga la lectura.

Cincuenta y cuatro.

El corazón me da un vuelco horrible. Dios, es tan bajo que está al borde del desmayo.

—Es muy bajo —anuncio tras unos segundos, recordando que no estoy sola—. Necesito erguirla para que se beba el zumo ya.

Asher se coloca tras la abuela al instante. Entre los dos la elevamos poco a poco. Sus párpados maquillados de lila tiemblan, como si intentara abrir los ojos. Le susurro que no hace falta, que seguimos siendo tan feos como siempre. Mi mano y la de Asher se unen en la espalda de la abuela, pero ninguno de los dos apartamos los dedos.

Sorbo a sorbo, hago que se beba el vaso completo. Atlanta intenta protestar, cree que no hay que obligarla y que con un poco de zumo es más que suficiente.

—Tiene que tomar el equivalente a quince gramos de glucosa —insisto. Creo que estoy sonando tajante, seca—. Ni uno menos, ni uno más. Si después de quince minutos sus niveles no han subido, al menos, a setenta, tendrá que beberse otro.

Atlanta frunce el ceño.

—Pero...

—Nana —la interrumpe Asher, con una dureza inusual en su voz al dirigirse a su abuela—. Lluvia sabe lo que hace. Entiendo que estés preocupada, pero así no la ayudas.

Luego, nuestras miradas se encuentran un segundo antes de que él carraspee y baje la vista hacia mi abuela de nuevo. Ni me atrevo ni me surge decirle nada, pero siento que los nudos que se habían trenzado en mi estómago durante nuestra visita a Silverwood se tensan un poco, vibrantes.

Un par de hilos nuevos se unen y se enredan junto a los demás.



La abuela no necesita más zumo. Unos veinte minutos después, ya está sentada cómodamente en los sillones de Little Hazard y se lamenta una y otra vez. Que ha desayunado poco. Que se ha olvidado de ponerse un sombrero y ha recibido mucho sol en la cabeza. Que no nos preocupemos, ni dejemos que algo tan tonto nos arruine el día.

La escucho con una gran sonrisa, bromeando sobre el chapuzón que se habría dado si no la hubiera sostenido a tiempo. Atlanta le asegura que yo estaba dispuesta a inyectarle el zumo en las venas si hubiera sido necesario. Las tres nos reímos. Mientras, un pozo oscuro y nauseabundo se asienta en mi interior. Frío; tan frío que, de repente, este día de agosto no es suficiente para mí y un temblor me recorre de arriba abajo.

—Voy a salir un momento —musito, con la esperanza de decirlo con tanta suavidad que no me presten mucha atención.

Funciona. Observo la expresión de la abuela, su sonrisa forzada, y sé lo que está pensando. Es la primera vez que muestra algún síntoma delante de su mejor amiga, la neurótica controladora, y necesita aligerar el ambiente como sea.

Y yo, como secuaz en la sombra, debo imitarla.

Me escabullo. Al poner los pies en el exterior, la opresión en el pecho es mayor que si alguien me estuviera dando un abrazo asesino. Mucho peor, porque, si fuera un abrazo real, al menos tendría algo de lo que defenderme, piel a la que aferrarme y que arañar. Bajo esta sensación, sin embargo, solo estoy yo. Y es abrumador, porque no puedo excavar nada en mi pecho para liberarme.

Sé cómo funciona, no es la primera vez que la ansiedad hace acto de presencia, y no puedo dejar que nadie me vea así. Acabaré gritando como

una loca en algún momento.

Rodeo Little Hazard a paso ligero para tomar el camino principal del camping para autocaravanas y casi me doy de bruces con Asher. Paro en seco, mis sandalias resbalan un poco sobre la tierra en polvo, y parpadeo. Sabía que había salido después de sentar a mi abuela en los sillones, pero no he prestado mucha atención.

No dice nada. Me está observando fijamente y, joder, de verdad, ahora mismo no tengo fuerzas para esto. No me siento bien bajo ese par de ojos azules, ni dentro de la autocaravana, ni en este lugar desconocido. Me encantaría que entre esos árboles apareciera la escalera de mi casa, y que al fondo a la izquierda estuviera mi habitación. Porque correría hacia allí, enterraría la cara en la almohada y gritaría hasta desgañitarme con la certeza de que nadie podría oírme.

Pero eso no va a pasar. Lo había contemplado antes de este viaje, hice una maldita lista en la que aparecían todas las posibilidades, y me había dicho a mí misma que podía controlarlo.

Bueno, pues con una simple bajada de azúcar yo ya siento que, por más aire que aspire, no llega a ninguna parte.

Dios, tengo que irme de aquí antes de caer desplomada a los pies de Asher.

Doy un paso a la izquierda, dispuesta a rodearlo a él también, cuando dice:

—Estaba haciendo el *check out*. —Levanta un papel que lleva en la mano y que no había visto. No distingo nada en su voz, como casi siempre. Su escarmiento a Atlanta todavía resuena en mis oídos, como si la sorpresa lo hubiera incrustado ahí.

Ah, mierda, eso significa que en breve nos vamos. Que tendré que meterme en Little Hazard unas cuantas horas, probablemente la mayor parte del día.

«Puedo hacerlo», pienso.

Solo necesito un minuto para mí misma.

—Bien —consigo decir, rogando que no note mi falta de aliento.

Esta vez, consigo rodearlo. No tengo ni pajolera idea de hacia dónde ir, solo he explorado la caseta y los baños de este lugar, pero ahora mismo cualquier dirección me viene bien. Por inercia, tomo la dirección en la que está el río. Solo necesito aire.

Estar sola.

Solo un poco.

—Lluvia.

Me planteo continuar caminando e ignorarlo, pero lo descarto. Sería como admitir sin palabras que me pasa algo. Me detengo y lo miro por encima del hombro. Aprieto las manos en puños con fuerza, lo suficiente para que ni un solo estremecimiento se escape.

—¿Qué?

Tiene el ceño ligeramente fruncido y la cabeza un poco ladeada. Por un instante me acojona, porque creo que me ha calado y que va a comentar algo. Entonces sus párpados bajan.

—Pensaba que al menos me darías las gracias.

De todas las cosas que hubiera apostado que Asher diría, esa no me había pasado por la cabeza. Punto para él por sorprenderme, aunque sea una sorpresa de mierda.

Contengo un poco la respiración, ya de por sí agitada, y luego exhalo:

—¿Cómo dices?

—Ya sabes, las personas educadas muestran agradecimiento cuando otra las ayuda. —Señala la autocaravana con el pulgar en un gesto relajado. Hasta sus palabras suenan tranquilas—. Tu abuela lo ha hecho.

Mis pies siguen orientados hacia el río, pero no consigo mover el cuerpo. Entre la ansiedad y el vacío, se cuela la rabia. Llega tan rápido que me hace pensar que llevaba ahí un rato escondida, esperando su momento.

—Bien, porque ha sido a ella a quien has levantado en brazos, no a mí.

—Eso se puede solucionar. —Y arquea las cejas en plan «¿Voy y te lo demuestro?».

¿Que... qué? Lo miro de hito en hito. Empiezo a creer en las abducciones extraterrestres que mi abuela predica. ¿Qué está pasando?

Repaso esta conversación surrealista y retomo el hilo.

—Lo siento si tu momento de machote no me ha conmovido hasta las lágrimas...

—¿Crees que he sido un machote? —Tiene el descaro de esbozar una media sonrisa, revelando el maldito hoyuelo—. Joder, yo no habría ido tan lejos.

—Ni yo tampoco. Mi abuela pesa lo mismo que una niña, así que no te vengas tan arriba.

—No lo hago, pero a las pruebas me remito.

Para mi absoluto horror, baja la vista hacia sus bíceps y los flexiona. LOS FLEXIONA. Asher Stone ondula sus músculos en mi cara y luego se encoge de hombros.

No estoy comprendiendo nada.

Y eso hace, por supuesto, que mi cerebro colapse.

—¿A ti qué coño te pasa? —Levanto los brazos, un gesto que Trin me ha señalado en multitud de ocasiones porque dice que parezco una actriz de teatro sobreactuada al hacerlo—. ¿De verdad crees que tengo que darte las gracias por hacer algo humanitario? ¿Por ayudar a la mujer que te hace un puñetero pastel de arándanos en cada cumpleaños?

Mis palabras lo hacen parpadear, pero es más un gesto perezoso que una reacción. Da un par de pasos hacia mí, arrugando el papel en su mano.

—En realidad, no.

—¿En realidad, no? —repito. Mi respiración sigue agitada, pero ya no siento que el aire se me quede atascado en la garganta. Siento todo el camino que hace desde mis labios hasta mis pulmones, ida y vuelta.

—No. —Se detiene delante de mí, a unos veinte centímetros. Tengo que levantar la barbilla para seguir mirándolo a los ojos, que parecen hacer juego a la perfección con el cielo a su espalda. El hoyuelo sigue ahí, aunque no es que yo esté pendiente—. Pero estás muy mona cuando te cabreas.

Asimilo su respuesta.

Luego la asimilo aún más, por si se me ha escapado algo.

Entonces hago algo que hacía muuucho tiempo que no tenía oportunidad. Algo que antaño hubiera sido tan natural para mí como bosquejar la orilla de un lago.

Estiro el brazo y entierro el puño en el abdomen de Asher Stone.

A su favor, la zona está mucho más dura que la última vez.

Al mío, no he olvidado dónde colocar el pulgar ni el ángulo de la muñeca para no hacerme daño.

El resultado: él doblado sobre sí mismo, jadeando una risa, y yo retomando, por fin, mi camino hacia el río.

El problema es que, cuando llego, ya no tengo ganas de gritar de impotencia, sino de frustración. Voy dando patadas a todas las piedritas que veo, peleada conmigo misma por el torbellino de emociones que me sacuden. Todavía me tiemblan las manos y no me apetece para nada volver a Little Hazard, así que, ¿por qué estoy luchando contra las ganas de volver sobre mis pasos y seguir la discusión con ese idiota?

Asher



Por la noche, ya de madrugada, todas duermen menos yo. He abierto los ojos una milésima de segundo mientras rodaba sobre mí mismo, he visto la pequeña figura de Lluvia y ya no he podido retomar el sueño. La luz de la luna entra por la claraboya y apenas ilumina esta zona, lanzando un charco débil de luz hacia la cama. Da igual, porque veo lo suficiente.

Don Pinchos y mi balón siguen delimitando nuestras fronteras. Esta noche, Lluvia no me ha cedido ni un centímetro de más. Si no la conociera y supiera que es un desastre andante, hasta creería que ha medido la cama para colocarlos en el mismísimo centro. No he emitido ni una sola protesta, claro. Ya había tentado demasiado a la suerte.

Observo su rostro aprovechando que está acostada hacia mí. Con un puño agarra la sábana justo por encima de su pecho. La observo y la observo, preguntándome, recordando, conectando unos hechos con otros...

Hoy ella me ha asustado. Esa mirada en sus ojos... Parecía estar teniendo una puta crisis. Sabía que estaba huyendo de la autocaravana, que necesitaba estar sola, pero ni un solo gramo de mi ser lo ha permitido. He decidido sobre la marcha que prefería verla enfadada, a riesgo de ganarme el puñetazo que de hecho he acabado recibiendo, que dejarla marchar así. Si se iba sola, no había razón plausible para que yo la siguiera.

Una vez más, no soy esa persona en su vida. Ya hace tiempo que no.

Por suerte, sigue siendo condenadamente fácil sacarla de sus casillas. Esbozo una sonrisa a regañadientes en la oscuridad. Y sigue teniendo un gancho de derecha de la hostia. Dwight alucinaría si la viera noquearme de esa manera.

No sé qué cojones le pasa. Tal vez se ha agobiado por el mareo de su abuela; a mí tampoco me ha hecho gracia ver a Joyce así, tan frágil y confusa. Sería lógico que, después de hacerse cargo de la situación de la manera que lo ha hecho, comportándose con la misma eficacia que un médico de combate, se le viniera un poco encima el peso de la situación.

Sin embargo, algo no deja de molestarme. Sigo reviviendo una y otra vez la noche antes del viaje, cuando la espié en su habitación. Cómo se encogió sobre sí misma para gritar (un grito silencioso), y cómo respiró hondo varias veces antes de sonreír. Una puta sonrisa... que yo sabía que era falsa porque estaba siendo testigo de su comportamiento previo, pero que incluso a mí me hubiera engañado en cualquier otro momento.

La misma sonrisa que hoy cuando Joyce se ha recuperado del mareo.

No sé cuánto tiempo paso viéndola dormir. Sé que cambia de postura varias veces, y que en todas ellas a mí me da un pequeño vuelco el estómago porque, si abriera los ojos en ese instante, tendría que inventarme una buena excusa. Estoy básicamente apoyado sobre el codo, diseccionándola como un rompecabezas humano, repasando todo lo que no me ha encajado en ella desde que volví de la universidad.

Suelta la sábana que estaba agarrando y extiende un poco la mano hacia mí. Sus dedos se posan sobre el colchón un segundo... y empiezan a moverse. El índice, el pulgar y el corazón se estiran y se encogen, haciendo que me pregunte qué está soñando. ¿Que toca el piano? ¿La flauta?

Me fijo un poco más.

Y, de pronto, lo sé.

Sé qué es lo que me ha estado carcomiendo. Esa sensación de que estaba ante la misma persona de siempre y, al mismo tiempo, no.

No he visto a Lluvia dibujar desde que nos reencontramos.

Ni garabatear, ni hacer esas cosas raras con las manos como si quisiera sacar una foto mental de un objeto o paisaje. Sus dedos siempre están libres de pintura, y no hay rastros en su cuello ni mentón de óleo de distintos colores. No carga consigo un bolso de tela con utensilios como quien lleva el monedero o las llaves de casa.

Ahora que lo pienso, cuando trazamos la ruta en el Frosty's y su abuela le acercó los rotuladores, a Lluvia solo le faltó traspasar el cristal de la heladería y sentarse al otro lado del aparcamiento. Y cuando indicó que su única petición era pasar por el Gran Cañón, no marcó ella misma el lugar. Lo hizo Joyce.

¿Me estoy imaginando cosas? ¿De verdad alguien puede sentirse diferente por el simple hecho de no dibujar? ¿Y cuánto tienes que conocer a esa persona para darte cuenta? No me hago ilusiones, sé que conozco a Lluvia como la palma de mi mano. Por si no hubiéramos pasado una barbaridad de tiempo juntos de pequeños (jodernos la existencia cuenta), yo siempre la he observado. Tan siniestro como suena. Primero con la fascinación de un niño retraído que se encuentra con la horma de su zapato. Luego con la acelerada emoción de un adolescente que solo piensa en meterle las manos debajo del vestido.

¿Y ahora?

Bueno, me fui a la universidad convencido de que la distancia sería como una psicoterapia intensiva gratuita; que lo que no ves, no te puede afectar. Y fue cierto... más o menos.

Durante mi primera borrachera en una fiesta de hermandad, se lo canté todo a Travis. Quise creer que mi compañero estaba tan colocado como yo y que no se había enterado de lo que le había dicho, pero el muy sinvergüenza recordaba palabra por palabra. Y a lo largo de los semestres,

me encontraba a mí mismo abriendo Instagram y buscándola. A veces me decía que lo hacía para ver a la abuela, porque Lluvia subía tropecientas fotos y *stories* con ella y Joyce. A veces, después de ganar un partido, eufórico, comprobaba a toda prisa en los vestuarios qué había estado haciendo ella esa misma noche.

No había muchas similitudes. Yo había sudado litros y me esperaba un fiestón por delante, mientras que ella estaba leyendo en Golden Lake, o viendo un documental de crímenes con su abuela. Yo veía el trasfondo a todo color de Los Ángeles, de edificios que se pierden en las alturas y gente que nunca duerme, y ella estaba en la tranquilidad de la floristería familiar.

Me convencí de que seguirla por redes sociales era normal. Era una persona a la que había visto a diario durante años. A un drogadicto no puedes quitarle la mierda de un día para otro, ¿no? Y, sí, estoy comparando a esta chica con la cocaína.

Luego regresé al pueblo, la vi, y a la mierda con todo. Y este viaje no está ayudando.

Hace unos días, cuando la tormenta por fin dejó de cebarse con el parque Silverwood, yo ya había aprendido una nueva escala dentro del grandioso mundo de los sentimientos de mierda, que era «Te sientes incómodo de narices, pero no puedes irte corriendo porque así es como a las personas las alcanzan los rayos. Huyendo cuando deberían estarse quietecitos».

Me costó la vida. En cuanto Lluvia dijo esas palabras («Desde hace cuatro años»), fue como si ella solita hubiera abierto una caja que ambos habíamos acordado tácitamente ignorar. Una caja que debíamos fingir que no existía.

Por mí, podemos llegar a viejos sin que ese tema salga a la luz, gracias.

Ella misma se dio cuenta de que se le había escapado una estupidez, porque cambió de tema a toda prisa. Lo agradecí, pero el daño ya estaba hecho. Repasé todo aquel día en Silverwood y lo supe: no podía descuidarme con ella. No podía bajar la guardia ni un instante. Nos

habíamos relajado entre unas atracciones y otras, había habido contacto físico y hasta había vuelto a caer presa de sus encantos y había llegado a pensar que no era tan grave; que podía ser como uno de esos adolescentes salidos que pasa por su lado, la admira porque es inevitable, y sigue su camino.

Error.

Por eso, en cuanto la tormenta pasó, salté fuera del kiosco de Caselli's y fingí que no me daba cuenta del «¡Eh!» de Lluvia a mi espalda. Había visto un taburete junto a los estantes de especias, así que podía salir ella solita. No confiaba en mí mismo para ponerle la mano encima.

Sonaba, suena y sé que sonará absurdo a cualquiera que se lo cuente. Comportarme como si una chica minúscula fuera una enfermedad contagiosa grave es de idiota. Ya somos mayorcitos y blablablá.

Sé todas esas cosas. Me las he repetido a mí mismo hasta la saciedad en infinidad de ocasiones, preguntándome por qué soy el único pringado que...

En fin.

Que no supera a su primer amor.

Me pierdo en el movimiento de sus dedos y mis propios pensamientos hasta que, sin darme cuenta, caigo rendido.

Asher



Lincoln Bar me recuerda a Santa Jacinta. Pocos habitantes, muchos chismes, gente honrada con buenas intenciones, y Lluvia Clearwater jodiéndome la existencia. No sé cómo, y la verdad es que me importa una mierda, pero ha conseguido convertirse en la organizadora del grupo a lo largo de la mañana. Sí, se supone que quien nos supervisa es una señora del pueblo con ojos de ratón asustado, pero Lluvia se posa sobre su hombro derecho como un pequeño demonio de cola roja y es quien le susurra lo que debe hacer.

Cuando el alcalde se ha acercado buscando ayuda contra el incendio, solo le ha faltado saltar sobre el hombre para ofrecerse. Y le ha dedicado la misma clase de sonrisa que a la señora Webber y sus rosales, o a Lorie y el filtro de piscina de su tía. Está como una cabra.

Mi abuela y Joyce parecen la mar de felices charlando mientras preparan bocadillos y doblan mantas. Se han hecho amiguísimas de las monjas, a pesar de que una ha estado a punto de desmayarse al ver la camiseta de Joyce, con Patrick Swayze y Jennifer Grey a cuatro patas a punto de hacer guarradas.

Yo, en cambio, me he convertido en mulo de carga y en objeto de adoración de una adolescente. Normalmente nada de esto me molestaría.

Llevar y traer cajas y provisiones puede contar como ejercicio. De hecho, ya estoy sudando a mares y deseando poder darme una ducha; todo esto sumado al sol del mediodía y a las ráfagas de aire caliente que llegan desde el incendio me recuerdan a la sauna turca de las instalaciones del equipo.

Y tener una admiradora que se desvive por saber lo que me apasiona, lo que me repugna, mi grupo de música favorito y mi horóscopo me hace sentir como si estuviera en la universidad, en una fiesta de hermandad rodeado de chicas que ven mi camiseta de los Bruins y me tratan como un trofeo en su libreta de ligues.

No me malinterpretéis, creo que cualquier tío en su primer año de universidad se sentiría bendecido si consiguiera tanta atención. Si perteneces a un equipo tan famoso como el mío, es algo que tienes prácticamente garantizado. Joder, si hasta el raro de Dwight folla como un descosido solo por ser nuestro pateador estrella. En febrero juró que una de las animadoras del equipo le chupó cada uno de los dedos del pie con el que patea y se corrió. Ella sola. ¿Verdad? ¿Mentira? Nunca lo sabremos, Dwight es un flipado, aunque es cierto que no tiene tanta imaginación como para inventarse eso.

En cuanto a mí, me bastaba con que las tías se me acercaran un sesenta por ciento por ser del equipo y un cuarenta por mí en particular. Con eso me conformaba. Y con «por mí» no me refería a que me conocieran personalmente y les encantara mi forma de ser, sino a que, de entre todos los del equipo, yo fuera su primera opción y no un comodín porque daba igual uno que otro mientras fuera un jugador de fútbol.

Por lo demás, no llevaba las cosas muy lejos ni tenía más citas de las necesarias antes del sexo. Me aseguraba de que supieran cuáles eran mis intenciones, de saber las suyas y de que coincidieran: «Nos atraemos físicamente, hay buen rollo y respeto, y tenemos ganas de darnos un revolcón».

Punto.

Debo admitir que en el primer semestre la situación se me subió un poco a la cabeza. Entre la euforia por estar en el lugar que llevaba años soñando, haciendo justo lo que siempre he querido hacer, y que pasé de Santa Jacinta (donde la población femenina cercana a mi edad y que me atraía se reducía a una persona) al puto campus universitario de la Universidad de California... Digamos que me comporté como un marinero que se lanza al mar por primera vez y no ve puertos ni horizontes.

Además, fue reconfortante no sentir que...

Sacudo la cabeza y cargo con tres cajas de golpe, ignorando las advertencias de los chicos del camión. Se ve que no estoy haciendo tanto esfuerzo si mi cabeza todavía tiene ganas de irse por donde no debe.

Mi admiradora, Dani, corretea a mi lado. Como digo, no me molesta que me mire como si fuera un dios griego, solo el hecho de que lo haya orquestado Lluvia.

—... así que, cuando me vine a enterar, ya era de día y estaba en mi habitación. Mi abuela me castigó hasta el fin de los tiempos, pero lo peor fue la traición de mis amigos. —Bufa, muy decepcionada con esos amigos que ni sé quiénes son ni estoy seguro de haber seguido todo el hilo de su historia... algo sobre una fiesta de cumpleaños con alcohol no autorizado que no salió bien—. Se me traba un poco la lengua y casi llaman a los SWAT.

Pongo las cajas junto a la mesa en la que están Lluvia y dos de las monjas.

—Los amigos que te llevan a casa cuando te has pasado bebiendo son los mejores —le digo, acariciándole la cabeza con la mano al más puro estilo hermano mayor. Por la forma en que aprieta los labios, sé que lo odia, pero no se aparta—. Y tienes trece años. No deberías estar cerca de una botella de alcohol hasta que seas un poco mayor.

Oigo un bufido y sé a la perfección de dónde proviene.

Dani da unos saltitos.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Nada, nada. —Lluvia me lanza una mirada afilada tan breve que sé que solo la he captado yo. Ese es uno de sus superpoderes. Luego le sonríe a Dani—. Mi cuasiprimo tiene razón, ya te hartarás de beber y hacer locuras dentro de unos años. No querrás acabar en el calabozo de la comisaría de tu pueblo por hundir el todoterreno de tu profesor de gimnasia en un lago, ¿verdad?

Dani suelta una exclamación ahogada y me mira con nuevos ojos. En lugar de perder valor ante ella, creo que acabo de subir otro escalón hacia dios griego todopoderoso.

—¿Hiciste eso?

—Más o menos —admito a regañadientes—. Lo que mi cuasiprima no cuenta es que ella acabó esa noche conmigo en el calabozo.

—Porque le mentiste al *sheriff* —replica.

Suelto una carcajada sin humor.

—No había manera de que le mintiera. Estábamos los dos en el techo del coche cagados de frío y como cubas cuando vinieron a rescatarnos.

—¡Porque tú me encerraste dentro!

—Porque tú quisiste joderme la noche con Abby Culpepper.

La cabecita pelirroja de Dani está saltando de uno a otro como en un partido de tenis, con la boca y los ojos abiertos como platos.

Lluvia exhala un gruñido y apoya las manos en la mesa, inclinándose hacia mí. La holgada blusa blanca que lleva con un corazón rojo pintado en el centro se abre y puedo ver sin problemas un sujetador de encaje blanco que no hace nada por ocultar la forma de sus pechos.

—Ay, Dios mío, ya te he dicho cientos de veces que Abby no iba a enrollarse contigo. ¡Es la hija del pastor!

Las monjas sueltan de golpe las lonchas de jamón y queso que están colocando en las rebanadas de pan. A mí no se me ocurre nada que contestar, y no porque acabe de blasfemar, o algo así, delante de dos beatas.

Estoy intentando con todas mis fuerzas (las que me quedan después de toda la mañana yendo de aquí para allá con mercancía) no volver a mirarle las tetas. Es decir, el sujetador... que tiene la forma exacta de sus tetas. Creo que es de esos que no tiene relleno ni partes duras.

¿Me estoy imaginando los pequeños morados en su piel?

¿De verdad le dejé marca?

Dani parece conmocionada, pero no por las mismas razones que yo.

—¿Estáis seguros de que sois primos?

Lluvia y yo ladramos al mismo tiempo.

—¡Sí!

—¡No!

Joyce aparece junto a la mesa de repente, con una sonrisa dulce y los ojos alertas. O estaba cerca y nos ha oído discutir, o es el sexto sentido de las abuelas que crían nietos y saben cuándo están a punto de provocar un escándalo.

—Bien, bien, bien, veo que estáis colaborando mucho. Están a punto de servir el almuerzo en el gimnasio del colegio. ¿Por qué no vais con el primer turno?

Aunque Lluvia refunfuña algo, sale de detrás de la mesa y Dani le dice que le indicará el camino.

—¿Vienes, Asher? —me llama la niña—. ¡Los panecillos con mantequilla del señor Curry van a esfumarse!

Lluvia está junto a ella, pero no me mira. Tiene el ceño fruncido y el cuerpo girado hacia la calle principal del pueblo. Es obvio que no quiere que vaya con ellas, y, por una vez, pienso darle el gusto. La imagen de su sujetador con los pequeños morados alrededor todavía parpadea en mi cerebro de imbécil.

—No, ayudaré un poco más e iré con el siguiente turno.

La expresión de Dani decae.

—Vale... ¿Quieres que te guarde un panecillo?

Divertido a mi pesar, sonrío.

—Eso me encantaría.

Lluvia pone los ojos tan en blanco que temo que no pueda volver a ponerlos en su sitio nunca más.

De camino hacia el camión, me intercepta Joyce.

—¿Estás bien, querido?

—Claro. ¿Y tú? —La abrazo contra mi costado con suavidad—. Recuerda no excederte. No queremos más sustos.

Sus párpados descienden unos cuantos segundos. Luego, me mira con una sonrisa. Algo en esa mueca me recuerda demasiado a cuando Lluvia sacó hielo de la nevera.

—Si cada vez que me maree vas a llevarme en brazos, creo que me lo pensaré. —Sonrío para mí mismo, pensando en las pullas que le lancé a Lluvia en Sun Valley y por las que me gané el puñetazo—. Ahora en serio, no puedo evitar notar que Lluvia y tú... Bueno, parecéis estar volviendo a las andadas.

—¿Por lo de ahora, dices?

—Entre otras cosas —contesta, muy misteriosa. Tras darme un apretón cariñoso, se aparta un poco—. Hacía tiempo que no veía a Lluvia perder los estribos así.

Por su expresión risueña y esa leve sonrisa, cualquiera diría que está contentísima porque así sea. No sé cómo tomármelo, pero decido ser honesto. Esta señora me ayudó a deshacerme de los dientes de leche más reacios sin pasar por el método de tortura de mi abuela, que incluía un hilo y una puerta.

—Espero que no te ofendas, pero en ocasiones he llegado a pensar que tu nieta tiene doble personalidad. Y que a mí me tocó la peor parte.

Como esperaba, Joyce suelta una risita.

—Lluvia es... —Suspira mientras observa a su nieta en la distancia. La suave sonrisa en sus labios y el brillo en sus ojos son más que reveladores,

aunque también hay algo más; algo en la forma en que se estruja las manos, arrugando de paso la camiseta—. Se esfuerza. A veces demasiado. Todo eso que ves... Esa chiquilla que corretea de un lado a otro intentando complacer a todo el mundo... Me pone un tanto nerviosa, debo admitirlo. No me malinterpretes, me llena de orgullo que Lluvia siempre esté tan dispuesta a ayudar, pero a veces me pregunto si lo hace por las razones correctas o si, simplemente, no es capaz de hacer otra cosa. De decir que no.

Arqueo las cejas.

—A mí me dice que no. Con mucha frecuencia.

—¡Exacto! —exclama, sobresaltándome—. ¡A ti siempre te dice que no!

—Ah, eh... —Asiento, no muy seguro de cómo se supone que tengo que reaccionar a eso—. ¿Genial?

—Lo es. —Da palmaditas con fervor, haciendo que su esponjoso cabello se balancee—. Contigo lo es. ¿Entiendes?

¿Que Lluvia es agradable y solícita con todo el mundo excepto conmigo? Sí, comprendí eso más pronto que tarde. Las primeras veces me dejó patidifuso. Fue como ver la transformación de *La máscara*. Lluvia podía estar fulminándome con la mirada un instante como si quisiera empujarme por un precipicio y disfrutar de la caída, y al siguiente sonreír a un completo desconocido y ofrecerse a recoger la caca de su perro. Eso ha sucedido. Es un hecho verídico.

Acabo murmurando algo que no suena ni a «sí» ni a «no», aunque por supuesto no he pillado nada. Pero Joyce debe de darse por satisfecha, porque me pellizca las mejillas y regresa junto a mi abuela y las monjas.

Lluvia



El cielo se ha teñido de un precioso tono lavanda sobre Lincoln Bar, y por primera vez todos podemos saber a ciencia cierta dónde está el incendio sin necesidad de orientarnos primero. Una luz anaranjada surge sobre los cipreses detrás del edificio de la alcaldía. Sé que está lejos o nos habrían avisado, pero impone bastante.

El día ha pasado como una película a cámara rápida, o eso me parece a mí. Siempre que mantengo las manos ocupadas, el tiempo a mi alrededor fluye de otra manera. Mi corazón canta con alegría, y ya no es solo porque este incendio accidental lograra sacarme de la autocaravana y de mi miseria. Es porque realmente, en el fondo, disfruto ayudando.

Este último año ha habido ocasiones en las que lo he dudado. Pequeños momentos, cuando algunos vecinos de Santa Jacinta me detenían por la calle y parecía que me exigían que los atendiera con algún problema, en los que mi primer instinto, lo que pugnaba por salir de mi garganta antes de pensarlo con claridad, era un «no». Uno grande, claro y rotundo.

Luego pensaba en la cara que se les quedaría, en lo que pensarían o dirían de mí a mis espaldas, y se me pasaba. Por otro lado, sé que nadie en mi pueblo dice o hace las cosas con mala intención. A ver, algún que otro loco o criminal hemos tenido. Durante mucho tiempo, mi familia fue eso

para el pueblo. Pero en general sé que son exactamente lo que se espera de un pueblo pequeño de California.

Y es lo mismo que veo ahora en Lincoln Bar.

Tal vez por eso siento el corazón henchido, como si alguien me lo hubiera rellenado con aire caliente, mientras las personas del pueblo y los voluntarios van recibiendo a algunos desalojados y a los hombres y mujeres que están luchando contra el fuego en Redem Creek. Vienen arrastrándose, llenos de hollín y extenuados. Entonces alguien les quita el casco y los guantes de las manos y los reemplazan por comida y agua. Los llevan hasta un lugar fresquito, a la sombra, y los ayudan a deshacerse de la mayor parte de la suciedad.

Por las noticias que han ido llegando, al mediodía el incendio se ha extendido debido a un cambio repentino en la dirección del viento justo cuando creían que empezaban a controlarlo y ha habido que pedir refuerzos. Gracias a eso (o debido a ello), bomberos y agentes han podido turnarse para descansar.

Uno de los chicos del Servicio Forestal no parece mucho mayor que yo, sentado en un banco de fuera de la iglesia y con los codos apoyados en las rodillas, desfallecido. Le doy su botella de agua y sonrío.

—Lo estáis haciendo genial. Muchísimas gracias.

Parpadea y me mira con sorpresa. Tiene unos bonitos ojos castaños, o eso creo, detrás de la gruesa capa negra que lo cubre por entero.

—Vaya, tu cara me suena un montón.

Arqueo las cejas. Por un instante vanidoso me planteo si será una táctica para ligar conmigo, pero lo descarto al instante. Viene de luchar contra llamas de más de cinco metros y tiene chamusquinas hasta en los codos. De estar en su lugar, todo lo que estuviera en posición vertical me parecería un árbol en peligro de carbonización.

—Ah, ¿sí? ¿Eres de Santa Jacinta, California?

—Conque Santa Jacinta. —Deja la botella en el banco a su lado y me mira de arriba abajo—. Creo que...

Lo que fuera que iba a decir queda en el aire cuando sus ojos se desvían por encima de mi hombro y esboza una sonrisa que muestra todos sus dientes perfectos. Diría que es lo único que se ve de él ahora mismo, reluciendo contra el fondo negro.

—¡Joder, pero si es mi Peque! ¡Ven aquí, bandido!

Una carcajada de incredulidad brota a mi espalda. La reconozco al instante: es la risa de Asher, a quien no he vuelto a ver el pelo el resto del día. Después de nuestra interacción frente a Dani (yo no lo llamaría discusión, no con nuestro historial, pero bueno), ha hecho lo mismo que los últimos años: evitarme.

«Créeme, Lluvia, a ti es imposible ignorarte.»

Ya, claro.

El agente forestal se pone en pie y me quedo paralizada de la impresión. Ya me parecía grande ahí sentado embutido en sus pantalones cargo verdes y una inmensa chaqueta que en su día fue amarilla. Pero es que debe de medir dos metros y de pronto se cierne sobre mí como una secuoya.

Me aparto y Asher se funde con él en un abrazo de machos-machos. Palmadas sonoras en la espalda, culos hacia atrás para que sus tesoros no se rocen, y muchos «Me alegro de verte, tronco» intercalados de insultos variados.

No es hasta que se separan que me doy cuenta de que sigo aquí, plantada como un pasmarote, cuando podría haber aprovechado la distracción para irme discretamente. No sé si me he quedado porque ver a dos tíos buenos abrazándose tiene algo o por mi malsana vena cotilla y las ganas de saber si este es uno de los amigos universitarios de Asher. Tiene toda la pinta, porque de nuestro pueblo estoy segura de que no es.

El agente forestal rodea con facilidad los hombros de Asher (le saca unos cuantos centímetros) y me sonríe.

—Bueno, Peque, ¿no nos vas a presentar?

Eso sí que ha venido con tonito de insinuación. No me siento incómoda ni violenta porque detecto al instante el aura de este tío: ganador, encantador, un corazoncito inseguro envuelto en capas y capas de confianza masculina y testosterona, pero ojos limpios. Ojos de cachorrito, diría yo. Me sonríe como un mujeriego de libro, pero su mirada solo alberga diversión.

Le devuelvo la sonrisa, entretenida.

—No molestes a Peque, lleva un día de perros. —Le tiendo la mano—. Lluvia Clearwater, de Santa Jacinta, voluntaria temporal y campista forzada.

—Lluvia, ¿eh?

La sonrisa de Ojos de Cachorrito se hace más amplia si cabe. Asher tose con fuerza, sacudiendo a su amigo en el proceso, pero este ni se inmuta.

—Bonito nombre, difícil de olvidar. —Como tiene todavía las manos llenas de hollín, agarra mi dedo índice con dos dedos gigantes y lo sacude de arriba abajo—. Travis Watkins, de Napa, voluntario contra incendios forestales y compañero de piso y equipo de Peque en Los Ángeles.

—No sé por qué no me sorprende que seas jugador de fútbol.

Encoge sus anchos hombros.

—Era eso o *stripper*.

—Por suerte para todos, cayó un balón en sus manos justo a tiempo —murmura Asher.

—Tío, soy un excelente bailarín.

—Díselo a las Gamma Alpha.

A continuación, empiezan un debate (acalorado por parte de Travis, indiferente por parte de Asher) sobre qué ocurrió en cierta fiesta de hermandad. No se ponen de acuerdo ni en el día, ni en la hora, ni en la cantidad del alcohol involucrado, y Travis está muy ofendido porque Asher no recuerda qué canción estaba sonando cuando él hizo «su gran *show*».

Doy un paso atrás, de pronto deseosa de irme. Hay algo en el brillo de sus miradas, en la forma en que los labios de Asher luchan por no sonreír, que hurga en una heridita que todos los días me esfuerzo por ignorar. Es como cuando Trin me llamaba para contarme sus idas y venidas en Reno, y yo luchaba por las dos partes de mí que no parecían ponerse de acuerdo: la que se quería alegrar de forma desinteresada, y la que quería pedirle que se callara porque me estaba restregando por la cara lo que me perdía.

Jamás le pedí que no me contara nada, a pesar de que insistió mucho en que podía ser honesta con ella. Precisamente por eso no lo hice. Porque Trinity también estaba experimentando algo nuevo, aunque no fuera lo que ella esperaba, y necesitaba a su mejor amiga para escucharla y apoyarla. Y si ella podía pasarse horas al teléfono conmigo solo escuchándome sollozar incoherencias, ¿cómo no iba yo a ser capaz de aconsejarla sobre profesores cabrones y fiestas universitarias desmadradas?

He dado casi cuatro pasos cuando Travis hace algo que no entiendo para nada y se desabrocha la chaqueta. Ya ha anochecido en Lincoln Bar y la temperatura ha bajado a unos trece grados. He pensado varias veces en ir a la autocaravana a buscar una chaqueta, pero con tanto ajetreo me he mantenido en calor.

Y es verdad que Travis viene de un incendio, pero...

Asher está negando con la cabeza.

—Tío.

—No, no, voy a tener que recordarte visualmente hasta dónde llegan mis dotes de bailarín —dice Travis mientras se quita la chaqueta de los hombros, revelando una camiseta negra de Terminator con sus gafas de sol puestas. En uno de los cristales de las gafas pone «Leyenda» en rojo—. Esto quedó registrado en los libros de historia de todas las hermandades.

Y, a continuación, tira del bajo de la camiseta para quitársela. Soy testigo de toda una genuflexión de músculos, abdominales, pectorales y más

músculos mientras él se saca la prenda por la cabeza y vuelve a bajar los brazos.

Me quedo un poco en blanco, la verdad. Y como, repito, soy buena amiga, me acuerdo de Trinity. Ella disfrutaría mucho esta estampa.

Pienso en lo fácil o difícil que sería trazar con lápiz todos esos relieves, algo que hago por defecto con todo lo que me llama la atención. Un momento... ¿Eso que asoma de su espalda, casi rozando sus costillas... es Dory? ¿La pez azul con pérdidas de memoria a corto plazo?

Voy de la atractiva cara de Travis al tatuaje de Dory una decena de veces, convenciéndome a mí misma de que ambas están unidas a la misma persona.

Travis, por su parte, está señalando una especie de cicatriz que tiene cerca del oblicuo izquierdo. Parece que quiere que Asher se incline para observarla de cerca, pero es obvio que él se niega. Se ha cruzado de brazos y mira a su amigo con una mezcla de paciencia y cariño.

Siento más uñas escarbando en la herida invisible y suspiro. Por primera vez me percato del sereno cayéndome encima y me abrazo a mí misma para frotarme los brazos. Qué asco. Asher siendo agradable y mostrando confianza con su compañero de piso y equipo hace que me den ganas de darle una patada.

—Encantada de conocerte, Travis —digo, captando su atención—. Ya sabes, puedes descansar y comer dentro del gimnasio.

Le dedico una sonrisa apretada y me alejo. Uf, con cada paso que doy me voy sintiendo más y más cansada. Es la sensación aplastante que llevo eludiendo todo el día y que, en momentos como este, creo que va a poder echarme las garras.

Lo odio. Odio sentirme así. Odio no poder controlar todas estas emociones agobiantes y...

Calor y un olor amaderado me envuelven. ¿Sándalo? Me detengo mientras colocan una chaqueta sobre mis hombros y brazos. El corazón ya

me late a toda pastilla, fuerte, contra mi pecho.

Tragando toda una bola de distintas emociones, me giro hacia Asher. Todavía tiene las manos sobre mis brazos, y aun separados por la tela siento el calor que desprenden. Las últimas luces del atardecer forman una especie de aureola sobre su cabeza rubia, arrancando destellos dorados. No lleva puesta la gorra y ese flequillo largo en contraste con los laterales rapados no lo hace, de ninguna manera, más mono.

Mi cerebro capta por inercia las leves ondas de su pelo, el color, la textura, el contraste de luces que hace que su rostro quede casi en sombras para mí. ¿Podría ser un retrato con luminismo, una base ocre con un punto de albor lavanda justo por encima?

No sé cómo lo estoy mirando, a lo mejor tengo mi expresión de artista obnubilada, porque él deja caer las manos y da un paso atrás.

—Que esto no se convierta en costumbre —gruñe antes de marcharse.

Me quedo ahí unos segundos, descolocada. Mi mirada se cruza con la de Travis, quien continúa sonriente y semidesnudo (la cara tiznada, el cuerpo resplandeciente), y aparto la vista con rapidez.

Un rato más tarde, sentada en el interior del gimnasio calentito para cenar con la abuela y Atlanta, cojo el móvil por primera vez en todo el día. Tengo las dos llamadas perdidas de siempre, otro correo electrónico y mensajes de Reina Trin.

> ¡Ey! Están dando en las noticias que hay un incendio
> bastante grave en Fremont. ¿Ibais a pasar por ahí?
>
> Lluvia.
>
> LLUVIA, POR DIOS.
>
> Llamaría a los servicios de emergencia, pero creo que están
> todos ocupados
> con el incendio.

Respiro hondo, confortada por sus mensajes. Entonces Dani nos trae una bandeja de plástico con los famosos panecillos del señor Curry, un estofado

que huele a nirvana y despide vapores que deberían embotellarse y venderse, y agua. En lugar de sentarse en la mesa donde están los chicos y chicas de su edad, se queda con nosotras.

Me doy cuenta de que lleva puesta la gorra de Asher. Le queda grande y se la recoloca todo el rato, pero actúa como si fuera una corona.

—Oye, Dani, ¿nos sacamos un selfi para una amiga mía?

—¡Claro! Guau, ¿ese es tu teléfono? ¡El mío tiene más años que la prótesis de cadera de la abuela!

Dani y yo juntamos cabezas y sonreímos todo lo que podemos para la foto. La verdad es que las dos parecemos cansadas y locas, enseñando hasta las muelas. Se la envío a Trinity.

Mira quién ha conseguido la preciada gorra del 41 de los UCLA Bruins.

¡ALELUYA! No sé si alegrarme de que des señales de vida
o matarte porque tu primer mensaje sea una puñalada
trapera.

Estoy tecleando una respuesta, divertida, cuando ella se me adelanta.

Eh, Ana la de Tejas Verdes no es la única que ha conseguido
una prenda
de mi caballero...

¿QUÉ

LLEVAS

PUESTO

ZORRÓN?

Ah, mierda, la chaqueta de Asher. Estaba tan calentita que he acabado metiendo los brazos en las mangas y no he ido a buscar la mía. De forma muy disimulada, echo un vistazo por el gimnasio hasta que lo localizo unas

mesas más allá, sentado con Travis. Y de alguna manera loca, su cabeza también se mueve en ese momento y nuestros ojos se encuentran.

Pasa un segundo...

Dos...

Tres...

«Sonríele, enséñale el dedo medio o sácate una teta. PERO HAZ ALGO.»

Antes de que mi cerebro reaccione, él aparta la vista y responde a algo que ha dicho Travis.

Aprieto los labios y regreso a la conversación con Trin.

Trofeo de guerra. Stone está enterrado en Lincoln Bar.

Mientras ella me manda audios fingiendo que llora la muerte de su *crush* más duradero, ceno junto a Dani, que lleva todo el día informándose sobre jugadas y normas del fútbol americano y ahora es una experta, y la abuela y Atlanta, que han intentado pervertir de todas las maneras no ilegales al grupo de monjas.

Y, durante un ratito, la ansiedad se retira a su rincón de castigo y yo puedo respirar sin sentir que estoy cargando con todos los problemas del mundo y, a la vez, convencida de que lo merezco.



Justo antes de volver a la autocaravana para descansar, el relajante ajetreo del día y mil tonterías que me han pasado por la cabeza hacen que me trague el orgullo (o lo que sea) y llame a Justin.

Mientras da tono, me obligo a no plantearme si lo que estoy haciendo es correcto. Ignoro la sensación de malestar en el estómago.

Suena tantas veces que estoy a punto de darme por vencida cuando él, por fin, descuelga. La explosión de sonidos que surge es tan fuerte que tengo que apartarme el móvil de la oreja. Estoy apoyada contra una de las paredes de la iglesia y casi todo el mundo está en los alrededores del colegio, así que lo que me envuelve es el silencio del pueblo al anochecer.

Miro el móvil unos instantes. Ahora mismo parece que contiene un concierto completo, público incluido.

—¿Justin?

—¡Hola! —me contesta a voz en grito—. ¿Lluvia?

—Hola, eh... No te oigo muy bien.

—Ya, es que... ¡Tío, tío, para! —Hay unos cuantos segundos en los que parece que se aleja del móvil, porque no oigo nada con claridad. Luego, regresa—. Dame un segundo, voy a salir de aquí.

Casi sin darme cuenta, me deslizo por la pared hasta sentarme en el suelo.

—Claro.

Pasan al menos tres minutos antes de que la música, por fin, se atenúe. La respiración agitada de Justin se hace evidente. Suelta un suspiro largo y es como si pudiera verlo pasándose la mano por el pelo, alborotándose ese mechón rebelde.

—Perdona, nena, me has pillado en medio del follón.

—No pasa nada. —Comienzo a rascarme las rodillas desnudas—. ¿Hay fiesta en el pueblo?

—¿En el pueblo? —repite, sonando extrañado—. ¡Ah, joder! No me digas que no te avisé.

—Avisarme, ¿de qué?

—Bueno, ya sabes que Kyle y su familia pasan todas sus vacaciones en Malibú, ¿no? En la casa de sus tíos, los que están forrados. Kyle llevaba tiempo insistiéndome para que fuera con él, pero entre unas cosas y otras... —Deja la frase en el aire y mi cerebro autolesivo rellena el hueco: «He

dedicado todas mis vacaciones a ti. El verano pasado, las Navidades, Pascua...»—. Y, mira, entre estar tirado en el pueblo muerto de asco y unas vacaciones gratis en Malibú, ¿cómo iba a negarme?

Se supone que es mi turno de decir algo. Tengo que reordenar tantas cosas, tantas contestaciones que se me ocurren, que voy con lo más obvio:

—¿Estás en Malibú?

—Eso he dicho, ¿no? No mola tanto como tu viaje por el país, claro...

—No, no, es genial. Me alegro un montón. Seguro que os lo estáis pasando genial.

He dicho «genial» dos veces. Cierro los ojos. Joder, ¿por qué esto es tan incómodo? ¿Por qué siento presión y agobio como si estuviera en una maldita entrevista de trabajo y no hablando con mi novio?

—No me puedo quejar —es su respuesta.

Sé que no da detalles a propósito porque quiere que le pregunte. Pero, cuando lo haga, él rezongará sobre el hecho de que necesito saber qué hace o dónde está. Comportamientos que no tenía durante todo el primer año que salimos y que me hacen caer en la cuenta del tiempo que ha pasado desde que Justin era transparente y me hacía sentir tranquila.

¿Cuándo fue la última vez que tuvimos una conversación, ya fuera telefónica o en persona, y yo no tuve que medir con cuidado lo que decía? ¿Cuándo fue la última vez que no tuve que detenerme un segundo a analizar si era el momento apropiado para abrazarlo, besarlo o pedirle mimos, porque no siempre está de humor?

¿Cuándo fue la última vez que discutimos? Discutir de verdad, una situación acalorada en la que los dos soltamos lo que nos viene a la cabeza y no soy solo yo escuchando sus opiniones.

Tal vez permanezco demasiado rato en silencio, porque él carraspea.

—Bueno... ¿Llamabas para algo en concreto?

Una parte de mí quiere contestar «No, solo quería saber cómo estabas».

La otra, la que no suele asomar la cabecita cuando se trata de Justin, dice:

—La verdad es que sí. Llevo casi dos semanas de viaje y solo me has escrito para hablar de cómo voy vestida. ¿Eso te parece normal? ¿Te parece bien?

Pum, pum, pum, pum...

El corazón me late con fuerza.

Capto su resoplido, que suena bastante a una risa.

—Oye, creo que eso va en ambos sentidos. Al menos yo te escribí. ¿Qué hay de ti?

—Pero lo hiciste por las razones incorrectas. Las cosas estaban raras después de que te enfadaras por lo del viaje, y yo no...

Como es normal en él, me interrumpe.

—Las cosas estaban raras porque tú quisiste que fueran así. No fui yo quien tomó la decisión unilateral de largarse de viaje. ¿Sabes que podría haberme quedado este verano en Boston haciendo prácticas en una empresa de la leche? En cambio, volví al pueblo porque eso era lo que habíamos acordado.

Me quedo en blanco un instante.

—No... No lo sabía. No me lo dijiste.

—Claro que no, ¿cómo iba a hacerlo? Te pasaste toda la puta primavera diciéndome cuánto me echabas de menos y lo mucho que necesitabas... ¿Cómo era? Ah, sí. Lo mucho que necesitabas que las cosas volvieran a ser como antes. ¿Qué se suponía que debía hacer, Lluvia?

Me tiembla la mano que tengo sobre la rodilla y siento mucho escozor en los ojos. Esta conversación está mal a tantos niveles que no sé por dónde empezar.

—Tal vez comunicármelo —digo en voz baja, luchando para que él no note ni un solo temblor. Que supiera que todo esto me da ganas de llorar solo lo haría poner los ojos en blanco—. Hablar las cosas, como hacen las

personas que están juntas. Claro que te echaba de menos y quería verte, pero eso no significa que no me hubiera alegrado por tus prácticas. Dices que yo tomo decisiones unilaterales, y puede que sea verdad, pero al menos después no te lo echo en cara como estás haciendo tú.

—No te lo estoy echando en cara, te estoy diciendo que yo me tomé en serio lo que habíamos hablado y tú no.

—Vale, bien, volvamos a ese tema porque hay algo que omites todo el rato de manera muy conveniente: ¿qué hay de mi abuela? —Al nombrarla, las ganas de llorar se transforman en rabia, en frustración, y hacen que me ponga en pie de nuevo... como si lo que viene a continuación no pudiera hablarlo sentada porque es demasiado importante, demasiado grande—. La gente hace planes y luego ocurren cosas que desbaratan esos planes. Esa es la vida, Justin. Tengo una abuela muy enferma y tan loca como para ocultármelo para no preocuparme, que viene y me dice que le haría mucha ilusión irse de viaje conmigo este verano. ¿Qué se suponía que debía hacer? —digo, devolviéndole la pregunta a propósito.

—¡Joder! —exclama él, y a continuación murmura algo que me deja helada.

Me fijo en las malas hierbas que están creciendo junto a la pared de la iglesia. La humedad se acumula con rapidez en mis ojos.

Respiro hondo, entumecida.

—¿Qué has dicho?

Él claramente no está captando el tono de mi voz, y estoy segura de que, aunque estuviéramos frente a frente, tampoco sería consciente del velo de incredulidad que acaba de caerme encima.

—He dicho que sigas así, en tu mundo de fantasía —escupe por segunda vez, y es más duro escucharlo en esta ocasión porque, sí, ha tenido tiempo de rectificar. Si yo soltara algo así, sabría que la he cagado al instante y me arrepentiría a toda prisa—. A ver cuánto te dura.

Parpadeo y varias lágrimas caen de golpe.

Creo que no estoy llorando exactamente por lo que ha dicho.

Creo que estoy llorando porque sabía que esto iba a pasar y lo he estado eludiendo y eludiendo y eludiendo...

Y como cualquier otra cosa inevitable en la vida, ha llegado y no me ha pillado por sorpresa, pero eso no significa que duela menos.

Creo que duele más porque hice la vista gorda y no sirvió de nada. La situación se me clava en las entrañas como un cuchillo al rojo vivo, porque yo permití que llegáramos a este punto. Porque vi banderitas rojas por todas partes y las ignoré con mucha tozudez.

Porque, tal y como él ha dicho, estaba desesperada porque las cosas volvieran a ser como antes. Nosotros, mis dibujos, mis metas... La abuela.

Y eso no va a suceder.

Me tapo la boca con una mano, cuelgo y luego me acuclillo, vencida por esa realidad. Me dejo arrastrar por una tormenta de dimensiones apocalípticas durante todo el tiempo del que soy capaz. El suficiente para girar en medio de todo este montón de mierda emocional, pero no demasiado o alguien me echará de menos y vendrá a buscarme.

Al cabo de un rato, ya más recompuesta, apago el móvil. Me seco las lágrimas y me paseo de un lado a otro, dejando que el frío aire de Lincoln Bar me refresque la piel y elimine todo rastro de lo que acaba de suceder. Al moverme, la chaqueta emana ese olor a sándalo tan característico y lo aspiro en profundidad. No debería ayudarme, pero lo hace.

Tras una última respiración, doy media vuelta para regresar.

Mi pobre y exhausto corazón salta hacia mi garganta al ver una figura oscura unos metros más adelante, pasando frente a la iglesia.

—¡Ay, señor! —grito.

Creo que la figura tampoco esperaba verme aquí ni oír un grito en medio de la nada, porque también se sobresalta.

—Señorita —farfulla, mirándome de hito en hito—. ¿Qué hace ahí agazapada?

Tardo unos segundos en reponerme del susto y reconocerlo. Es el conductor del coche fúnebre. Lo he visto a lo largo del día en distintas partes del pueblo, ayudando. Tiene una cara muy seria, y su traje negro no ayuda para nada, así que nunca hay que dejarse llevar por las apariencias.

—Una larga historia. ¿Ya ha cenado?

—El mejor estofado de mi vida, debo reconocerlo. —No sonríe ni nada, pero su tono de voz es suave—. Discúlpeme, voy con prisa. Me han avisado de que han habilitado la carretera para dar media vuelta y mi trabajo no es de esos en los que pueda retrasarme. Llevo un día... —Aprieta los labios, como si estuviera reuniendo paciencia—. En fin, espero que los agentes no pongan tantas pegas ahora para ayudarme como esta mañana...

La palabra *ayuda* activa la parte de mi mente que nunca descansa, que nunca se da por vencida, y debo reconocer que es agradable sentirlo. Más que agradable, después de la bajada a los infiernos que acabo de vivir (si es que es correcto pensar eso justo al lado de una iglesia).

—Si hay algo que yo pueda hacer...

Enarca una ceja.

—No se ofenda, pero es usted demasiado pequeña.

—Es una realidad que acepté hace mucho tiempo. Entonces, ¿dice que necesita a alguien joven, alto y fuerte?

—Bueno, yo no...

—Conozco a la persona perfecta.

Asher



Me despido de Travis después de la cena, cuando debe regresar con su turno a Redem Creek. Acompaño a mi amigo hasta el todoterreno del Servicio Forestal que hay a las afueras del pueblo, donde han logrado despejar un camino entre los coches de quienes decidieron quedarse a ayudar. Para mi asombro, son bastantes. Cerca de la mitad de los que había en el atasco. Está hasta el coche fúnebre.

Little Hazard consiguió sitio en el descampado donde Lincoln Bar celebra sus ferias y fiestas más grandes.

Travis me da un golpe en el hombro.

—Nos vemos en el Rose Bowl el mes que viene, tronco. Estoy deseándolo.

—Y yo.

Creo que he contestado con ánimo, convencido, pero parece que no porque Travis chasquea la lengua.

Una pequeña algarabía nos hace mirar hacia el pueblo. Un grupo se dirige hacia aquí, entre ellos un señor alto y delgado vestido con traje negro, y a su lado... Sí, esa chaqueta roja me suena muchísimo.

Camina muy entretenida, hablando animadamente con Dani. Y, sí, esa también es mi gorra. Joder, si me quedo más tiempo en este lugar, acabaré

en pelotas.

—Es muy guapa —comenta Travis.

Lo miro de mala manera. En lugar de reírse, Travis se pone serio. Eso ocurre pocas, muy pocas, veces. La mayoría de ellas cuando estamos en el campo de juego.

—¿La cosa sigue igual? Es decir...

—Más o menos —me apresuro a contestar.

Travis sacude la cabeza.

—No puedo decir que te entienda porque nunca me ha pasado algo así, pero sé que te sientes la hostia de incómodo y lo siento por ti, tío.

Cambio el peso de una pierna a otra. Esta conversación podría acabar aquí mismo o no haber existido jamás, pero veo la preocupación sincera en Travis. Por esa y otras razones, él y yo hemos tenido una conexión especial y hacemos tan buen tándem en el campo.

Sin embargo, no se me ocurre qué cojones contestarle. Sin alcohol ni drogas de por medio, prefiero pegarme un tiro en el pie antes que hablar de sentimientos.

—Ya, bueno...

Los compañeros del Servicio Forestal lo llaman desde el todoterreno. Travis empieza a alejarse caminando hacia atrás.

—Eres un *crack*. —Luego grita—. ¡Encantado de conocerte, Lluvia Clearwater!

Ella primero parece confundida, hasta que localiza a Travis y agita la mano para despedirse de él. A su lado, Dani se levanta la gorra. Sea lo que sea lo que ve, abre los ojos como platos y comienza a cuchichear con Lluvia.

Travis se asoma por una de las ventanillas cuando el todoterreno arranca.

—¡¡Vamos a darles por culo a los de Standford, bebé!!

No puedo evitar sonreír. Luego uno de sus compañeros lo agarra por el pescuezo de la chaqueta y lo obliga a entrar. Me quedo de pie junto al trozo

de carretera libre, con las manos en las caderas y observando alejarse las luces del coche. ¿Y si me hago voluntario como él para este verano? Es una época de muchos incendios en todo el país.

Entonces oigo que mencionan mi nombre.

—Es él, se llama Asher Stone —dice la voz de Lluvia.

Se me acerca acompañada del tipo alto, que bien podría ser un hombre de negro que viene a borrarnos la memoria. Tiene una de esas caras largas surcada de arrugas verticales que lo hacen parecer aburrido o triste... o ambas cosas.

Lluvia se detiene a pocos pasos.

—¿Qué le parece?

El hombre me mira de arriba abajo y yo empiezo a inquietarme bastante. La alarma de «Lluvia Clearwater está tramando algo en mi contra» empieza a sonar con fuerza.

—Servirá.

—¿Serviré? Serviré, ¿para qué?

—Ay, Ash. —Lluvia junta las manos bajo la barbilla, con expresión angustiada—. Este señor tenía que llegar a Belgrade, pero, ya sabes, el incendio. Esta mañana lo han ayudado los agentes a trasladarlo hasta el bar del pueblo, pero ahora... Necesita asistencia de nuevo, y he pensado en ti. Puedes, ¿verdad?

Estoy muy seguro de que no he entendido nada de lo que ha dicho, y que ella lo ha hecho a propósito. Sin embargo, el tipo me está mirando con expectación (o eso creo, porque su expresión sigue paralizada entre la desidia y la pena), y los buenos modales texano-californianos me obligan a responder.

—Claro. Usted dirá.

No es hasta que el señor, que se presenta como Carl Sokolov, me conduce hasta el bar del señor Curry, y de ahí a la cámara frigorífica del

mismo, que empiezo a entender la jugada. Observo una vez más su sobrio traje negro y siento que los pelos de la nuca se me erizan.

Está abriendo la enorme puerta sellada cuando me entra el pánico. Planto la mano en medio y vuelvo a cerrarla de golpe.

—E-Espere un momento. Esto no... Es decir... —Trago saliva y cierro los ojos—. Por favor, dígame que ahí dentro no hay un tío muerto.

—La palabra correcta es *difunto* —me amonesta—. Sea respetuoso con los restos mortales de un ser humano, muchachito. Podríamos ser cualquiera.

—Ya.

Asimilo la expresión apenada de Lluvia, su sonrisa posterior y su alegre despedida, y asiento con la cabeza. Aparto la mano con lentitud; las náuseas se deslizan como culebras ardientes por mi estómago. ¿Por qué coño hace esto? Le he prestado mi chaqueta. La he dejado en paz todo el día.

El señor Sokolov me está explicando algo acerca del sistema de refrigeración del ataúd que hay en su coche, y la razón de que haya acabado teniendo que recurrir a una nevera gigante para evitar que empezara la fase enfisematosa.

—Sí —digo—. La fase enfisematosa es un rollo.

Pero mi mente está en bucle repitiendo «No caigas en sus juegos, no caigas en sus juegos, no caigas en sus juegos...».

—No ponga esa cara, por Dios. Está convenientemente envuelto en una bolsa térmica. Soy un profesional reputado.

Continúo asintiendo.

—Ya.

«Eres mejor que ella, eres mejor que ella, eres...»

El señor Sokolov abre la puerta, liberando un ramalazo de aire y neblina helado, camina resueltamente hacia un gran bulto de aluminio, y me pregunta si prefiero la cabeza o los pies.

Creo que ya nunca volveré a ser la misma persona.

Y elijo los pies del muerto, claro.

Lluvia



La puerta de Little Hazard se abre como si un tifón hubiera decidido visitarnos. No lo sé porque sea testigo visual de ello. Lo sé porque la pequeña estantería atornillada en la esquina de la ducha se sacude, y los botes de champú se tambalean. El acondicionador cae y tengo que saltar hacia atrás para que no me golpee los deditos de los pies.

—¡¡Lluvia!! —grita Asher, su voz ronca retumbando por toda la autocaravana. Cualquier otra persona se preguntaría si ha ocurrido algo grave y es alguna clase de emergencia.

Yo sé que es su versión extrema de enfado, que solo llega cuando todas sus defensas y cortafuegos de Stone serio y paciente se agotan.

Ocupada como estoy rezongando por haberme clavado el grifo en los lumbares al huir del acondicionador, no me molesto en contestarle. Él no tarda en darse cuenta de que no puedo estar en otro lugar sino en el baño.

Sus puños empiezan a aporrear la puerta.

—¡Lluvia! —vuelve a gritar.

—Si sabes que soy yo y que estoy aquí dentro, ¿por qué sigues gritando mi nombre? —Emito un jadeo de ofensa bien alto—. No serás de esos pervertidos que se pajean solo por oír a una chica ducharse, ¿verdad?

Una pausa.

—Abre.

—No lo creo.

—Voy a darte exactamente diez segundos para que abras esta puta puerta tú misma. Después, lo haré yo.

Un pequeño ramalazo de inquietud (¿o emoción?) me recorre. Deslizo la mampara de la ducha con cuidado, procurando no hacer ruido, y luego inspecciono la puerta del baño. Little Hazard es una autocaravana de lujo. Esa puerta se cierra y se bloquea sola, y tiene un pestillo de acero inoxidable. Está girado en la dirección correcta y en la ventanita se muestra el cartel rojo de ocupado, y llego a la conclusión de que él tendría que ser Superman de incógnito para poder abrirla. Dejaré que se desgañite y me insulte todo lo que quiera desde el pasillo hasta que lleguen nuestras abuelas. ¿Cuánto puede durar una partida de Scrabble? No demasiado, supongo.

Suspiro de alivio justo cuando él empieza la cuenta atrás en voz alta. Mientras, yo me envuelvo en mi albornoz de felpa preferido, enrosco mi pelo en lo alto de la cabeza y busco la crema hidratante en el neceser. Una sonrisilla me acompaña todo el rato. Sé que no debería sentirme así en este momento; no me hace falta un psicólogo que me diga que no es normal sentir una mezcla de anticipación y adrenalina enroscándose en mi estómago en lugar de la tristeza y el agobio naturales tras una ruptura.

Porque, para mí, eso es lo que ha sucedido esta noche entre Justin y yo. No sé qué estará pensando él ahora mismo y, por primera vez en mucho tiempo, me da igual. También sé que es probable que esta sensación no dure mucho y que mañana mismo empiece a darle vueltas a todo.

Ahora, sin embargo, estoy envuelta en una falsa capa de tranquilidad (que es probable que en realidad sea alguna clase de entumecimiento) y pienso aprovecharla.

Estoy abriendo el tarrito de crema cuando Asher dice:

—Diez.

A continuación, silencio. Echo un vistazo de reojo a la puerta y al cartelito rojo, y me regaño mentalmente. No se va a abrir. Es imposible que...

Con un chasquido, el pestillo rota hacia la izquierda y aparece el cartelito verde. Apenas he parpadeado cuando la puerta del baño se desliza y en el umbral aparece, gloriosamente furioso, Asher Stone. Mandíbula apretada, mirada asesina, y un brazo apoyado en la pared que lo ayuda a inclinarse hacia delante.

—¿Cómo has...? —Cierro la boca de golpe y me llevo las manos a la nariz—. ¡Uf! ¿Qué es eso? ¿Viene de ti?

Él esboza una sonrisa tan espantosa que es más la mueca de un loco.

—¿No te gusta? Resulta que este es el olor que se le queda a alguien cuando traslada un cadáver. —Pellizca con dos dedos su camiseta y la sacude.

—Oh, Dios —farfullo, dando un paso atrás. La nueva oleada de peste me provoca una arcada, haciendo que el estofado y los panecillos de mantequilla del señor Curry intenten regresar por donde han venido. Trago saliva a toda prisa.

Asher aprovecha para acercarse más. El baño es tan microscópico que su presencia disminuye hasta la luz del espacio.

—Oye, ¿a dónde vas?

—A darme una ducha, claro. —Extiende un brazo por encima de mi hombro para agarrarse a la mampara abierta, y pienso que puedo morir en ese instante porque, total, ya huele a cementerio aquí—. Y tú vas a ayudarme.

Bufo contra mis propias manos.

—¿Se te ha ido la pinza?

—Eso es justo lo que he pensado cuando el amable señor Sokolov me ha llevado hasta la cámara frigorífica del bar. —Ignorando por completo que estoy entre él y la ducha, mueve el otro brazo para abrir el grifo. Oigo cómo

el agua empieza a caer a mi espalda—. Me he dicho: «¿Acaso Lluvia está loca? ¿Cómo se le ocurre ofrecerme voluntario para algo así? ¿No sabe ella que me da ansiedad hasta pisar un charco de barro, no hablemos ya de estar cerca de algo muerto?».

Para mi total sorpresa, consternación, deleite y horror (sí, todo a la vez), Asher se echa las manos al cuello y se quita la camiseta del tirón. Cierro los ojos por instinto para huir de toda esa podredumbre y por si acaso se le ocurre tirarme la prenda a la cara. O porque tengo antecedentes de babear ante sus pectorales y abdominales.

Él continúa hablando.

—Y luego he caído: «Sí, claro que lo sabe. Esa pirada sabe perfectamente lo que puede volverme loco y lo ha hecho a propósito». ¿A que sí? —Algo me roza la barbilla y abro los ojos. Es él. Sus dedos me acarician el mentón y me alza el rostro hasta que nuestras miradas se encuentran. En este momento sus ojos no son simplemente azules, son una tormenta eléctrica azotando un mar embravecido, y creo que me veo a mí misma ahí, sobre un solitario barco que tiene pocas probabilidades de sobrevivir a esa catástrofe—. ¿Te encanta verme perder los nervios, Lluvia?

Mucho.

MUCHÍSIMO.

Me relamo los labios.

—Sobre todo me fascina el hecho de que hayas podido decirle que no al señor Sokolov e ir a buscar a otra persona y, aun así, lo hayas ayudado. Qué buen samaritano estás hecho, Ash.

Entrecierra los ojos, fulminándome con la mirada como si en realidad tuviera ganas de estrangularme. Sin gorra y a esta distancia, podría contar cada una de sus pestañas y hasta seguir la línea de vello que ya empieza a despuntar en su mandíbula.

—¿Lo has hecho a propósito? —pregunta, como si necesitara confirmación verbal por mi parte.

Sostengo su mirada uno, dos y hasta tres segundos (los mismos que en el gimnasio del pueblo justo antes de que él apartara la mirada con indiferencia). Entonces sonrío con suavidad.

—¿De verdad tienes que preguntarlo?

Exhala un gruñido y entonces carga hacia delante. De pronto me siento como si fuera el defensa del equipo contrario y él estuviera buscando la zona de anotación. Me empuja dentro de la ducha, justo bajo el agua, y exhalo un gritito porque está helada. Mi moño improvisado se desmorona, haciendo que todo el pelo se me desparrame por la espalda. Oigo la mampara deslizarse en su sitio y luego él, con uno de sus brazos en mi cintura, nos gira.

Alzo la vista. La cascada de agua cae ahora sobre la parte posterior de su cabeza y hombros, y su altura me sirve de parapeto. Por inercia, empujo su pecho para alejarme, pero apenas he retrocedido unos centímetros cuando choco contra la pared. Mi hombro golpea la estantería. No hay espacio para dos. Tal y como advirtió mi depravado subconsciente el primer día, apenas cabe él con su envergadura de jugador de fútbol. No podría ni cruzar los brazos sin tocarlo.

También por inercia, decido que debo tomar las riendas de la situación. Es Asher Stone. No puedo mostrar debilidad frente a él.

Suspiro, aparentando decepción.

—Podrías haber venido hace diez minutos y nos habríamos duchado juntos. Ahora derrocharemos agua.

—No si te esfuerzas y eres rápida. —Se pasa las manos por el rostro, retirándose las gotitas que se deslizan por sus sienes y mejillas. Luego, rebusca en la estantería y me entrega una esponja—. Haz hincapié en los brazos y en los hombros. He tenido que apoyar ahí los tobillos del muerto cuando el señor Sokolov, convenientemente, se ha olvidado de dónde había puesto las llaves del coche.

La imagen de lo que acaba de contarme parpadea en mi mente y me muerdo ambos labios con fuerza porque, si me río en este momento, creo que Asher implosionará de indignación. Permanezco quieta (tampoco tengo margen de maniobra) mientras él echa un buen chorro de gel en la esponja.

Luego, por si no me sentía como una pulga en un circo de elefantes, apoya los antebrazos en la pared y en la mampara y hace un despliegue de músculos excepcional. No reconocería que esta situación me está poniendo un poco nerviosa ni aunque el cadáver del señor Sokolov estuviera aquí con nosotros señalándome con un dedo podrido, pero la anticipación en mi estómago ahora es todo adrenalina que envía señales confusas a mi cerebro y a mi sistema nervioso.

Asher carraspea para llamar mi atención. Creo que he perdido la conciencia brevemente en algún punto entre el bíceps y el trapecio.

—Cuando quieras —murmura.

Lo evalúo con la mirada. Entonces... ¿Esto va en serio? ¿De verdad he hecho que Asher Stone se vuelva tarumba y que hayamos acabado metidos en esta miniducha con él dispuesto a que yo lo enjabone? ¿O es como cuando me provocó tras el bajón de azúcar de la abuela?

¿Es una manera de devolverme la putada o de verdad está molesto?

¿Y acaso importa, ahora que estamos aquí?

Esto es... divertido.

Señalo sus pantalones de deporte negros, ahora muy mojados.

—¿No vas a quitártelos?

Me observa con seriedad, aunque algo brilla en el fondo de su mirada.

—El muerto no estuvo cerca de mi culo o mi polla, no te preocupes.

—Él se lo pierde.

Gruñe. Sonrío y me pongo de puntillas para acercar la esponja al chorro de agua tras él. Tendría que subirme a una silla para que pudiéramos estar a la misma altura, pero la posición sin duda hace que nuestros rostros se

acerquen. Apoyo la mano a pocos centímetros de la suya, en la mampara, y humedezco la esponja hasta que hace espuma.

Justo antes de retirarme, lo miro. Sus pestañas están bajas, cubriendo su mirada, pero los labios están tan tensos que han perdido todo el color.

—Todo lo que no limpies, tendrás que soportarlo esta noche. Te recuerdo que compartimos sábanas.

—Buen intento, pero ambos sabemos que no hay manera de que te vayas a dormir hoy pensando que queda un solo átomo de ese cadáver en ti. ¿Sabes si los muertos transmiten enfermedades?

—No lo hacen —contesta a toda prisa.

—¿Estás seguro?

Veo cómo las aletas de su nariz se hinchan.

—Lava.

Aunque mis ojos no paran de desviarse por cuenta propia hacia sus abdominales, sigo sus instrucciones y acerco la esponja a sus hombros, despacio. Empiezo por el izquierdo. Juraría que, cuanto más cerca estoy de tocarlo, más y más tensión acumulan sus músculos, pero tal vez solo sean imaginaciones mías.

Toco su piel. Quiero decir que la esponja toca su piel. Su pecho se mueve como si hubiera soltado todo el aliento de golpe, y creo que yo acabo de hacer lo mismo.

«Habla.»

«Di algo.»

—¿Aquí? —Sus párpados suben y me observa, pero yo me concentro muchísimo en mi tarea—. Quiero decir, ¿aquí es donde lo apoyaste?

Parece que se plantea si contestarme o no, pero al final farfulla:

—Sus pies, sí.

—Buena elección. Imagina que hubiera sido la cabeza. —Muevo la esponja en círculos de su hombro a su clavícula, y luego voy hacia atrás,

hacia su nuca. Que no se diga que no soy obediente y concienzuda—. Prácticamente habrías hecho la cucharita con un tío muerto.

—Lluvia.

—¿Qué? Es cierto. Hay que dar gracias por las pequeñas cosas de la vida.

—Estás disfrutando muchísimo con esto, ¿verdad?

—¿Te refieres a lavarte o a la razón de que te esté lavando?

Siento sus ojos sobre mí con tanta intensidad como si quemaran, indagando, examinando.

—Elige tú.

Cambio la esponja de mano y paso a su otro hombro. Al moverme, lo miro sin poder ocultar una pequeña sonrisa.

—Entonces, sí.

No dice nada más. Una parte de mí sabe que en cualquier momento podría negarme a continuar y los dos estaríamos fuera de aquí al instante; que todo esto no ha sido sino un desafío para ver hasta dónde era capaz de llegar, y que, tal y como nos pasaba años atrás, siempre acabamos demostrando que ninguno de los dos tiene límites. No entre nosotros, al menos.

Un tira y afloja eterno en el que, al final, da igual el resultado. Lo importante es el proceso.

Termino con sus hombros. Como si estuviera esperando a ese momento, cambia de postura y extiende un brazo hacia mí, con la palma de la mano hacia arriba. Por un instante, dudo. Una mano no es un hombro. No sé exactamente en qué es diferente, pero lo es.

Como si percibiera mi indecisión, dice en voz baja, burlón:

—Puedes fingir que soy Howard si así limpias más animada.

Me detengo.

Mierda. Se acabó el juego.

Todo lo que estaba sintiendo en ese momento, esa mescolanza de nervios, adrenalina, expectación... todo se esfuma bajo una aplastante manta de culpabilidad porque, claro, una chica normal debería estar en su cama llorando y no en la ducha con el vecino que hace años juró odiar.

El problema es que no tengo ganas de llorar más. Y que, en realidad, cuando he llorado junto a la iglesia del pueblo no lo he hecho por Justin, al menos no únicamente. Él solo ha sido el detonante.

Lo cual solo me hace sentir más culpable.

Observo las zapatillas de Asher, cayendo por primera vez en la cuenta de que tampoco se las ha quitado, antes de contestar.

—Mejor que no. Justin y yo ya no estamos juntos, así que sería rarísimo.

Y con esas palabras, creo que soy testigo de la cara que se le debe de quedar cuando recibe un balonazo en la cabeza. Parpadea varias veces y se queda con la boca abierta, moviendo los labios sin que salga ni una palabra de ellos.

—¿Desde cuándo? —dice al final.

—Uf, déjame comprobarlo... —Consulto un reloj imaginario—. ¿Unas dos horas?

Lo he descolocado por completo, lo cual me parece lógico y al mismo tiempo me hace sentir un pinchazo de molestia. Una sensación muy parecida a cuando estás teniendo un sueño de lo más agradable y te suena el despertador. Esa vuelta brusca a la realidad es bastante desagradable.

Como si él también tuviera claro que se acabó lo que se daba, cierra el grifo y abre la mampara. Soy la primera en salir a toda prisa. Recojo el coletero del suelo, donde cayó cuando me empujó a la ducha, y vuelvo a hacerme el moño.

—¿Qué ha hecho?

Lo miro de golpe, sorprendida. Se ha echado una toalla por los hombros y se está frotando el pelo con tanta fuerza que podría quedarse calvo en esa zona.

—¿Qué?

—Howard —gruñe, sin mirarme—. ¿Por qué has roto con él?

—¿Cómo sabes que no me ha dejado él a mí?

Exhala una mezcla de suspiro y risa.

—Lo conozco. No te dejaría, y mucho menos ahora. —Antes de que pueda procesar qué ha querido decir, vuelve a preguntar—. ¿Se ha tirado a otra?

—¡Dios! —Suelto una carcajada sin humor—. Eres superdelicado tratando estos temas. Seguro que todos tus amigos acuden a ti para sus problemas amorosos.

Como si eso hubiera sido una respuesta a su pregunta (y estoy bastante segura de que no lo ha sido), tira la toalla en el lavamanos.

—Le partiré las putas piernas cuando lo vea.

Me quedo mirando la toalla, poco impresionada.

—Sabes que el despliegue de masculinidad tóxica y amenazante ya pasó de moda, ¿verdad?

—Si se le ha ocurrido hacerte daño, lo mato. Llámalo como quieras.

—Asher, necesitas un médico. Creo que el muerto sí que te ha contagiado algo.

Lo que fuera a contestarme, queda en incógnita porque ese es el momento en el que nuestras abuelas regresan. El vozarrón de Atlanta y los constantes «Imposible. Rematadamente imposible» me indican que la partida de Scrabble no ha ido bien. Si han venido discutiendo todo el camino desde Lincoln Bar, no sé cómo no las hemos oído llegar con antelación.

O sí que lo sé. Estábamos bastante centrados en nuestra propia partida.

—Necesito ponerme el pijama. —Señalo las prendas colocadas sobre la tapa del retrete—. Y para eso sí que voy a necesitar un poco de intimidad.

Él, con su pantalón y zapatillas chorreando, se limita a mirarme fijamente, como si yo hubiera hablado en otro idioma o mis palabras ni

siquiera hubieran llegado a su cerebro. Cuando las abuelas empiezan a preguntar dónde estamos, hace un gesto con la cabeza, como si quisiera aliviar la tensión del cuello, y sale.

Me visto mientras oigo a Atlanta escandalizarse por el reguero de agua que Asher está dejando en la autocaravana. Mi abuela pregunta qué hacíamos los dos metidos en el baño, con cero sospecha o censura en la voz, pero sí mucho interés. Si Asher les contesta algo, lo hace en voz tan baja que no soy capaz de oírlo.

Antes de salir, me miro en el espejo.

Me pregunto a mí misma si soy estúpida y a qué estoy jugando.

Luego, obligo a la abuela a medirse el azúcar para comprobar que todo está en orden (ella insiste e insiste en que fue un incidente aislado y que no hace falta controlarla todos los días), y trepo a mi cama deseando dejar atrás este día.

Cuando todos estamos listos, apagamos las luces.

¿La capa de tranquilidad-entumecimiento de hace un rato? Se ha esfumado cuando Asher me ha mirado como si mi ruptura con Justin fuera un acontecimiento histórico.

¿Lo es?

¿Debería sentirme peor?

¿No debería estar recordando y añorando los buenos momentos, en lugar de sentir alivio porque ya no tengo la presión añadida de nuestro plan en el Gran Cañón?

Las tenues luces de la calle entran por las ventanas y la claraboya de Little Hazard. No son molestas, pero me permiten ver el contorno de las cosas y saber que tanto Asher como yo estamos acostados bocarriba, cada uno a un lado de nuestra frontera.

Sé que está despierto y que la conversación del baño no ha acabado, así que no me sorprende oír su voz, baja y ronca.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque, por la razón que sea, has roto con tu novio después de tres años de relación. Fueras tú o él, debe de ser jodido.

«Es jodido», pienso.

Porque creo que esta relación debería haber acabado hace tiempo, y la alargué como una idiota.

Porque me he quedado con ganas de decirle mucho más, y no lo haré porque no lo entendería ni aunque se lo pasara por escrito con los puntos importantes subrayados.

Porque sé que él no ha estado a la altura, pero existe esa pequeña parte equivocada en mi interior que de verdad cree que soy yo quien le exigía demasiado.

Y porque, en el fondo, llevo meses esperando a que él dijera la palabra exacta para mandarlo todo a la mierda. Como una cobarde.

—Mañana será otro día —es lo que contesto.

Lluvia



—Ojalá estuvieras aquí.

—Ojalá estuviera ahí —coincide Trinity.

Hago un giro completo sobre mí misma para que mi amiga vea en su totalidad la salvaje, abrumadora y acojonante vista de Yellowstone de la que estoy siendo testigo. Hemos llegado al parque poco antes del atardecer y todos nos hemos apresurado a dejar Little Hazard bien estacionada para poder disfrutar de este momento.

La abuela y Atlanta están sentadas juntas, compartiendo una manta por encima de los hombros, en un tronco que hace las veces de banco. Charlan con tranquilidad sobre la pasada de colores que se despliegan por el cielo, el suave rumor que nos envuelve y lo bien que huele a pesar de que no capto ningún olor específico. Supongo que de eso se trata la naturaleza en estado puro.

Yo me siento... bien. Y en lugar de seguir preguntándome si no debería estar llorando por las esquinas por múltiples razones, lo acepto y hago a un lado todo lo que me saque de esta maravillosa sensación. Estamos aquí, en uno de los parque nacionales más famosos del mundo. La abuela está bien. Atlanta está bien. Asher lleva días comportándose un poco raro, lanzándome miraditas que no soy capaz de interpretar, pero eso también

está bien. Lo prefiero mil veces a que hubiera cambiado su modo de comportarse conmigo después de LO DE LA DUCHA. Así, con mayúsculas.

Si me hubiera tratado con delicadeza o suavidad solo porque he cortado con Justin...

Se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo.

No. Me niego.

—¿Puedes apuntar a tu preciosa carita? —pregunta Trinity.

Enfoco el móvil en mi dirección y sonrío. Trin lleva el pijama puesto y está en su habitación. Reconozco los múltiples pósteres de sus series y películas favoritas. Yo la ayudé a robar algunos de la taquilla del cine hace años.

Debe de tener el móvil apoyado contra algo, porque usa ambas manos para hacerse trencitas en su pelo rubio y corto.

—Genial. Ahora mírame a los ojos y dime por qué llevas días utilizando el móvil de tu abuela. Y tenme un poco de respeto e invéntate algo mejor que «se lo comió el perro» o «se cayó al retrete».

—Me has desarmado, tía. Esas eran mis dos únicas opciones.

—Lluvia.

—Trinity.

Hace una de sus muecas características, de la que no creo que sea consciente. Mueve la mandíbula inferior de lado a lado, muy a lo exconvicto empastillado.

—Dime que no quieres hablar del tema y lo respetaré, pero no hagas como que no existe el tema. Haces que me preocupe.

—No, no. —Cierro los ojos un instante—. Joder, esa no es mi intención. En absoluto. Es solo que... Tienes razón, no me apetece hablar del tema. Pero tú eres tú y te mereces saberlo. De hecho, creo que te alegrarás.

—¿Alegrarme de algo que claramente te entristece? ¿Quieres que aprenda a dar leches a distancia o qué?

Se lo cuento todo, y no sé qué siento al terminar bastante rápido. ¿Qué mejor demostración de lo poco que ha costado que Justin y yo rompiéramos, lo fino que era ya el hilo que nos unía, que resumirle a tu mejor amiga la ruptura en menos cinco minutos? Creo que estamos degradando la sagrada institución de las charlas entre mejores amigas. Esto debería durar horas y agotar las baterías de los teléfonos.

Cualquier otra persona soltaría un par de «te lo dije» y se permitiría algunos gestos ufanos, pero Trin no me decepciona. Se toma mis sentimientos siempre muy en serio, como si fueran propios, y si bien es cierto que nunca le gustó Justin y fue muy honesta al respecto, jamás me ha hecho sentir mal o culpable por estar con él. Eso no significa que yo no haya sabido siempre que ella estaba con los brazos abiertos todo el rato, como si esperara recogerme de una caída bien gorda en cualquier momento.

Y ese momento ha llegado.

Y se nota que se ha preparado, porque no pestañea hasta que le repito la frase final de Justin.

—¿Seguís juntos? —es su pregunta, y es legítima. No es la primera vez que le cuento discusiones con Justin que no tenían consecuencias más allá de un enfado de varios días.

—No —contesto sin dudar.

Asiente con seriedad, sus ojos clavados en sus propios pies cruzados. No ha dejado de hacerse trenzas mientras me escuchaba.

—No me puedo creer que te dijera eso, y es en serio. De todas las cosas que he pensado de Justin Howard, de todo lo que creí que era capaz... Sí. Me ha tomado por sorpresa.

—Lo sé, Trin, a mí también. La ha cagado. La ha cagado muchísimo. Y creo que en el fondo es un buen tío, solo que... no es para mí. La verdad es que dudo que haya muchos tíos que aguantarían una situación así.

Se me queda mirando y aprieta los labios. No hay disgusto o enfado en el gesto, solo... impotencia.

—Estás equivocadísima —susurra—. Cualquiera se mataría por poder estar contigo, y las personas que te queremos no estamos aguantando nada. Estamos aquí, sin más, porque nos da la gana. Porque eres alucinante.

Ay, joder. Me arde la parte trasera de los ojos cuando la señalo con un dedo a través de la pantalla.

—Para.

—No puedo, soy adorable por defecto.

—Te quiero, Trin.

—Te qu... Pero ¡qué ven mis ojos! ¡El jugador más guapo y rápido de los UCLA Bruins en persona!

Doy un respingo por el grito inesperado. De repente Trinity tiene la cara pegada a la pantalla del móvil y ha pasado de amiga-compungida a amiga-coqueta. El cerebro no me procesa la información rápido, así que me sorprende la voz de Asher, un poco aturdida, a mi espalda.

—Ey, hola, Trinity.

Asher y yo nos miramos, ambos analizando la situación. En mi móvil están las cejas y la nariz de mi mejor amiga, supongo que porque no quiere perderse detalle y ya se habrá quitado las lentillas para estar en casa. En el suyo, un torso desnudo.

Masculino.

—Eh... —Me he quedado sin palabras—. ¡Ah, espera! ¡Travis!

El torso desnudo se mueve o, más bien, se mueve el móvil de su dueño. Un segundo después, aparece en pantalla la cara risueña de Travis Watkins, de Napa. Su entorno está a oscuras, pero no me cabe duda de que está recostado en alguna silla o cama. Creo que así empiezan la mayoría de los vídeos porno caseros.

—¿Te has dado cuenta, Peque? Me ha reconocido por los abdominales —dice, tan sonriente que parece que le van a estallar las mejillas.

—Y por el tatuaje de Dory —añado.

Travis suelta una carcajada y me parece (y esto es pura especulación) que las comisuras de los labios de Asher tiemblan un poco.

—¡Información, Lluvia, información! —reclama Trinity, a la que solo le falta traspasar la pantalla desde su casa y aparecer en Yellowstone.

Hago las presentaciones entre ambas videollamadas, siendo muy consciente de lo estrafalaria que es la situación. Tanto Asher como yo alineamos nuestros móviles para que Travis y Trinity puedan estudiarse el uno a la otra.

—¿Por qué eres tan guapo? —pregunta mi amiga, con mucha naturalidad. Hasta se ha puesto las gafas que solo usa cuando no le queda más remedio.

Travis se toma la pregunta totalmente en serio.

—Mi madre fue Miss Illinois. ¿Por qué tienes un póster de *Van Helsing*? ¿Alguien te ha extorsionado? ¿Estás bien?

—De eso nada, tronco. —Asher interrumpe la conexión girando el móvil hacia sí mismo—. Si empiezas a hablar de cine, directores de cine o actores de cine, cuelgo.

—No te preocupes, Asher, tengo suficientes argumentos para defenderme —replica Trinity.

—Créeme, no es eso lo que me preocupa.

Al final, Asher y yo somos testigos del flechazo-comienzo de enemistad pública entre Trinity y Travis. No parecen decidir si se caen bien o se detestan.

—¿*Matrix Reloaded*? ¿*Van Helsing*? ¿*Alien: resurrección*? Sí, sí y sí. Son mis bebés, así que no se te ocurra meterte con ellas.

—Oh, Dios, entonces es verdad. —Travis sacude la cabeza y se estira hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. Existen personas como tú.

—Somos los que mantenemos la balanza cinematográfica equilibrada. Sin nosotros la industria se desmoronaría.

—Sí, supongo que eso es lo que te dices por las noches para poder conciliar el sueño.

Conseguimos detener esta hecatombe en ciernes cuando una mujer alta y rolliza, ataviada con una especie de túnica de gasa turquesa, se acerca a nuestras abuelas. Tanto Asher como yo despedimos sin muchos ambages a nuestros correspondientes amigos para unirnos a la conversación.

Se presenta como Vinanti, sin apellido, y por lo visto es gurú y guía del parque. No tengo claro que esas dos profesiones puedan coexistir, pero ella se muestra muy confiada. Asher tiene un acceso de tos horroroso cuando la mujer se acerca para abrazarnos con mucha efusividad. Le palmea la espalda a la pobre y se aleja de un salto. Huele bastante a hierbas aromáticas y se me ocurre que tal vez eso afecte a las alergias de Asher. Sin embargo, cuando la mujer empieza a explicar las actividades que ella y sus compañeros ofrecen a los visitantes, lo veo.

O debería decir que las veo.

La túnica es preciosa y emite destellos iridiscentes cada vez que Vinanti gesticula, lo cual es todo el rato. Entre su largo cabello moreno, con cuatro dedos de raíz blanca, y sus collares, pulseras y enormes pendientes, es sin ninguna duda una mujer muy extravagante y cercana en edad a nuestras abuelas.

En especial porque no parece llevar nada debajo de la túnica y la gasa deja entrever todo. Me quedo mirando el par de pezones más grandes y oscuros que he visto en mi vida, hipnotizada.

Asher acaba por darme un codazo.

—¿Yo me esfuerzo por disimular y tú creas un puente entre tus ojos y sus pechos? —murmura.

—Son... alucinantes.

—No sabía que te iban esas cosas.

—Creo que casi todas las mujeres sentimos cierta fascinación por los cuerpos de otras —digo, sin dejar de mirar—. Y es innegable que el cuerpo

femenino es mucho más bonito que el masculino. Palabra de artista.

—Nada que objetar a eso.

Intento con todas mis fuerzas prestar atención al discurso de Vinanti. Estoy segura de que no querría ser juzgada únicamente por su semidesnudez, aunque otra parte de mí se pregunte si ella de verdad espera que la gente no se quede noqueada la primera vez que la ve. De mi abuela y Atlanta debo decir que, o bien todavía no se han dado cuenta de los atributos de Vinanti, o son unas maestras escondiendo sus reacciones.

Optaría por lo primero.

Mi concentración vuela cuando siento que Asher se acerca unos centímetros. El calor que desprende su cuerpo es similar a tener una estufa muy cerca. Se inclina aún más para que nadie oiga sus palabras excepto yo.

—Lo siento, pero lo que has dicho ha creado imágenes y ya no puedo borrarlas. ¿Es cierta la leyenda urbana que dice que, cuando las tías hacéis fiestas de pijamas, os tocáis las tetas?

Una carcajada sube por mi garganta, lista para explotar, y me tapo la boca con las manos casi a tiempo. Se me escapa un ruidito extraño y la pobre Vinanti se interrumpe, pestañeando hacia mí.

—¿Sí, brotecito?

La abuela y Atlanta también me miran.

—Disculpad. —Esbozo una sonrisa para que continúen con lo suyo y luego me giro con la maestría suficiente para darle un codazo a Asher y que parezca un accidente. Lo arrastro conmigo unos metros—. A ver, repíteme eso.

Me observa con las cejas ligeramente arqueadas, la viva imagen de la inocencia.

—Solo quería constatar hasta dónde llega esa fascinación.

—Deja que adivine... ¿Esa es la conclusión a la que llegáis los tíos sobre las fiestas de pijamas? ¿Que nos metemos mano entre nosotras? —Tras un asentimiento decidido por su parte, sonrío—. ¿Con qué propósito? Quiero

decir, todas tenemos tetas. Sabemos qué aspecto tienen. ¿Para qué querríamos manosear a una amiga?

—¿Por comparar?

—¿Tú le has hecho alguna paja a algún amigo para comparar?

Me observa unos cuantos segundos, valorando con cuidado su respuesta.

—Si digo que sí... —tantea.

—Obviamente te preguntaría por qué a Travis y te pediría detalles.

Nos miramos unos instantes más antes de estallar en carcajadas a la vez. Me doblo hacia delante, vencida por la risa, hasta que el estómago me duele tanto que tengo que masajearlo para que no me agarrote. Creo que hacía meses que no me reía así. Asher se ha cruzado de brazos y exhibe una ancha sonrisa que, por un momento, hace que el nudo en mi estómago se agite como una maraca.

Lo observo mientras recupero el aliento, a medio camino entre atontada por la explosión de endorfinas y curiosa por lo que acaba de pasar.

—¿Qué mosca te ha picado?

Enarca una ceja, aunque su expresión sigue siendo risueña.

—¿A qué te refieres?

—No sé, tú bromeando... ¿Debería preocuparme? ¿Es otro síntoma de la enfermedad del muerto?

Parpadea y algo pasa por su rostro, fugaz. Mantiene la sonrisa en su sitio.

—¿La misma que me hizo amenazar con partirle las piernas a tu ex el otro día, quieres decir?

Separo los labios, dejando escapar un suspiro. No esperaba para nada que lo expusiera con tanta claridad, la verdad.

—Pues sí. Fue bastante impropio de ti.

La sonrisa se extiende hacia un lado, revelando el hoyuelo de las narices.

—¿Tú crees? —dice, de forma muy enigmática. Antes de que yo pueda añadir algo, continúa—. En cualquier caso, quiero pedirte disculpas por eso. Por cómo actué, no por lo que dije. Es decir, que no tendría que haberme

cabreado tanto en ese momento, pero no voy a mentir: si hubiéramos estado en Santa Jacinta, es probable que le hubiera reordenado la cara a ese cretino.

—Esa es, sin ninguna duda, la disculpa más absurda que he recibido jamás.

—Ya... —Se rasca la nuca con una mano y yo intento con todas mis fuerzas no fijarme en cómo esa postura destaca aún más su bíceps—. Podría decirte lo contrario y quedar como una persona razonable o alguna mierda así, pero... —Duda, como si no estuviera seguro de seguir hablando.

Casi de manera inconsciente, doy un paso hacia él.

—¿Pero?

Me mira. Baja el brazo y el movimiento hace que sus dedos pasen a centímetros de mi hombro, y juraría que siento algún tipo de electricidad estallando en la zona.

—No sería cierto. —Su voz ha bajado una octava, tanto en volumen como en intensidad. Sin quererlo, todos los músculos de mi cuerpo entran en tensión, como si percibieran algo importante en su tono—. No soy un tío razonable en casi nada de lo que tiene que ver contigo, Lluvia.

Trago saliva, y por alguna extraña razón recuerdo lo que pasó cuando estábamos en el aparcamiento del Frosty's. Asher me preguntó si me rendía, y yo pensé que nunca me comportaba de manera sensata con él alrededor.

Siento que el corazón me va cada vez más rápido y no entiendo muy bien por qué, de la misma forma que no entiendo del todo este momento. Asher me está dejando desorientada, como lo hizo cuando me empujó dentro de la ducha, y me pregunto cuánto de él conozco en realidad. Si ha habido otras ocasiones en las que quiso hacer o decir algo de manera diferente, y no fue así.

Por un instante, siento de veras que me estoy perdiendo algo importante.

—Vuelvo a decirte lo mismo: ¿y si ha sido él quien me ha dejado a mí y ha tenido un buen motivo?

—Si es así, tiro mi Chevrolet a Golden Lake para que haga compañía al Toyota del profesor Tucker.

—Dios, ¿por qué estás tan seguro?

Da otro paso hacia mí y de pronto está demasiado cerca. Es tan alto que tengo la misma sensación abrumadora que en el baño, cuando eclipsó la luz y se convirtió en la única cosa que podía ver o a la que prestar atención.

Inclina el rostro hacia mí, sus ojos clavados en los míos.

—Porque no hay motivo en el mundo por el que Justin Howard te dejaría —declara, firme y contundente—. Es un gilipollas en muchísimos aspectos, pero no es tonto.

—Lo dices como si tuviera que estar loco para dejarme.

Él frunce el ceño. Parece disgustado, pero no conmigo. Tal vez con la situación. O con la forma en que he retrocedido un poco, queriendo distanciarme de la avalancha de sensaciones que me está llegando.

—¿Es que no sabes...?

Se detiene. Aprieta las manos en puños y desvía la mirada hacia la línea de árboles al otro lado de la explanada, como si estuviera obligándose a sí mismo a pensar en otra cosa. Me dan ganas de zarandearlo para que termine de decir lo que fuera que tenía en mente, pero eso no funciona con Asher Stone.

—De todos modos, ¿cuál es tu problema con Justin? —pregunto, dando voz por fin a una duda que lleva carcomiéndome mucho—. Sé que no os llevabais bien en el instituto por temas relacionados con el equipo, pero ya ha pasado un tiempo y, no sé, tampoco recuerdo que sucediera nada entre vosotros. ¿Alguna vez os peleasteis o algo así?

—¿Por qué te interesa? —Mete las manos en los bolsillos como si no quisiera que viera sus manos o no supiera qué hacer con ellas.

—¿Cómo no iba a interesarme? Has amenazado en varias ocasiones con sacudirlo y algo me dice que no es solo porque él y yo hayamos roto.

Llámame chiflada, pero yo no tengo ganas de pegar a cualquiera. Tendría que haberme hecho algo muy grave.

Cambia el peso de una pierna a otra, sin duda planteándose si contestarme o no y, en caso de hacerlo, hasta dónde puede ser sincero.

—Digamos que es así —dice con lentitud, sus ojos fijos en mi expresión —. ¿Me creerías?

Abro la boca, un poco perdida.

—¿Si creería que Justin te hizo algo que hace que tengas ganas de pegarle? —No necesito ni medio segundo para pensar una respuesta a eso porque, vaya, hasta yo he tenido ganas de darle una soberana patada en el culo. Además, incluso cuando estábamos juntos y más estables, jamás se me pasó por alto que Justin no se llevaba bien con todos en el pueblo—. Claro.

Seguro que no se esperaba para nada mi respuesta, porque echa la cabeza hacia atrás y luego, tras mirarme fijamente, asiente.

—Pues... Sí. Eso.

—¿«Eso»? —Hago todo lo posible por no rechinar los dientes. No es ningún secreto que soy una persona curiosa, hasta cierto punto hasta cotilla. Esta clase de respuestas vagas hacen que suponga toda clase de escenarios —. ¿Puedes ser más concreto?

—Él... Bueno... —Parece pelearse con las palabras, de repente muy interesado en las hojas secas del suelo—. Descubrió algo una vez. Algo privado. Y se aprovechó de ello.

Entrecerrando los ojos, mi fantasiosa mente ata cabos sueltos y formula hipótesis aquí y allá. Al menos todas las que puedo con la poca información que me ha dado.

—¿Difundió una *fotopolla* tuya sin tu permiso?

Asher se sacude como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿Qué?

—Sé que esas cosas pasan. —Alzo las manos en son de paz—. No es solo un problema femenino. Te entiendo. Son tus partes privadas, aunque el pene está mucho más aceptado socialmente que la vagina.

Pone los ojos en blanco.

—No, Lluvia, no difundió una *fotopolla* mía.

—Menos mal, porque hubiera significado que Trin y yo no la recibimos y nos habría sentado fatal.

—Joder, hablar contigo es como...

—¡Muchachos! —nos llama Atlanta, haciendo gestos con el bastón.

Asher y yo nos miramos en silencio. Bueno, es evidente que la conversación ha llegado a su fin. Ha empezado con una broma sobre fiestas de pijamas y tetas y ha acabado de una manera inesperada. Asher pasa por mi lado y algo me impulsa a tocarle el brazo. Se detiene al instante y me mira. Sus largas pestañas están a media asta, ocultando gran parte de su mirada. Sin embargo, no se me escapa la manera en que está apretando la mandíbula y que las manos en sus bolsillos ahora son puños.

—Fuera lo que fuese, si era algo íntimo y se aprovechó de ti, es incluso más capullo de lo que yo pensaba. Tienes todo mi permiso para reestructurarle la cara.

Algo en su postura se relaja al oírme. Las comisuras de sus labios se elevan tan poquito que, si no hubiera estado atenta, me lo habría perdido.

—No me hace falta tu permiso. Te recuerdo que ya no eres su novia. —Y puede que esté loca de remate, pero hay auténtico fuego y satisfacción en su mirada al decir eso.

Esbozo mi propia sonrisa de regodeo.

—Ay, chico, ahora soy algo mucho peor: su ex.

Asher



Voy a tener que dar las gracias a Vinanti Pezones Gigantes por la interrupción. Estaba metiéndome voluntariamente en arenas movedizas, con Lluvia en la orilla mirándome con expectación, a ver hasta dónde llegaba antes de ahogarme.

Al menos he conseguido disculparme con ella, algo a lo que le había estado dando vueltas desde el otro día. Reaccioné como un puto chalado, la verdad, y es algo que ha estado atormentándome estos últimos días. Se puede decir que he alternado la conducción hasta Yellowstone con pensamientos del tipo:

«Lluvia y el gilipollas de Howard ya no están juntos.»

«En sus primeras dos horas como soltera, la acosé en la ducha de una autocaravana.»

«Para finalizar mi obra maestra como abusón y neandertal, amenacé con partirle las piernas a su ahora exnovio.»

«Durante la mayor parte de ese proceso, estuve empalmado como un toro.»

Estaba tan jodidamente excitado, de hecho, que di gracias a todo lo que se me ocurrió porque los pantalones que llevaba fueran negros y ocultaran

lo que en cualquier otro caso hubiera sido una tienda de campaña de campeonato.

Pensé en todo ello mientras un yo imaginario me daba palmaditas irónicas en la espalda. No estoy orgulloso de mi comportamiento, pero hay factores atenuantes que hacen que no tenga ganas de extinguirme ahora mismo. Como, por ejemplo: Lluvia me siguió el juego en todo momento. Vi su sonrisa. Vi la chispa en sus ojos. Sentí, con la misma claridad acojonante que cuando estoy en el campo de juego, esa energía que siempre fluye entre nosotros. Es algo innegable.

Por otro lado, ¿de verdad le reordenaría la cara a Justin Howard si lo tuviera delante?

Sí, joder.

Sacudo la cabeza.

No, no, esas cosas ya no se hacen.

«Tú jamás moverías ficha con la novia de un colega, ¿verdad, Stone?»

Mierda, es que hay tantos motivos por los que la cara arrogante de Howard se merece un puñetazo...

Como hemos llegado a Yellowstone en las últimas horas de la tarde, lo primero que hace la alegre Vinanti es llevarnos a nuestro alojamiento. Este parque nacional era una parada que las abuelas tenían clara desde que comenzaron sus conspiraciones, así que tenían la reserva hecha de antemano. De lo contrario, hubiera sido imposible dormir en otro lugar que en Little Hazard. Todos los hoteles y cabañas dentro del parque suelen colgar el cartel de completo con meses de antelación.

Antes de llegar a nuestras cabañas, pienso que esto me va a venir bien. Será un pequeño cambio de aires. Un respiro de dormir a pocos centímetros de Lluvia sintiendo como si fuéramos las caras opuestas de un imán y luchando en balde.

O eso me digo hasta que llegamos a las cabañas en cuestión. Son dos, exactamente iguales por fuera y separadas la una de la otra por un bonito y

despejado sendero de unos tres metros. La abuela y Joyce se empeñan en dormir juntas de nuevo. A duras penas he parpadeado y asimilado la jugada y ellas ya están en el porche de su cabaña indicándome que deje allí las dos pequeñas maletas que han preparado para cuatro noches.

—Te echo de menos, abu —se queja Lluvia, sacando a relucir todos sus encantos y poniendo un puchero que me hace resoplar.

La mujer saca su propia artillería (mucho más pulida y efectiva gracias a la edad y la experiencia) y acaricia la mejilla de su nieta con tanta condescendencia que resulta cómico.

—Eso es imposible, querida, llevamos más de dos semanas viajando juntas. Además, esto solo será para dormir. Vinanti nos tiene preparadas muchas actividades divertidísimas, ¿no es así?

La guía asiente y sus enormes pendientes tintinean, lo que me recuerda los aparatos que se cuelgan sobre las cunas de los bebés.

—Por supuesto, lo he organizado todo conforme a vuestras cartas astrales.

Frunzo el ceño.

—Cartas, ¿qué?

Joyce suspira.

—Vinanti, me veo en la obligación de aclararte en este momento que nuestros nietos son de una generación escéptica.

Lluvia jadea como si acabaran de insultarla de la peor manera posible.

—¡Abu!

No conseguimos que las abuelas se replanteen quién duerme con quién. Lluvia y yo llegamos al acuerdo tácito de darnos por vencidos, para el cual no nos hace falta ni mirarnos. Casi a la vez, recogemos nuestras cosas y nos encaminamos a la otra cabaña. Yo, que tengo la llave, me adelanto para abrir la puerta y luego, para que no se diga, dejo que ella entre primero.

Me lanza una miradita de reojo al pasar por mi lado, pero no dice nada. Creo que le encanta el interior, porque suelta exclamaciones y gritos, y

gira sobre sí misma con una gran sonrisa. Yo no me veo capaz de hacer lo mismo. En cuanto pongo un pie dentro y la puerta se cierra a mi espalda, asimilo esta nueva situación.

El espacio es el doble de grande que la sala de estar, el comedor y la cocina de mi casa juntos. Las camas tienen una separación más que decente entre sí y creo que la mitad de mi equipo cabría acostado ahí. No puedo decir que vaya a estar lo bastante lejos como para no oírla respirar o saber si se mueve en su cama, pero desde luego no es lo mismo que compartir colchón.

Así que, ¿por qué esto lo siento mucho más íntimo?

Tal vez porque en la autocaravana tenemos a nuestras respectivas abuelas a pocos metros. Las oímos roncar. Actúan a modo de escudo invisible, de barrera tácita.

Aquí estamos solos.

Un calor sofocante venido de ninguna parte me sube por las piernas. Las separo más por inercia. Me tiro del cuello de la camiseta con un dedo y soplo dentro, buscando algún tipo de alivio. A estas horas no hace calor en el parque y la cabaña está aclimatada.

Lluvia lanza su maleta improvisada (que ha tardado cinco minutos exactos en preparar) sobre la cama de la izquierda; no sé si se ha dado cuenta, pero ha escogido el mismo lado que en Little Hazard. Luego repta sobre el colchón y se deja caer bocabajo. Desde allí, emite un quejido-gemido que me hace contemplar con mucho interés las paredes, las molduras y las cortinas.

—No volveré a subestimar el privilegio de tener una cama propia.

Coloco cuidadosamente mi bolsa de deporte a los pies de la otra cama. Para mantener la mente (y las manos) ocupadas, organizo la ropa en uno de los estantes del armario que hay junto a la puerta del baño.

—Por supuesto que eres de los que deshacen la maleta.

—Haz lo que tengas que hacer y recuerda que en diez minutos hemos quedado fuera. Y abrígate.

—Lo sé. Estaba justo ahí cuando Pezones Gigantes lo ha dicho.

Sin quererlo, vuelvo de golpe la cabeza hacia ella. Está apoyada sobre los antebrazos y me sonríe de forma socarrona.

—¿Qué?

—Yo también le he puesto ese mote —admito.

Se ríe.

—¡Dios, claro! ¿De qué otra forma íbamos a llamarla?

Esbozo una pequeña sonrisa y termino de ordenar mi ropa. Mientras, ella se mete en el baño y me deja unos minutos a solas para respirar hondo. De entre todas las cosas que se me podrían venir a la mente en este momento, adquiere prioridad la más ridícula de todas: voy a tener que cascármela en silencio durante estas cuatro noches. Podría ir de puritano y decir que no, que yo no hago esas cosas, o que tengo la fuerza de voluntad necesaria para aguantarme durante este viaje.

La realidad es que o me encargo de mí mismo a menudo o a estas alturas tendría las pelotas más moradas que azules. Bastante calvario paso todas las mañanas cuando me despierto para hacer mis ejercicios y tengo la erección matutina apuntando hacia Lluvia, como si fuera una brújula insistente que me toma por un viajero despistado.

Casi quince minutos más tarde nos reunimos con Vinanti frente a las cabañas. La mujer se muestra extasiada por el anorak amarillo de lunares negros que lleva Joyce y hasta le pregunta dónde lo ha comprado. Luego nos explica que en algunas actividades estaremos solos los cuatro, pero que en otros momentos nos uniremos a más visitantes o campistas que también han contratado *tours* y actividades privadas en el parque. Esta noche, por ejemplo, han montado una hoguera enorme frente a uno de los centros de visitantes para una actividad nocturna.

Vinanti nos presenta a todos los que ya están allí sentados, y recibimos una cálida bienvenida. Hay una pareja de recién casados sonrientes, un padre y un hijo tan pálidos que dan mal rollo y un matrimonio, algo mayor que nuestras abuelas, ya acurrucados bajo una manta.

Resulta que la actividad de hoy debería haber sido parte de una senda nocturna, pero Vinanti explica que no va a ser posible porque esa misma mañana otro visitante ha sufrido un incidente con una mamá osa bastante territorial. Nos asegura que esa persona está bien (aunque se ha llevado un buen susto) y que los biólogos y funcionarios prefieren no tentar a la suerte de momento.

Ninguno de los presentes nos mostramos muy sorprendidos por la noticia y, por los gestos algo molestos de Vinanti, sé leer entre líneas: es probable que esa persona se pasara por el forro las normas de seguridad y se acercara demasiado para sacar fotos e incluso alimentar a la osa o a sus cachorros.

No es la primera vez que oigo que el avistamiento de osos en Yellowstone se ha visto mermado por culpa de los propios visitantes.

—Como ya sabrán, mis queridos aventureros, no soy una guía convencional en este parque —anuncia Vinanti, de pie lo bastante cerca de la hoguera como para que me sienta intranquilo por varias razones. Sigue llevando esa delgadísima túnica, porque al parecer el frío no la afecta y es ignífuga, y la luz a su espalda está creando una imagen un poco traumática. No, no es una guía convencional—. No os voy a explicar la historia del parque, aunque esta sea muy interesante y extensa, ni voy a hablaros largo y tendido sobre la fauna, la flora o las fuentes termales. En mi muy humilde, pero más que comprobada experiencia, estos lugares deben explorarse y venerarse de otra manera. Debemos apreciarlos por lo que realmente son: el lugar perfecto para comulgar con la naturaleza y con el mundo espiritual que nos rodea de manera intangible.

No, mierda. No puede ser.

A mi derecha, Lluvia se inclina hacia delante, apoyando los codos sobre los muslos, y luego el rostro en las manos. Tiene los labios entreabiertos, atenta a las palabras de Vinanti. Justo a su lado, Joyce ha adoptado la misma postura. Tal para cual.

Conteniendo el aliento, me giro hacia la abuela. No tengo que decir nada. Ella estaba esperando mi reacción, claro.

—¿Una sesión de espiritismo en Yellowstone? ¿En serio?

Mueve un poco el bastón hacia mí y me retiro por un gran sentido de supervivencia, pero ella se limita a arquear una ceja.

—No es espiritismo, muchacho. No vamos a hablar con nadie muerto ni nada de eso. ¿No la has oído? Vamos a comulgar con la naturaleza.

Me inclino hacia ella y bajo mucho más la voz.

—Como se quite la ropa y empiece a bailar alrededor del fuego, me largo.

Lluvia



Lo de Vinanti no tiene nombre. Creo que es la versión sin refinar de mi abuela, o la misma persona llegada desde un multiverso diferente. Algo en ella me hace recordar la historia inacabada de la abuela, su viaje frustrado por el país antes de tener a mi madre. Entre unas cosas y otras, no he tenido tiempo ni cabeza para preguntarle al respecto y ella tampoco ha vuelto a sacar el tema. Me digo a mí misma que, en algún momento de estos días, me sentaré con ella a charlar con tranquilidad.

El decirle que la echaba de menos para no tener que compartir cabaña con Asher no era del todo mentira. Paso las veinticuatro horas con ella, pero también las paso con Atlanta y Asher. Somos compañeros de viaje y, sí, tengo más que vista a la abuela desde que salimos de Santa Jacinta. Sin embargo, no siento que estemos pasando tiempo de calidad juntas. Si no fuera porque sé que es imposible, hasta diría que la abuela se está distanciando a propósito.

Se me ocurren varios motivos, el más evidente que quiera escaquearse para que yo no me dé cuenta si vuelve a mostrar síntomas o a sentirse mal. Y no pienso permitírselo.

Vinanti se presenta a sí misma como una chamana de libre albedrío que, en ocasiones especiales, también actúa de psicopompo... sea lo que sea eso.

Nos cuenta que todos nos convertimos en seres espirituales desde que inhalamos por primera vez al venir al mundo; que el espíritu dentro de un cuerpo es más o menos lo mismo que la electricidad dentro de una casa... hace que las cosas funcionen. Para mí tiene bastante sentido, pero Asher hace tantos ruiditos de incredulidad que acabo dándole un manotazo en la rodilla. A la velocidad del rayo, atrapa mi mano antes de que pueda retirarla.

Tiene los dedos tan calientes para el frío que hace ahora mismo que siento que los míos hormiguean en respuesta.

—Dime que no te estás creyendo todas estas tonterías —susurra.

—¿No la has oído? Está comprobado científicamente. Las personas espirituales tienen un sesenta por ciento menos de probabilidades de morir en un postoperatorio.

Es evidente que lo digo solo para fastidiarlo, pero hay algo casi poético en la forma en que frunce el ceño bajo la luz de las llamas. El contraste de luces y sombras me llama poderosamente la atención. Mis ojos captan por inercia el perfil de sus pestañas, nariz y labios y sé que me llevaría menos de quince minutos hacer un bosquejo de su rostro.

Todavía no me ha soltado la mano.

—El espíritu es como la electricidad, así que ¿dónde está el interruptor?

—Chist...

—¿Y el contador de la luz?

—Calla.

—¿Pasa factura, también?

Tironeo de nuestras manos unidas, luchando contra una sonrisa.

—Para ya.

—¡Excelente! —exclama Vinanti—. Nuestros primeros voluntarios.

Asher y yo nos giramos hacia ella, aturdidos. La mujer ya está frente a nosotros y coloca sus propias manos, también muy calientes, sobre las nuestras. Creo que las hemos levantado sin querer y hemos sellado nuestro

destino. Medio segundo después se separa a toda prisa, lanzando una exclamación ahogada digna de una actriz dramática.

—¡Madre Naturaleza! ¡Estáis al rojo vivo!

—Claro —dice Asher, poniendo tanta ironía en esa única palabra que es un milagro que la mujer no se ofenda.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos, pequeños brotecitos?

Asher y yo, por fin, nos soltamos las manos.

—Define «juntos» —responde él.

—Somos cuasiprimos —replico yo.

Vinanti pestañea, confundida.

—¿No os habéis unido carnalmente?

Asher permanece muy tranquilo mientras yo me muerdo los labios para no descojonarme.

—Define «carnalmente».

—Son nuestros nietos —interviene entonces la abuela, llamando la atención de Vinanti—. Han sido vecinos toda la vida y se han criado juntos. Tal vez por eso sientas una energía muy potente viniendo de ellos.

—No, no es eso. —Vinanti sacude su larga cabellera con convicción—. Levantaos, brotecitos, vamos a ayudar al resto a comprender el concepto de comunión.

Bajo los ojos expectantes del resto, Asher y yo nos ponemos en pie.

—Prepárate para ingerir ayahuasca o algo así y acabar en un hospital —murmura.

Aprieto los labios y le doy un codazo. Vinanti nos indica que nos coloquemos a cada lado de ella y luego procede a dar una explicación sobre la relación entre los días de la semana y los astros, el incienso con los colores y la compatibilidad entre signos. Según ella, todo esto se conjuga y coexiste en nuestros espíritus, y no podemos ignorarlo. De hacerlo, sería lo mismo que subirnos a un coche y conducir sin tener en cuenta las líneas del

suelo o las señales de tráfico. Un accidente en potencia. La tentación a la muerte.

Yo ya estoy muy liada porque ha pasado de guía exhibicionista a chamana de libre albedrío, psicopompo, astrónoma, astróloga y agente de tráfico en pocos minutos. Me pregunto si no nos habrán estafado y si esta mujer de verdad tiene licencia para ejercer en este parque o la abuela la ha sacado del lado oscuro de internet.

Mientras me lo planteo, Vinanti hace que Asher y yo nos pongamos frente a frente. Tengo el fuego a mi izquierda y siento la mirada curiosa y penetrante del resto (sobre todo de las abuelas) a la derecha. Hay aproximadamente medio metro de separación entre nosotros, con Vinanti en medio, y esto se parece tanto a una boda en una playa hawaiana que tengo que volver a apretar los labios para no reírme.

La punta del pie de Asher choca con la mía.

—Tómatelo en serio —dice, solo moviendo la boca.

Observo el suelo con mucho interés para no partirme de risa aquí mismo. Si en Santa Jacinta me hubieran dicho que iba a acabar en esta situación con Asher Stone, y que él se comportaría así...

—Un lazo plateado —está diciendo Vinanti. Alza un trozo de tela largo y estrecho para que todos lo puedan ver—. Porque el color plateado significa...

—Receptividad —corean todos.

Guau, están más implicados que una clase de primaria aprendiendo la tabla de multiplicar. La voz que más se oye es la de mi abuela, claro.

—Unid las manos como antes, brotecitos —dice Vinanti.

Asher y yo nos miramos. Dejo de apretar los labios cuando tomo aire con sutileza y levanto la mano. Si estuviera llevando la cuenta (que no es así), esta sería la tercera vez que vamos a cogernos las manos en este viaje. La primera fue un accidente, la segunda ha pasado desapercibida en medio de esta situación estrambótica, y ahora...

No sé si es porque todos nos están observando o qué, pero una sensación extraña empieza a bailotear en mi estómago justo en el lugar en el que el nudo de hilos se formó. Es como si los sintiera vibrar, expectantes.

Se me ocurre la absurda idea de que Vinanti es capaz de ver ese nudo en mi interior; que sabe que está ahí y tiene las herramientas necesarias para espolearlo. Tal vez hasta para hacerlo más grande, de alguna manera.

Los dedos de Asher rozan los míos con suavidad, un pequeño aviso, y luego me aferra la mano con decisión. Su tacto es cálido y áspero, y sus dedos parecen engullir los míos.

Permanecemos en silencio mientras Vinanti pasa el lazo plateado alrededor, dando varias vueltas y dejando ambos extremos sin atar. Uno sobre el antebrazo de Asher y otro sobre el mío. Deduzco que no debemos movernos para que los extremos no caigan y queden colgando, y eso solo me hace más consciente de la piel de Asher tocando la mía.

—Bajo la mirada atenta y amorosa de la luna, y gracias al conducto sensorial que ahora os une, es imposible mentir, ¿de acuerdo? Uno de los obstáculos más grandes a la hora de conectar, ya sea con nuestra parte espiritual, con la Madre Naturaleza o con otras personas, es el concepto de receptividad. No solemos abrirnos. Abrirnos da miedo. Creedme, lo entiendo. Desde que somos muy jóvenes, todo lo que vemos y oímos nos insta a mantener siempre una parte de nosotros mismos a buen recaudo. Yo digo que eso es un secuestro. Nos hacemos daño, nos restringimos. —Vinanti recorre a todos los presentes con la mirada—. Tenemos con nosotros a dos personas que, como su bellísima abuela nos ha explicado, se han criado juntas y desprenden una energía tan caliente que podrían quemar Yellowstone al completo.

Pestañeo por sus palabras. ¿Energía caliente? Los dedos de Asher se cierran con más fuerza sobre los míos. Lo miro, pensando que voy a verlo conteniendo la risa. No es así. Me está observando con tanta seriedad que

podría creérmelo. Podría creerme que está escuchando y asimilando las palabras de Vinanti.

Que está de acuerdo con ellas.

—¿Hace cuánto que os conocéis?

—Diez años —responde Asher con firmeza.

—¿Y qué fue lo primero que pensasteis el uno del otro?

Mantengo la vista fija en Vinanti porque, de pronto, esto se está volviendo incómodo. «Sigue tomándotelo a risa —me digo—. No le des importancia.»

—Que era un completo desastre. —No tengo que mirarlo para saber que está esbozando una sonrisa, socarrón—. Y que estaba tan sucia como si trabajara en un taller mecánico.

Bueno, eso es algo que no puedo negar. Unas cuantas risas flotan a nuestro alrededor, y los ojitos de Vinanti se arrugan.

—¿Y tú, preciosa? —me pregunta—. ¿Qué fue lo primero que pensaste de él?

Ah... El día que conocí a Asher, y sin saber que era un Stone y el hijo de la mejor amiga de mi abuela, compartí con él un rato inusual y bello en Golden Lake. Abro y cierro la boca un par de veces, pensando que lo mejor sería responder con algo gracioso, como el pañuelo de señor mayor o su gorra impoluta.

Pero no es eso lo que digo.

—Que estaba triste. —Trago saliva y observo el lazo plateado con ímpetu—. Y muy solo.

Noto el espasmo que recorre los dedos de Asher, pero no hace ningún movimiento más.

—Y decidme, brotecitos, ¿creéis que os conocéis el uno al otro? —Las manos de Vinanti flotan sobre las nuestras y sobre el lazo, pero no llega a tocarnos—. ¿Cuántas veces a lo largo de los años os habéis abierto? ¿Cuántas veces os habéis desnudado para el otro? Y me refiero al alma, por

supuesto. Del desnudo físico y el sexo no me permiten hablar en este parque. —Y guiña un ojo, provocando más risitas.

¿Desnudarle mi alma a Asher Stone? El nudo de hilos de mi estómago se tensa de golpe, como si alguien estuviera tirando a la vez de dos extremos, y la sensación es un poco dolorosa. Se parece mucho al vértigo que sientes justo antes de lanzarte al vacío. Y sin quererlo, como si las palabras de esta chamana psicopompiana hubieran abierto una puerta a la fuerza, me viene a la mente ese verano en el que cumplí los quince años. Ese día que me puse una tela sobre los ojos (aquella era negra, no plateada) y me metieron en un armario y pensé que me iba a morir allí mismo de la emoción.

También recuerdo la mirada de Asher justo antes de eso, tan clara como si lo estuviera viendo ahora mismo. Todavía no era muy alto, pero su forma de mirar siempre había sido igual de intensa. Apoyado contra la pared del fondo, como si no quisiera formar parte realmente de aquella fiesta pero no pudiera evitarlo, me sostuvo la mirada cuando Trinity dijo que ya era hora de que alguien me diera mi primer beso.

Ella no sabía quién era mi primera opción, a quién me imaginaba siempre cuando fantaseaba sobre ese momento. Porque incluso a ella, mi mejor amiga, nunca fui capaz de contarle qué había empezado a sentir por Asher. Lo nerviosa que me había ido poniendo a lo largo de los últimos meses, como si él ya no fuera el mismo niño serio y vengativo que me había hecho la vida imposible desde su llegada al pueblo.

No le conté que aquella fue la primera vez que sentí que en el estómago de alguien se podía formar un nudo de hilos; que cualquier otro niño o muchacho que me hubiera llamado la atención antes de eso no era nada comparado con Asher, y que mis ilusiones y sentimientos habían crecido a niveles titánicos porque sentí que percibía algo parecido de su parte. La forma en que me miraba en clase o por los pasillos, el hecho de que habíamos empezado a dejar nuestras ventanas siempre abiertas para poder

vernos en nuestras habitaciones, aunque fingiéramos estar escuchando música o estudiando...

Y el cuaderno de dibujo de cuero marrón que había aparecido ese mismo día, el día de mi cumpleaños, sobre mi escritorio. Sin dedicatoria, sin envolver, sin nada que indicara de quién venía. Justo la firma de Asher.

Así que, con toda la tontería e inocencia de alguien que acababa de cumplir quince años, se había tomado más cervezas de las permitidas y tenía hilos en su estómago destrozando su sistema nervioso, me metí en el armario del sótano de Trinity y esperé.

Y alguien entró y me besó.

Pero no olía a sándalo.

Un par de semanas después, dolida más allá de lo imaginable, atrapé por fin a Asher a solas justo cuando salía del entrenamiento de fútbol. Me había estado evitando. Había cerrado la ventana de su habitación y corrido las cortinas. Incluso Atlanta me había comentado que notaba a su nieto de lo más raro, y yo, como una tonta, lo interpreté como me dio la gana y decidí darle otra oportunidad.

Porque, si había alguien que se merecía que yo me arrastrara, era Asher Stone.

—Hola —fue lo único que se me ocurrió decir cuando por fin logré captar su atención y que no saliera corriendo.

Él llevaba el pelo húmedo y la bolsa de deporte colgada del hombro, y tenía la vista clavada en el pasillo a mi espalda.

—Voy con prisa —murmuró.

—Pues te fastidias. Tenemos que hablar.

Lo vi parpadear despacio, con desgana.

—¿Acerca de...?

—Bueno... —Sacar el tema sin más me parecía tan fuerte, tan vergonzoso, que tuve que reunir todo el valor que apenas tenía a esa edad

—. Yo... No entiendo bien qué está pasando. Por qué me estás ignorando de repente.

En lugar de contestarme directamente, salió con evasivas.

—¿Para eso has venido? Tengo cosas que hacer.

Intentó pasar por mi lado y me puse en su camino de forma que, si quería largarse de verdad, tendría que arrollarme.

—Para... por favor. —La voz me salió más débil de lo normal, más suplicante, y creo que eso fue lo que hizo que él se quedara paralizado frente a mí—. Solo quiero saber si está todo bien, ¿vale?

No me contestó y continuó sin mirarme, pero yo me dije que no podía irme de allí sin soltarlo todo.

—Últimamente creía que, no sé, que estábamos empezando a llevarnos mejor, que nos entendíamos. Y el día de mi cumpleaños...

No me dejó acabar la frase. De pronto, se convirtió en un bloque de hielo, frío, duro. Mandíbula apretada, ojos despiadados.

—Debes haber estado imaginándote cosas.

—Pero el cuaderno de dibujo...

—No seas cría, Lluvia. Madura.

Y eso fue todo. Eso fue lo que conseguí cuando le abrí dos milímetros de mi corazón a Asher Stone. Tal vez pueda parecerle poquísimo a cualquier otra persona, pero para mí fue lo mismo que entrar a quirófano sin anestesia. Y justo ahora me doy cuenta de que ese momento fue diez veces más doloroso que admitir que mi historia con Justin había terminado. Porque lo de Justin lo esperaba, lo había anticipado, pero lo de Asher me cogió totalmente por sorpresa y rompió... rompió muchas cosas.

Tal y como le dije en Silverwood, fue un gran enemigo.

Pero fue un amigo incluso mejor.

Noto un apretón en las manos y regreso a la realidad para encontrarme a Asher un poco más cerca, como si hubiera dado un paso hacia mí, y con el ceño fruncido.

—¿Lluvia?

Mierda, mierda.

—Ah, perdón. —Parpadeo hacia Vinanti—. ¿Cuál era la pregunta?

En lugar de ofenderse porque me haya abstraído en medio de su ritual de receptividad, la mujer esboza una sonrisa. No es alegre ni expresa satisfacción, sino que parece responder al recuerdo que acabo de vivir, como si ella hubiera estado allí conmigo. Es una sonrisa de entendimiento, de empatía.

Bueno, si esta señora resulta ser una bruja con telepatía, tampoco me pillaría por sorpresa.

—Es suficiente. —De un solo tirón firme, recupera el lazo que nos unía. Como si esa suave tela hubiera actuado de escudo, de repente noto con más fuerza el frío a nuestro alrededor—. Lo habéis hecho muy bien. Podéis sentaros.

Dudo antes de obedecerla, porque no siento que hayamos hecho nada. Ella ha hablado, hemos contestado dos tonterías, ¿y ya está?

Sin embargo, cuando me siento junto a la abuela, caigo en la cuenta de que esta es la primera vez que repaso voluntariamente todo lo que sucedió hace cuatro años. Fue un momento tan vergonzoso que lo había enterrado donde ni yo misma pudiera tropezarme con él por casualidad; donde no pudiera recordar por error el momento en el que yo, la niña que ya había sido abandonada una vez por la persona a la que más quería, volvió a ser rechazada.

Me examino la mano con disimulo, casi esperando ver marcas allí donde estaba el lazo plateado. ¿Será posible? ¿Pezones Gigantes de verdad hace conectar los espíritus y me ha hecho más... receptiva?

La sensación de vértigo aumenta de tan solo pensarlo. No puedo permitirlo. El concepto de vivir sin esconder nada y conectándonos con otras personas como si todos fuéramos dispositivos *bluetooth* sin contraseña suena fantástico, incluso idílico. Pero es irreal, y a mí no me viene bien. A

veces las personas tenemos muy buenos motivos para guardarnos ciertas cosas.

Observo de reojo a la abuela, que está empapándose de todo lo que predica Vinanti, y siento que las manos me sudan a pesar del frío.

Asher



El segundo día en Yellowstone es... intenso. Creo que cualquier actividad orquestada por Vinanti Pezones Gigantes no es apta para personas estrechas de mente, poco flexibles o con una gran estima hacia su propia vida. A mí mismo casi me da un puto infarto cuando ha aparecido derrapando frente a las cabañas con un todoterreno que no debe de haberse lavado desde que salió del concesionario. Ella iba al volante y ocupaba cada centímetro del asiento del conductor con otra túnica de arcoíris llena de cascabeles, un abanico colgando del cuello y un tocado de plumas de pavo real que chocaban con el techo y se salían por la ventanilla.

Estoy completamente seguro de que su vestimenta es ilegal y atenta contra la tranquilidad de la fauna del parque. Y, si hay un depredador en varios kilómetros a la redonda, la verá o la oirá y vendrá a por ella.

Al menos Yellowstone es brutal con indiferencia del guía que te lo muestre. Hay bisontes, ciervos y alces sueltos por todas partes, pastando en las zonas de césped de los visitantes, deambulando frente a los edificios y dejándose fotografiar por todo el mundo como las grandes estrellas que son aquí. Carteles del Oso Yogui nos saludan desde distintos puntos, el rey indiscutible.

En el todoterreno, acabo sentado entre la abuela y Joyce. No hay mucho espacio para ponerse cómodo, así que tengo que extender los brazos por los respaldos, y Joyce acaba tomando mi mano y haciendo que la abrace. Como mi abuela empieza a protestar acerca de los favoritismos descarados, la abrazo a ella también. Ahora solo parezco un *sugar baby* con sus dos benefactoras.

Lluvia va sentada delante, charlando con Vinanti. Y yo, aunque intento concentrarme en el paisaje y en la conversación general, no puedo evitar que mis ojos se desvíen de vez en cuando hacia ella. No sé qué siento respecto a lo de anoche. Es decir, sé que por un momento me acojoné. Cuando ella dijo que me había visto triste y solo al conocernos, creí que aquel era un buen momento para que el supervolcán explotara. Por fortuna, recapacité rápido.

Ya hace diez años que mis padres no están, y sería absurdo creer que Lluvia, la observadora y detallista Lluvia, no se dio cuenta de que aquel día estaba destrozado. Jamás hemos hablado del tema, y esa tarde en Golden Lake pasó a formar parte del conjunto de momentos innombrables en los que no estábamos intentando matarnos y actuábamos como dos chiquillos normales, pero flotaba en el aire entre nosotros.

De manera tácita, tampoco lo mencionamos nunca los años posteriores, cuando llegaba el aniversario del accidente. Yo echaba a correr, aplastado bajo el peso de todas aquellas emociones, y Lluvia siempre me encontraba y se ponía a parlotear sobre alguna absurdidad. Un año me contó de principio a fin todas las diferencias entre *Star Wars*, las películas, y *Star Wars*, los libros. Creo que se lo inventó casi todo, pero sonó muy creíble.

Otro año me convenció de regresar junto a la abuela, me peinó para que estuviera decente y me obligó a ponerme el traje de misa.

Hace cuatro años que ella no está a mi lado ese día, y no puedo ser un capullo y lamentarme por ello. Me lo he buscado yo solito. No podía

esperar tratarla como el culo y que ella siguiera apareciendo para ser mi paño de lágrimas y soportar mis silencios y malas caras.

«¿Cuántas veces a lo largo de los años os habéis abierto? ¿Cuántas veces os habéis desnudado para el otro?»

Observo el perfil de Lluvia. No sé qué pensó de las preguntas de Vinanti porque no llegó a contestarlas, pero sí sé que algo hizo «clic» dentro de ella y su mente se alejó por unos instantes. Fuera lo que fuese (y me da que sé la respuesta), se fue a dormir en cuanto llegamos a la cabaña. Esta mañana se ha levantado la primera para ducharse y, en cuanto ha estado preparada, me ha comunicado con una sonrisa que iba a buscar a las abuelas y que me esperaban en la cafetería.

Me he limitado a asentir, pero no se me ha escapado que era su sonrisa falsa, la que esboza para despistar al personal.

Vinanti parece decidida a recorrer toda la puñetera Grand Loop Road en el mismo día. Pasamos por Grand Prismatic Spring, Sentinel Meadows Trail, Imperial Meadows Trail, Goose Lake, Fairy Falls Trail y Soldier Bridge en... ¿dos horas? Y saliendo de Fairy Falls Trail está a punto de arrollar a un bisonte que cruzaba la carretera con mucha calma.

—¿Lo habéis notado? —dice, consiguiendo ser la única persona en el universo que puede estar excitada y tranquila al mismo tiempo—. Su energía, su virilidad latente, su determinación a pasar por el mismo lugar desde la última era glacial. Aunque le echáramos el coche encima, no le haríamos ni un rasguño.

—Mejor no tentar a la suerte —comento a toda velocidad. A estas alturas tengo a Joyce y a la abuela acurrucadas en mis costados y he comprobado tres veces que el cinturón de Lluvia funciona dando pequeños tironcitos.

Nos detenemos en el géiser Old Faithful y esperamos con paciencia hasta su próxima erupción, que suele ser cada noventa minutos. Me coloco tras la abuela, que tiene la cámara en las manos, para que no se pierda ni un

detalle de la erupción y luego no se enfade porque todas las fotos y vídeos que saca están mal encuadrados o borrosos.

De todas maneras, se queja, porque no soporta sentirse torpe. La única razón por la que aceptó utilizar bastón hace años es que descubrió sus utilidades secundarias (atizar, intimidar y poner la zancadilla a los niños repelentes).

—Sé hacerlo sola.

—Lo sé, Nana, es que a mí me gusta ayudarte.

—¡No es ayuda si no la necesito!

Sonrío sin que me vea y la beso en la mejilla, esquivando luego su manotazo. Al girarme, riendo entre dientes, mi mirada se encuentra con la de Lluvia. Como si hubiera sido pillada in fraganti haciendo algo horrible, aparta la vista y finge prestar toda su atención al géiser.

Yo ignoro la forma en que se me han contraído los abdominales.

Por una vez, Vinanti ejerce de verdad como guía y nos cuenta que aquí se encuentra una cuarta parte de todos los géiseres del mundo. Solo en esta zona hay más de setenta en activo. Luego vuelve a ser ella y pasa a explicarnos la relación cósmica entre esto y el infierno, y resulta que Old Faithful viene a ser, básicamente, la piscina de aguas termales del diablo... o algo así.

Total, que respirar estos vapores es nocivo para el alma y ella ha presentado varias reclamaciones para que el parque se replantee permitir el acceso a los turistas. No entiende por qué ni siquiera ha recibido respuesta.

Intercepto a Joyce cuando pasa por mi lado y le susurro al oído:

—Es la última vez que contratas a alguien sin supervisión.

Suelta una risita, por supuesto.

—¿Y lo bien que lo estamos pasando, querido?

Eso es debatible y supongo que depende del apellido que lleves. Cualquier persona con la que nos cruzamos se queda mirando a Vinanti como si fuera un mono de feria (y, joder, un poco sí que lo es) e intenta

determinar qué hacemos con ella y a qué clase de espectáculo pertenecemos. Divertidísimo para una Clearwater. Mortificante para un Stone.

Old Faithful por fin erupciona y es impresionante. Me quedo de brazos cruzados, impactado mientras toda esa agua sube y sube, y el suelo tiembla, y todos los turistas exclaman, y mi abuela no para de darle al disparador de la cámara como su tuviera párkinson en un solo dedo.

Cuando el agua llega a lo más alto, miro a Lluvia. Es el momento perfecto para recrearme en ella y que nadie se dé cuenta, porque todos tienen algo mejor a lo que prestar atención. Yo no. Está esbozando una sonrisa asombrada. Hoy lleva un vestido amarillo largo hasta los pies y se ha hecho un moño en lo alto de la cabeza. Después de la conducción temeraria de Vinanti, varios mechones se han escapado y enmarcan sus sienes, rozan sus orejas y caen sobre su nuca.

Me imagino que las cosas son diferentes y puedo acercarme a ella por detrás sin temer que me dé una patada en los huevos. La rodearía con los brazos y besaría el lunar que tiene entre el hombro y el cuello. El mismo lunar que empezó a obsesionarme a los catorce años y que me hacía imaginar toda clase de guarradas.

Luego, como he hecho a lo largo de los últimos años, reprimo toda esa mierda recordándome por qué no puedo hacerlo. Por qué no es buena idea.

Y me quedo en blanco.

Es decir...

Howard ya no está en la ecuación.

Yo ya no soy el Asher de casi quince años que se cagó vivo ante la mera posibilidad de entrar en un armario y besar a la chica de sus sueños.

Y, si hubiera estado esperando un momento cojonudo para dar un paso al frente, ¿no sería este viaje?

El espasmo en mis abdominales se repite, esta vez con más fuerza. Y como si fuera un terremoto en lugar de mis músculos reaccionando a mis

pensamientos, hay réplicas por todo mi cuerpo; en mis manos y brazos, que de pronto me parecen demasiado grandes y pesados para controlarlos; en mis piernas, que empiezan a hormiguear como siempre que necesito huir de una situación. Produce un zumbido en mis oídos y una sensación incorpórea en mi cabeza, como si fuera un astronauta en gravedad cero.

Sentí todo esto y más aquel día en el cumpleaños de Lluvia. Pensé que podría vomitar las cervezas y el pastel delante de todos mis compañeros de puros nervios. Y cuando Trinity cerró la puerta del armario y se plantó delante, diciendo que cualquiera que osara llevarse el primer beso de su amiga tendría que pasar su examen, la bilis se unió a todo lo demás.

Quería desesperadamente ser ese chico. Y lo quería con tanto ahínco justo porque no lo era. Porque, donde otros amigos y compañeros se lanzaban de lleno a las relaciones, a sus primeras experiencias y a los dramáticos finales típicos de la adolescencia, yo siempre daba un paso atrás.

Y, si había alguien que se mereciera que yo fuera valiente, era Lluvia Clearwater.

Pero no lo fui, y no ha habido día que no me haya arrepentido de eso desde entonces.

¿Voy a esperar a que venga otro tío y se repita lo mismo?

Lo peor que podría pasar es que Lluvia me mandara a la mierda, pero, en ese caso, al menos, ya tendría mi respuesta. Sabría que debo dejar de hacerme ilusiones porque no hay juego posible con ella. Podría superarlo.

Aunque... Me viene a la mente la respiración agitada de Lluvia cuando jugamos al oro y plata, su expresión cuando le puse la chaqueta por encima en Lincoln Bar, su sonrisa traviesa mientras me enjabonaba en la ducha.

Imagino una pizarra en blanco como la que usa el entrenador Tim, y empiezo a colocarlo todo en su sitio. Lluvia por un lado, yo por otro. Justin con la cara bien tachada y chinchetas hasta en los ojos. La autocaravana, Don Pinchos, mi balón de la Super Bowl, el mapa del país con nuestra ruta, las abuelas, y todos los momentos vividos hasta ahora. Trazo las líneas

necesarias entre unos puntos y otros, ejecuto jugadas mentales de principio a fin teniendo en cuenta los detalles y todo lo que podría salir mal. Mientras, la ansiedad y la presión en mi estómago van disolviéndose como una pastilla efervescente en un vaso de agua.

Cuando termino y estoy satisfecho con el resultado, me doy cuenta de que llevo unos minutos perdido en mis pensamientos. La explosión del géiser ya ha terminado y Lluvia está sacándole fotos a la abuela y a Joyce.

Hago crujir los nudillos y miro a mi alrededor como justo antes de entrar corriendo al campo para un partido.

Porque tengo un plan de juego.

Lluvia



Asher ha pasado de «tío bueno distante con pinta de estreñido a lo Edward Cullen» a «físicamente presente en cada momento del día». Y no sé cómo explicarlo mejor. Ha ocurrido en algún momento entre casi matar a un bisonte e ir a comer al Happy Hour Bar & Grill con Vinanti.

Al llegar allí, me siento a la mesa y me sobresalto cuando la silla a mi lado despega del suelo como un cohete y Asher ocupa el sitio. Lo más normal habría sido que se sentara en diagonal, en un extremo alejado o, como mucho, justo enfrente. Me lo quedo mirando hasta que, por pura insistencia, él me devuelve la mirada.

No está sonriendo ni nada, y tiene los codos apoyados en la mesa en plan relajado, casual. Pero hay un brillo en sus ojos... ¿burlón?

—¿Qué?

—La última vez que comimos uno al lado del otro acabé cagando verde una semana —le recuerdo—. Voy a tener que pedirte que vacíes tus bolsillos.

Gira el cuerpo un poco hacia mí, y esa posición hace que sus hombros parezcan el doble de anchos. Las abuelas charlan animadamente con Vinanti, aunque sería más correcto decir que mi abuela tiene muchas cosas que compartir con la guía gurú mientras que Atlanta la observa con los ojos

entrecerrados, suspicaz. A favor de Vinanti debo decir que no parece sentirse intimidada en lo más mínimo. Conozco pocas personas que resistan la presión de la mirada escrutadora de Atlanta Stone.

—Eres libre de registrarme si no te fías de mí —dice Asher.

Me fijo un instante en sus perennes pantalones de deporte. Los de hoy son de color azul marino y acaban justo por encima de las rodillas, porque por alguna extraña razón biológica los tíos son capaces de ir en pantalón corto durante los doce meses del año sin sentir los cambios de estación.

La cicatriz que yo misma le provoqué está a la vista, pálida e irregular.

—Ash Ketchum, ¿me estás pidiendo que meta las manos en tus bolsillos?

—Solo si crees que vas a encontrar algo.

Pestañeo. Le comunico a mi cerebro que este es Asher Stone y que Asher Stone no hace bromas con doble sentido. No a mí, al menos.

Pestañeo otra vez y en su mejilla empieza a aparecer el dichoso hoyuelo, y de pronto siento que estamos en el País de las Maravillas y que voy a ver cascadas que van hacia arriba y árboles que cuelgan del cielo.

Por suerte, yo no soy una Alicia joven e inocente y no hay nada que me motive más que los juegos y los piques.

Apoyo la barbilla en la mano, observándolo con atención.

—¿Y si meto la mano y no hay nada interesante?

—Define «interesante».

Justo cuando abro la boca para responder, llega un camarero con los menús. La conversación se esfuma como si nunca hubiera sucedido y, mientras repaso los distintos platos y la abuela intenta convencerme para compartir quesadillas, soy plenamente consciente de la presencia de Asher. Es tan grande que su codo me roza el brazo de vez en cuando, y llega un momento que me da por pensar que es a propósito.

Siento un aleteo en el estómago, pero aprieto con fuerza el tenedor y echo insecticida en la zona para que muera.

Primero, porque cualquier cosa que crea entender de Asher Stone tiene noventa y nueve coma nueve por ciento de probabilidades de ser un error de percepción.

Segundo, porque no puedo ser tan imbécil como para emocionarme porque se haya sentado a mi lado y su codo pase a un centímetro de mi teta.

Tercero, y esta no es la típica frase para evadir sentimientos: ya tengo bastante de lo que preocuparme.

Y, por último, todavía tengo presente el paseíto en el tren de los recuerdos de anoche. Entre eso y la cara de *quiero-salir-de-aquí* que se le quedó a Asher en Silverwood solo por mencionar lo de hace cuatro años, tengo suficientes pistas sobre «qué pasaría si».

Y acabo de dejarlo con mi novio. Eso también debería contar, ¿no?

Ah, sí. Eso también.

Resumiendo: este viaje sigue siendo lo que es, no puedo dejarme llevar por algunos momentos raros y puntuales, y prefiero no remover las aguas con Asher. Me gusta el rollo que tenemos ahora, sin tanta tensión (por más energía caliente que Vinanti perciba). Siento que podríamos ser... ¿amigos?, o algo así.

Satisfecha, me concentro en comer y hago con Asher lo que haría con cualquier otro amigo. La siguiente vez que me roza de manera accidental, le devuelvo un codazo juguetón. Me mira con el ceño fruncido y yo le sonrío con la boca llena de comida. Al cabo de unos segundos en los que su cerebro de Stone procesa lo que está viendo, me devuelve la sonrisa poco a poco. Pero la suya es ¿diferente? Aparece el puñetero hoyuelo otra vez y yo me concentro muchísimo en las quesadillas, hasta que la sensación de calor en mi pecho desaparece.

A partir de entonces, empiezan a pasar cosas raras.

En Firehole River, Vinanti nos anima a darnos un chapuzón con el resto de los turistas que están disfrutando del día soleado. No hace calor, pero todos estamos adoptando la premisa habitual de esta clase de viajes, que es

más o menos «Si he venido hasta aquí, debo vivir la experiencia al máximo».

Hago todo lo que puedo por ignorar el cuerpazo de Asher en bañador. Por fortuna (aunque no debería pensar así), utiliza el tipo de bañador de hombre que me gusta: bermudas. Clásicas. Infalibles. No te hace preguntarte si ese bulto es así o es por el frío, ni temer que en cualquier momento asome algo por debajo. Además, tanto Trinity como yo hemos verificado que hay muy pocos tíos a los que les queden bien los *slips*.

Él entra primero al agua, ayudando a su abuela porque ha dejado el bastón en el todoterreno. Yo embadurno a la mía de crema solar, le encasqueto una pamela gigante y luego compruebo que ni sus manos ni su frente están frías.

Ella lo soporta porque sabe que no le queda otro remedio, pero no se me escapa su impaciencia.

—Basta, basta. Estoy bien. Ahora mismo podría caerme un satélite encima y sobreviviría. ¿Contenta?

—Cría cuervos... —digo, dramática.

El agua está fría de narices y siento que cada vello microscópico se eriza y que mis pezones atacan la tela del biquini con saña. La abuela me abandona y se reúne con Atlanta, ambas inmunes al frío por sus cuerpos menopáusicos. Nadan en plan señoras mayores hacia la parte más profunda: las cabecitas sin mojarse, moviendo manos y pies como los perritos.

Yo apenas voy por las rodillas cuando, por el rabillo del ojo, veo que Asher se acerca. Y como no me lo esperaba para nada y he bajado las defensas como una idiota, me salpica agua a lo bestia y me empapa de arriba abajo.

Se me escapa el típico gritito de chica de película de terror.

—¡Dios! ¿Tenías un cubo escondido o qué? —Me retiro el pelo hacia atrás y, en lugar de enfadarme, me echo a reír—. Madre mía, está helada.

Él se mantiene a unos dos metros de distancia, donde sabe que tiene margen para huir si decido tomarme la revancha. El agua le ha retirado todo el pelo de la cara y, vaya, está guapísimo así. Soy buena conmigo misma y me permito echar un vistacito a su torso. De verdad, es espectacular. Es justo mi tipo.

«Para.»

—Si te metes del todo, te acostumbras —dice. Camina hacia atrás y me sonríe—. Vamos, Clearwater. Échale huevos.

—Ovarios —puntualizo—. Bien, que no se diga que un Stone fue más valiente que una Clearwater.

Echo a andar sin pensarlo mucho, ignorando los pinchazos en mi piel por lo fría que está el agua, y cuando me llega al pecho más o menos me sumerjo de cabeza. Al salir, jadeo un poco.

—De momento no está mejorando.

Asher, que ahora está más cerca que antes, me tiende la mano.

—Entonces vamos a movernos.

Observo sus dedos extendidos, sintiendo cómo mi corazón traquetea como un tren sin fuelle, y sé que tengo que tomar una decisión rápida para no enrarecer la situación. Un segundo más tarde, la acepto. Tira de mí con mucha fuerza para moverme unos cuantos metros de golpe, hasta donde no hago pie. Luego me sigue. Todo el mundo nada hacia la zona en la que las paredes de roca que rodean el río se estrechan, formando un pasadizo, nuestras abuelas incluidas. Nos cruzamos con muchos otros visitantes, todos disfrutando del día.

Mientras nadamos con calma, me pongo bocarriba y contemplo la estrecha tira de cielo azul que alcanzo a ver desde aquí y las rocas grises entre las que crecen árboles. La paleta de colores es simple e intensa. El contraste entre unos objetos y otros es brutal. Naturaleza pura. Sin fisuras. Sin artificios.

Lo real, creo que sería un buen título.

A mi lado, Asher alza el rostro para ver qué es lo que me ha llamado la atención.

—¿Te gusta?

—Es precioso.

—¿Lo vas a dibujar?

Mis piernas dejan de hacer fuerza y regreso a la posición vertical. Creo que ha sido un movimiento brusco y evidente, así que me concentro en seguir nadando mientras mi mente se embrolla ella sola.

Decido contestar una verdad.

—No he traído mis materiales al viaje.

—Ya, me había dado cuenta —contesta, sorprendiéndome. Otra vez. Es decir... ¿Se ha dado cuenta? ¿Por qué?—. Es una pena, seguro que se te ocurrirían dibujos bestiales.

Se me ocurren.

Todo el rato.

Y luego... se desvanecen. Como todo aquello que no plasmo.

—¿Y tú qué? —Desvío el tema con una sonrisa—. ¿Echas de menos jugar al fútbol?

—Ah, sí, un poco. —Y pienso que se va a quedar ahí, escueto como siempre, pero entonces me cuenta más—. La temporada es muy intensa y el fútbol universitario puede hacer que te olvides de lo mucho que te gusta el deporte, pero siempre intento recordarme por qué empecé.

—¿Por la popularidad? ¿Las fans? ¿Los polvos asegurados? —Lanzo las preguntas a propósito, sabiendo que ninguna es cierta.

Me guiña un ojo.

—Lo has dicho tú, no yo.

Suelto una risita.

—No, en serio. —Le pincho el hombro con un dedo, ganándome una mirada de reojo—. ¿Por qué?

Parece pensárselo unos segundos mientras nadamos pegados a la pared de roca de la izquierda. La derecha está plagada de niños y adolescentes que se suben a los peñascos para tirarse al agua.

—Porque es algo que no me genera ninguna duda —dice al final—. Sé que se me da bien y me hace sentir seguro.

—Esa sensación debe ser genial.

—La verdad es que sí. ¿Es lo que te pasa a ti con la pintura?

Mierda. ¿Por qué regresa a ese tema? Por un lado, lo entiendo. Siempre ha sido mi sello de identidad. Asher Stone corre como un león y juega al fútbol. Lluvia Clearwater soluciona tus problemas y dibuja como un artista de la Edad de Oro.

—No exactamente. La pintura... —«Contesta cualquier cosa. No sacudas el nido de avispas.» Entonces me viene a la mente el lazo plateado de Vinanti y no sé por qué—... me hacía sentir libre, y puedo decir que... ¿especial? Uf, no, eso ha sonado muy vanidoso.

—Qué va. Estoy de acuerdo.

Lo miro. Me está observando con intensidad.

—¿En serio?

—Es parte de tu persona, y básicamente me obligaste a posar para un dibujo cuando nos conocimos. Supongo que eso genera una impresión.

Me río para aligerar un poco la tirantez que tengo dentro.

—Sí, era una niña un poco intensa, ¿no?

Arquea una ceja.

—¿Eras?

—¿Humm?

—No paras de hablar en pasado, como que la pintura te hacía libre. ¿Ya no es así?

Sus ojos azules, sin gorra, ni flequillo, ni nada que los mitiguen, me enganchan de una manera un poco agobiante. Siento que, si aparto la

mirada, pierdo. O lo haré si dejo que convierta esto en una conversación profunda sobre aspectos de mí que bajo ningún concepto son debatibles.

Charlar como dos jóvenes maduros está bien.

Hurgar en heridas que él ni sabe que existen, no.

—Oh, Dios mío. —Me tapo la boca con la mano, fingiendo conmoción —. Creo que el espíritu de Vinanti te ha poseído. ¡Mírate! ¡Tus pezones están creciendo!

Pone los ojos en blanco.

—Lluvia...

Riendo, nado hacia atrás.

—Vamos, doctor Stone, te reto a saltar desde la roca más alta que podamos.

Y con eso, consigo distraerlo. Los Stone son Stone, y pueden ser todo lo serios y responsables que quieran, pero nunca se echan atrás ante un desafío. Al final acabamos convirtiéndonos en algo así como los reyes de la roca de Firehole River, y una jauría de niños nos aclaman cuando, tras más de diez minutos escalando, nos lanzamos al agua desde unos cinco metros de altura.

Por si queda alguna duda sobre la profesionalidad de Vinanti, ella está entre el grupo de críos que nos anima.

A Asher casi le da un soponcio cuando, por la fuerza del salto, pierdo la parte de arriba del biquini. Requisa todas las gafas de buceo de los preadolescentes a nuestro alrededor y se da a la tarea de buscarlo con una concentración militar. La fuerza del agua que viene desde la cascada de más arriba ha debido de arrastrarlo lejos, porque jamás aparece.

Salgo del agua tapándome con las manos, importándome más bien poco porque ya he hecho *topless* en verano con Trinity cuando vamos a Venice Beach. Hasta la abuela me dice que muestre estos bonitos pechos, algo de lo más normal viniendo de ella.

Probablemente lo habría hecho de no ser por el metro noventa a mi lado. Puedo negar muchas cosas y decidir tratarlo como un amigo, pero de ninguna manera es lo mismo enseñarle las tetas a Asher que a cualquier otra persona en este río.

En cuanto salimos del agua, se me adelanta y regresa con una toalla que me echa por los hombros y cierra con fuerza por delante.

Al alzar la mirada, creo que me encontraré con su ceño fruncido y no con... su sonrisa divertida. Todavía sujetando la toalla, se inclina hacia mí y susurra:

—Me alegro de que ya no tengas las marcas de mis dedos.

Pumpumpumpumpumpum... Mi corazón se desboca. Ha mirado. Se ha esforzado para mirar si se ha dado cuenta, incluso bajo el agua, de que los hematomas han desaparecido.

No me va a poner nerviosa.

Es solo una broma.

Una broma sobre mis tetas, pero una broma al fin y al cabo.

—Espero que hayas disfrutado de las vistas, Ash —canturreo.

Él retira la mano y juraría que uno de sus dedos me roza los nudillos.

—Han sido las mejores hasta ahora, con diferencia.



Por la tarde, en Hayden Valley, Asher me hace detenerme poco después de bajarnos del todoterreno y se agacha a mis pies. Me sube el dobladillo del vestido y yo doy un paso atrás, pero él se limita a decir:

—Tienes los cordones desatados.

Me quedo un poco patidifusa, la verdad. Tal vez sea mentira y lo que está haciendo en realidad es enredar los cordones de ambas zapatillas para

que me caiga de narices y me pisotee un búfalo. Pero no. Hace un lazo perfecto con sus largos y fuertes dedos, y hasta comprueba la otra zapatilla.

Al terminar, se alza ante mí y esboza una media sonrisa.

—Listo.

Y luego, sin esperar que yo diga nada, aprieta el paso para reunirse con Vinanti y las abuelas. Miro a mi alrededor sin saber muy bien por qué, como si me sintiera observada y lo que acaba de suceder fuera vergonzoso. Aunque no lo es. Es algo de lo más normal. Tal vez no lo sea entre Asher y yo, pero que alguien se dé cuenta de que llevas las zapatillas desatadas y te ayude no es nada del otro mundo.

¿No?

Por la noche, ya en la cabaña, me pregunta si quiero ducharme primero y es obvio que no desaprovecho la oportunidad. Al salir, ya vestida y con la toalla aún en la cabeza, me mira de arriba abajo de una forma que hace que retuerza los dedos de los pies, nerviosa.

Al día siguiente, mientras recorremos con calma el paseo de madera que atraviesa Geyser Basin, saca una botella de agua fresquita de su mochila y me la tiende. Me planteo que esté envenenada o tenga los polvitos mágicos que de pequeña me provocaron hacer caca como un alienígena. Esas dudas deben de estar por todo mi rostro, porque él solo sonríe, abre la botella, pega un buen sorbo y me la vuelve a ofrecer.

Ya no me queda más remedio que aceptarla, aunque no bebo de ella hasta que la sed es insoportable y sus miraditas pasan de la diversión a la impaciencia. E incluso entonces no puedo dejar de recordar con mi cerebro de idiota que él ha puesto los labios aquí primero.

En la ruta en balsa por el río Yellowstone, se ofrece a sacarnos fotos a todas (incluida Vinanti) con las montañas Gallatin de fondo. Nadie tiene nada que objetar porque es un ofrecimiento de lo más normal, y así tenemos fotos de las tres juntas sin que sean un selfi. Pero mi corazón inquieto sufre otro subidón cuando, al devolverme el móvil de la abuela, murmura:

—Has salido muy guapa.

Nadie se da cuenta de mi expresión de espanto porque ese es el momento en el que una monísima pareja de nutrias hace su aparición en la orilla. Las admiramos, nos enamoramos de ellas, sacamos fotos y escuchamos con atención la explicación de Vinanti sobre el gran apetito que tienen, que su pelaje es el más grueso del mundo y que en algunas partes de Asia ayudan a los pescadores a cambio de recompensas.

—También son extremadamente románticas, ya que mantienen la misma pareja toda la vida y duermen abrazadas tanto en tierra como en el agua. —Creo que es la ocasión que más rato ha hablado con sentido común desde que la conocemos—. Todo esto, por supuesto, porque en realidad son dioses disfrazados. ¿Habéis oído hablar de los zoroastrianos?

Ah. Ahí está.

Más tarde, oigo a Asher preguntarle a Vinanti si nos da tiempo de pasar por Artist Point, y el estómago me da un vuelco. Conozco el mirador de Artist Point. Cualquiera que ame la pintura y haya sentido curiosidad sobre el tema sabe quién es Thomas Moran, uno de los principales pintores de paisajes del Oeste estadounidense. Moran, Bierstadt, Hill, Keith, todos grandes artistas cuyas obras he estudiado con fascinación. Gracias a ellos, de hecho, se creó este parque. Fue su visión de la naturaleza, la manera en que plasmaron Yellowstone y sobrecogieron al país con la belleza salvaje de este lugar, lo que hizo que el Congreso de 1872 se decidiera a convertirlo en el primer parque nacional.

Muchos políticos y ecologistas lo habían intentado con anterioridad, habían hecho todo lo que se les había ocurrido para demostrar que Yellowstone era una región digna de ser preservada. Pero solo las pinturas de Moran lo consiguieron. Nada pudo persuadir al presidente, excepto *El Gran Cañón de Yellowstone*. La verdad es que el hombre no se complicó con el título para su cuadro.

No imagino lo que debió sentir cuando mostró su visión transformada en líneas y colores y alguien no solo la entendió, sino que conectó con ella.

Llegamos a Artist Point a última hora de la tarde, a tiempo para ver un atardecer precioso. El mirador mantiene el nombre desde hace muchos años, aunque hace un tiempo se demostró que no es el lugar exacto desde el que Thomas Moran hizo sus bocetos; él en realidad estuvo en el borde norte. Pero la verdad es que las vistas desde aquí son espectaculares y está lo bastante cerca.

Hay carteles informativos contando la historia del pintor, pero casi nadie se detiene a leerlos. Casi nadie, excepto Asher.

—¿Sabías que Yellowstone se convirtió en parque nacional gracias a los dibujos de...? —Echa un vistazo rápido al cartel—. ¿Thomas Moran?

Me muerdo los carrillos para no sonreír y me coloco a su lado.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí. Se supone que vino aquí y lo primero que dijo al ver el paisaje fue que estaba más allá de la riqueza del arte humano.

Esa frase es justo el título del cartel, pero hago todo lo posible por obviarlo. Él continúa explicándome cosas que sin duda debe haber sacado de Wikipedia en algún momento del trayecto hasta aquí, y ya no sé si lo que siento en el estómago son nervios, el nudo haciéndose cada vez más y más grande cuantos más hilos se suman al conjunto, las quesadillas del día anterior deshaciéndose o qué.

Lo escucho con atención, conmovida hasta un punto... doloroso.

No está monísimo contándome la historia de uno de mis pintores favoritos.

Para nada.

Está cometiendo muchos errores históricos.

Y eso no lo hace MÁS mono.

No.

¿Le habrá pedido a Vinanti que pasemos por aquí... por mí?

Ya en el mirador, respiro hondo. Disfruto de la increíble visión de las paredes de riolita del gran cañón precipitándose hacia abajo, formando una uve color arena y acunando el río que corre a toda velocidad desde las cataratas. Desde aquí se puede oír el rugido sordo del agua cayendo y estrellándose.

Pienso en Thomas Moran y en su cuadro. Él destacó la riolita en fuertes tonos anaranjados y me hace pensar que estuvo aquí justo en un momento como este, un atardecer encendido.

La abuela se pone a mi lado y me abraza por la cintura. La rodeo con los brazos y apoyo la barbilla sobre su cabeza, porque diez centímetros de diferencia pueden no parecer mucho pero me permiten achucharla de esta manera.

Vuelvo a respirar hondo, esta vez aspirando el suave perfume de la abuela y con el tacto de su sedoso pelo bajo la mejilla. Me pregunto cuántas cosas puede sentir una persona antes de reventar. Si no llegará un punto en el que el cuerpo, el pecho, el alma o lo que sea que almacena los sentimientos, alcance su tope y no haya cabida para nada más. Como una hucha en la que no puedes meter ni un centavo de dólar sin que la cerámica se resquebraje.

—No hay un solo lugar en el que preferiría estar ahora mismo —dice la abuela en voz baja—. Ni persona más perfecta que tú para compartirlo.

«No llores.»

«No puedes llorar.»

Mi garganta se cierra a cal y canto y no me veo capaz de contestarle.

Asher



Al tomar la decisión de acercarme a Lluvia, no conté con que me resultaría tan... natural. Pensé que tras tantos años reprimiéndome y fustigándome mentalmente cada vez que se me ocurría algo que quería hacerle o decirle, me costaría un poco más.

Estoy alucinando con lo fácil que me resulta todo con ella, aunque debería haberlo previsto. Porque es ella. Todo siempre lo sentí diferente con ella, desde el mismísimo día que nos conocimos y el mero hecho de escucharla hablar de estilos artísticos y pinceles me ayudó a respirar.

Además, ver cómo pone los ojos como platos y dejarla sin palabras tiene cierto atractivo. Por un lado, podría sentirme ofendido, porque me da por pensar que me tiene encasillado y no me considera un tío que pueda interesarse por ella en plan... romántico... o sexual. Y eso sería bastante jodido porque yo pienso en ella sexual y románticamente bastante. Por otro lado, puedo sacar ventaja de ello. El factor sorpresa es importante en cualquier partido y creo que estoy pillando totalmente desprevenida a Lluvia Clearwater.

Y rascando sobre todas las cosas que no me cuadran, como el hecho de que no dibuje. Hay algo ahí. La pista me la ha dado el hecho de que Lluvia disimule tan mal al respecto, cuando nunca ha tenido problemas con las

mentiras. Es decir, todos podemos ser muy buenos actores en determinados momentos de nuestras vidas. De niños todos nos inventamos trolas como casas; de adolescentes, todavía más... con nuestros padres, con los profesores... Y Lluvia siempre tuvo la capacidad de arrugar la nariz y producir lágrimas a mansalva para salirse con la suya.

Verla tan aturullada cuando saco el tema del dibujo me da a entender que hay algo tan gordo detrás que ni su vena dramática es capaz de cubrirlo por completo.

Hoy es nuestra última noche en Yellowstone y a Vinanti le dan luz verde para realizar la senda nocturna. También se han apuntado los recién casados y el padre con su hijo.

A media mañana nos lleva hasta el pueblo de West Yellowstone, que como su propio nombre indica vive prácticamente del turismo que genera el parque. Tienen un museo de Yellowstone, un teatro de Yellowstone, un parque educativo sobre la vida salvaje de Yellowstone... y bastantes tiendas de equipamiento para que alquilemos o compremos lo que nos haga falta para la acampada.

Vinanti asegura que en el precio pactado (que sigo sin poder sonsacarle a mi abuela y ya hasta me da miedo preguntar) están incluidas las cosas básicas de supervivencia. Como dudo que Pezones Gigantes y yo tengamos el mismo concepto de lo que es la supervivencia, soy el primero en tirarme del coche en cuanto llegamos al pueblo.

Se supone que no nos hará falta ni la tienda de campaña ni el saco de dormir, y que las comidas están incluidas. Me lo tomo muy a pecho y empiezo a meter en una cesta todo lo demás. Esterillas aislantes, chaquetas cortavientos, una linterna, un diminuto botiquín de primeros auxilios, protector solar y lo más importante de todo: papel higiénico.

Oigo cómo Lluvia y la abuela cuchichean a mi espalda.

—Entonces, ¿fingimos que todo está bien? —susurra Lluvia—. ¿Hacemos como que no le está dando una crisis?

—Es mejor así —asevera mi abuela—. Se sentirá más tranquilo.

Las ignoro. Estoy debatiéndome entre el paquete de cuatro rollos o el de seis cuando Lluvia se asoma por un lateral.

—¿Vas a llevar suficiente papel para el culo de todos durante un mes? Creía que solo íbamos a estar una noche.

Tiro el paquete de seis en la cesta, que ya está a rebosar.

—Ya me darás las gracias cuando tengas un apuro en medio de la nada.

—¿Con «en medio de la nada» te refieres a los límites de una excursión organizada y prevista en la que el centro de visitantes sabe exactamente cuántos somos y dónde vamos a pasar la noche?

Es escalofriante que Lluvia suene razonable, la verdad, pero no hace que me baje del burro.

—No has metido a Vinanti en esa ecuación.

Señalo con la cabeza hacia la susodicha. Está en el pasillo de los purificadores de agua, manteniendo una acalorada discusión con un dependiente sobre el concepto de agua pura y por qué es discriminatorio.

Lluvia suspira.

—*Touché*.

Como su aceptación solo me pone más nervioso, incluyo una navaja multiusos, espray antimosquitos y antiosos.



Nuestra senda nocturna empieza justo después del anochecer, alrededor de las siete y media de la tarde. Todos somos puntuales para llegar al punto de encuentro, y yo siento que puedo volver a respirar cuando Vinanti aparece acompañada de un *ranger* que nos acompañará todo el camino hasta Lone Star, donde ya está montado y esperándonos nuestro campamento vip, y volverá para recogernos por la mañana.

Es un chico joven, no puede ser mucho mayor que yo. Aunque lleva el sombrero de ala ancha típico de los *rangers*, se puede ver una larga trenza de pelo oscuro que le cae por la espalda. Se presenta como Tayen, que significa Luna Nueva, y el tío me cae genial hasta que empieza a sonreírle a Lluvia como si estuviera protagonizando un anuncio de pasta dental.

Antes de ponernos en marcha se asegura de que todos llevemos la ropa de abrigo indispensable, pues la temperatura puede llegar a bajar hasta los cinco o seis grados a pesar de ser agosto. A mí me da una palmadita en el hombro cuando le gruño que llevo una camiseta térmica bajo la sudadera, y pasa enseguida a Lluvia, Joyce y mi abuela.

—Veo que vais muy bien preparadas —asiente, satisfecho—. Si en algún momento necesitáis ayuda con las mochilas u os sentís cansadas, no dudéis en decírmelo, ¿vale? Aunque llevaremos un ritmo relajado.

Y solo con eso, se las mete en el bote.

Durante la siguiente hora y media tengo que soportar sus descarados intentos de entrarle a Lluvia, a quien todos los cumplidos y bromas parecen hacerle una gracia tremenda. Cuenta a qué tribu pertenecen sus antepasados (los crow), cómo puede imitar el canto de cualquier ave, lo mucho que le flipa la naturaleza y varias cosas más que me importan una mierda.

Y la cosa va cuesta abajo cuando Joyce pregunta si conoce leyendas espeluznantes sobre Yellowstone y al parecer el tío es parapsicólogo además de *ranger* e intérprete de pájaros.

La abuela regresa a mi lado, abandonando su posición arrobada junto a Tayen.

—Qué chico tan guapo —comenta—. Lástima que sea un majadero, como la guía.

Sonriente, la atraigo para besarla en contra de su voluntad. Me gano un bastonazo en la espinilla que me hace cojear los siguientes metros.

—Menos arrumacos y espabila. —Señala con el extremo del bastón a los dos grupitos que van por delante. Vinanti va charlando con el padre y el hijo

(que creo que se llaman Bill y Patrick) y el recién casado. Su flamante esposa también ha caído bajo los influjos de Estrella del Norte—. A tu edad, yo no te habría mirado dos veces por lo que estás haciendo.

Me inclino para frotarme la espinilla.

—¿A qué te refieres?

Resopla de un modo bastante burlón.

—¿Mirarla mucho? ¿Salpicarle agua? ¿Atarle los cordones? ¡Ay, muchacho! Estás más verde que una lechuga.

No me he dado cuenta de que me he detenido hasta que ella, más adelante, se gira para mirarme. Sea lo que sea lo que ve en mi expresión, cierra los ojos y suspira con languidez, como quien está soportando una carga muy pesada.

—Qué habré hecho mal. Creía que había criado un hombre con sesos.

—Nana...

—Chitón. No puedo seguir viendo cómo haces el ridículo. ¿Así es cómo te desempeñas en la universidad? Pobres chicas.

A estas alturas creo que toda la sangre de mi cuerpo está ahora mismo en mi cara, y que es posible que esté proyectando más luz que todas las linternas del grupo juntas.

—Vamos, camina. No quiero quedarme atrás.

Balancea su bastón en el aire y se da la vuelta sin más. Yo tardo unos cuantos segundos en procesar lo que acaba de ocurrir, o al menos intentarlo, antes de trotar para ponerme a su altura. Abro y cierro la boca un par de veces.

—Solo para que quede claro: no me ha ido mal en la universidad.

—Ah, sí, estoy segura de que le has dado alegría a ese pene.

Pierdo el paso cuando me tropiezo, enredándome con mis propios tobillos.

—Mierda —farfullo. Primero menciona la vagina de Lluvia en el Frosty’s y ahora mi pene.

—A ver si te crees que no sé lo que pasa en las universidades con los jugadores de fútbol.

—Oye, si estás intentando, de alguna manera retorcida, darme consejos sobre chicas...

Vuelve el rostro en mi dirección con lentitud.

—Piensa muy bien cómo quieres acabar esa frase.

Por suerte para mí (y probablemente para la espinilla sana que me queda), el objeto de nuestra conversación nos interrumpe.

—¡Ash! —Lluvia corretea hacia nosotros. Mi corazón se lanza de cabeza a un esprint, como cada vez que me llama así—. ¿Has traído tu móvil? ¿Tienes cobertura?

Saco el teléfono del bolsillo del pantalón y lo compruebo.

—Poca. ¿Por? —Echo un vistazo por encima de su cabeza al *ranger*, suspicaz. Como me diga que el tipo le ha pedido el número de teléfono o algo así estoy preparado para que se me caiga accidentalmente a un arroyo o fingir que me lo ha sisado una ardilla cleptómana.

—Tengo que ponerme en contacto con Trinity sí o sí. —Me arrebata el teléfono antes de que pueda reaccionar. Lo enfoca hacia mi cara para desbloquearlo y se pone a teclear como una loca. No toca su móvil desde que dejamos Lincoln Bar, y sospecho que está relacionado con Howard—. Por cierto, si después de esto Trin empieza a darte los buenos días y las buenas noches, no te lo tomes como algo personal. Son difundidos que tiene programados.

Eso, por algún motivo, me recuerda a Travis.

—¿Se puede saber qué es tan urgente?

Bufa.

—¿Estás de broma? Ese tío es la copia exacta de Taylor Lautner y encima se llama Luna Nueva. Tengo asegurado el premio a foto *random* de este año.

—He entendido alrededor de un veinte por ciento de lo que has dicho.

El teléfono avisa de un mensaje, lo que me hace pensar que Trinity tiene telepatía o algo así, y Lluvia murmura un «gracias» mientras se aleja. La veo regresar junto al *ranger*, comentarle algo mientras le señala el teléfono, y acto seguido el muy cabrón le pasa el brazo por los hombros y Lluvia se hace un selfi con él.

¿Qué cojones...?

La abuela emite un ruidito presuntuoso parecido a un «¡jum!».

—¿Sigues sin querer mis consejos?

Lluvia



—¿Ahora puedes mirar a cámara y decir «Estaré aquí, luchando por ti, hasta que tu corazón deje de latir»?

Tayen se echa a reír. Me encuentra muy graciosa. Y supongo que también muy guapa, porque no ha parado de hacerme ojitos y buscar excusas para tener contacto físico conmigo. No puedo decir que me desagrade llamar la atención de un *ranger* atractivo y simpático. Con lo que me encanta flirtear.

—Voy a buscar eso en internet para asegurarme de que no me estás tomando el pelo. —Ese es un gran punto en contra: no ha visto ni oído hablar de las pelis de *Crepúsculo*. Pecado capital—. Lamentablemente, tengo que regresar. Os dejo en buenas manos. ¡Hasta mañana, Vinanti! Que paséis buena noche.

Me guiña un ojo antes de marcharse por el mismo sendero que hemos utilizado, con su bonita trenza balanceándose de lado a lado. La abuela, Sylvia (la recién casada) y yo suspiramos a la vez.

—Creo que su cara debería aparecer en la publicidad del parque —dice Sylvia.

—Sí, que le den al Oso Yogui.

Doy una vuelta sobre mí misma, curioseando el entorno del campamento. Lone Star es un géiser que veremos de cerca por la mañana, pero vamos a dormir un poco alejados, en un claro del bosque que hemos atravesado para llegar hasta aquí. Ha sido una caminata de unos ocho kilómetros y, a pesar de que nos lo hemos tomado con calma y Tayen iba muy pendiente de mi abuela y Atlanta por ser las mayores del grupo, he revoloteado alrededor de la abuela todo el camino.

Hoy algo no iba bien y lo he sabido en cuanto la he visto por la mañana. Su tono de piel es mucho más amarillento y ni una gruesa capa de maquillaje ha podido ocultarlo. En el pueblo, se ha masajeado el abdomen cuando creía que no le estábamos prestando atención y en mi mente se han abierto páginas y páginas web de medicina. Lo he leído. Aunque el cáncer de páncreas es uno de los más silenciosos (y por eso es tan difícil detectarlo a tiempo), sí acaba presentando síntomas cuando está muy avanzado.

Dolor en el abdomen puede ser uno de ellos. Y si he hecho bien mi trabajo este último año y no se me ha escapado nada, esta es la primera vez que le pasa a la abuela.

¿Estará asustada?

«Por favor, ten un poco de miedo», pienso, observándola de reojo.

«Recapacita.»

«Y si no quieres contar la verdad, invéntate algo y dinos que quieres volver a casa.»

Mis ruegos no solo no sirven de nada, porque conozco a la abuela y sé hasta dónde es capaz de llegar si cree que está haciendo lo correcto, sino que reabren el pozo nauseabundo en mi interior. Me siento tan pequeña e inservible como el envoltorio de un chicle tirado en el suelo. Una cosa es respetar sus deseos, y otra llevarla de la mano hasta su propia tumba con una sonrisa, y eso es lo que yo estoy haciendo.

He sido una cobarde con Justin. ¿Por qué no iba a serlo también con la abuela?

Algo sube a toda velocidad por mi esófago y, angustiada, me llevo la mano a la garganta y trago saliva con fuerza. Esa bola de fuego y ácido se frena y luego, poco a poco, hace el camino de vuelta hasta el estómago.

Respiro hondo un par de veces. No me puedo creer que haya estado a punto de vomitar delante de todo el mundo.

Un toque en mi brazo me hace dar un salto digno de un puma.

—¿Querida? —La inquietud se filtra en la voz de la abuela.

Pestañeo, me deshago de la sensación de estar desubicada y sonrío.

—Creo que me he enfriado un poco de camino aquí —miento.

—Ay, vaya. —Me acaricia la espalda con sus manitas, escrutando mi rostro—. Es posible que Asher haya comprado una manta térmica que puedas utilizar.

—Bueno, es posible que Asher haya comprado toda la tienda de equipamiento.

Suelta una de sus risitas y es como música para mis oídos.

—Eso es cierto.

Vinanti nos hace señas desde una enorme carpa azul con forma de gusano, que resulta ser una tienda de campaña familiar. La parte central es la entrada, donde hay una mesa de plástico con sillas para todos, y a ambos lados están los accesos a las cinco habitaciones. Es tan grande que hasta Asher cabe de pie dentro sin tener que agachar la cabeza.

—Podéis elegir la habitación que queráis y dejar vuestras cosas. Yo dormiré en la que quede o al aire libre. ¡Todo dependerá de lo que me dicte la intuición!

Esta vez pienso ser rápida. Hoy no creo que pueda soportar no escuchar la respiración de la abuela antes de dormirme. Me adelanto a nuestros compañeros de grupo, importándome muy poco quedar como una egoísta, y elijo una habitación cualquiera. Allí suelto mi mochila y busco la cremallera que monta y desmonta las «paredes» de tela que dividen las

habitaciones. Al abrirla, convierto dos habitaciones dobles en una sola mucho más amplia.

—Hoy dormiremos todos juntitos —digo, sonriente—. Será más divertido, ¿no creéis?

Me da la sensación de que la abuela me lanza una mirada... extraña. Pero, si es así, se va enseguida, y lo más probable es que sean imaginaciones mías.

La abuela no tiene motivos para mirarme como si estuviera preocupada.



Después de una cena que consiste en ensalada, sándwiches y fruta, Vinanti demuestra que es capaz de ser una guía normal. A unos treinta metros de la carpa, nos enseña la caja de metal antiosos donde debemos guardar cualquier resto de comida u objetos que huelan muy fuerte y puedan atraerlos.

—Estamos en un entorno seguro, pero nunca se es lo bastante precavido —dice—. Hay que recordar que esto no es un zoo, es el hábitat natural de todos estos animales y nosotros somos los intrusos. Muchos de ellos están muy acostumbrados al ser humano y evitan las zonas en las que saben que hay más tránsito, pero nunca se sabe.

Sylvia mete en la caja una crema facial que traía en la mochila y contiene mucho perfume.

—Perfecto. ¿Alguien más? Cualquier cosa que huela, incluido el repelente para mosquitos, debe guardarse aquí. —De pronto, su mirada se traslada a Asher y a mí—. Los lubricantes también.

Le doy un codazo a Asher.

—Ya la has oído. El lubricante también.

En lugar de dedicarme una mirada sombría o molesta, en su rostro aparece una sonrisita. Uno de sus enormes brazos rodea mi espalda hasta asir mi cintura, y luego me estrecha contra él con fuerza.

—Te recuerdo que lo gastamos todo antes de llegar aquí, nena. —Luego se dirige a Vinanti—. Es una locura cómo se pone con el de fresa-mango.

Muy interesada, la mujer se nos acerca en actitud confidencial. Su *look* de acampada consiste en un mono enterizo de color fucsia y un salacot con la misma textura y color que la piel de un kiwi.

—Conozco una tienda eco que trabaja un lubricante especial de jengibre —murmura. Parece que ha olvidado que el otro día le dijimos que no estamos juntos y por eso no se muestra sorprendida; eso, o cree que le mentimos—. Si lo combináis con aceite de canela, vuestro Muladhara explotará.

En ese momento, Sylvia la llama para preguntarle por un desodorante que ha traído. Antes de alejarse, Vinanti nos dedica una sonrisa secreta.

—Preguntadme después por las contracciones anales.

Asher y yo nos miramos, muertos de risa. Como todavía sigue apretándome contra él, mi barbilla queda casi a la altura de su hombro y no puedo negarme a mí misma que me encanta que un chico sea mucho más alto que yo. Así que hago lo de siempre para salir del paso cuando estoy un poco nerviosa: echo gasolina al fuego. Porque siempre es mejor ser la que inicia el incendio que la que se ve sorprendida por el humo.

—¿Cómo has sabido que me chifla el lubricante de fresa-mango?

Ignoro por completo la forma en la que su mano se mueve unos milímetros hacia arriba, rozando mis costillas.

—Como diría Pezones Gigantes, me he dejado llevar por la intuición. —Tras una pausa en la que nos miramos como dos idiotas, él aparta la vista—. Por cierto, Lluvia...

—¡Ah, sí! —Me separo y rebusco en los bolsillos de la chaqueta cortaviento—. Aquí tienes tu teléfono. Lo dicho, no me hago responsable

por el acoso que puedas recibir de Trin a partir de ahora.

Acepta el teléfono con gesto contrariado, como si el aparato le hubiera hecho algo grave. Y aunque estoy segura de que quería decirme algo, la cosa se queda ahí. Y yo siento un poco de alivio, porque estos últimos días han sido rarísimos.

Una vez que todo está en su sitio y ya es bien entrada la noche, Vinanti nos explica el curioso juego que ha preparado para todos. Es una yincana que nos ayudará a conectar con la naturaleza. En cuanto oigo las palabras «sana competencia», entro en modo guerrera. Sí, soy bastante competitiva. Lo he sido siempre. Es un gen que está en los Clearwater y que puedo asegurar que es el culpable de que nos hayamos metido en tantos problemas generación tras generación.

Eso, y que los Stone tienen el mismo gen.

La yincana consiste en encontrar e identificar una serie de plantas y árboles propios de Yellowstone. Vinanti hace hincapié en que no debemos arrancar flores, hojas ni frutos. Son seres vivos, y en eso no puedo estar más de acuerdo. Sé que las plantas no sienten dolor porque no tienen nada parecido a un sistema nervioso, nada que las haga conscientes del daño que reciben. Aun así, soy florista. He visto cómo el cuidado, el mimo y el cariño hacían prosperar y brillar determinadas plantas, y he sido testigo de cómo reaccionan ante estímulos negativos, marchitándose y muriendo.

Vinanti reparte una serie de papeles y bolígrafos para todos en los que aparecen fotografías de lo que tenemos que buscar. También proporciona linternas a quienes no han traído.

—He marcado los objetivos con lazos rojos, y eso es lo que me tenéis que traer. Recordad que no hace falta que os alejéis más de doscientos cincuenta o trescientos metros, y que siempre debéis tener a la vista ese resplandor como punto de referencia. —Señala un enorme farolillo de luz led que hay en lo más alto de la carpa—. Ya que sois números pares y el bosque puede dar un poco de miedo de noche, os dividiréis por parejas. La

pareja que más lazos rojos traiga dentro de una hora y media ganará un jugoso premio que me permitiréis mantener en secreto para aumentar la expectación. Y recordad que no es normal encontrarse dientes humanos en este parque; lo de hace dos años fue pura casualidad.

El semblante del marido de Sylvia palidece al oír eso último, aunque la perspectiva de que por aquí cerca se cometiera algún asesinato para mí tiene un bajo nivel de horror; me parecería peor que hubiera un chupacabras en los alrededores, la verdad.

Repaso la lista de fotografías y nombres junto a la abuela, sintiendo que la excitación del juego ya empieza a correrme por las venas.

—Está chupado, abu. Vamos a ganar —le digo.

Un bastón aparece entre las dos.

—Un momentito. —Atlanta se abre paso con la suavidad que la caracteriza, que es ninguna—. Si se juntan dos floristas en un mismo equipo, los demás no tendremos nada que hacer. Así que, Jojo, tú te vienes conmigo. Lluvia, encárgate de que mi nieto no toque ningún hongo venenoso y estropee el viaje.

—Gracias por la confianza y la preocupación, Nana —dice Asher, lacónico.

Mi abuela suspira.

—Querida, la vida nos ha convertido en rivales.

—¿La vida o tu amiguita?

Ignorando la sonrisa satisfecha de Atlanta y las cejas arqueadas de Asher, la abuela y yo nos estrechamos la mano con la firmeza de quien cierra un trato importantísimo. De paso, aprovecho para asegurarme de que su piel no esté fría ni sudorosa.

—Que gane la mejor.

—Lo haré. —Sonrío.

Asher



—Esta es la escurridiza verbena de arena de Yellowstone. ¿La ves? Bien, porque serás uno de los pocos afortunados. —Deshace el lazo rojo envuelto alrededor de la diminuta flor con mucha delicadeza y se pone en pie con una sonrisa de oreja a oreja. Está exultante—. Nadie puede ganarnos. Lo sé.

No estoy sorprendido de que Lluvia se haya tomado la yincana tan en serio como si le fuera la vida en ello. Desde que la conozco, la he visto participar en cosas que ni siquiera le interesaban solo porque alguien le decía «te reto». Puede que ese alguien, en muchas ocasiones, fuera yo. Todavía recuerdo, como si pudiera sentirlo latiendo y caliente en la piel, cómo se me quedó el ojo después de su puñetazo en la final de ajedrez del colegio.

Por suerte, hoy estamos en el mismo equipo. Lo único que tengo que hacer es seguirla y guardarme en el bolsillo los lazos rojos que va encontrando. Ya hemos marcado seis plantas de la lista, y no creo que llevemos ni cuarenta y cinco minutos.

De pequeño me fascinaba su vena competitiva, sentía que era algo que nos colocaba a la misma altura y me estimulaba. A esta edad, creo que me pone un poco cachondo.

Intento no centrarme en eso. La abuela me ha dado una oportunidad de oro para estar a solas con Lluvia, aunque sus consejos amorosos son una puta mierda. «Bésala en cuanto tengas oportunidad.» Claro. Gracias. Me has solucionado el problema.

Guardo el nuevo lazo junto a los demás.

—Te recuerdo que tu abuela está igual de motivada que tú y sabe un poco más del tema.

Lanza una carcajada seca, ufana.

—Tendría que ponerse sus gafas de aumento para ver la verbena de arena. Lo más probable es que Atlanta la aplaste con el bastón y pasen de largo. —Hace una pausa, esbozando una mueca de dolor—. Pobre verbena.

—No me encanta que compares a mi abuela con Godzilla, pero voy a darte la razón. —Le hago un gesto con el brazo para volver a ponernos en marcha. De vez en cuanto captamos voces cercanas, y ya nos hemos cruzado dos veces con Bill y Patrick. Lluvia tiene la teoría conspirativa de que nos están siguiendo para robarnos los lazos—. Es probable que ganemos el misterioso premio de Vinanti. ¿Qué crees que será?

—Una güija y un *pack* completo de lubricantes naturales, por supuesto.

Me río por lo bajo. Voy iluminando el camino que tenemos por delante con la linterna, un lecho de tierra oscura y hojas secas que crujen con nuestros pasos. Más allá del haz de luz, solo hay siluetas borrosas. La temperatura ha bajado tanto como predijo Eclipse Solar, yo creo que incluso más. Me alegro de haber insistido en comprar chaquetas cortavientos para todos, porque ahora mismo nuestro aliento sale en forma de vaho y ya no siento la punta de la nariz. Si no fuera porque oímos de lejos las pisadas y voces de los demás, esto podría ser un poco tétrico, algo que no pienso comentar en voz alta porque Lluvia ha sido criada por y para esta clase de situaciones.

Después de encontrar un montón de campanillas púrpuras y hacerse con otro lazo, Lluvia repasa la lista.

—Flor de pincel rosa, pino contorta, cinquefoil amarillo, abeto alpino, falsa tsuga verde de las Rocosas, artemisa, verbena de arena, campanilla púrpura... ¡Ahora toca la flor del azufre! —exclama. El entusiasmo la tiene en medio de un subidón que ha sonrojado sus mejillas. Está... está guapísima—. Escúchame bien: es pequeña, de color lima, y sus flores forman un ramillete muy apretado. ¿Lo tienes? Vamos.

No sé qué color es el lima, pero, como ella tampoco ha esperado respuesta por mi parte, me limito a seguirla. Voy alternando entre mirarla a ella y vigilar el camino (aunque hace rato que nos hemos alejado del sendero), y me digo que no puedo ser un puñetero gallina. Este es el momento perfecto. Creo que es lo más a solas que hemos estado desde que empezó el viaje, exceptuando el momento de la ducha.

Intento recordar lo relajado e indiferente que me sentía con cualquier chica en la universidad. No es que no me importaran, todas eran geniales. Es que con Lluvia... No lo sé, joder, no es lo mismo.

Me están empezando a sudar las manos con el puto frío que hace.

«Échale huevos.»

—Oye...

Ella se detiene tan abruptamente que estoy a punto de arrollarla. Apoyo las manos en sus hombros y su coleta me golpea el mentón.

—¿Has oído eso? —susurra.

Pongo los ojos en blanco.

—No va a colar.

Levanta una mano de golpe.

—Chist...

—Lluvia...

—Ash, es en serio.

Es su tono de voz, bajo y aprensivo, lo que hace que le preste atención. Está escudriñando los árboles que nos rodean con los ojos bien abiertos. La

imito. Alzo la linterna para poder ver algo entre tanta oscuridad, pero ella me detiene.

—Espera.

De lejos, seguimos oyendo la presencia de las otras personas del grupo y es lo único que impide que empiece a inquietarme. Juro por Dios que, como esto sea una broma suya, la mato.

Algo sacude la hojarasca a nuestra derecha. Ambos nos giramos de un salto hacia allí, linterna incluida, y por un instante ilumino algo pequeño que se mueve. Se esconde bajo los arbustos, a unos tres metros, y lo pierdo de vista.

—Creo que es una ardilla —digo en voz baja.

En respuesta, el arbusto se sacude con tanta fuerza como si hubiera alguien dentro moviéndolo. Lluvia retrocede un paso, aplastándose contra mi pecho. Por instinto, le paso un brazo por delante.

—¿Una ardilla haría eso?

No, pero no pienso quedarme a comprobarlo.

—Vale, será mejor que...

Es entonces cuando el bosque entero parece estremecerse con un sonido grave y ronco. Un gruñido, y no ha sonado muy lejos. Un chillido mucho más agudo contesta desde el arbusto.

—Ay, mi madre —gime Lluvia—. Ay, mi madre, Asher.

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, la empujo a mi espalda con una mano y apago la linterna. El arbusto sigue moviéndose, pero ahora también se pueden oír pisotones fuertes, pesados, acercándose desde nuestra izquierda.

—No pasa nada —digo, tanto para Lluvia como para mí—. Debe de ser la osa y una de sus crías. No te preocupes. Voy a ir retrocediendo despacio, así que ten cuidado, no quiero pisarte.

Mantengo el tono de voz bajo y uniforme, lo más calmado posible. Si lo que pone en el folleto que conseguí en la tienda de equipamiento es cierto,

los osos reaccionan mejor ante las voces tranquilas. Le cuento a Lluvia, sin dejar de retroceder, que lo importante es no estar en medio cuando venga a por su cría, no echar a correr y no darle la espalda.

El folleto también dice que los encuentros con mamás osas son los peores, puesto que el instinto protector las lleva a perseguir a cualquiera que pueda suponer una amenaza para sus oseznos, pero eso me lo callo.

Hemos alcanzado una buena distancia, esquivando árboles y matorrales, cuando obtengo el primer vistazo de la osa llegando al lugar en el que nosotros estábamos hace unos segundos... Y la sangre se me hiela en las venas. No sabes cómo es en realidad un animal, qué sensaciones produce, hasta que lo ves en primera persona. Esta es una hembra de oso negro y debe medir como dos metros y medio. Si decidiera ponerse en pie, podría mirarme desde arriba sin problemas.

Sé que ella sabe que estamos aquí, pero lo primero que hace es dirigirse hacia el arbusto donde su cría continúa chillando. Me pregunto si esto es lo mismo que le sucedió al turista que mencionó Vinanti el primer día. A lo mejor el pobre tipo también estaba participando en una inocente yincana y se vio sorprendido porque una cría de oso decidió salir a dar un paseo y obligó a su mamá a ir tras ella.

Sigo empujando a Lluvia hacia atrás y hablándole en voz baja, a pesar de que apenas me oigo a mí mismo porque el corazón me late con la fuerza de un tambor. En algún momento perdemos de vista a la osa, pero no dejo de moverme con calma. Solo me doy la vuelta, cojo a Lluvia de la mano y continuamos caminando. Tiene los dedos helados y puedo sentir sus temblores compitiendo con los míos.

Si se supone que los tíos debemos ser valientes en situaciones así, que se jodan. No soy el maldito Bear Grylls.

Otro gruñido grave llega hasta nosotros. Está lejos, pero no sé determinar cuánto. Lluvia da un brinquito al oírlo y me aprieta la mano con más fuerza todavía.

—¿Crees que nos está siguiendo?

—No lo sé. No debería.

La pobre gira la cabeza tantas veces hacia atrás, examinando el bosque a nuestra espalda, que va a acabar con dolor de cuello. No la culpo; si no fuera porque he asumido un poco el rol de líder (por razones que ni yo mismo comprendo), estaría haciendo lo mismo. Al final, le suelto la mano y le rodeo los hombros con el brazo.

—Tranquila, ¿vale? No somos tan interesantes como su cría. Lo más probable es que le esté echando una bronca brutal por haberse escapado en medio de la noche. En plan «¿Te parece bien lo que has hecho? ¿Sabes el susto que me has dado?».

La oigo soltar el aire que probablemente estaba conteniendo.

—Uf, sí, la que le va a caer.

—Más o menos como a ti cuando te escapaste a Las Vegas con Trinity.

—Estamos hablando de un concierto de Green Day. Sentíamos que, si no íbamos, nos arrepentiríamos el resto de nuestras vidas.

—¿Es verdad que el castigo de Joyce fue que hicieras una redacción?

—Sí, y es mucho más retorcido de lo que piensas.

Continuamos caminando un buen rato mientras ella me explica las horas que pasó sentada en la mesa de la cocina describiendo qué había hecho, por qué estaba mal y una reflexión profunda sobre cómo había hecho sentir a su abuela. Luego saltamos de un tema a otro, yo atento al más mínimo crujido de las hojas a nuestro alrededor, y poco a poco los dos nos vamos relajando.

Cuando al fin nos detenemos, no sé cuánto tiempo ha pasado. Para mí ha sido una jodida eternidad.

Lo que sí tengo claro es que ahora mismo no oímos nada a nuestro alrededor... Y tampoco veo el resplandor de nuestro campamento por ninguna parte.

Lluvia



—Vale, hagamos una lista con los pros y los contras. El pro más evidente y gordo es que hemos sobrevivido al encuentro con una mamá osa. Y el subsiguiente contra es que no vamos a ganar la yincana y hemos acabado un poco perdidos. Creo que está claro hacia qué lado se inclina la balanza, ¿no?

Eso no parece aliviar a Asher. Se ha sentado en el suelo, con la espalda contra el tronco de un árbol, y tiene los codos apoyados en las rodillas. Yo estoy de pie delante de él porque todavía me hormiguea la piel por el miedo y, si me siento, a lo mejor la adrenalina se esfuma y no me levanto en un buen rato.

—Es culpa mía. No he mirado hacia dónde íbamos. —Se frota el rostro con las manos—. Y ahora no podemos movernos por si volvemos a encontrarnos con la osa.

Eso es cierto. Además, podríamos empeorar la situación alejándonos incluso más. Choco la punta de mi zapatilla con la suya.

—Ninguno de los dos estaba pensando mucho en ese momento. Además, tú... Que no se te suba a la cabeza, pero te has portado genial. —Más que genial. La forma en la que me ha abrazado y me hablaba constantemente

para distraerme...—. Creo que yo habría caído desmayada allí mismo y ahora sería la cena de esos dos.

Asiente, aunque tiene la mirada perdida. Me acuclillo frente a él y agarro sus manos para que deje de hacerse estragos en la cara.

—Gracias —digo, bajando un poco la voz. Aun así, en el silencio absoluto de esta parte del bosque parece que los sonidos se amplifican—. No hemos podido alejarnos tanto y estoy segura de que ya nos están buscando. Deja de agobiarte.

—No es tan sencillo.

Inspira profundamente por la nariz y echa la cabeza hacia atrás, contra el tronco. Aunque cierra los ojos, no aparta sus manos de las mías. Sé todo lo que le está pasando por la cabeza, y sé que, para él, por su forma de ser y la manera en que tiende a enfrentarse a las situaciones, esto es incluso más horrible. Estar perdido es desagradable, sobre todo con animales salvajes y un frío de narices, pero ¿estar perdido para una persona organizada y metódica como él?

—Vale, entonces dime si hay algo que pueda hacer por ti. Puedo cantar. Bailar. Hacer mímica. Lo que quieras.

Sus pestañas aletean y me mira. Siento contracciones en el estómago. Hemos dejado la linterna en el suelo para que ilumine un poco lo que nos rodea, y sus ojos ahora mismo parecen negros. Eso debería hacerlos menos atractivos, pero, para mi desgracia, no es así. Independientemente del color, la fuerza de su mirada sigue siendo la misma. Y ahora mismo me está haciendo sentir...

Nerviosa.

Acalorada.

Como si no cupiera un mililitro más de sangre en mis venas.

Por fin, abre la boca.

—Bueno, este es un momento cojonudo para que me preguntes si quiero ver tus dibujos.

Mi corazón se salta un latido.

—Dios santo, ¡qué descarada era con nueve años! Iba abriéndole de par en par mi bloc a cualquiera.

De entre todo el caos de esta situación, consigo arrancarle una chispa de humor. Lo veo en sus ojos.

—Lo digo en serio —insiste.

No me alejo, porque me ocurre lo mismo que el otro día en el río; está examinando cada una de mis reacciones y estudiándolas. Me quedo atascada en él, en sus ojos, en este momento, en las sensaciones que me embargan. Creo que es comodidad lo que siento ahora mismo, y eso no me ocurría con él desde hacía mucho tiempo. Y tal vez por eso, porque me transporta a momentos en los que las cosas no eran tan complicadas entre nosotros, una parte de mí se rinde. Se parte al fin bajo tanta presión.

—Ash... —Trago saliva—. Ya no tengo dibujos que mostrarte.

Él no juzga. No pregunta. Solo se encoge de hombros.

—Podrías dibujar algo ahora.

Inspiro hondo. Hay infinidad de cosas pululando ahora mismo entre nosotros dos. En lugar de contestarle lo obvio, me salgo un poco por la tangente.

—Las artistas reputadas como yo no trabajamos sin los materiales adecuados.

Me suelta las manos para rebuscar en sus bolsillos. Me tiende el bolígrafo que nos ha dado Vinanti. Mis ojos se abren un poco más de lo normal al verlo. Cualquiera diría que es un paquete de dinamita.

—Bien. —Me paso la lengua por los labios, pero no hago ningún movimiento para cogerlo—. ¿Y dónde se supone que dibujaré? ¿En los árboles?

Una ligera sonrisa empieza a tirar de las comisuras de sus labios. Los segundos se alargan sin que yo despegue las manos de sus rodillas. Al final,

él mismo toma una de esas manos y pone el bolígrafo entre mis dedos, que están algo laxos. Espero que lo acuse al frío.

Luego enrolla hacia arriba la manga tanto de la chaqueta como de las otras capas de ropa que lleva, dejando casi todo el brazo al aire. Su piel no tarda en erizarse por el frío.

—Dibuja aquí. —Se palmea los bíceps, lo que hace que mis cejas se disparen—. Puedes llenar todo mi brazo de pollas aladas si quieres, porque luego podemos lavarlo y desaparecerá.

No sé si me he quedado impresionada por lo de las pollas aladas, pero lo cierto es que estoy... bloqueada.

Tal vez lo haya entendido mal.

—¿Desaparecer?

—Sí. —Vuelve a encogerse de hombros, intentando que toda esta conversación rarísima parezca muy coloquial, tan normal como la que tuvimos sobre las fiestas de pijamas femeninas. Pero sé que no es así. Me está mirando de una forma...—. ¿No estás preparada para plasmar tus ideas en un papel? No pasa nada. No estás obligada a ello. Pero en estas semanas he visto cómo mirabas los paisajes, los animales, a las personas. Hay algo en ti que se muere de ganas por dibujar y, sea cual sea la razón por la que no lo haces, estoy seguro de que es válida. Joder, me encantaría meterme en esa cabeza tuya y averiguarlo, pero no haré preguntas al respecto. Así que, ¿y si te tomas esto como una pequeña trampa?

—Una trampa —susurro. Creo que estoy hipnotizada por sus palabras, porque ahora mismo debería estar horrorizada porque me haya calado tan bien.

—Nadie tiene por qué enterarse. Sabes que lo último que contaría es que me has pintarrajeado el brazo. —Flexiona los músculos—. Y luego lo lavaremos.

Mientras parpadeo, como si estuviera forzando a mi cerebro a filtrar y masticar sus palabras, deslizo los ojos por su brazo, el bolígrafo en mis

dedos y un bosque completo a nuestro alrededor. La estampa es bastante parecida a la primera vez que nos vimos, y no me puedo creer que haya acabado con él aquí. Justo diez años después.

O puede que sí.

Puede que así sea cómo somos.

Y que haya sido inevitable todo este tiempo.

Lenta, tentativamente, muevo los dedos alrededor del bolígrafo y lo agarro con más firmeza. Cuando le quito el tapón, es como si estuviera liberándome de unas esposas mentales. Me hace sentir bien y mal a la vez.

Dije que todo quedaría en segundo plano.

¿Por qué me hago esto?

Acerco la mano libre a la piel de su antebrazo, todavía muy cálida. El corazón me late a toda pasilla y tengo la mente totalmente en blanco, pero, en cuanto la punta del bolígrafo toca la piel de Asher, mis dedos se empiezan a mover como si no necesitaran instrucciones... o como si hubieran estado almacenando ideas, sueños, ilusiones, y solo necesitaran un medio para expresarlo.

El tiempo se difumina. Asher se difumina. Hasta yo misma me diluyo. Pinto un tronco sobresaliendo en vertical de aguas en calma y un parque de atracciones con una tormenta de rayos justo encima. Aparece una niña llena de pecas con una gorra de los Bruins, y un ciervo orejudo en medio de una carretera. Hay nutrias dándose la manita y una chica guapísima haciéndose trenzas en el pelo. No distancio los dibujos unos de otros, así que son como constelaciones que marcan nuestro viaje a lo largo de estas semanas.

Voy rellenando cada espacio de piel poco a poco, a veces haciéndole cosquillas en las zonas más sensibles, como la doblez interior del codo. En todo momento soy consciente de la mirada de Asher fija en mí, no en los dibujos, pero la ignoro. Me embargan una paz y una calma que hacía muchísimo tiempo que no lograba reunir. Esta aura de concentración, lo

sosegada que estoy siempre que dibujo, me envuelve por completo. Nos envuelve.

Lo había olvidado.

Me había obligado a olvidar lo que esto me hace sentir.

Estoy sombreando algunas partes cuando noto algo suave en el rostro. Levanto la cabeza, sobresaltada. Es un pañuelo de tela. Me está secando las lágrimas con uno de esos pañuelos de señor mayor.

—Mentiroso —susurro.

Él, como si estuviera indeciso, traga saliva.

—Lluvia...

No puedo soportarlo. Me tiro sobre él y lo abrazo. Él abre las piernas automáticamente para poder acunarme contra su pecho. Sus dedos se clavan en mi espalda y el calor que desprende su torso choca contra mis mejillas frías.

—Soy una egoísta —sollozo. Sé que sueno desesperada. Rota—. Me digo a mí misma que todo esto... Me miento a mí misma. Todo el rato. Y estoy cansada de esto, pero no sé cómo parar. Estoy tan tan cansada...

Asher me acaricia la espalda, la nuca, y apoya el rostro contra mi coronilla.

—Eres la persona menos egoísta que conozco, Lluvia Clearwater —murmura.

—No lo sabes. No sabes las cosas que pienso a veces.

—¿Y qué? ¿Y qué si tus pensamientos no son perfectos? Nadie lo es al cien por cien. Eso no es lo que te define. Cómo te comportas con los demás, cómo luchas contra ti misma y esas partes menos bonitas. Miedo, inseguridad, egoísmo, culpabilidad, rencor... Joder, no serías humana si no las sintieras. Pero te conozco. Hemos vivido casa con casa durante diez años, y tú siempre das todo de ti para que los demás nos sintamos bien. A veces más de lo que me gustaría.

Suena tan convencido, tan seguro de lo que dice, que me muero de ganas de creerlo. Pero incluso en mi mejor momento sé que hay un gran porcentaje de egoísmo en todas las cosas que hago por los demás. ¿Por qué sino han empezado a cansarme las peticiones de todo el mundo? En su momento me encantaba ser la chica de los recados, y ahora ya no me viene bien. Eso no lo hace una buena persona. Una buena persona ayuda porque le sale del corazón, no para ganarse el cariño de todo el mundo.

Una buena persona llevaría a rastras a su abuela a un hospital, importándole poco que esta pudiera odiarla por ello, porque eso sería lo correcto.

Asher desliza el pulgar hacia abajo y hace un poco de presión en la comisura de mis labios... como si quisiera borrar algo ahí.

—Eres buena. Si repites esto en Santa Jacinta o delante de las abuelas, lo negaré... pero eres una de las mejores personas que he conocido. —La barbilla me tiembla y más lágrimas acuden a mis ojos—. Tú ríes, conectas con las personas con facilidad, y siempre pareces contemplar la vida como si fuera... no sé, un puto día soleado. Joder, que nos encontramos con un incendio y te tiraste de cabeza a ayudar.

—Me dijiste que ni se me ocurriera —digo, con la voz un poco rasgada.

—Porque yo soy un cabrón. Yo hubiera dado media vuelta y buscado otra carretera, dejando que los servicios de emergencia se hicieran cargo de todo. —Empiezo a negar con la cabeza, pero él continúa—. Yo no soy como tú. Creo... Creo que lo sabes. Puedo contar con los dedos de una mano las personas en las que realmente confío. La abuela, Joyce, Travis... y tú. Esto se me da fatal. —Hace un gesto tan vago que no sé si se está refiriendo a nosotros, al bosque o la situación en general—. Me... Me agobio. Cada vez que siento que alguien se acerca mucho... En resumen, que estoy jodido.

—No, Asher, no lo estás. Ojalá pudieras... —«Ojalá pudieras verte como yo lo hago.» Me separo un poco y apoyo las manos con suavidad en su

pecho. Su cercanía, su olor y su calidez me marean—. Daba igual que nos comportáramos como dos críos idiotas, para mí eras... Eras un gran amigo. No huías cuando creías que me hacías falta, así que tu ansiedad tampoco te define porque, al final, siempre has estado ahí. Conmigo estuviste.

Como si no pudiera evitarlo, acerca los dedos con lentitud y retira los mechones rizados que se me han escapado de la coleta. Luego acaricia el pulso en la base de mi cuello; así es imposible ocultar lo rápido que me late el corazón.

Veo cómo sus labios se entreabren y exhala un pequeño suspiro.

—Contigo siempre fue diferente —confiesa.

Es entonces cuando mi cerebro comienza una batalla contra sí mismo. Me encantaría que esta fuera la primera vez que me pasa. Me encantaría no estar acostumbrada.

«No va por donde tú crees que va.»

Pero ¿y si él sentía lo mismo? ¿Y si sigue habiendo algo ahí?

Asher se acerca. Inclina su rostro hacia mí, ejerciendo una ligera presión en mi cuello.

¿De verdad voy a hacer esto?

¿No me hace incluso más egoísta?

Contemplo sus labios con la misma intensidad que si quisiera dibujarlos. Jamás he querido nada tanto como este momento, nada me ha dolido más que esta espera.

O sí.

Hubo un momento que dolió mucho más.

«Debes haber estado imaginándote cosas.»

«No seas cría, Lluvia. Madura.»

En el último momento, con el corazón latiéndome tan fuerte que resulta doloroso, esquivo sus labios. Su aliento choca contra mi mejilla y noto el cambio en su respiración. La sorpresa.

Resollando como si acabara de correr una maratón, suelto:

—¿Qué estás haciendo?

Tras unos segundos en los que parece no saber cómo reaccionar, se echa hacia atrás para mirarme. Es ese movimiento el que me hace darme cuenta de lo cerca que hemos estado en realidad, de lo poco que ha faltado para...

Se aclara la garganta.

—Si tienes que preguntarlo, es que lo estoy haciendo como el culo.

Lo miro fijamente, sin parpadear. Una parte muy poderosa de mí, muy muy poderosa e inconsciente, se muere de ganas de tirar de su chaqueta hacia mí y ya está. Dejar de negar que algo crepita, denso y caliente, entre nosotros desde hace muchísimo tiempo.

Así que, por si acaso, convierto las manos en puños y las guardo en mi regazo. Creo que se pone un poco nervioso bajo mi escrutinio, o tal vez lo ha estado todo el tiempo y disimula muy bien, porque traga saliva y luego se pasa la mano por la nuca, frotando la zona.

—No nos vamos a liar —anuncio.

Sus ojos vuelan hacia los míos.

—¿No?

—No. —Tomo aire en profundidad y me preparo para abrir la dichosa caja de Pandora y acabar con todo. Porque hay muchas otras cosas en mi vida que no puedo solucionar ahora mismo, que siento que se me escurren de entre los dedos como si fueran agua, pero esta no es una de ellas—. Hace cuatro años tuviste la oportunidad y me dejaste tirada en un armario. Peor todavía: te quedaste mirando mientras otra persona entraba y se llevaba lo que había estado reservando para ti.

No dice nada, pero empieza a apretar la mandíbula con tanta fuerza que debe de estar haciéndose daño. Sus ojos relucen como si estuviera recordando ese momento y lo odiara con todas sus fuerzas.

Bien, porque yo también odié esa situación.

—Y luego, cuando te pregunté qué pasaba, por qué me estabas tratando así, me llamaste cría y me dijiste que madurara. ¿Lo recuerdas?

Sus labios están blancos, sin sangre, pero consigue abrir la boca para farfullar:

—Sí.

—¿Qué pasa? ¿Es que ya no soy una cría para ti? ¿Ahora sí merezco tu atención?

—No, Lluvia... —Cierra los ojos un instante, su expresión cambia a algo a medio cambio entre la culpa y la impotencia—. Nada de lo que pasó aquel día tenía algo que ver contigo.

—Guau, pues, para no tenerlo, fuiste muy cabrón y me hiciste un montón de daño.

—Es que yo-yo... Eso... —Para mi absoluta sorpresa, Asher Stone empieza a tartamudear y enredarse con sus propias palabras.

Lo veo luchar contra sí mismo, intentando abrir o sacar algo de su interior que tal vez ni siquiera posea, y algo se agita en mi pecho. No sé si es derrota o compasión. Este chico alto, fuerte y tan guapo, en el fondo, sigue siendo el mismo Asher de hace diez años. Está en sus gestos esquivos, en su forma de cruzarse de brazos ante una situación que no controla, y en los movimientos nerviosos de sus piernas, como si estuviera listo para salir corriendo.

La única diferencia patente que veo es que hace unos años habría echado a correr en cuanto hubiera visto venir esta conversación en el horizonte. Hoy, al menos, lo intenta. Si es porque ha habido un cambio real o sencillamente porque no tiene hacia dónde ir sin ponerse en peligro, eso no lo sé.

Así que no es suficiente.

No para mí, que he dado muchísimo a muchas personas todo este tiempo y estoy harta de estirarme como un chicle. Por más injusto que suene, este Asher tartamudo está llegando muy tarde.

Porque podríamos besarnos, sí, y estoy segura de que lo disfrutaría porque la química entre nosotros, tal y como dijo Vinanti, podría quemar el

maldito Yellowstone. Pero yo, al igual que Asher, tampoco he cambiado demasiado. En esencia sigo siendo la misma, y no me voy a besar con un tío que no tiene sus emociones nada claras.

Suspiro por lo bajini, con pocas fuerzas, y le palmeo el brazo con suavidad.

—Déjalo.

Parpadea. Mira mi mano un segundo, confundido, antes de regresar su atención a mi rostro.

—¿Qué?

—Todo eso pasó hace mucho tiempo, y creo que he seguido enfadada porque nunca pudimos hablarlo. Me conformo con que ahora sepas que te portaste fatal, y espero que no vayas por la universidad dejando a chicas con los ojos vendados en armarios.

En silencio, me observa como creo que yo observé a la señorita Salvany cuando nos enseñó una foto de la conjetura de Hodge.

—Además, cuando no me ignoras ni me miras como si fuera un escarabajo pelotero, hasta me caes bien. Centrémonos en eso y en ponernos cómodos hasta que nos encuentren, ¿vale?

Asher



Paso una noche de mierda, y ni siquiera es por estar en medio de un puto bosque congelándome el culo. Parece ser que ahora mismo tengo mucho en común con Wood Stone, mi antepasado hecho pedazos por la pésima conducción de Lluvia. Mi tío abuelo Pete afirma que lo único que quedó intacto fue el trasero de la estatua, y que ahora lo usan como pisapapeles gigante en el ayuntamiento. Para que luego digan que los Stone no tenemos sentido del humor.

«Bésala en cuanto tengas oportunidad.»

Un único consejo.

Y consigo que me hagan la cobra.

Tampoco puedo culparla. Tenía razón en todo lo que me ha dicho, y creo que nunca me he sentido más inútil que cuando el brillo en sus ojos se ha ido apagando al darse cuenta de que no tenía respuestas para ella. Se acababa de abrir de par en par ante mis narices, rota de una manera que me ha hecho desear ser capaz de absorber aunque fuera la mitad de lo que estaba sintiendo; tener la certeza de que mi abrazo era suficiente para consolarla, sea lo que sea lo que le esté sucediendo. Porque lo que he visto no puede ser por no haber entrado en la universidad o haber roto con su novio.

Lluvia lo siente todo con muchísima fuerza, pero ¿derrumbarse de esa manera? Ella es mucho más que eso; siempre me ha parecido invencible, imparable.

Por otro lado, dudo que vuelva a tener la oportunidad de indagar sobre ello. Ha confiado en mí para mostrarme esa parte que oculta tras las sonrisas falsas y... ¿qué le he dado yo a cambio?

Un intento de beso y balbuceos de niño pequeño.

Joder, no me he podido resistir. Cuando ha levantado el rostro de mi pecho y me ha mirado, sus pestañas estaban húmedas y le habían salido manchas rojas en la cara por llorar. El rictus de sus labios era serio, como si todas las emociones se le agolparan en las comisuras e hicieran presión hacia abajo. No estaba en su mejor momento. Y a mí me ha parecido que estaba preciosa.

A esas alturas había tantas alarmas sonando en mi cabeza que ya ni las distinguía. Resignado, las he apagado. He actuado por instinto. Y a tomar por culo.

Odio esa parte de mí que no puedo controlar, el pánico que me recorre de arriba abajo cuando siento que una situación se sale de control. Normalmente mi mente es como un partido de fútbol. Sé dónde juego, quiénes son mis compañeros y sus posiciones, he estudiado a los contrarios y tengo clara la jugada. Todo es fluido, claro, fácil.

Cuando esta mierda llega, no puedo pensar con claridad. Los pensamientos se esfuman. Me quedo solo en un campo de juego desconocido, y unas gruesas raíces negras salen del suelo y me envuelven las piernas. No me puedo mover. Me convierto en un obstáculo para mí mismo.

Sé qué nombre tiene. Se lo dijo el psicólogo a mi abuela poco después del fallecimiento de mis padres.

Bloqueo mental.

Se supone que es alguna clase de mecanismo de supervivencia, pero a mí no para de joderme la vida. Lo que para otras personas son sentimientos disfrutables, para mí son balas que tengo que esquivar y que, por más que trate de evitarlo, siempre se enquistan en alguna parte y esperan, esperan, esperan... porque siempre les llega su momento.

El deporte me ha ayudado muchísimo. Dreno energía al mismo tiempo que la recargo; me mantengo alejado del agotamiento y la apatía que llegué a sentir de pequeño. Ya casi no padezco fobia social, solo en momentos puntuales, y me he sentido muy orgulloso de mí mismo en la universidad. He hecho amistades, he salido de mi zona de confort. He intentado, en definitiva, ser la clase de tío que se acuesta por las noches sin remordimientos.

Pero supongo que no se puede conseguir del todo si dejas cuentas pendientes.

La mía es Lluvia Clearwater.

Llevo enamorado de ella más de la mitad de mi vida y ha habido días que ese pensamiento me ha dado ganas de vomitar. Tal vez no suene romántico, pero, para alguien como yo, con los obstáculos mentales que yo tengo, es como si hincara la rodilla en el suelo con un anillo en la mano.

Quiero ser capaz de decirle eso, joder.

¿Y si esta ha sido la última oportunidad y la he cagado?

¿Y si terminamos este viaje, yo regreso a UCLA... y se acabó?

Lluvia suspira en sueños y se remueve, y yo permanezco inmóvil rezando para que no se despierte. Cuando las horas fueron pasando sin que nadie viniera a rescatarnos, ella empezó a bostezar. Tardé un buen rato en convencerla de que podía dormir y que yo haría guardia. Insistió en que la despertara e intercambiáramos puestos para que yo también pudiera descansar. Asentí.

Mentí.

Se acostó dejando la linterna de por medio, como si esta fuera el sustituto de Don Pinchos. Y en cuanto supe que estaba profundamente dormida, me quité la chaqueta cortaviento, la puse sobre sus piernas, y luego la abracé por detrás para ayudarla a conservar el calor.

Ya hace rato que he dejado de sentir la espalda y el culo, y he tenido varias conversaciones serias con mi polla por empeñarse en malinterpretar la situación, pero me lo tomo como un castigo merecido por imbécil.

Creo que el cielo está pasando de negro como la tinta a negro como el carbón cuando oigo el primer grito a lo lejos. Es mi nombre. Mi sorpresa es tan fuerte que despierto a Lluvia. Pido disculpas a toda prisa, me pongo en pie de un salto y grito en respuesta.

—¡¡Aquí!!

Unos minutos más tarde, de entre los árboles aparece un grupo de unas seis personas, entre ellas el *ranger* Cuarto Menguante. Joder, nunca me había alegrado tanto de ver a alguien, y ellos también están claramente aliviados de habernos encontrado. Les contamos a toda prisa nuestra experiencia mientras una mujer del personal sanitario del parque nos revisa.

La mujer arruga la cara al acercarse a mí y lo primero que hace es asirme la muñeca. No comenta nada de todos los dibujos en tinta azul que me recorren la piel. Me dejo hacer, sintiéndome de pronto muy liviano. Creo que es el alivio. Tantas horas despierto te dan para pensar mucho, no solo en tus problemas amorosos, así que mi mente morbosa se ha dado a la tarea de repasar todas las formas en las que dos personas pueden morir en un bosque.

Curiosamente, la mayoría de ellas eran por tropiezos tontos.

—Tomasteis una buena decisión al no seguir moviéndoos —nos felicita Tayen. Intento seguirle la pista, ya que creo que el muy listo ha cogido a Lluvia de la mano, pero empiezan a aparecer puntitos negros en el borde de mi visión—. No sabéis la cantidad de personas que desaparecen al año en estos entornos salvajes. También habéis tenido muchísima suerte por...

—Tu pulso es muy débil —murmura la sanitaria. Luego grita algo que me resulta ininteligible.

De repente hay más personas a mi alrededor y estoy sentado en el suelo. Lluvia aparece frente a mí. Su expresión es de... ¿miedo?, ¿disgusto? No estoy seguro.

—¿Qué has hecho? ¿Es que eres tonto? —me reclama.

Intento darle la razón, pero es como si mi propia lengua no me perteneciera. Un segundo la estoy mirando a ella, y al siguiente veo el cielo. Ya es de día. Las voces son como una cacofonía. Creo que distingo la de la abuela, y ella sí que está enfadada porque está discutiendo con alguien a grito pelado. Vinanti le responde algo sobre unas ondas magnéticas.

Lo último que recuerdo oír es la voz de Lluvia preguntando quién ganó la yincana.

Lluvia



¿Habéis oído hablar de la ley de la atracción?

Bien, pues yo deseé fervientemente no tener que enfrentarme a Asher después de la horrorosa conversación post-casi-beso (y la previa también, para qué negarlo), y el universo le envió un inicio de hipotermia. Se pasó nuestro último día en Yellowstone en la enfermería, y creo que no respiré hasta que nos dijeron que no era nada grave, solo tensión acumulada y mucho frío. No habíamos pasado tantas horas a la intemperie, aunque (¡qué fantástica casualidad!), esa noche fue una de las más frías registradas en el parque en el mes de agosto desde 1913.

Y Asher se llevó la peor parte porque decidió, de una forma muy heroica y altruista, quitarse su chaqueta para evitarme a mí lo peor. Y también me dejó dormir toda la noche. Y me abrazó para convertirse en mi estufa personal.

Y yo le recriminé algo que pasó años atrás y puede que lo llamara cabrón.

Para colmo de males, la abuela ganó la yincana con veintiséis lazos rojos. VEINTISÉIS. Lo bueno es que el misterioso premio no era una gran cosa: una cesta gigantesca con toda clase de regalos de la tienda de suvenires del parque. Nada a la altura de Vinanti.

Asher está envuelto ahora mismo en una manta con el mapa de Yellowstone, bien atendido y acostado en la cama de las abuelas. Dos días después, está resfriado y apenas le quedan unas décimas de fiebre. Atlanta lo ha obligado a beber tanta agua (a pesar de que en ningún momento estuvo cerca de sufrir deshidratación) que podría regar una planta tosiendo.

Mientras tanto, yo me he hecho con el control de Little Hazard.

Más o menos.

Los pasitos apresurados de la abuela hacen (una vez más) el recorrido entre la parte posterior y la delantera.

—Querida, Asher dice que le encantaría que no intentaras arrancar la palanca de cambios. Dice que esta clase de...

Aferro el volante con mucha mucha fuerza, a falta de tener otra cosa mejor a la que echarle el guante. Estos pequeños detalles hacen que me sea muy difícil continuar sintiendo pena por él.

—Abu, te quiero. Eres, con diferencia, mi persona favorita en esta autocaravana. —Hay un murmullo de fondo que me hace pensar que Atlanta se siente ofendida por tal afirmación—, pero, si vuelvo a oír «Asher dice», se acabó.

Aunque esboza una sonrisita feliz (sin que yo sepa por qué está tan feliz), la abuela me da una tregua. El siguiente par de horas hasta llegar a Keystone puedo disfrutar del manejo de Little Hazard. Por más mala fama que me haya ganado en el pueblo, soy una conductora decente. El arañazo que ahora luce la carrocería del lado izquierdo estuvo completamente fuera de mi control. Además, tendría que ser horrorosa para salirme de una carretera de Dakota del Sur, porque mires hacia donde mires... no hay nada.

Tierra de indios nativos norteamericanos y, para muchos, el corazón de Norteamérica.

Nosotros solo haremos una parada rápida para ver el Monte Rushmore, una de las paradas escogidas por Atlanta, antes de seguir más o menos en

línea recta hacia Nueva York. Al llegar allí, habremos recorrido el país de oeste a este y realizado la mitad de nuestra ruta.

La puñetera mitad.

No me puedo creer que ya llevemos veinte días de viaje. En casa, estaba convencida de que los días se arrastrarían como un perezoso por una rama. Por suerte o por desgracia, no es así.

Contemplo los despejados paisajes de Dakota del Sur mientras respiro hondo. El tiempo no cambia, solo lo hace nuestra percepción de este. Y me alegro de que así sea.

Aparco con éxito en el parking del monumento sobre las siete de la tarde, la hora del día ideal para visitarlo sin ser vencidos por el calor. Podría decir que todo ha sido cronometrado a la perfección por mi parte, pero en realidad teníamos previsto llegar un poco antes. Digamos que me he perdido un rato y luego me he negado a seguir las indicaciones (a gritos) de Asher.

Las abuelas se marchan, con sombreros a juego que ponen «Novia» y «Dama de honor», en plan despedida de soltera pero sin penes bamboleantes. También van con los móviles en ristre para sacar muchísimas fotos, y prometen no tardar mucho en volver. Yo me digo que me quedo en la autocaravana porque nunca he sido muy patriótica y puedo vivir sin ver en persona las enormes caras talladas en piedra de cuatro presidentes.

«O porque en el fondo te sientes responsable de la fiebre de alguien.»

Nos ignoramos mutuamente alrededor de una hora. Como sigo sin encender mi móvil por más razones de las que quiero examinar, me entretengo echándole un vistazo a la lectura actual de Atlanta. Uf, genial. Es un romance tórrido en el salvaje Oeste entre una aristócrata y un mestizo medio indio. Cherokee, seguro.

Las partes eróticas son explícitas y bastante fantasiosas. La aristócrata descubre que es multiorgásmica la primera vez que hace el amor. Se ve que el mestizo ha tenido tiempo para volverse un experto en el arte sexual

mientras cría caballos de pura sangre y combate contra pistoleros a sueldo. Entre tormentas apocalípticas, robos de ganado y un atraco a la diligencia en la que iban, es increíble que tengan tiempo de enamorarse.

Un golpe sordo me saca de la lectura justo cuando la muchacha está a punto de descubrir las maravillas del sexo oral. Me inclino hacia delante desde los sillones y descubro a Asher de pie en el pequeño pasillo del fondo, ayudándose de las paredes para poder mantenerse en pie. Por la forma en que se frota la cabeza, creo que ya sé de dónde ha venido el golpe. Incluso desde aquí puedo apreciar lo coloradas que están sus mejillas y los profundos surcos bajo los ojos.

—¡Eh! —Tiro el libro sobre la mesa y corro hacia él—. No puedes levantarte así, sin más. Llevas día y medio acostado y todavía tienes fiebre.

—No me digas —gruñe, su voz más ronca de lo normal.

Su expresión hosca y la manera en que evita mi mirada no deberían sorprenderme, ni mucho menos dolerme. Este es el Asher al que había llegado a acostumbrarme. El que prefiero porque es más seguro. ¿Que es absurdo que me secara las lágrimas y me dijera cosas preciosas y ahora actúe así? Sí, pero no es asunto mío.

Allá él.

Allá él si quiere ir arrastrándose por toda la autocaravana como un gato saliendo de la anestesia.

Rechinando los dientes, pregunto:

—¿Necesitas algo?

—¿Por qué? ¿Vas a ayudarme a sujetarla?

No entiendo su pregunta hasta que desliza la puerta del baño y señala el retrete. Me mira de refilón, tan breve que apenas me da tiempo a hacer contacto visual.

Sonrío con amplitud.

—Dudo que haya nada que necesite de una segunda mano, pero admiro tu autoestima.

Gruñe algo más antes de cerrarme la puerta en la cara. Como no hay nadie para ser testigo de lo idiota que soy, me quedo con la oreja pegada para comprobar que no se desmaya ahí dentro y, en cuanto capto el primer indicio de «chorrito cayendo desde lo alto», salto hacia los sillones.

Su regreso a la cama es incluso más penoso. Más que acostarse, creo que se tira en el colchón. ¿O se ha caído? Abro y cierro el libro en mi regazo varias veces antes de espiar lo que ocurre de la manera más disimulada que puedo. No se oye ni un ruido en esa zona, y veo sus pies colgando bocabajo desde el borde y su indecente trasero ejercitado sobresaliendo hacia arriba.

—¿Asher?

No hay respuesta. Y por más capullo que sea, sé que jamás se quedaría en silencio sabiendo que puedo preocuparme.

Me acerco a toda prisa, hago sus pies a un lado y doy un salto para subirme al colchón. Está tirado en diagonal con el rostro girado hacia mí. Tiene los labios entreabiertos y respira de manera superficial, con la piel perlada por el sudor. Antes de ponerle la mano en la frente, ya sé lo que voy a encontrarme.

—Mierda —murmuro.

Ya son casi las nueve y la temperatura del cuerpo suele subir por la noche, lo cual no hace buen tándem con la fiebre. Si tuviera a mano milenrama, fenogreco o salvia, le prepararía un té que le ayudaría muchísimo, porque no puede tomar más analgésicos en unas cuantas horas. Pero mi querida floristería queda muy lejos ahora mismo.

Le acaricio la mejilla ardiente mientras pienso qué otra cosa puedo hacer. No quiero llamar a Atlanta e inquietarla, porque es normal que esto empeore a ratos.

Asher gime algo y mueve un poco la cabeza, buscando mi mano. Oh, vaya, parece que ahora está en plan mimoso. Le retiro el flequillo húmedo de la frente y me inclino para susurrarle:

—¿Ya no necesitas ayuda para que te la sujete? —Le doy un capirotazo en la nariz que lo hace gruñir—. Sí, el karma es una perra.

—Bruja —consigue exhalar.

Al final, lo mejor que se me ocurre es ayudarlo a quitarse la camiseta, porque no para de sudar y a estas alturas no es más que una tela empapada pegada al cuerpo. Consigo que quede tendido bocarriba y humedezco un paño de cocina con agua tibia. Lo enrollo y, con cuidado, se lo coloco sobre la frente y las sienes. Tendrá que valer.

No me recreo ni un instante en sus pectorales o abdominales. Cosificarlo cuando está sano es una cosa, pero ¿estando enfermo? Tengo mis límites.

Antes de bajarme de la cama, una de sus manos sale disparada y me toma de la muñeca. Ha abierto los ojos un poquitín, una rendija brillante y azul.

—¿Qué?

Lo veo apretar los labios y tragar saliva con esfuerzo, y, como todavía estoy en modo enfermera, recojo la botella de agua de la estantería que hace las veces de mesa de noche y se la alcanzo.

No me hace ningún caso y continúa mirándome como si estuviera tratando de establecer conexión mental conmigo. Dejo el agua de nuevo y suspiro.

—Habla y suéltame. —Tironeo mi muñeca prisionera y, aunque su agarre no se hace más fuerte ni es incómodo, tampoco se suaviza. Me percato de que ese es el brazo en el que dibujé en el bosque. Por supuesto, no queda ni rastro. Es lo que él me aseguró, que lo lavaría y nadie tendría por qué saberlo.

Y eso no debería hacerme sentir todavía peor.

—Lluvia...

Algo en su tono de voz hace que me quede inmóvil. Una especie de presentimiento desciende sobre mí, recorriéndome de arriba abajo y haciéndome temblar. Sabiendo que no debo, que es absurdo, contengo el

aliento mientras lo observo. No sé cuántas cosas me pasan por la mente ahora mismo, muchas de las cuales no debería desear que sucedieran, pero es como un torrente de agua incontenible, con más fuerza que las cataratas del Gran Cañón de Yellowstone.

Sin embargo, los segundos pasan mientras nos miramos a los ojos casi sin parpadear..., y él no dice nada.

Y yo ya he vivido esto.

Tomo aire de forma trémula, sintiéndome una imbécil total y luchando para que no se me note ni un gramo de decepción. Estoy a punto de pellizcarle el brazo para que me suelte cuando lo veo moverse. Con la mano libre, tira del paño húmedo hacia abajo, cubriéndose los ojos.

Frunzo el ceño.

—¿Qué estás...?

Y entonces, por fin, habla:

—Hace cuatro años, fui un puto cobarde.

Creo que me quedo en *shock* después de oír eso. En el pequeño lapso de tiempo que transcurre mientras se relame los labios resecos, es posible que mi sangre haya dejado de fluir y mi cerebro se haya torcido.

—No había nada que quisiera más en el mundo que darte tu primer beso —confiesa con dificultad—. No había otra cosa en la que pudiera pensar que en que tú fueras mi primer beso. Si me preguntaras cuándo empecé a verte de otra manera, cuándo comenzó a volverme loco el hecho de tenerte cerca y no poder tocarte, ni siquiera sabría decírtelo. Una parte de mí...

Sus labios se mueven solos un par de veces, como si hubiera palabras que no supiera cómo pronunciar. Y por un aterrador momento pienso que eso es lo máximo que puede decir, que ya es mucho más de lo que yo jamás hubiera esperado, y que va a volver a atascarse como en el bosque.

Hasta que reparo en el hecho de que sigue manteniendo el paño sobre sus ojos con los dedos, como si tuviera miedo de que se le cayera.

Para no verme.

Como una venda.

—Creo que una parte de mí se quedó contigo el día que nos conocimos, y eso fue todo. A partir de entonces, no ha habido día en el que no me hicieras perder la cabeza. Al principio creía que era por el tema de nuestras familias, y porque eras un maldito desastre andante. Pero, joder, ¿el día que cumpliste los quince y todo se fue a la mierda? Te juro por Dios que solo podía pensar en meter las manos debajo de ese vestido que llevabas. Los puñeteros vestidos de flores —masculla, como si tuviera una afrenta personal contra ellos—. Cuando tuve la oportunidad de ir detrás de ti... Me acojoné. Yo me... No sé cómo explicarlo. Hubo alguien que... Bueno, no puedo echarle la culpa porque, si hubiera tenido las cosas claras, si hubiera tenido el maldito valor de...

Los dedos que aún rodean mi muñeca se contraen. Los observo. No está ejerciendo fuerza alguna y puede que se trate de la fiebre, pero noto sus estremecimientos pasando de su piel a la mía. ¿O es de la mía a la suya?

—Me arrepiento de ese día —continúa, con la voz temblorosa—. Me arrepiento de haberte hecho daño, Lluvia. Si te sirve de consuelo, aunque entendería que no, quedé hecho una mierda después de aquello. Y desde entonces... Nada ha cambiado para mí. Absolutamente nada.

Me tiembla la barbilla y los ojos empiezan a arderme. Siento presión en el pecho, en el corazón, y en mi estómago ya no hay un nudo de hilos, hay una máquina de coser trabajando a destajo, fabricando ovillos y ovillos de todos los colores posibles.

Creo que ya puedo darle un nombre a esos hilos que han ido llegando, entrelazándose y creciendo...

Ilusión.

«Nada ha cambiado para mí. Absolutamente nada.»

Trepo sobre la cama, colocando una rodilla en el hueco entre sus piernas y elevándome sobre él. Puede que no haya visto nada más bonito en toda mi vida que a Asher Stone completamente ruborizado (y sé que hay un

porcentaje de eso que no tiene nada que ver con estar enfermo) y con los ojos tapados... mostrándose vulnerable, expresando algo que puede que le haya costado más de lo que nunca llegaré a saber.

Él me suelta la muñeca y una de sus manos aterriza en mi muslo de manera tentativa, como si estuviera tratando de adivinar qué estoy haciendo.

Exhalo un hilo de aire que debería brillar por todo lo que llevo dentro ahora mismo, y luego me inclino para besarlo.

Sus labios están supercalientes y se nota que lo cojo desprevenido por el pequeño respingo que da. Nuestras narices se rozan.

Me separo y, con delicadeza, retiro el paño que cubre sus ojos. Tiene las cejas y las pestañas mojadas, y parpadea un par de veces antes de enfocar su mirada en mí. Quiero dibujar sus ojos. Me moriré si no dibujo sus ojos.

Sonrío justo cuando una de mis lágrimas se escapa y cae en su mejilla.

—Para mí tampoco ha cambiado nada, Ash Ketchum.

Me está mirando de una manera... Jamás se me había pasado por la cabeza que Asher me miraría así, tan sorprendido. Y de la mejor manera, porque parece que estuviera contemplando un número de lotería premiado y no supiera qué hacer con él, donde gastarlo primero.

Creo que incluso ha dejado de respirar.

Hasta que, de repente, entra en acción. Con una mano enmarca mi rostro con suavidad, su pulgar justo en la comisura de mis labios, y me besa con fuerza. Une nuestros labios de una manera brusca, torpe, y, antes de que pueda asimilar que de verdad Asher Stone me ha devuelto el beso, noto su otro brazo moviéndose alrededor de mi cintura. Tras un giro que hace que mi cabeza se sienta ingrávida, yo estoy bocarriba en la cama y él se cierne sobre mí.

Se separa, respirando agitadamente. Apoya la mano junto a mi cabeza y nos miramos a los ojos. Creo que no me he sentido más emocionada por nada en la vida. No puedo negar que imaginé esto, incluso en esta posición

exacta, muchísimas veces. Sin embargo, la realidad supera la ficción con creces.

Con los dedos le acaricio la nuca, rascando con suavidad el inicio de su cabello, y como si esa hubiera sido toda la señal que necesitaba, vuelve a caer sobre mí. Sus labios acarician, buscan, se disculpan, y yo me abro para él. Paseo las manos por su cuello y su pecho descubierto, importándome un pimiento que esté sudoroso. Cuando profundiza el beso y su lengua entra en acción, creo que me explota la cabeza. Gimo. Siento el beso en todo el cuerpo. Y cuando él me aprieta las caderas con las manos con urgencia, como si en realidad se estuviera conteniendo muchísimo, yo aprovecho para morderle con cuidado el labio inferior.

Se detiene un instante y lo miro a través de los párpados entornados, con los brazos alrededor de su cuello a modo de torniquete por si se le ocurre apartarse. Su mirada está fija en mi boca, con una intensidad que crea un auténtico torbellino en mi estómago, y si antes respiraba con fuerza, ahora parece que venga de correr una maratón. Pestañea como si no se creyera que ha estado besándome hasta hace medio segundo.

Hago un poco de presión con los brazos y busco su boca de nuevo. Me quedo confusa cuando lo que encuentro es su mejilla, hasta que caigo en la cuenta de que se ha movido en el último momento y ha enterrado el rostro en el hueco entre mi cuello y mi hombro.

Desde allí, exhala un gemido de absoluta derrota.

—Mierda —se lamenta—. Solo a ti se te ocurre ponerte creativa cuando estoy muriendo por un puto resfriado. Voy a contagiarte.

Sonrío, sintiéndome cero pesimista con él sobre mí. Sentir su peso y su calor, junto con su respiración chocando en mi cuello, es una de las mejores cosas que he experimentado en demasiado tiempo.

—Acabo de enrollarme con el 41 de los UCLA Bruins —me regodeo—. Ha merecido la pena.

Lo oigo sorber por la nariz y, gracias a las endorfinas que me tienen drogada ahora mismo, me parece hasta mono.

—Siento haberte dicho lo de que me la sujetaras —murmura—. Estaba cabreado conmigo mismo.

—Esos eran otro Asher y otra Lluvia. Otra época. Otro universo. Si necesitas ayuda en el futuro para manejar tu herramienta, cuenta conmigo.

Lo noto sacudirse, riéndose en voz baja.

—Tía, eso es maquinaria pesada. —Estira los brazos para poder separarse y mirarme. Uf, no puede ser. Desde esta perspectiva, sin camiseta y tan de cerca... Creo que ahora mismo estoy como la aristócrata cuando el mestizo la acorraló en los establos y le metió una rodilla entre las piernas—. No creo que estés preparada.

Deslizo las manos por sus costados desnudos. Su piel sigue muy caliente y responde al contacto erizándose por todas partes. Con el pulgar, le acaricio de manera muy leve los abdominales.

Asher aprieta la mandíbula y hace justo lo que he imaginado que haría: echa las caderas hacia atrás, separándolas de las mías... ocultando la erección instantánea que acaba de tener.

—Ay, Ash, creo que el que no está preparado eres tú.

Asher



BFF de Lluvia: ¡¡Buenos días!! ¿Cómo va la vida en la carretera?

BFF de Lluvia : Y como no quiero que pienses que lo único que me interesa es cómo estás, voy al grano: ¿podrías darme el Instagram de tu amigo? Ese cuya madre fue Miss Illinois.

Danielle: Holaaaa.

Danielle: ¿Te acuerdas del señor Sokolov? El de los muertos...

Travis W.: Lo dicho, el entrenador tiene algo en mi contra.

Travis W.: Creo que, si perdemos
contra Stanford, clavará mi cabeza
en una pica en el campus como advertencia a futuros novatos.
Enseña este mensaje a las autoridades
si se da el caso.

Travis W.: Y pásame el Instagram de la rubia con un gusto pésimo para las películas YA, deja de hacerte el remolón.

Entrenador: Peso y tabla de ejercicios completada para ayer.

Entrenador: Habla con Dixie.

—Tienes tropecientos mensajes —me dice Lluvia desde el asiento del copiloto—. Que conste que no estoy espiándote el móvil —añade a toda prisa.

—Lo sé, te lo he dado yo mismo. ¿Hay algo importante?

—Solo si consideras importante que mi amiga y tu amigo estén en plena danza de apareamiento.

—Me importa un bledo. ¿Y a ti?

—¿Tu amigo es enamoradizo?

—No sé si *enamoradizo* es la palabra que yo utilizaría para definir a Travis —respondo, haciendo un recuento mental de todas las tías con las que ha tenido sexo solo en nuestro piso compartido.

—Entonces, genial. Trin es de las que, cuando algo le pica, necesita rascarse. Y luego no quiere problemas.

—Vale, pues vamos a dejar que todo siga su curso. Y pase lo que pase con ellos... —Vacilo—. Es decir, a no ser que alguno la líe muchísimo...

La mano de Lluvia se desliza sobre la mía, que está en la palanca de cambios. Y ese simple roce, tan casual, tan ligero, hace que todos los músculos de mi cuerpo se tensen a la vez.

—No será problema nuestro —me asegura.

Ese «nuestro» reverbera en mi interior como una cuerda tensa que pulsas y luego sueltas. Es raro de narices cómo hemos pasado de no poder estar muy juntos sin sentirnos incómodos a esto que tenemos ahora. La complicidad y la maldita calma, como si todo este tiempo hubiéramos estado caminando al revés por una escalera mecánica y por fin nos hubiésemos dado cuenta de cuál es la dirección correcta. Todo es fácil. Fluye.

Probablemente sea porque hace mucho que nos conocemos y podemos pasarnos por el forro la etapa inicial. Sé quién es Lluvia y ella sabe quién soy yo, todavía más después de que consiguiera escupir mi mierda. Mejor aún, no salió corriendo ni me echó en cara que le haya intentado echar el

lazo en cuanto se ha quedado soltera, que era una posibilidad que bailoteaba en el fondo de mi mente.

Ahora solo veo puertas abiertas y semáforos en verde y, cuando suena alguna de mis alarmas mentales, dejo que lo haga.

Lluvia me guiña un ojo y me rasca un poquito los nudillos con las uñas antes de apartar la mano. En cualquier otra situación, le diría que puede dejarla ahí. Incluso me las habría ingeniado para tenerla mucho más cerca mientras conduzco Little Hazard.

Qué cojones, en cualquier otra situación no estaría haciendo otra cosa sino intentando metérsela.

El problema es viajar con nuestras abuelas y haber llegado al acuerdo mutuo de que no queremos que se enteren todavía. Joyce puede que tirara cohetes artificiales y nos preparara la cama con mucho gusto, y creo que mi abuela se mostraría muy satisfecha consigo misma. Todavía recuerdo con claridad lo que me dijo cuando Lluvia me acusó de que la había tirado por la escalera del colegio. «No te preocupes, muchachito. Esto solo acaba de empezar.» Tenía más razón que una santa.

Y mirándolo de esa manera, parece que Lluvia y yo solo hemos estado haciendo el tonto hasta este momento. Lo cual, por mi parte, afirmo categóricamente.

Pero, al menos por ahora, preferimos estar a nuestro aire. Y la verdad es que no poder tocarla cada vez que me apetece, sabiendo que sí podría hacerlo, tiene su punto. Es posible que lleve semiempalmado desde Keystone.

Llegamos a Minneapolis un jueves por la mañana. Paseamos junto al Mississippi y probamos el *lutefisk* en el Midtown Global Market. Todas se descojonan a mi costa cuando la sensación gelatinosa del pescado me provoca arcadas, y por la tarde la abuela insiste en visitar Tattersall Distilling, una destilería artesanal muy famosa. Sé lo que va a pasar y no puedo hacer nada por evitarlo. Al anochecer, tengo a tres mujeres borrachas

como cubas tropezándose consigo mismas y gritando a la vez por Summit Avenue. Es la clase de calle por la que cualquier niño mataría por pasar pidiendo caramelos en Halloween. Cualquier niño, excepto yo.

Prefiero mantener los encuentros con entes paranormales bajo mínimos, gracias.

Conservo una sonrisa en mi cara todo el rato para que todas las personas que nos vamos cruzando, muchas de ellas turistas como nosotros, crean que tengo la situación bajo control. Más o menos, así es. Me he encargado de Joyce y de mi abuela tras una juerga más veces de las que puedo recordar.

A su favor diré que jamás llegaron al punto de no poder cuidarse a sí mismas. Pero, llámame loco, me cuesta una barbaridad dejar que mi abuela y su amiga vayan chocándose con todos los muebles de la casa después de un karaoke ochentero.

—Uf. —Lluvia se deja caer contra mi costado, al parecer muy confiada de que la voy a atrapar. Su nariz acaba enterrada demasiado cerca de mi axila para mi gusto. Desde allí, se pone a farfullar—. Es imposible llevarles el ritmo a esas dos. Son bebedoras milenarias. Fundaron esa destilería.

Echo un vistazo a las abuelas, comprobando que están muy ocupadas intentando mantener una conversación (aunque creo que están hablando de dos temas distintos). Deslizo la mano por la espalda de Lluvia, mis dedos enredándose en su pelo suelto. Una parte de mí todavía no se puede creer que tenga la libertad de hacer esto... con ella.

Le doy un tironcito suave.

—Tal vez no deberías haberte ofrecido a beberte los chupitos de tu abuela.

Levanta la cabeza, apoyando la barbilla en mi pecho, y hace un puchero tan bonito que me cuesta la vida no besarlo.

—Si no lo hago yo, ¿quién? Necesita... que la cuiden. —Su voz desciende en la última frase, como si su humor hubiera cambiado al decirlo.

No me da tiempo a contestarle porque en ese momento llega el guía que estas chifladas han contratado en medio de la borrachera. Se suponía que solo íbamos a dar un paseo por Summit Avenue, admirar la arquitectura victoriana para deleite de Joyce y continuar con nuestras vidas. Ahora resulta que somos parte de un *tour* privado que nos introducirá en casas donde ha muerto gente en extrañas circunstancias.

Yupi.

El guía se presenta como Steven y me cae mal por el simple hecho de cobrar a la gente por llevarla a sitios tenebrosos y hacerle pasar un mal rato. Nos junta con unas diez personas más y comienza el *tour*. Nuestra primera parada es la mansión roja de Forepaugh, donde al parecer un hombre y su amante pasarán atrapados toda la eternidad por razones que me la traen al pairo y que prefiero no escuchar para poder dormir más tarde.

Joyce, a la cabeza del grupo con la abuela como un guardaespaldas silencioso (excepto por los hipos constantes), empieza a hacer las preguntas pertinentes («¿Dónde murieron? ¿Quién mató a quién? ¿Se derramó mucha sangre en este suelo?»). Aprovecho que Lluvia y yo estamos un poco rezagados.

—Eh. —La cojo de la mano con discreción—. ¿Estás bien?

—Lamento comunicarte que voy a estar piripi un ratito más. Aunque si pudiera ir al baño...

—No. Me refiero a... Bueno, no sé. En el bosque...

De pronto, me tira del brazo y echa a andar.

—Oye, que nos perdemos el momento: todavía se pueden oír sus lamentos.

Me dejo llevar, pero la sombra de una duda, que lleva presente desde hace semanas, me hace preguntarme si lo ha hecho a propósito. Entiendo que no quiera sacar otra vez un tema que la hace sentir mal, y mucho menos en este momento, pero algo me dice que no es solo eso.

En Santa Jacinta, pensé que podía estar triste por no haber podido empezar la universidad.

Luego descubrí que ya no dibuja, y sé que eso forma parte de la raíz del problema. Pero no es lo principal. Solo está entrelazado con otra cosa.

El resto del *tour*, me concentro en tararear canciones en mi cabeza mientras el guía nos pide que miremos un cuadro horripilante o que busquemos una luz verde misteriosa que indica la presencia de un fantasma.

En la última parte de la visita, en una mansión que directamente han apodado La casa de la bruja, Lluvia me empuja bajo una escalera enorme.

—Ni de coña. No voy a separarme del...

Sus labios cubren los míos y el resto de la frase queda en el olvido. Apenas puedo verla aquí, donde la penumbra de la casa es muchísimo más pronunciada. Su olor a coco compite contra la humedad y el sofoco del ambiente, y sabe a licor de mango. No puedo decir que me esté resistiendo, porque sería mentira, pero creo que me está costando procesar que me haya arrastrado hasta aquí. Una oleada de pura emoción me sacude.

Ella suspira con deleite, como si el simple hecho de besarme, solo eso, la pusiera cachonda, y aprieta su cuerpo todavía más contra el mío. Una de sus manos me aferra la nuca con insistencia, e imagino que es porque se ha puesto de puntillas para alcanzarme.

—Tócame —susurra contra mi boca.

—Mierda —murmuro. A continuación, me dejo llevar.

La cosa con Lluvia es que nunca ha habido medias tintas entre nosotros. De la misma forma que podíamos odiarnos a muerte y apoyarnos en los malos momentos, pasamos de cero a cien con un chasquido de dedos. No necesito nada más que sentirla entre las manos, dispuesta y suave, para notar que se me va la cabeza; que me da igual dónde estemos o quién esté alrededor.

Y eso no me había pasado nunca.

La beso con intensidad, explorando su cálida boca con urgencia, desesperado por tener más. Coloco el pulgar en su labio inferior, mucho más grueso que el superior, y la insto a abrir la boca. Busco su lengua con la mía. Muevo una mano a tientas hasta que encuentro la pared y después la guío hasta allí. Al apoyarla contra algo duro, la oigo gemir. Le estrujo las caderas con fuerza y me aprieto contra ella como un loco.

Separo la boca unos centímetros.

—Cuando dices que te toque...

—Todo. Lo que sea. Pero hazlo.

Deslizo los labios por su mejilla mientras encuentro los finos tirantes de la camiseta que lleva y los aparto de sus hombros. Lluvia me ayuda moviendo los brazos y empujando la prenda hasta su cintura... y, *mecagoentodo*, no lleva sujetador. Así, sin más, consigo acunar por primera vez sus tetas. Son pequeñas, pero siento que caben a la perfección en mis manos, y a ella se le entrecorta la respiración cuando los pezones se endurecen al más mínimo contacto.

—Joder, Lluvia. Necesito probarlas —susurro. Tengo la voz rasposa.

Sus dedos se enredan en mi pelo, exigentes.

—Y yo necesito que lo hagas.

No hace falta que me diga más. Esta ya es una de las fantasías sexuales más recurrentes que he tenido con Lluvia Clearwater a lo largo de los años, y ahora mismo soy el tío más afortunado del puto mundo. Cuando me meto uno de sus pezones en la boca, sus uñas se clavan en mi cuero cabelludo y cualquier dolor que pudiera estar sintiendo baja como un rayo hasta mi polla. Joder, si ya la tenía dura...

Adoro sus pechos con devoción, masajeándolos, provocándola.

—Son preciosos —musito contra su piel. Ella jadea en respuesta, y me lo apunto. Lluvia parece ser de las que les gusta oír cosas durante el sexo.

Y puedo estar concentradísimo en esto, pero es imposible que pase por alto el momento en el que sus deditos rozan la cinturilla de mi pantalón. Se

quedan ahí un instante.

—¿Esto está bien? —pregunta, dudosa, lo cual no le pega nada.

—¿Me lo estás preguntando en serio? —Suelto una risa baja y arrimo el misil nuclear que ahora tengo entre las piernas a su mano—. Puedes hacer lo que te dé la gana conmigo.

Toma aliento y un segundo después, por fin, mete la mano dentro del pantalón y los calzoncillos y me toca. Desplazo la boca a su cuello y gimo allí, intentando no hacer ruido, no caer redondo, no correrme en este momento y arruinarlo todo.

Mueve la mano como una experta, ejerciendo la presión justa para que vea más puntos negros y más estrellas que cuando perdí el conocimiento en Yellowstone. Y por más que me esté encantando este momento, la agarro de la muñeca para detenerla.

—¿Qué ocurre? ¿No te gusta?

—Me gusta. Me gusta muchísimo, por desgracia.

Hace un ruidito con la nariz al reírse.

—Entonces deja que siga.

—No. Es mi turno.

Al oír eso, ya no protesta tanto cuando saco su mano de mis pantalones. Lanzo un «gracias» bien gordo al universo porque le guste llevar vestidos o faldas todo el tiempo, porque no me cuesta subir la tela y encontrar el borde de sus bragas. Sigo la costura hacia atrás y me doy cuenta de que es un tanga finísimo.

Exhalo un quejido.

—No puede ser. ¿Has ido por todo Minneapolis sin sujetador y con un tanga de hilo?

—Nunca se sabe cuándo te van a meter mano en una casa encantada.

Mis nudillos rozan el interior de sus muslos cuando me muevo para comprobar cómo va la cosa ahí abajo. Y, bingo, porque encuentro el pequeño trozo de tela muy muy mojado. Lluvia gimotea.

—Deja de jugar.

—¿Yo? Has avanzado un montón de yardas tú solita.

—Mierda, no debería ponerme la jerga del fútbol, pero lo hace.

Agarra un puñado de mi camiseta y me besa con fuerza. Sus bonitos labios se abren sobre los míos, ansiosos, y el golpeteo en mi pecho es tan intenso que, si esto fuera un partido, el entrenador Tim me estaría sacando a patadas. Recorro el interior de su boca a conciencia al mismo tiempo que aparto la tela del tanga y paso un dedo de arriba abajo. Me trago todos y cada uno de sus jadeos, en especial cuando mi pulgar encuentra el clítoris y hago presión ahí.

Utilizo el dedo corazón para jugar con la entrada de su cuerpo y ella, claramente insatisfecha, engancha una pierna alrededor de mi cadera para abrirse aún más. La punta de mi dedo entra con facilidad por lo preparada que está, y todo lo que siento es calor, calor apretado y húmedo.

Joder, quiero estar ahí dentro. Ahora no puedo pensar en nada más.

—Ash —solloza ella, sacudiendo las caderas.

Dios, creo que no he estado tan cachondo en mi puta vida. Estoy a punto de meterle el dedo y acabar con esto cuando algo, por fin, atraviesa la neblina de lujuria que nos tiene envueltos.

Y es la voz de mi abuela.

—¡Muchacho! —Está a cierta distancia, seguramente al otro lado de la escalera, pero Lluvia y yo nos quedamos congelados por el horror—. Jojo, como a mi nieto lo haya poseído un espectro resentido...

—Las probabilidades son ínfimas —le asegura Joyce—. Porque Asher está bautizado, ¿verdad?

—Virgen santísima.

Esperamos a que se alejen antes de movernos. Me encantaría decir que estar a punto de ser pillado por mi abuela en plena faena me baja la libido, pero mentiría como un bellaco.

Ayudo a Lluvia a arreglarse la ropa y ella me peina un poco.

Corrección: le toqueteo las tetas por última vez antes de subirle la camiseta, y ella me da un último beso, lento y cálido, mientras pasa las manos por mi pelo.

Al separarnos, sé que voy a abandonar Minneapolis con un dolor de huevos histórico.

Lluvia



Trinity coge una gran bocanada de aire antes de hacerme un resumen de mi propia vida.

—Entonces, recapitulando: te cogió una teta sin querer en Crater Lake, la mano en Silverwood, le diste un baño sensual en medio de un incendio en Fremont, te tiró la caña y tuvisteis una conversación bastante profunda en Yellowstone, os besasteis en el Monte Rushmore y te dejó a medias en Minneapolis.

—Joder, no sé por qué la señorita Salvany decía que no tenías capacidad de síntesis.

—¿Verdad?

—Y no nos besamos exactamente en el Monte Rushmore porque no llegamos a bajarnos de la autocaravana, pero... Sí. Creo que tengo antecedentes románticos en los puntos más importantes del país.

Tras una pausa de unos cuantos segundos, Trin se pone a chillar como una loca. Me separo el móvil del oído y sonrío. No podía aguantarme más sin contárselo todo a mi mejor amiga, así que, en cuanto hemos llegado a Chicago, le he pedido prestado el móvil (otra vez) a Asher y la he llamado. Como siempre, me ha resultado facilísimo explicárselo todo. A estas alturas

de la película creo que no hay nada que no pueda decirle a Trin, y si no lo hice en todos estos años fue por mí y mi propio cacao mental.

Dice que tengo la obligación moral de cumplir sus fantasías, ya que Asher siempre ha sido su *crush*. Cero celos. Ha aspirado con horror, jadeado de sorpresa y soltado algunos «ooh...» muy moñas mientras le relataba lo del armario, lo que quedó pendiente entre nosotros, y la manera en que, sin importar el tiempo que pasara, él siempre estaba en el fondo de mi mente.

—Entonces, ¿no soy lo peor por empezar algo con Asher cuando hace poco que...?

—Ni lo menciones —se apresura a interrumpirme—. Olvídalo. No hay tiempos establecidos para hacer las cosas, mucho menos en temas de relaciones. Los más puritanos te dirán mil mierdas, pero solo tú sabes lo que es correcto y lo que no. Y, por lo que me has contado, es como si ese tío solo hubiera sido una pausa en tu historia con Asher.

«Ese tío» es Justin, por supuesto. Ha pasado de no ser santo de su devoción a estar en su lista negra. Y he visto la lista negra de Trin. Es un papel físico que tiene clavado en un corcho de su dormitorio. Me compadezco de todas las personas que están ahí.

Yo no voy tan lejos. No puedo dejar de admitir la culpa que me corresponde en cuanto a lo mal que salió mi relación con él, no tanto por lo que hice como por lo que no hice. Sería muy fácil señalarlo y hacerme la víctima, pero la vida no funciona así. Pude haber hecho las cosas de manera diferente y en muchas ocasiones sabía a la perfección lo que él estaba haciendo y no le paré los pies. Fuera por las razones que fuera, es una lección que me llevo conmigo para no volver a caer en eso.

Una parte de mí tiene esa pequeña espinita clavada, esa que me susurra que debería decirle unas cuantas cosas a Justin en persona. Cerrar ese capítulo como Dios manda. Espero tener la oportunidad cuando volvamos

al pueblo si es que no se ha marchado a Harvard. Creo que sería una buena manera de empezar a ser más asertiva acerca de mis sentimientos.

Curiosamente, jamás he tenido ese problema con Asher. Estar con él es como...

Es muy parecido a dibujar. Es una sensación de hogar, de estar en el lugar correcto, que me deja sin respiración.

—Eres la mejor, Trin.

Le agradezco tanto la manera que tiene siempre de estar ahí... Alguna vez oí o leí que las amistades deben cumplir una serie de pautas, que hay ciertos deberes entre los amigos. Yo no estoy de acuerdo para nada. Nadie tiene la obligación de hacer nada por otra persona, y en el momento en que pensamos así la amistad deja de tener sentido. Es algo que se comparte libre y voluntariamente, y cada vez que recibo el apoyo y el cariño incondicional de Trinity, sí, doy gracias. No me la merezco, y lo guay es que ella dice lo mismo de mí.

—Sabes... He estado pensando —comenta al cabo de un rato—. Todo lo que estás viviendo me ha hecho reflexionar. Siento que vas a ser una Lluvia completamente diferente cuando vuelvas, y yo... Me has dado ganas de sentarme a hablar con mis padres y decirles lo de la universidad.

Me tapo la boca, emocionada.

—¿Qué? ¿En serio? —Me paseo por los alrededores de Little Hazard. La hemos dejado bien aparcada en un camping junto al río Des Plaines, y en la merienda hemos comentado que tal vez sería buena idea pasar una noche en un hotel bonito de la ciudad.

La mirada que me ha lanzado Asher ante esa posibilidad ha sido todo deseo y promesas. He tenido que apretar los muslos con fuerza y pensar en plantas muertas hasta que se me ha pasado el calentón. Tampoco ha ayudado que hayamos seguido compartiendo cama estos días y no hayamos podido más que tomarnos el pelo con algunos toqueteos.

A ninguno nos apetece ir a más teniendo que mordernos los labios por si despertamos a nuestras abuelas.

—Me alegro muchísimo, Trin. Debes hacerlo. Es tu vida y es importantísimo.

La cuestión es que tanto Trin como sus padres tenían claro que después del instituto venía la universidad. Hasta ahí, todo bien. El problema fue que, en el último año antes de graduarnos, Trin sacó tiempo de donde no lo tenía para meterse en un club por puro placer... El club de audiovisuales. Y ahí se estropeó (o se arregló) todo. Lo que siempre había sido un *hobby* empezó a tomar forma en su mente. Encontró gente con el mismo gusto. Vio las posibilidades. Pero nunca pudo encontrar el valor para comentárselo a sus padres, para cambiar todos los planes que habían construido a su alrededor, y acabó en Reno estudiando Ingeniería Eléctrica. Porque, sí, Trin es una cerebrito.

Me consta que lo ha intentado con todas sus ganas. Incluso ha aprobado todas las asignaturas. Pero la pobre cada vez se siente más ahogada y sabe que, cuanto más tarde en decidirse, peor será.

—Lo sé. —Suspira enérgicamente, y me la imagino tironeándose del pelo con impaciencia—. ¿Se supone que tus padres deben darte miedo incluso a los diecinueve años?

—¿Los tuyos? SÍ.

—Qué cabrona —se ríe—, pero tienes razón. El señor y la señora Henderson son huesos duros de roer.

—Tú lo eres más. Llevas la sangre de los dos. Así que a por ellos.



Tras unas cuantas partidas amañadas de piedra, papel o tijera, Atlanta resulta ganadora y tiene el honor de elegir el hotel. Por eso por la noche hacemos el *check in* en el Sofitel, junto al lago Míchigan. Es un edificio muy curioso por fuera, ya que uno de sus bordes, donde confluyen dos de las fachadas, se estira hacia fuera como un cuchillo. El interior, en cambio, es todo lujo francés. Y estoy segura de que esa es la razón por la que Atlanta lo ha escogido.

Solo hay que verla desfilar por el vestíbulo de baldosas negras como la reina que es, arrastrando su maletita burdeos y con la barbilla bien erguida para poder ver bajo el ala de su enorme pamela. A su lado, su nieto camina con una confianza y un aplomo, con una mano en el bolsillo del pantalón y la bolsa de deporte colgando de la espalda, que tengo que asegurarme de que no estoy babeando.

Tomando ventaja de que todo el mundo está pendiente de los Stone, la abuela y yo sisamos unos espectaculares ranúnculos naranjas que languidecen en una mesa junto a los ascensores. Casi se puede decir que los estamos rescatando.

Tenemos dos habitaciones dobles en la tercera planta, la una junto a la otra. Agarro mi maleta con fuerza y me giro hacia las abuelas. Esta es la primera vez en todo el viaje que voy a mentir cuando digo que quiero dormir con la abuela, e intento con todas mis fuerzas no sentirme culpable. Es inútil. El sentimiento se filtra como un veneno, como una picadura en el corazón.

Va a estar a una pared de distancia y será solo una noche.

Y yo... Mierda, de verdad que me apetece estar con Asher.

Además, ella me va a rechazar como ha hecho hasta ahora.

—Ay, abu —empiezo—. Me encantaría dormir contigo.

Y entonces, para mi absoluto desconcierto, ella asiente.

—Y a mí, querida. Creo que hoy estaría bien que cada mochuelo vaya a su olivo, ¿no te parece, Ati?

—Estoy en un elegante hotel de la Ciudad de los Vientos y en diez minutos vendrá un *maître* con acento francés a traerme una selección de sus mejores vinos blancos. La compañía me es indiferente —confiesa Atlanta.

¿Qué?

Asher se pone rígido y se yergue cuan alto es, pero no dice nada. Lo entiendo. Hay poco que podamos argumentar sin sonar sospechosos.

Así que seguimos a nuestras abuelas a las respectivas habitaciones, y nos lanzamos una última mirada desde el pasillo.

«Te habría follado hasta que no pudieras caminar derecha», es lo que interpreto en esos ojos brillantes. Puede que no tenga nada que ver, pero una tiene derecho a soñar y a fustigarse.

Extiendo la mano hacia él en plan dramático, alejándome poco a poco, hasta que tengo que cerrar la puerta. Lo último que veo de refilón es su sonrisa resignada.

La habitación es muy bonita, con los suelos enmoquetados y una de esas camas que tienen el cabecero acolchado. Tiramos a la basura las flores falsas que hay en la mesita frente al televisor, llenamos el jarrón de agua y ponemos los ranúnculos allí, a ver si consiguen recuperarse un poco. Nos peleamos por quién duerme a qué lado, decidimos intercambiarnos los pijamas y, por último, se nos ocurre amortizar la gigantesca bañera dándonos un baño calentito juntas.

Nos sentamos en cada extremo de la bañera, mirándonos de frente, y ahora mismo no se me ocurre otro sitio en el que preferiría estar. Hacía muchísimo que no hacía esto con la abuela; más de un año. Jugueteo con las burbujas y me pregunto si es casualidad o las dos hemos evitado este momento por alguna razón. Me pregunto si sabe que me doy cuenta de todo el peso que ha perdido, de la forma en que la piel de sus brazos y piernas cuelga de una forma en la que no lo hacía el año pasado.

Me pregunto...

La abuela me da un toquecito con el pie en el muslo, sonriendo.

—Sé lo que estás pensando.

Mis ojos vuelan hacia ella. No me había dado cuenta de que tenía la mirada perdida en el techo.

—¿Qué?

—Te he fastidiado la noche con Asher.

Pestañeo.

—¿Qué?

—Ay, querida. —Se echa a reír, haciendo que el agua se bambolee y se desparrame un poco por el borde de la bañera—. Sois monísimos.

—Yo no... No sé de qué...

Hace un gesto con la mano, interrumpiendo mi balbuceo.

—No te molestes. Solo quiero que sepas que me encanta. He creído que es el chico ideal para ti desde que vino a casa llorando cuando tuviste el *shock* anafiláctico el primer año de instituto.

¿*Shock*... anafiláctico? Lo recuerdo. Me vine arriba con los postres de la nueva cafetería y lo siguiente que supe fue que estaba en el suelo luchando por respirar. Es verdad que mi impresión de aquel momento está bastante borrosa, pero no recuerdo a Asher por ningún lado.

—Eso...

—Solo dime una cosa: ¿te ha besado él o lo has besado tú?

Pestañeo.

—Yo.

—¡Bien! Entonces me has hecho ganar una muy buena apuesta con Atlanta. Ella aseguraba que sería su nieto el que daría el primer paso porque los Clearwater somos unos indecisos. ¡No voy a tener que volver a declarar impuestos jamás!

La observo con la boca abierta.

—¿Habéis apostado sobre nosotros? ¿Vuestros nietos?

—¿Y sobre quién más íbamos a hacerlo?

Me muerdo los labios para no reír y, en cambio, le salpico agua en la cara y en el pelo. Ella lanza un chillido que probablemente haga que alguien del hotel venga a preguntar qué está ocurriendo, y luego comenzamos una batalla naval sangrienta.

Unos golpes retumbantes en la pared del baño a nuestra izquierda nos detienen justo cuando la abuela está a punto de hundirme la cabeza.

La voz de Asher nos llega amortiguada.

—¡Decidme que solo estáis haciendo el tonto!

Escupo agua para poder contestar.

—¡Solo estamos haciendo el tonto!

Una pausa.

—¡Parad! —nos ordena, sonando disgustado.

Después oímos una puerta cerrarse con fuerza, y la abuela y yo nos miramos con los ojos bien abiertos antes de echarnos a reír.

—Hemos enfadado a un Stone.

—Qué sorpresa.

Nos envolvemos en unos suaves y acolchados albornoces y paso la siguiente hora contándoselo todo de la misma forma que hice con Trinity. Lo guay de tener una abuela abierta de mente como la mía es que, por más que le cuente, siempre le sabrá a poco. Me reservo para mí las partes más íntimas, porque es cierto que eso no solo me involucra a mí, y... No sé, siento retortijones en el estómago solo de recordar a Asher empujándome contra la pared de La casa de la bruja. Y, aunque no soy virgen ni nada que se le parezca, con él todo lo siento nuevo, irrepetible, y no sé si es porque lo he deseado durante muchísimo tiempo y está todo ahí acumulado o qué.

—¿No me vas a preguntar por Justin? —Le he dado tiempo para que cayera en la cuenta de que, cuando salimos de Santa Jacinta, había un muchacho despidiéndose de mí.

—¿Quién es Justin?

Le tiro una almohada con suavidad.

—Me alegro tantísimo por ti, querida... —comenta, poniéndose seria—. No sé cómo explicar lo feliz que me siento de verte así.

—Así que, si me intenta poner un anillo en el dedo, ¿digo que sí? —pregunto, de coña. Sé lo que opina de los matrimonios en general. Una vez le hice la misma broma con Justin y dejó caer un bizcocho de zanahoria que tenía en las manos con mucho dramatismo.

Entonces vuelve a dejarme patitiesa por segunda vez esta noche.

—Por un chico así, sí.

Inspiro con horror de manera exagerada y retrocedo hasta el borde de la cama.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi abuela?

Sonriendo con suavidad, quita las arrugas de la almohada que tiene en el regazo pellizcando los bordes de la tela.

—¿Recuerdas lo que hablamos en el parque de diversiones? Sobre mi viaje cuando era joven, antes de ser madre.

—Ah... Sí. Bueno, no me contaste mucho, pero sí.

—¿Quieres escuchar la historia ahora?

Contengo el aliento y esta vez no estoy haciendo el tonto. Una sensación extraña, la misma que me invade cuando entro en una papelería y veo lienzos, caballetes y óleos, llega. Es parecida a la expectación, pero más fuerte.

—Por favor.

Nos ponemos cómodas contra el cabecero, los apliques de este encendidos y emitiendo una luz suave, y los ranúnculos perfumando con suavidad la habitación.

Por alguna razón, no sé si estoy preparada para esto.

Para que la abuela me cuente algo que en diecinueve años no ha tenido la necesidad de compartir conmigo.

Al mismo tiempo, para sacarme de aquí ahora mismo tendrían que utilizar un soplete.

—Cuando era joven, mi único deseo era viajar —empieza a contarme—. Tendrías que haberme conocido, no tenía miedo a nada, ni apegos. Al contrario que otras personas, a mí no me intimidaban los horizontes infinitos, la posibilidad de perderme, tratar con desconocidos... Creo que hubiéramos sido muy buenas amigas. —Se ríe—. En contra de los deseos de mis padres, me monté en el viejo Cadillac Eldorado de mi abuelo, que me había regalado antes de fallecer, y me marché del pueblo. Ay, Lluvia, tendrías que haberles visto la cara. Eran los años setenta, yo solo tenía dieciocho años y no había nada peor para ellos que una chica que no quería sentar la cabeza ni estudiar. Si una mujer tenía sexo antes del matrimonio, ¡que Dios se apiadase de ella! Era una inmoral. Yo no lo veía así. Como te digo, no sentía ninguna clase de ataduras hacia nada. No entendía las preocupaciones de los demás, ni la manera en que todos caminaban en la misma dirección sin... sin mirar hacia los lados ni una sola vez.

»Cuando la gente a la que iba conociendo me preguntaba "Pero ¿de qué vives mientras viajas?, ¿cuáles son tus planes?", yo les respondía "Vivo de mí misma, y planear está sobrevalorado". Casi un año y medio después de abandonar Santa Jacinta, llegué a Georgia. Para ese entonces había trabajado de camarera, telefonista e incluso de modelo para revistas de electrodomésticos (sí, había que comer). Había enviado cartas a mis padres que nunca respondieron, pero me mantenía en contacto con mi mejor amiga entonces y ahora, Atlanta. Deambulé de un lado para otro y, por supuesto, acabé en Savannah. ¿Cómo no hacerlo? Todo el mundo decía que tenía decenas de edificios encantados, tropecientos cementerios y elegantes casoplones de antes de la guerra de Secesión. Vamos, esa ciudad me llamaba a gritos. ¿Y sabes a quién conocí allí?

Estoy tan arrobada e inmersa en la historia que tardo unos segundos en darme cuenta de que me ha hecho una pregunta. Siempre ha sido una gran narradora. Teje historias como si fueran hilos.

—Ah, eh... Pues, si no es al abuelo, me voy a llevar un buen chasco.

Ella suelta una risita, aunque no es una de las estridentes y risueñas. Es más bien... suave. Comedida. Nostálgica.

—Sí. Matthew Lucas Jenkins. Alto, moreno, con una sonrisa torcida que me trajo por el camino de la amargura en cuanto lo conocí, y un sorprendente tatuaje en el culo.

—¿¡El abuelo tenía un tatuaje en el culo!? —exclamo—. ¿Qué? ¿Qué era? No, espera. No me lo digas. No sé si quiero saberlo. —Lo pienso unos segundos—. ¿Era un león? ¿Un corazón con «Amor de madre»? Que no fuera un beso, por favor.

—Un águila sujetando un ancla —dice, echando por tierra mis ideas de tatuajes horrorosos—. Pertenecía a la Marina, ¿recuerdas? Y pilotaba un avión que operaba desde un buque de asalto anfibio. Yo siempre me burlaba porque ni siquiera se le daba bien nadar y pertenecía a la Marina. Un día fuimos a darnos un baño al río y tuve que rescatarlo yo misma. Fue... Oh, cielos, cómo me reí de él.

La observo con atención, aprovechando que ella parece tener la mirada empañada y la mente lejos, muy lejos... a varios estados y décadas de distancia. Nunca me había hablado tanto del abuelo. Sí que sabía que había sido oficial de vuelo naval. Su insignia está colocada en una vitrina junto al televisor, en la sala de estar. La medalla que le dieron por héroe, sin embargo, está muy bien guardada en el dormitorio de la abuela. Sé que se la concedieron a título póstumo, pero desconozco los detalles.

Cuando creces con una situación así en la familia, hay temas sobre los que sabes que no debes preguntar. Todos los años, a mediados de abril, la abuela se reúne con Atlanta y brindan, y yo sé que es por el abuelo. Por el aniversario de su muerte. Solo la vi llorar en una de esas reuniones una vez, cuando yo era muy pequeña. Fue justo después de una visita inesperada y exprés de mi madre, y supe que ese había sido el desencadenante. En ese entonces era demasiado inconsciente como para darme cuenta de los

matices de todo. Ahora sé que la abuela se sentía fatal por la escasa relación que mantiene con mi madre. Su hija.

La hija de Matthew Jenkins, ese gran desconocido para mí.

—Esas semanas en Savannah con tu abuelo fueron una locura. Un caleidoscopio de emociones, colores, sensaciones... Ay, yo creía que me había enamorado varias veces antes de conocerlo a él, pero estaba tan equivocada... Todos los que nos conocían no se podían creer que nos gustáramos y estuviéramos juntos. Éramos completamente opuestos —dice, y me dedica una sonrisa en plan «¿No te resulta familiar?».

—¿El abuelo era gracioso?

—No a propósito, pero eso era todavía mejor. Era un chico formal, muy responsable. Llevaba su cargo y su uniforme con mucho orgullo. Pero era tan tan torpe... —Se ríe, esta vez con más alegría—. Imagínatelo vestido por entero de azul, con su gorra blanca bien puesta, ese cinturón que los hace parecer tan serios... y una tira de papel higiénico kilométrica enganchada a sus zapatos recién abrillantados. Él miraba a todos lados, muy muy serio, mientras yo intentaba quitárselo y me reía a carcajadas. Refunfuñaba mucho, pero tenía una manera de abrazarme... No sé. Hizo que una chica desapegada como yo, de pronto, quisiera pertenecerle solo a él.

—Estoy viendo pasar ante mis ojos la película de *Oficial y caballero*. ¿Alguna vez te llevó en brazos vestido de uniforme?

Con una sonrisa secreta, me guiña un ojo.

—Hicimos mucho más que eso con su uniforme, querida.

—¡Qué guarrilla! —Tras un silencio de pocos segundos, choco con suavidad nuestros hombros—. Sé que tardó poco en pedirte matrimonio. ¿No te salió sarpullido al ver el anillo?

—Cuando vi el enorme pedrusco que tenía, sí. —Es muy esperable que la abuela rechazara de plano un acto tan clásico como un anillo de pedida con diamante incrustado. Lo contrario me habría defraudado viniendo de ella—. Después de pasar esas semanas juntos, como te conté, él tuvo que

regresar a Pensacola. Yo me enteré de que estaba embarazada porque me desmayé en medio de un recorrido terrorífico por Andrew Low House. Todos creyeron que me había dado mucho miedo la aparición del fantasma del general confederado Robert E. Lee en lo alto de la escalera. ¡Por favor! Cualquiera que tuviera dos dedos de frente hubiera sabido que ese era el mayordomo, Tom, que solo nos estaba dando la bienvenida.

—¿Confundieron a un general confederado fantasma con un mayordomo fantasma? ¿Cómo se atreven?

—Aficionados —bufa la abuela. Luego toma una gran bocanada de aire, y sé que su historia va a tomar un rumbo... diferente. No tan idílico—. La boda fue bonita, aunque para mí resultó un paripé. Mis padres estaban exultantes, no les importó viajar hasta Florida para asistir a ella. Me guardé para mí la noticia del embarazo porque no me apetecía ver sus expresiones; bastante escandalizados estaban porque me empeñé en mantener mi apellido de soltera. Atlanta fue mi dama de honor, por cierto. ¡Estaba guapísima! Tan alta y regia con su peinado hacia atrás, que a todos los compañeros de Matt se les caía la baba con ella.

—Dime que Atlanta ligó en esa boda, por favor.

Se inclina hacia mí y susurra en tono confidencial:

—Recibió cartas de cuatro aviadores distintos durante más de dos años. Pero eran todos unos golfos, y Ati solo tenía ojos desde siempre para Ray Jackson, aunque ese zopenco tardara tantos años en darse cuenta de la joya que tenía delante. ¡Si estuviera vivo, lo estrangularía otra vez!

Ay, Señor, ahora tengo ganas de saber también la historia de Ray y Atlanta.

La abuela suspira.

—Matt no llegó a tiempo para el parto. Se fustigó mucho más a sí mismo de lo que yo lo habría hecho. Al fin y al cabo, estaba trabajando y el bebé se adelantó un par de semanas. Y cuando tuve a la niña en los brazos... —Se observa las manos abiertas sobre el regazo, con las palmas hacia arriba.

Están vacías, pero creo que ahora mismo está visualizando algo muy distinto—. Para algunas mujeres la maternidad no cambia nada. Para mí, lo supuso todo. Y ya fuera porque me lo habían inculcado casi con martillo y cincel o porque yo de verdad lo creía así, decidí que tenía que volver a casa. La niña se merecía un hogar estable y estar cerca de sus abuelos, así que... mi viaje había llegado a su fin. De Santa Jacinta había salido una joven con solo un vehículo y una maleta. Y regresó una mujer con una familia.

Esboza una sonrisa que es un poco dolorosa de ver. Contiene muchos recuerdos y anhelos. Muchas vivencias y experiencias que se quedaron en el camino. Es la sonrisa de una vida vivida, y la sonrisa de los caminos que no elegimos.

—Enviudar con veinticuatro años fue... como soltar una bomba en el pueblo. —El corazón me da un vuelco. Aprieto la tela del albornoz sobre mis muslos—. Mis padres, Ati, Ray, los vecinos... todos se volcaron en ayudarme a mí y a Savannah. Solo tenía tres añitos. Ella... Oh, querida, creo que estoy convirtiendo esta historia en un diario muy triste y, no, me niego. —Alza las manos en el aire, empujando algo invisible lejos de ella—. No he tenido una vida triste, eso te lo puedo asegurar.

—Abu... —Me giro hacia ella, armándome de valor—. Sabes que no es culpa de nadie que mi madre decidiera irse, ¿verdad?

—Ay, querida. —Mira hacia el techo mientras parpadea, soltando una risa temblorosa—. Se supone que eso tendría que decírtelo yo a ti.

—No ha hecho falta, porque me lo has demostrado toda la vida. No nos merecíamos que escogiera su carrera por encima de nosotras. —Esto es algo que tengo tan tan interiorizado, algo que he llevado conmigo tanto tiempo, que no hay vacilación en mi voz al decirlo—. Savannah dejó muchas cicatrices a su paso, pero la culpabilidad no es una de ellas. Y eso no lo sé por mí, sino por ti. Porque nadie en su sano juicio te abandonaría a ti y al hogar que creaste. Y porque, sea lo que sea lo que esa mujer tiene en la cabeza, canciones u hombres, no lo aprendió de ti. Ni del abuelo.

Exhala un suspiro tembloroso.

—Bueno, no podemos negar que tiene el espíritu indómito de las Clearwater.

—¿Qué dices? ¡Ni hablar! Las Clearwater han hecho siempre lo que les ha dado la gana, sí, pero jamás han olvidado sus raíces. La familia siempre está por encima de todo. ¿No es verdad? —Como no me contesta, la pincho con el dedo en la cintura—. ¿No es verdad?

Me atrapa el dedo y se lo lleva a los labios, dándole un suave beso. Mi alma entera se estremece ante el gesto.

—Me parece que he criado a una chica muy lista.

Me inclino hacia ella y la beso en la mejilla.

—A la segunda va la vencida.

Me separo y nos miramos, y siento que las dos nos hemos quitado un peso de encima que ni siquiera sabíamos que estaba allí. Hasta yo, que he cargado con toneladas y toneladas de mierda estos últimos meses, puedo apreciar la ligereza de este momento, el bienestar que flota en el aire.

Un rato después, Asher envía un mensaje al móvil de la abuela comunicando que Atlanta ha caído en una especie de coma etílico descomunal y que él va a bajar al gimnasio del hotel. Está empeñado en recuperar el ejercicio que no pudo hacer mientras estaba enfermo, aunque estoy bastante segura de que eso no es posible. Cuando intenté decírselo, solo mencionó a su entrenador. Así, sin más. Como si «entrenador» fuera una respuesta válida. Ese señor debe de ser Satanás reencarnado.

Así que la abuela y yo pedimos la cena a través del servicio de habitaciones. Todavía en albornoz, devoramos unas increíbles tostadas con pan de plátano y brindamos con zumo de naranja.

—Por el abuelo —digo, por primera vez en mi vida.

La abuela sonríe con suavidad y asiente.

—Por Matt.

Ya en la cama, yo con un camisón espeluznante lleno de encajes que pican y la abuela con mi minipijama de aguacates, se me ocurre una última cosa. Y, como hemos creado un espacio seguro y confortable en esta habitación, no dudo en decírselo.

—Este es el viaje que no pudiste completar, ¿verdad?

—No, querida. Creo que no me has estado escuchando. Yo ya viví y experimenté, y no me arrepiento de ni una sola de las cosas maravillosas que se cruzaron en mi camino. No me queda nada por completar. —Su mano se desliza entre las sábanas hasta que encuentra la mía. Es cálida y suave—. Este viaje es para ti, Lluvia.

Que este viaje... ¿es para mí?

¿Qué?

—Te adoro y me haces muchísima compañía, pero te he notado un poco perdida después de... los rechazos. —No, no. No. Se supone que no tenías que notar nada—. Llegará tu momento, querida, estoy tan segura de ello que podría firmarlo con sangre ahora mismo. Y, entonces, todas esas universidades que no han sabido valorar la increíble artista que eres se retorcerán de rabia. Lo sé. Saldrás del pueblo, vivirás experiencias inolvidables. Porque quiero que tengas mucho más de lo que yo tuve.

Trago saliva, pero el nudo que ha aparecido ahí, en vez de deshacerse, se hace más grande.

Lo intento de nuevo.

Y otra vez.

Al fin, consigo musitar:

—Gracias.

Pero de lo que realmente estoy agradecida es de que ya hayamos apagado las luces, porque no tengo que fingir una sonrisa ni hacer nada más que quedarme mirando a la nada.

Asher



Lluvia duerme todo el camino hasta Nueva York. No da ninguna explicación de por qué está tan cansada. Pienso que ella y Joyce pueden haberse quedado despiertas hasta muy tarde haciendo *vete-a-saber-qué* al estilo Clearwater. Después del puñetero amago de infarto que sufrí con sus berridos en el baño, me espero cualquier cosa. Pero Joyce está más fresca que nadie, hasta diría que va flotando por los sitios, así que doy por sentado que Lluvia ha pasado una mala noche, sin más.

Justo antes de subirnos a Little Hazard, cuando las abuelas ya están dentro colocando sus cosas, logro robarle un beso que la espabila unos segundos.

—No puedes hacer eso —se queja, tambaleándose hacia los escalones.

—¿Por?

La sigo de cerca, intentando confirmar desde mi privilegiada posición si hoy tampoco se ha puesto sujetador. Lleva una blusa verde cuyo escote llega casi hasta el ombligo y solo me hace pensar en lo fácil que sería meter la mano ahí.

Se detiene en el primer escalón y vuelve el rostro hacia atrás. Ahora estamos casi a la misma altura.

—Me dan ganas de secuestrarte y hacerte cochinadas.

—Define «cochinadas».

Me relamo los labios, mi mente viajando ya a toda velocidad. Ella sigue el movimiento de mi boca y suspira.

—¿Te han hecho alguna vez una mamada?

Ah. Mierda. Cambio el peso de una pierna a otra, porque, claro, solo es necesaria una palabra suya para que mi cuerpo ya se coloque en posición de firmes. He elegido un día cojonudo para ponerme vaqueros. Ya empiezo a sentir la presión de la cremallera.

—Nunca. Soy muy tímido.

—Ay, dicen que esos son los peores. —Con los párpados un poco caídos por el sueño, retrocede lo justo para que su trasero quede a la altura de mi pelvis y note lo mucho que me está gustando esta conversación—. Me muero por...

—Lluvia, querida —la llama Joyce.

Y nunca supe por qué era por lo que se moría, aunque en mi cabeza me monté un espectáculo porno de alto presupuesto y por eso en Perrysburg se me fue la pinza y tomé la salida a Dayton. Di como tres vueltas en forma de ocho antes de retomar la carretera correcta.

No puede ser que esta tía me ponga tanto.

Pero claro.

No es «esta tía».

Es Lluvia.

En Nueva York, surge de manera espontánea hacer dos planes por separado, las abuelas por un lado y los nietos por el otro. Me da en la nariz que Joyce está insistiendo mucho en que no pasa nada, que no tenemos por qué estar juntos las veinticuatro horas del día, que es la ciudad más poblada de todo el país (no entiendo para nada ese argumento).

—Vale... —Lluvia tiene una expresión rara, toda la cara arrugada por la indecisión. Parece que, en lugar de elegir si tenemos un buen rato a solas o no, la han obligado a caminar por la tabla de un barco pirata—. Tenéis que

prometerme que vais a tener mucho cuidado. No os saltéis ninguna comida, que no quiero más... sustos. —Se muerde el labio inferior y se gira rápido hacia mi abuela—. Ati, la dejo en tus manos.

—¿Por qué ibas a dejarme en sus manos? Soy tres meses mayor que ella —protesta Joyce.

La abuela la observa desde sus grandes alturas.

—Por favor.

Lluvia y yo nos las ingeniamos para tomar el autobús correcto para visitar la Estatua de la Libertad, aunque, por el aspecto y el olor, parece haber sobrevivido a duras penas a una batalla entre Spiderman y Duende Verde. Lluvia sigue de capa caída, como si no le hubiera hecho ninguna gracia separarse. El transporte va tan atiborrado de gente que termino por arrinconarla contra un lateral y ponerme delante de ella en plan escudo humano.

Eso la saca un poco de su ensimismamiento. Menos mal, en cualquier momento empezaba a salir humo de esa cabecita.

—Ya estás otra vez —se queja, aunque una pequeña sonrisa curva sus labios.

Enarco las cejas. Ella desliza las manos por mis costados, abrazándome.

—Un pajarito me ha dicho que lloraste a mares cuando tuve el ataque de alergia hace años.

—Yo no lloro.

—Venga ya, ¿todavía estás con eso? O estás mintiendo o tienes un problema grave que te impide sentir los lagrimones que te caen. Son del tamaño de huevos de codorniz, lo juro. —Resoplo por la nariz, divertido, y ella me clava los dedos en la espalda—. Te he visto llorar tantas veces que es absurdo que digas que no lo haces.

Vale. Bien. Tal vez no pueda negar que ella haya estado presente en algunas de esas ocasiones. Tiene el don de la oportunidad.

—Ese día no lloré —insisto—, pero sí que le eché una buena bronca a ese pajarito por no haber sido más responsable con tus alergias.

Sus brazos se aprietan más a mi alrededor.

—¿Eso hiciste? ¿Le echaste la bronca a un pajarito mucho más grande que tú?

—Fue una insensata. —«Como tú pidiéndote postres sin preguntar por los alérgenos»—. Debe de ser un rasgo de los pajaritos Clearwater.

—Insensata... —Suspira, como si eso fuera un gran cumplido.

A continuación, se pone de puntillas y me besa. De primeras se me cortocircuita el cerebro y no soy capaz de reaccionar, lo que hace que me pregunte cómo de imbécil tengo que ser. Sus suaves labios tantean los míos un par de veces, hasta que reacciono y le sigo el juego. Comenzamos con tranquilidad, pero no tardo en devorar su boca como si me estuviera muriendo de sed y ella fuera el último vaso de agua del mundo. Intento con todas mis fuerzas no cargar hacia delante y empotrarla contra los cristales, pero me cuesta una barbaridad, sobre todo cuando su garganta hace un ruidito de lo más sexy.

Un carraspeo poco discreto nos obliga a separarnos. Fulmino con la mirada al tipo que está sentado a nuestra izquierda, que parece poco impresionado tanto por nuestro espectáculo de hormonas como por mí.

Lluvia me planta un dedo en el mentón para que la mire a ella. Mierda. Tiene las mejillas sonrojadas y los labios húmedos, y ahora mismo estoy valorando la posibilidad de mandar a la mierda Nueva York, encerrarnos en un hotel y recuperar cuatro años perdidos de sexo brutal.

No sé por qué estoy tan seguro de que hacerlo con Lluvia va a ser increíble.

Pero lo sé.

Y Vinanti Pezones Gigantes estaría de acuerdo conmigo.

Se separa un poco y, con mucha discreción, pasa un dedo por el frontal de mis pantalones. Aprieto los labios con fuerza para no gruñir, alucinando

con que haya sentido ese simple roce hasta en los testículos.

—Me gustas un montón —susurra.

Mi corazón tartamudea.

Ella... me desarma, joder. Paso del calentón a la ternura en un abrir y cerrar de ojos, y es probable que sea porque con ella esas dos cosas van de la mano y así va a ser a partir de ahora. Tan natural. Tan...

Me inclino para besarla de nuevo, esta vez con suavidad, rozando los labios, sintiendo su respiración. Es como si todo un autobús lleno de neoyorquinos y turistas no existieran; ni las conversaciones, ni el olor a mierda.

Ni el señor carraspeando de nuevo.

Lluvia se separa y se gira tan deprisa que apenas puedo reaccionar a tiempo.

—Señor, estoy ligándome al jugador más guapo de los UCLA Bruins y le puedo asegurar que no es tan sencillo como parece. Así que, si no va a ayudar, no estorbe.

Una mujer sentada en la parte posterior levanta un puño y grita:

—¡Así se habla, chica!

Recibimos silbidos y aplausos, y siento que las miradas de un montón de personas me queman en la espalda ahora que saben que juego al fútbol universitario, lo cual no es ninguna sorpresa. El otoño pasado, Travis, Cooper, Dwight y yo no pagamos ni una sola copa en los bares de Los Ángeles en cuanto se enteraron de en qué equipo jugábamos.

A lo largo del día, visitamos la Estatua de la Libertad, donde un grupito de chicas nos sacan nuestras primeras fotos sin coacción y sin intentar matarnos. No admitiré la ráfaga de orgullo masculino que me recorre al poder echarle el brazo por encima a Lluvia y dejar patente a todo el que nos ve que está conmigo.

Que es mi chica.

Lluvia recupera mi móvil entre un montón de susurros frenéticos y miraditas, y regresa a mi lado con una expresión muy ufana que me hace aguantar la risa. Luego hacemos colas kilométricas en el Empire State Building, nos comemos unos *bagels* con queso crema en Central Park, y Lluvia me convence para montarnos en un carruaje y hacer un recorrido por el parque.

El cartel con el que se anuncia el hombre que tira del carruaje no me da mucha seguridad («No te subas con extraños. Apto desde bebés de un mes hasta viejos de cien años»), pero supongo que este es uno de esos tragos que tienes que pasar cuando sales con alguien. El caballo está limpio, sano y alimentado. No parece que tenga pulgas, piojos ni garrapatas.

Lluvia espera con paciencia (y risas) a que termine mi inspección. Otra ventaja de que me conozca desde siempre. En algunas citas en la universidad, cuando veía algo que no encajaba o que activaba al maniático de la limpieza y el orden que llevo dentro, hubo chicas que se quedaron descolocadas. Como si esa parte de mí no les cuadrara con el estereotipo de jugador de fútbol universitario salido y fiestero.

De todas maneras, como nunca quise llevar las cosas muy lejos con nadie, tampoco me molestaba por sus reacciones. Hasta las entendía. Todos tenemos prejuicios.

Después de almorzar en un restaurante de fusión asiático/indonesio, gracias al que creo que voy a sufrir alguna clase de indigestión, Lluvia se pone muy misteriosa y me pide que no le haga preguntas sobre nuestro siguiente destino. Solo nos quedan un par de horas antes de tener que reunirnos con las abuelas en el punto de encuentro, Bryant Park, y hay lugares que no vamos a tener tiempo de visitar. Uno de ellos en particular me escuece bastante, pero he decidido complacer a Lluvia por lo alicaída que la he visto por la mañana. Para que luego digan que los tíos no somos sensibles y esas mierdas.

De Nueva York conozco lo que he visto en series y películas, así que no tengo ni idea de hacia dónde nos dirigimos. Solo sé que tomamos un autobús que nos hace cruzar el río Hudson, caminamos unos minutos y tomamos otro autobús. Lluvia se acerca a la parte delantera a hablar con el conductor, haciéndome sospechar que está perdida, pero entonces, en la siguiente parada, me tira de la mano con mucho entusiasmo.

—La Avenida Washington —canturrea, señalando un área mucho más despoblada en comparación con los altos rascacielos que llevamos viendo todo el día. Hay tráfico y personas, pero se parece más a un polígono industrial que a una zona turística.

—Genial. ¿Seguimos en Nueva York?

—No, no. Esto ya es Canadá. Prepárate para que nos detenga Inmigración.

Caminamos otros diez o quince minutos, y yo voy atento a mi alrededor para intentar adivinar a qué clase de tugurio o experiencia extrasensorial se le ha ocurrido traerme a esta loca. Entonces rodeamos por completo una especie de centro comercial deportivo del que no paran de entrar y salir personas...

Y lo veo.

Tanto porque aparece de frente y es imposible de ignorar como porque es la edificación más alta de los alrededores con diferencia. La impresión me sacude con la fuerza de una descarga eléctrica. Lluvia se da cuenta al instante de que me he quedado tieso, porque me suelta la mano y se aleja unos pasitos.

Levanta los brazos por encima de la cabeza como el jefe de pista de un circo.

—Bienvenido al MetLife Stadium, Ash.

Lluvia



Asher contempla el estadio tantos segundos con la mandíbula desencajada que, si no lo conociera a la perfección, me inquietaría. Su expresión es una mezcla de conmoción, admiración e incredulidad.

Es que, ¿de verdad creía que nos íbamos a ir de Nueva York sin que viera el estadio? ¿O que me había olvidado? Soy la encargada del mapa y él solo ha marcado unas pocas cosas, y se merece verlas. E incluso, si no hubiera sido así, habría pagado por tener la oportunidad de estar delante en este momento y verle la cara.

—No solo lo vamos a ver por fuera, aunque no estoy intentando meterte ninguna prisa. Anoche reservé un *tour* privado por el interior, de esos que te llevan a ver los vestuarios y las zonas vip. —Él pestañea y me mira, y me siento un poco ansiosa. Esto tiene que encantarle—. A mí la verdad es que no me impresiona eso de ver dónde se cambian de ropa los jugadores, pero...

Por fin, parece reaccionar. Y antes de que sepa lo que está ocurriendo, sus manos me están enmarcando el rostro y estampa su boca contra la mía.

—No eres normal —farfulla—. Estás puto loca. Ha tenido que costarte un pastón.

«Pastón y medio», pienso. Pero da igual. Hay una cuenta de banco gorda y tintineante con todo el dinero que debería haber empleado en matrículas, libros y comidas insanas. No lo había tocado hasta ayer porque ni siquiera sentía que todo ese dinero fuera mío. Técnicamente, no lo es. La mayor parte lo ahorró la abuela, y yo solo aporté con los trabajos de medio tiempo en los últimos años de instituto. Que la cuenta esté a mi nombre es irrelevante.

Anoche, de entre todas las cosas que se estrellaron contra mi mente mientras la abuela roncaba con suavidad (ella todo lo hace con suavidad), la más insólita fue la conciencia absoluta, la iluminación divina, de que, una vez más, la abuela me la había jugado.

Yo pensando que estaba en este viaje por ella, y resulta que ella estaba en este viaje por mí.

«Saldrás del pueblo, vivirás experiencias inolvidables. Porque quiero que tengas mucho más de lo que yo tuve.»

Ya estoy fuera del pueblo, con ella. No hace falta la universidad. No hace falta que me aleje de su lado. Por lo tanto, esos ahorros pueden ser destinados a muchas otras cosas, a crear recuerdos más brutales todavía.

Decidirlo fue como romper el último tablón del puente que me unía a un sueño. Pisoteé la madera con firmeza y luego contemplé el abismo que yo misma había creado. No me permití echarle un vistazo a lo que estaba al otro lado porque eso hubiera sido una tortura inútil. Esto es parte de tener diecinueve años: tomar decisiones. Tal vez no son las decisiones que creí que me tocarían, que se parecían mucho más a lo que está viviendo Trin, a ese ensayo y error de la vida universitaria. Pero ya no puedo seguir lamentándome más por lo que no puedo cambiar.

He estado más de un año sintiéndome como una mierda por el diagnóstico de la abuela, por su decisión unilateral, por lo que eso me ha quitado a mí, por si estaba haciendo o no lo correcto al seguirle la corriente.

Y anoche, por fin, conecté con ella como hacía muchísimo tiempo que no lograba y... la entiendo un poco.

Entiendo su resistencia a luchar una batalla que cree que está perdida cuando, en cambio, puede estar aquí. Ahora. Con nosotros.

Entenderla no quiere decir que apoye por completo su decisión. Mi parte más egoísta como nieta tal vez no pueda aceptarlo nunca. Pero creo que sí puedo admirarla y continuar cuidándola. Durante lo que queda de viaje y... y lo que venga.

Esto es lo correcto. Me olvidaré de todas las ocasiones en las que estuve a punto de contar la verdad y acabar con todo, porque se merece que intente estar a su altura. Lo ha dado todo por mí. Lo menos que puedo hacer a cambio es seguir siendo su compinche en la sombra.

En cuanto a Asher...

Me bebo cada una de sus expresiones mientras nos llevan por los recovecos del estadio a los que los espectadores habituales no pueden acceder. Nos dan un diploma y nos hacen una foto conmemorativa de nuestra primera vez en el MetLife, pero lo más emocionante es cuando enfilamos el pasillo hacia el campo. Incluso yo, que no amo los deportes y creo que no he visto un partido de fútbol completo en la vida, me siento abrumada por las gradas que se alzan a nuestro alrededor, como gigantes encorvados.

—Están vacías —murmuro—. ¿Te imaginas lo que será cuando esté lleno de gente? ¿Por dónde saldrías? —Sin esperar su respuesta, me dirijo al guía—. Disculpe, él está con los UCLA Bruins y es bastante probable que acabe jugando algún día en este estadio. No sé, a lo mejor hasta lo fichan los Jets o los Giants. Si fuera así, ¿saldría por este pasillo? ¿Cuando hay partido se venden todas las entradas?

El hombre está encantado de conocer a un jugador de UCLA. Le estrecha la mano a Asher y enseguida se ponen a hablar de cuál es su posición, cómo fue la temporada pasada, temas de ojeadores, y el tipo lo

compara con un tal Emmitt Smith. Debo averiguar quién es, porque hace que las orejas de Asher se pongan rojas.

En la última parte de la visita, podemos pasear por los palcos de prensa y las *suites* de lujo. El guía ya nos debe de considerar personas de confianza solo porque Asher es jugador, porque nos dice que podemos deambular libremente unos veinte minutos y que nos espera abajo para ver los vestuarios. Luego se marcha.

—Dios mío, realmente es como estar en la *suite* de un hotel.

La habitación no es muy espaciosa, pero sí es puro lujo. Suelos enmoquetados color crema, cinco televisores que supongo que sirven para que nadie se pierda ni un solo detalle de los partidos, varios sofás, una mesa *buffet* y, al fondo, toda una pared de cristal con vistas privilegiadas al estadio. La luz de la tarde hace que el césped parezca incandescente, y sigo preguntándome qué se sentirá estando aquí en medio de un partido. Seas o no forofo del deporte, creo que el ambiente se contagia.

Me acerco a los taburetes que están alineados frente a la pared de cristal y oigo el «clic» de la cerradura de la puerta. La anticipación me recorre entera. Pocos segundos más tarde, Asher se me acerca por la espalda. Sus brazos me rodean la cintura y entierra la cara en mi cuello. Me besa justo donde me late el pulso y, al momento, una sensación de calor se instala entre mis piernas.

Estamos solos en una *suite* privada.

Durante veinte minutos.

Se pueden hacer muchas cosas en veinte minutos si tienes un poco de imaginación.

—¿Vas a ir anunciando por todos lados que juego al fútbol? —musita.

—Bueno, quería garantizarme un pase al palco de prensa y familia cuando juegues aquí.

Con las manos, me insta a darme la vuelta. Mi espalda queda apoyada contra uno de los taburetes y tengo que echar la cabeza hacia atrás para

poder mirarlo a los ojos. En serio, cómo me gusta eso. Cómo me gusta que hoy no lleve una gorra y no haya sombra ocultando sus ojos.

—No sé si había quedado claro, pero quiero que vayas a verme jugar en Pasadena la semana que viene.

—Uf, no sé si el fútbol es lo mío. —Le toco el pecho y subo hacia los hombros, sin saber explicar cuánto me encanta sentir su fuerza, su calor—. ¿Vas a dedicarme un gol, un punto o como se llame?

Esboza una sonrisa socarrona.

—Si consigo marcar un *touchdown*, será para ti, sí.

—¿Sueles marcar muchos *touchdowns*?

—Bueno... —Sus dedos bajan y bajan, apropiándose de mi culo y empezando a arrugar la tela de mi falda—. Fui el MVP del equipo este año.

—Sea lo que sea, suena importante.

—Lo es. Significa que un jugador ha demostrado...

Se detiene cuando arrimo más mi cuerpo al suyo.

—Ash, solo tenemos veinte minutos aquí. ¿Quieres seguir hablando de fútbol?

—No —gruñe.

Me besa. Su lengua acaricia la mía mientras me gira y me obliga a caminar hacia atrás. Sé perfectamente hacia donde me lleva, así que, en cuanto siento algo chocando contra la parte posterior de mis rodillas, me dejo caer y lo arrastro conmigo. Nos desplomamos sobre el sofá y lo primero que hace es apoyarse en una mano y meter la otra en mi escote. Sus dedos me acarician el pecho y él gime.

—Lo sabía. Sabía que no llevabas nada.

Suelto una risita y vuelve a besarme, esta vez con más urgencia. Deshago el trenzado que une la blusa por delante y que sé que él desconoce y luego la abro de par en par, mostrándome por completo. Se separa para mirarme y masculla una maldición en voz baja. Va dejando un rastro de besos de mi cuello hacia abajo, y yo, muy desesperada, intento guiarle la

cabeza hacia el lugar que más me interesa. Sin embargo, él me atrapa las manos y las coloca con firmeza por encima de mi cabeza. Allí las mantiene retenidas mientras su boca se cierra sobre uno de mis pezones y yo juro que hay fuego líquido derramándose en mi interior.

Jadeo y sacudo las piernas, porque por alguna razón que no entiendo todavía tiene las rodillas clavadas en el sofá y mantiene sus caderas lejos de las mías.

—Relájate —murmura, muy divertido.

—Al menos quítate la camiseta —protesto.

Para mi placer, me hace caso. Me suelta las manos solo el tiempo suficiente para empujar la camiseta sobre su cabeza, lanzarla lejos y volver a besarme y mordisquearme. Joder, sería una mentirosa si dijera que esto no me encanta, pero yo quiero participar. Quiero...

—Sé lo que te está pasando por la cabeza, y la respuesta es no.

—No recuerdo haberte hecho una...

—Sí, sí, esa ya me la conozco —se burla y sus dientes le dan un pellizco a la punta de mi pecho que hace que esté a punto de perder el sentido—. Te tengo medio desnuda y tumbada debajo de mí en el MetLife, y es una puta fantasía. Así que vas a dejar que te adore y te haga correrte, y tú vas a prometerme que no harás mucho ruido para que nadie venga a echarnos, ¿de acuerdo?

Me quedo un poco embobada. Su mirada confiada, sus hombros desnudos, la forma en que se cierne sobre mí...

—No es justo —suspiro—. Tenía un plan.

—¿Cuál?

—Hacerte la mejor mamada de la historia.

Suelta una mezcla de risa y gemido contra mi piel.

—No juegas limpio, tía.

—Lo dice el que me tiene las manos secuestradas.

Me dedica un destello de sonrisa y entonces sus dedos se cuelan bajo el borde de mis bragas y toda yo, mi cuerpo, mi mente y lo que sea que hay más allá, se concentra en ese único movimiento. En su mano grande y caliente tocando donde más lo necesito. Gimoteo cuando encuentra el clítoris y lo acaricia, frotando, investigando.

—Dime cómo te gusta —susurra en mi oído.

—Así —consigo contestar—. Justo así.

Encontrar a un tío que no te toque el clítoris como si tuviera algo en su contra debería estar recompensado con una medalla al valor. Asher va de menos a más, atento a cada una de mis respiraciones, a la forma en que pierdo el aliento justo cuando roza ese punto concreto que hace que mi cuerpo se sacuda por sí solo. Me sentiría avergonzada por la forma en que está sucediendo esto, por lo superintenso que es todo, de no ser porque jamás he tenido vergüenza para estos temas y no pienso empezar a tenerla con él.

Asher saquea mis labios y sigue sin liberar mis manos, y creo que va a dar con la fórmula para hacer que me corra sin que yo tenga que hacer nada. Esto se supone que no suele pasar. Se supone que la gente tarda mucho tiempo en compenetrarse en la cama y esas cosas, ¿no?

Él acerca los labios a mi oído.

—¿Te meto un dedo o dos?

AyDiosmío.

—Dos —sollozo.

Sin dejar de prestar atención a mi clítoris con ese pulgar prodigioso, me mete dos dedos con seguridad y sin detenerse.

—Estás muy mojada. Mierda. —Lo dice como si fuera algo malo, y entonces hace un movimiento involuntario de caderas contra mi muslo que me permite apreciar el bulto, grande y duro, que guarda en los pantalones —. Me pones muchísimo, Lluvia.

—No me había dado cuenta.

Empieza a sacar los dedos y volver a meterlos, y diría que es un ritmo lento de no ser porque ahora mismo tengo los dedos de los pies enroscados y cualquier cosa que haga me va a parecer bien. Se me cierran los ojos.

—Estoy cerca —susurro.

—Bien, porque me muero por ver cómo te corres.

Mierdamierdamierda. Cuando dice esas cosas es como si se sumara a todo lo demás. Comienzo a respirar de manera superficial y acompaño el movimiento de sus dedos con mis caderas. Él también acelera el ritmo, y su pulgar presiona con más fuerza y hace círculos alrededor, provocándome una sensación exquisita. Buscando, buscando, buscando...

—Ay, Dios —suelto.

El orgasmo me alcanza justo cuando la boca de Asher se entierra en mi cuello. No sé si grito ni qué ocurre mientras estoy en esta noria de fuegos artificiales, pero no dejo de sentir la presencia de Asher y sus dedos en mí en ningún momento.

Cuando por fin me calmo un poco, abro los ojos. Asher tiene la sonrisa más engreída que le he visto en la vida, pero como se la ha ganado a pulso (y a dedos), voy a dejar que se regodee todo lo que quiera.

—Eres preciosa —dice, besándome con suavidad.

Uf.

¿Le da prioridad a mi placer, me hace correrme con más fuerza que cuando me toco yo sola, y luego me dice cosas bonitas?

Ahora lo entiendo todo. Creo que, si Asher Stone sigue así, seré yo quien le acabe poniendo un anillo en el dedo dentro de...

«No, espera.»

«Eso no va a ser posible.»

«Él se va a ir a UCLA, y tú te quedarás en el pueblo. ¿Y recuerdas lo bien que salen las relaciones a distancia?»

Contengo el aliento.

Da igual, ahora estamos aquí.

Y todavía nos sobra algo de tiempo.

Lo empujo por el pecho y lo obligo a sentarse, y él se deja hacer porque no es tonto y sabe por dónde van los tiros. Su mirada me acecha estrechamente, atento a cada uno de mis movimientos.

Así que hago algo que sé que lo va a volver loco y me arrodillo entre sus piernas abiertas. Después, me recojo el pelo en una coleta alta, despejándome el rostro.

Asher se pasa las manos por el pelo, bufando, y yo sonrío.

Asher



Creo que masturbar a Lluvia y ver su expresión mientras se corre es una de las cosas más surrealistas que me han pasado en la vida. Creía que pisar el campo del Rose Bowl estaba en el puesto número uno, pero ahora estoy empezando a dudarlo.

Nada me ha hecho sentir tan bien como tocarla y cuidarla.

Excepto, CLARO, que se ponga de rodillas delante de mi pobre erección aplastada y se recoja el pelo mientras me observa como si no supiera por dónde comenzar.

Si alguien me preguntara si soy un tío de mamadas, lo miraría como si se hubiera vuelto loco.

Todos los tíos somos de mamadas. Lo malo es cuando te gusta que te lo hagan pero a ti no te gusta devolverle el favor a la persona con la que estás. Entonces eres un capullo y un gilipollas, porque te estás perdiendo el placer de ver cómo una tía se deshace en tus brazos sabiendo que eso lo has provocado tú. Hay algo muy primitivo moviéndose ahí que no pienso analizar.

Sus manos van derechitas a mis pantalones y baja la cremallera con lentitud, supongo que porque tengo la polla tan apretada ahí dentro que es posible que salte como un resorte en cuanto se vea libre. Luego da un

pequeño tironcito a mis pantalones y calzoncillos y levanto el culo a toda velocidad para que pueda bajármelos.

—Qué caballero —musita, meada de la risa.

—Me tienes para lo que haga falta.

—Y lo siento por esto —añade, depositando un beso ligero en la cicatriz de mi rodilla. A mí se me hace un nudo en la garganta por el gesto.

Luego planta las manos en mis muslos desnudos y me observa. Este es un momento crucial para muchos tíos, y, por suerte para mí, sé que tengo algo de lo que enorgullecerme. Y por la forma en que extiende la mano y me la agarra, emitiendo un murmullo de aprobación, creo que ella está conforme.

Más que conforme si me guío por sus labios entreabiertos.

Dios, necesito que me la chupe.

En serio.

Lluvia desliza la mano de arriba abajo con suavidad, pero apretando lo justo, y siento un rayo de placer bajándome por la espalda hacia los lumbares. No, mierda. Ese es un aviso de que estoy llegando, y me mato si no alargo esto lo suficiente.

—Hubo algo que dijiste el otro día... —Mueve la mano hacia arriba y su pulgar juguetea con la gotita que ha aparecido en la punta. Aprieto los dientes hasta hacerme daño—. Algo sobre que no podría manejar maquinaria pesada...

Qué cabrona. Extiendo los brazos sobre el respaldo del sofá para no hacer nada inapropiado con las manos (como agarrarle la coleta).

—No lo recuerdo. No recuerdo nada antes de este momento.

—Qué conveniente.

Su cálido aliento revolotea justo sobre el glande, y estoy muy seguro de haber visto la punta de su lengua asomar, cuando ella se echa hacia atrás y me mira con seriedad. Me trago una maldición muy original. Me la creería si no viera la chispa de humor en sus ojos.

Está jugando conmigo.

Y me puto encanta.

—Creo que este es un buen momento para decirte que yo no trago.

—¿Estás segura?

—¿De si trago?

Contraigo el abdomen para aguantar la risa, y mi polla da un salto en la mano de Lluvia, quien la observa con una ceja arqueada.

—No, de si este es el mejor momento.

—¿Estás loco? Claro que sí. No pienso esperar a que estés apretando el sofá con el culo.

Mis hombros y mis brazos empiezan a temblar. Joder, solo esta chica, solo ella, puede matarme de risa y de deseo a la vez.

—Espero que eso sea una promesa.

Arquea ambas cejas con mucha elegancia y sus dedos me aprietan la base, haciéndome jadear.

—¿Te estás riendo de mí?

—¿Qué? No, nunca.

—Mírate, estás aguantando la risa. Adelante, hazlo. Descojónate.

—Si lo hago, dejará de estar dura. ¿Es eso lo que quieres?

Sus pestañas revolotean.

—Oh, no. Me gusta muchísimo tal y como está ahora.

—¿Y si le das un par de besitos? Solo para asegurarnos de que sigue así.

—¿Y si te la como en condiciones? No quiero arriesgarme.

Se acabó la risa. Mis testículos se contraen como soldados adiestrados, atentos a las palabras y gestos de Lluvia, quien se ha convertido oficialmente en su persona favorita del mundo.

—Joder, sí, por favor.

Y entonces, por fin, agacha la cabeza y me engulle de una sentada. Creo que puedo ser un tío hecho y derecho y mirarla mientras hace eso, y no

dejarme ir en su boca, pero descubro que no. Cuando sube de nuevo y hace ese sonidito de succión...

Se me cae la cabeza hacia atrás y contemplo el techo con concentración militar. Y no sé qué es peor, porque no puedo anticipar nada, solo sentir el frío y el calor cuando su boca sube y baja, y oír de fondo sus murmullos.

Lluvia Clearwater me la está chupando.

A lo mejor me he muerto.

A lo mejor el ciervo de Crater Lake atravesó el parabrisas y el resto me lo he imaginado.

Algo se me clava suavemente en los muslos y me hace levantar la cabeza de un tirón. Lluvia aparta las uñas y me sonríe, con mi polla en la mano y la punta de su coleta derramándose sobre un hombro desnudo.

—¿De verdad no me vas a mirar?

No puedo.

No.

En plan, que se acaba el juego.

Me palmeo la cadera con una mano.

—Sube.

No se lo piensa dos veces, y esta es probablemente una de las mayores razones por las que estoy tan enamorado de ella. Siempre va a tope, es impulsiva, decidida. Se deshace de la falda tirando de más cordones en los que ni me había fijado, y entonces la tengo delante de mí solo con unas braguitas y las sandalias.

Y es la visión más hermosa del puto mundo.

—Mierda, el condón. —Me levanto de un salto, quitándome a patadas los zapatos, el pantalón y los calzoncillos, y luego rebusco en la mochila que he dejado sobre la mesa.

Creo que nunca me había puesto un preservativo tan rápido, ni me había gustado tanto que una chica me mirara mientras lo hacía. Luego, como estamos los dos de pie, señalo al sofá.

—¿Quieres...?

—Vuelve a sentarte —dice, estampando la mano en mis abdominales.

Obedezco con mucha felicidad. Se monta a horcajadas sobre mí y desliza las manos por mi cuello, y siseo en el momento exacto en el que su sexo se balancea sobre mi polla, que está extendida por todo mi estómago. Está tan caliente que podría jurar que quema.

—Para esto vamos a necesitar más tiempo —murmura.

—Mataré a cualquiera que se atreva a abrir esa puerta.

Y lo peor es que lo digo en serio.

Me la agarro por la base y apunto hacia arriba, hacia el lugar en el que me muero por estar. Con una mano en la cintura de Lluvia, la guío hasta que la punta se entierra y puedo sentir todo ese calor y esa humedad y creo que nunca he sentido nada tan correcto. Entonces ella empieza a deslizarse hacia abajo y yo aparto la mano para poder cogerla con ambas manos de las caderas.

Sus pulgares me acarician el mentón y nos miramos a los ojos justo cuando entra del todo. Los dos gemimos.

Esto es...

Es...

Alguien toca a la puerta.

—¿Chicos? Se hace tarde para terminar la visita.

Los dos nos sobresaltamos, pero no nos movemos ni un centímetro. Lluvia empieza a darme mordisquitos en el cuello y creo que el miembro me está dando brinquitos dentro de ella.

—¡La vamos a terminar aquí! —exclamo. Luego le estrujo el culo a ella, consiguiendo que se me salga un poco y haya fricción. Esconde un gemido en mi cuello.

El señor hace una pausa en la que estoy seguro de que está dándose cuenta con mucha rapidez de lo que está ocurriendo aquí dentro. Vaya,

tampoco hay que ser un lumbreras. De todas las cosas que podrían pasar ahora mismo, ninguna me importa más que lo que tengo entre manos.

—Tenéis diez minutos. Después vendré con alguien de seguridad.

¿Me lo he imaginado o había diversión mal disimulada en su voz?

—Ya lo has oído. Tenemos...

Mis palabras acaban en un sonido estrangulado cuando Lluvia se alza sobre las rodillas y vuelve a caer con la fuerza justa para hacer que me quede sin respiración. Su lengua me atrapa el lóbulo de la oreja y, bueno, tal vez ese tío se ha venido arriba con lo de los diez minutos de más.

Pero no. Es la primera vez que lo hago con Lluvia. Tengo que dar la talla, joder.

Con una mano en su trasero y otra en su espalda, nos volteo a los dos y la vuelvo a tumbar en el sofá. Me trago la protesta que estaba a punto de hacer al besarla con ímpetu. Entonces muevo las caderas hacia atrás, la saco hasta la punta, y hago el recorrido de vuelta con ganas, hasta que mis pelotas rebotan contra ella.

Su gimoteo es una recompensa de la leche, así que empiezo a moverme a un ritmo constante y fuerte. Su sexo me aprieta y me envuelve de una manera que podría volverme loco. Que ya me está volviendo loco. Me arde la cabeza, la piel, el interior. Sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura y de repente golpeo una nueva zona dentro de ella, porque su respiración cambia y se acelera.

—Dios, me encanta estar dentro de ti.

—No pares —me amenaza ella, porque creo que no ha oído lo que le he dicho.

Suelto una carcajada.

Esto es demasiado perfecto. Se ciñe de la manera correcta, tan condenadamente estrecha que no debería ser legal.

No voy a aguantar mucho con este nivel de placer.

—¿Te puedes correr solo con la penetración? —consigo preguntar.

Sacude la cabeza.

—No. Necesito...

Atrapo su mano antes de que baje.

—Yo me encargo.

Meto la mano entre los dos y encuentro su clítoris. Lluvia es tan expresiva que me guía sin problemas sobre lo que le gusta y lo que no. Aumento el ritmo de las caderas cuando siento que sus paredes empiezan a palpitar a mi alrededor. La veo cerrar los ojos y morderse el labio.

Hago mayor presión con el pulgar y entierro la cara en la curva de su cuello. Cuando sé que está al borde del clímax, le doy un mordisco que la vuelve todavía más loca y dejo que caiga, encargándome de estar aquí para ella todo el camino. Solo entonces me dejo ir yo también, golpeándola tan a fondo como puedo. Seis movimientos más y estoy fuera.

Siento espasmos en las piernas y las caderas mientras me corro, y es posible que hasta haya perdido el conocimiento unos segundos.

Cuando vuelvo en mí (más o menos, porque creo que ya nunca volveré a ser el mismo), sus dedos me están acariciando la espalda.

—Te estoy aplastando.

—Muévete y te mato.

Sonrío y me separo lo justo para verle la cara. Colorada, sudorosa y agitada. Creo que esta es mi versión favorita de Lluvia.

—¿Sabes que te vuelves un poquito agresiva durante el sexo?

—Ash, me has clavado en este sofá como si quisieras que formara parte de la tapicería. No hablemos de agresividad, por favor.

Lluvia



El sexo con Asher ha sido...

Es...

Uf. Sé que está fatal comparar, pero, madre mía, ahora creo que llevo tres años haciéndolo con un tío que, no es que no tuviera ni idea, sino que no se molestó en que yo viviera con él todo el proceso como lo ha hecho Asher. Su forma de mirarme, lo pendiente que ha estado de mi disfrute, cómo me ha acariciado y sostenido...

De algún modo, todo eso me ha cambiado. Ha reforzado lo que siempre creí sentir por Asher hasta un punto tan loco que ahora entiendo por qué los Stone y los Clearwater solo tienen dos destinos: matarse o casarse. Chico, esta energía hay que drenarla de algún modo.

Llegamos a Bryant Park poco antes de las seis de la tarde. Tanto Asher como yo nos quedamos sobrecogidos por la cantidad de gente que hay reunida sobre el césped. Desde este lado, es como ver un mar de cabecitas y camisetas de colores, todos tan revueltos que no sé cómo vamos a encontrar a las abuelas. La pantalla de cine está montada en un lateral y todavía faltan un par de horas para que empiece la película. Me pregunto con cuánta antelación ha llegado toda esta gente.

—Tu tío abuelo Pete siempre está buscando formas de que los habitantes del pueblo hagan cosas juntos —le digo a Asher, levantando un poco el tono de voz por el griterío que hay—. Deberías comentarle lo del cine al aire libre.

De pronto, una bocina estridente recorre toda la extensión, altera a la multitud y rebota en los rascacielos que rodean el parque.

En el silencio aturdido que sigue al bocinazo, oímos:

—¡Asher! ¡Lluvia! ¡Aquí!

Suelto una carcajada. La abuela está agitando los bracitos como si quisiera echarse a volar. Han pillado buen sitio, ni muy cerca ni muy lejos de la pantalla, y conforme nos acercamos me quedo alucinada con la tremenda manta de pícnic que han desplegado a su alrededor. Vale como para diez personas, así que es como si tuviéramos nuestro propio perímetro de seguridad.

Lo primero que hace Asher al sentarse es quitarle la bocina a su abuela. Es un pequeño cilindro de metal con una gran trompeta roja en un extremo.

—Esto es para los barcos —masculla—. Podríais haberos quedado sordas.

Atlanta enarca una ceja.

—Pero nos habéis visto, ¿no?

—Nosotros y todo Manhattan.

Mientras, la abuela me pregunta por señas (siendo bastante discreta para ser ella) qué tal ha ido todo. Le guiño un ojo y le hago el gesto de la victoria con los dedos. Ella me pellizca un costado del trasero como si dijera «Qué traviesilla eres». Y así es como le comunico a mi abuela que acabo de echar un polvo.

Lo normal.

Esa noche, vemos *Indiana Jones y el templo maldito* en un precioso parque de Nueva York rodeados de un montón de gente que ha venido a pasárselo bien. La abuela ha comprado tantas cosas en el supermercado que

acaba compartiendo pastelitos, nachos con queso y buñuelos con los grupitos de alrededor. De esa manera, es perdonada por lo del bocinazo.

Asher y yo nos vamos lanzando miradas de reojo cada pocos minutos. La temperatura ha ido bajando conforme se hacía de noche y ahora mismo mi blusa y mi falda son inútiles. Al final, acabo harta de no poder disfrutar de este momento tal y como quisiera, y me acerco gateando a él.

—¿Me abrazas? —murmuro en voz baja.

Asiente al instante, pero luego hace una mueca.

—Estás segura, ¿no? Quiero decir, por mí...

—Mi abuela ya lo sabe y juraría que la tuya también.

Las miramos y las pillamos in fraganti observándonos. Aunque intentan disimular, lo hacen de pena. Asher resopla una risa.

—Entonces ven aquí.

Feliz, me acurruco de espalda entre sus piernas abiertas y me rodea con los brazos. Él tampoco lleva chaqueta, pero desprende el mismo calor que una estufa. Y huele genial, por supuesto. Ese sándalo tan discreto, que juraría que está un poco mezclado con mi acondicionador de coco...

Se inclina para besar mi mejilla y a mí me falta ronronear. Amparándose en que sus piernas dobladas nos ocultan un poco, sus dedos se cuelan por el escote de la blusa y empieza a juguetear con uno de mis pezones. Cierro mis propias piernas con fuerza y contengo la respiración.

«Hace un rato has tenido dos orgasmos geniales.»

«Contrólate.»

—Ay, querido —oigo a mi izquierda. La abuela está deslizando el culete por la manta hasta apretujarse contra un costado de Asher—. No te importa, ¿verdad? Es que está empezando a refrescar...

Asher se aclara la garganta.

—Para nada. Ven aquí, guapa.

Sus dedos se alejan de mi pecho, que lloriquea un poco, pero si hay una buena razón para que este chico deje de meterme mano es que ayude a mi

abuela a no tener frío. Medio segundo más tarde, Atlanta se arrima por el otro lado.

—Me niego a ser la única tonta que no hace piña —farfulla, aunque juraría que veo la sombra de una sonrisa en sus labios.

El resto de la velada, la abuela, Atlanta y yo suspiramos por lo guapo que está Harrison Ford en esta película mientras Asher se dedica a resoplar.

«Me siento bien», pienso.

Podría quedarme en este momento para siempre.



Los siguientes días son una auténtica locura, pero una locura buena. Hacemos el recorrido completo por Washington D. C., pasando por todos los monumentos y edificios emblemáticos para que Atlanta no pueda quejarse, y luego buscamos durante una hora algo llamado Mel's Hole. Se supone que es un pozo sin fondo donde se pueden resucitar animales. Es evidente que no lo encontramos, pero es divertido seguir a la abuela con la brújula hechizada que un pirado le ha vendido, estafándola, en la esquina de Wisconsin Ave con Dumbarton Street.

Yo creo que es mi abuela quien lo ha estafado a él, porque ha empezado vendiendo la brújula por cincuenta y tres dólares y la abuela ha pagado dos, y encima nos ha recomendado una cafetería que hace unos *macarons* para chuparse los dedos.

Tras el almuerzo, voy discutiendo alegremente con Atlanta sobre por qué las entradas al Capitolio son gratis solo para determinado número de personas. Está muy indignada porque, justo cuando nos iba a tocar a nosotros, se han agotado y nos hemos visto obligados a pagar. Ha montado

tal escándalo, amenazando con el bastón al empleado de las entradas, que he estado segura de que íbamos a acabar detenidos.

Asher se me acerca con una sonrisa y me tiende la mano. Se la tomo casi sin preguntar, lo cual es una muestra brutal de cómo ha cambiado nuestra relación. Hace años habría mirado esa mano como si fuera una serpiente de cascabel a punto de atacar.

—¿Qué pasa? —pregunto, dejándome conducir por la acera.

Pasamos una fila de patinetes eléctricos, giramos a la izquierda al final de la calle y Asher me mira con expectación. Si no fuera de la familia que es, habría hecho un bailecito y dicho algo del estilo «TA-CHÁN».

Mi mirada perdida cae en el edificio de ladrillo rojo que tengo justo enfrente.

—1876. Edificio Adams —leo—. Guau, es... ¿increíble?

Asher pone los ojos en blanco, me agarra de los hombros y me gira hacia el otro lado.

—Museo Smithsoniano de Ar... —Jadeo. Me llevo las manos a la boca y doy un salto hacia mis tres acompañantes—. ¿Qué?

—Solo habías marcado una cosa en el mapa, y dudo que sigas queriendo pasar por allí —dice Asher, burlón—. Así que nos hemos tomado la molestia de sustituirlo por algo mejor.

Los tres están sonrientes, y llevamos unos días tan estupendos y relajados que creo que mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Siento calor parpadeando en mi interior, emoción, y unas incontrolables ganas de echarme a correr hacia esas puertas. He soñado y fantaseado con visitar este museo desde que puedo recordar. Contiene obras pertenecientes a todos los movimientos artísticos del país. Pinturas impresionistas. Obras maestras de la Edad Dorada. Ahí dentro se guarda la colección más grande de arte del New Deal. ¡El New Deal! Ese extraordinario momento en el que el presidente Roosevelt lanzó ayudas para intentar solventar la pobreza que

generó el crac del 29, y no se olvidó de los artistas. Y ellos, a cambio de poder continuar con su trabajo y su pasión, crearon maravillas.

Es el SAAM.

El jodido SAAM.

La excitación me golpea con tanta fuerza que debería haber previsto que la realidad vendría justo detrás con el doble de ganas.

He roto el último tablón del puente.

No tiene sentido que entre ahí.

Pero ¿cómo lo digo? ¿Cómo salgo de...?

Los dedos de Asher tantean los míos, y mi mente sale con un pequeño «¡pop!» de ese bucle condenatorio.

—No pasa nada por mirar, ¿no? —me dice en voz baja.

Me concentro en él y en esos increíbles e intensos ojos azules.

Respiro.

La ola de mierda y culpabilidad retrocede de mala gana, porque es verdad que no pasa nada por mirar. Es muy parecido a que me aten a un potro de tortura y luego me hagan cosquillas en los pies con una pluma, pero...

Asiento.

Y con la mano de Asher sosteniendo con firmeza la mía, entramos en el Museo Smithsoniano de Arte Americano.

Es como tocar una quimera.

El interior no sorprende por su decoración o arquitectura. Son espacios amplios que dan la sensación de estar un poco vacíos, paredes lisas en colores crudos y suelos de mármol. Porque lo importante es lo que está colgado de las paredes o sobre pedestales iluminados, y es lo que hace que mis dedos piquen y en mi cabeza explote una idea tras otra.

Las abuelas me hacen preguntas como si yo fuera una experta, y titubeo hasta que recuerdo que en realidad lo soy. Es decir, de los cuatro del grupo, yo soy la que entiende de arte. La que lo ha estudiado como loca toda la

vida. Empiezo a contestar a regañadientes, como intentando salvaguardar alguna parte de mí para poder salir entera de este museo. Sin embargo, poco a poco, cuadro a cuadro, me voy dando cuenta de que eso va a ser imposible. La forma en que conecto con las pinturas y los colores no es una mascota que se pueda domesticar. Está intrínseco en mí, como cuando veo chocolate y la boca se me hace agua. No lo puedo evitar.

Y ahora mismo es como si estuviera sufriendo una sobredosis después de un largo período de abstinencia. Mi alma canta y canta, feliz por todo lo que ve, todo lo que recibe, de las expresiones de asombro de Asher, la abuela y Atlanta cuando les explico lo que hay detrás de una pieza y, de pronto, son capaces de verlo realmente.

Un cuadro en particular me hace contener el aliento y sonreír. Enseguida llamo a Asher para que se acerque.

—Te presento *El Gran Cañón de Yellowstone*, de Thomas Moran. —Aprieto los labios cuando él comienza a darse cuenta de qué es lo que está viendo—. ¿Sabías que Yellowstone se convirtió en parque nacional gracias a él y a esta pintura?

—La próxima vez que esté haciendo el ridículo, dímelo.

—Ni hablar. Que intentaras contarme la historia de uno de mis pintores favoritos te hizo ganar muchos puntos de golpe.

Esboza una sonrisa que hace aparecer su hoyuelo y mi corazón suspira. Se inclina para besarme con suavidad.

—Bueno, al menos mi estrategia ofensiva funcionó.

Meto las manos por debajo de su camiseta un segundo para tocar sus duros y tentadores abdominales.

—La mía también.

Desearía que estuviéramos solos en el museo a puerta cerrada para poder hacer justo lo que se me está pasando por la cabeza. Si, para él, follarme en el MetLife era una fantasía que hicimos realidad, creo que hacerlo en el suelo del SAAM delante de este cuadro sería muy poético para mí.

Dudo que los directores y trabajadores del museo lo vieran de la misma forma, y lo comprendo. No todas las personas tienen ideas geniales.

Asher me observa y cierra los ojos, frustrado.

—No me mires así. Se te ve en la cara lo que estás pensando.

—Uy, lo dudo. No existe expresión facial para lo que me gustaría hacerte.

Él emite un sonido estrangulado y tira del bajo de la camiseta para cubrir la parte delantera de sus pantalones. Saber que ahora mismo está empalmado tampoco me ayuda.

Nos reunimos con las abuelas para que actúen de elemento disuasorio entre nosotros y algún cuartucho de limpieza que esté vacío. Jugueteamos con las pantallas interactivas que muestran información adicional sobre las obras y acabamos recorriendo el Centro de Conservación Lunder, un lujo que nunca pensé que podría disfrutar si no tenía contactos o me dedicaba a esa rama del arte. Es una zona del edificio que permite que los visitantes echen un vistazo (a una distancia prudencial, claro) al trabajo de los conservadores.

Para mí, es la parte más bonita hasta ahora. La forma y la distribución se parece mucho a un centro comercial, con una planta baja abierta desde la que se ven las superiores. Y en lugar de locales de comida y ropa, tras los escaparates de cristal están los trabajadores moviéndose entre largas mesas y máquinas de última generación.

Me gusta ver esa dedicación a la hora de salvaguardar el arte. Me siento reconfortada.

Salgo del SAAM sintiéndome, de algún modo, renovada.

Con más fuerzas que nunca.

Y esperando que esto no se me vuelva en contra.

A la mañana siguiente nos desviamos un poquito para pasar el día en Virginia Beach. Asher ha cotejado sus cálculos con el mapa (consistió en muchas murmuraciones y que se pasara la mano tantas veces por el pelo

que casi se deja el flequillo de punta) y tenemos que hacer unos cambios para llegar el primer sábado de septiembre a la gran «X». Nos da tiempo a explorar un poco más de los estados del sureste, aunque no podemos quedarnos más de una noche en ningún sitio. Y quedan descartados Luisiana, Texas y Nuevo México.

A la abuela le falta llorar al darse cuenta de que no veremos Nueva Orleans. Adiós al cementerio de San Luis n.º 1 y a la tumba de la reina del vudú, Marie Laveau.

—No pueden cruzarse en nuestro camino más ciervos kamikazes ni incendios, ni está permitido perdernos en más bosques, ni ninguna otra catástrofe o accidente. —Nos lo dice como si eso dependiera de nosotras, y se dirige con especial énfasis a mí y a la abuela—. Lo digo en serio. Después de Oklahoma City, directos a Pasadena.

Hago el saludo militar.

—¡Sí, entrenador!

La abuela se gira hacia su amiga con las manos en las caderas.

—Tu nieto está sugiriendo que atraemos las desgracias.

—¿Y acaso miente?

La abuela lo piensa unos instantes y luego sacude la cabeza.

—Tienes razón. Haremos nuestro mejor esfuerzo, querido.

Asher y yo hemos seguido metiéndonos mano por las noches como dos adolescentes que acaban de descubrir sus genitales, y es posible que haya habido múltiples orgasmos en el proceso. Sin embargo, ya no sé si no rematamos la faena porque sigue siendo muy extraño que estén nuestras abuelas a cinco metros o porque nos encanta sufrir y al final, cuanto más lo alarguemos, más explosivo será.

También hablamos un montón. En la cama, mientras él conduce, en los desayunos. Me cuenta mil cosas de su vida universitaria, del campus, de sus compañeros de piso (que están tan locos como cabría esperar), y no pone

cara de póquer cuando yo le cuento temas de la floristería o el pueblo, a pesar de que no es tan interesante ni de lejos.

Es genial hablar con él, y esto sí que es, en cierto sentido, nuevo. Aunque tuvimos nuestros momentos de confidencias años atrás, antes de distanciarnos, éramos unos críos y siempre había tensión. Ahora es como si se sentaran a hablar dos viejos conocidos que están encantados de haberse reencontrado.

No sé, es muy guay.

Me hace preguntarme... si él se merece saberlo; si no estaré cometiendo un error al no darle la misma confianza que le di a Justin o que tiene Trinity, o al dar por sentado que es mejor que él regrese a UCLA sin la atadura de alguien que tiene un problema tan gordo como el mío.

Por un lado, creo que es lo mejor para él.

Por otro, creo que es lo mejor para mí porque, sí, hola, la cobarde sigue aquí.

En la bahía de Chesapeake nos damos un buen remojón, yo vigilando de cerca a mi abuela. Un grupo de estudiantes de la Universidad de Virginia que están disfrutando de sus últimos días de vacaciones reconocen a Asher, lo idolatran un buen rato por una carrera brutal que hizo contra Colorado, y luego lo invitan a un partido amistoso en la arena.

Nosotras colocamos las toallas cerca para no perdernos detalle, y por primera vez en muchos años veo a Asher Stone jugar en directo. No lleva el uniforme, ni las protecciones, y estoy segura de que la arena le impide correr tanto como podría, pero aun así...

Madre mía.

No tengo que entender de fútbol americano para saber que les está dando una paliza a todos. Desde el momento en el que el balón entra en contacto con sus manos, no hay quien se lo quite ni quien lo detenga hasta que llega a la zona de anotación (señalada con sombrillas). El resto de los chicos

protestan entre risas y le dicen que los está haciendo quedar como una mierda, y entonces Asher pide disculpas y baja el ritmo.

Está claro que se deja robar el balón y aminora el paso en muchas ocasiones, pero eso me gusta incluso más. Un tío que puede perder y al que no le importa no lucirse es como una *rara avis*. Por no hablar de lo catártico que es verlo correr de acá para allá, saltar en el aire y chocarse con otros tíos solo con el bañador puesto.

Hacia el final del partido, intentan placarlo entre varios y él hace unas fintas que, si hubiera parpadeado, me las habría perdido. Tira el balón al suelo en la zona de anotación y luego viene trotando hacia mí. Los chicos, que lo estaban abucheando, parecen comprender sus intenciones y empiezan a silbar y a darle ánimos.

Mi corazón emprende una carrera por su cuenta cuando se arrodilla en la arena y me besa con ganas. Está un poco sudado, jadeante, y me da completamente igual.

—Te sigo debiendo el primer *touchdown* de Pasadena —murmura.

Asiento, incapaz de pronunciar palabra y sintiendo un ardor extraño en toda la cara. La sonrisa de Asher se amplía, observándome casi con fascinación.

—Lluvia Clearwater, ¿te estás poniendo colorada?

Me tapo las mejillas con las manos.

—Tú sueñas.

Un bastón aparece de la nada y lo aporrea en las costillas, tirándolo a la arena. Espero que se haya caído por la sorpresa y no porque el golpe haya sido realmente fuerte.

—Así es como se hace, ¡ya era hora! —exclama Atlanta.

—Nana, joder.



En Asheville, la ciudad más poblada de Carolina del Norte, visitamos The Omni Grove Park Inn, un *resort* de lujo en el extremo de los Apalaches. La ciudad completa está situada en un valle precioso, con una cordillera montañosa que la rodea y una vibra espectacular. No tiene edificios altos y la gente va con mucha calma, el cruce perfecto entre un pueblo como Santa Jacinta y una urbe como Nueva York. Es justo la clase de lugar en el que podría vivir.

El *resort* es increíble, un edifico histórico de piedra y tejas rojas con un campo de golf increíble justo al lado. Se respira tranquilidad y relax.

Por desgracia, no estamos aquí para pasar una noche en el *spa* ni metiendo pelotas en hoyos, sino para buscar a Pink Lady, una señora que en los años veinte se cayó del quinto piso y se rumorea que sigue deambulando por el *resort*. Nuestra guía nos comenta que es un espíritu amistoso, por lo que la abuela y yo deducimos que nadie la empujó ni tiene cuentas pendientes. Tal vez, efectivamente, se resbaló y la pobre piensa que todavía está de vacaciones.

Buscamos algún indicio de una bruma rosa o una mujer muy pálida, pero es evidente que no vemos nada. Cuando la guía dice que Pink Lady le tiene mucho cariño a la habitación 545, la abuela le hace ojitos a Asher.

Él se cruza de brazos, impasible.

—No hay tiempo.

En Georgia, la abuela va dándole indicaciones a Asher para que conduzca Little Hazard por algunas calles de Savannah. Prácticamente pego la cara al cristal para apreciar cada detalle de la ciudad en la que la abuela conoció el amor bueno, el que no se olvida. Todo lo que siento y pienso está relacionado con ella, no con mi madre, y lo llevo bien. A pesar de estar

pasando por el lugar en el que fue concebida y por el que recibió su nombre, ya hace mucho tiempo que la conexión con mi madre se rompió. La desgastó año tras año al no llamar y no preocuparse y, mientras el sol de Savannah se cuela dentro de la autocaravana y me calienta el rostro, sé que algunas personas son así. Da igual cuánto las ames, nunca es suficiente para ellas.

Atlanta suspira con fuerza desde el sillón. Lleva mucho rato lanzándole miradas extrañas a la abuela, que se ha apoderado del asiento del copiloto.

—No te vas a bajar, ¿no? —acaba preguntando.

La abuela se queda tanto rato en silencio que todos pensamos que no va a contestar.

—No será necesario —dice finalmente—. No me queda nada por ver aquí.

Ninguno ponemos objeciones y yo lucho contra la necesidad de abrazarla.

A Mobile, en Alabama, llegamos a primera hora de la tarde, listos para maravillarnos por las increíbles puestas de sol de Isla Delfín. La abuela y yo correteamos como niñas detrás de las gaviotas que hay en la arena. Cuando noto que su respiración se vuelve trabajosa, tomo aire bien hondo (hasta que casi resulta doloroso), le sonrío y le propongo ir a bebernos un mojito. Al no sentir que la estoy privando de nada ni cuidándola de más, se muestra conforme.

Más tarde, de camino al santuario para aves, se me rompe trágicamente una sandalia de mi par favorito y Asher me lleva el resto de la tarde a la espalda. Le rodeo el cuello con los brazos, feliz, y apoyo la barbilla en su enorme hombro. Cuando le doy un besito en ese músculo tan sexy en la curva del cuello, rezonga:

—No empieces.

Me encanta esta broma que tenemos en la que finge que le molesta que lo toquetee.

—Ay, sí, ponte en plan gruñón. Sabes que me pone muchísimo.

—Lluvia, no puedo ir con la bandera izada por todos lados. Es incómodo. Y aquí hay niños.

—Es una reacción natural del cuerpo. Y puestos a ver alguna bandera, que sea la tuya. Es digna. Poderosa. Bastante simétrica.

—Te has olvidado de ilegal.

—¿Ilegalmente dura?

Se le escapa una carcajada.

El último miércoles del viaje, atravesamos toda Alabama para llegar a Nashville. Se acabaron los destinos playeros, ya que el resto del trayecto lo haremos sin salirnos de la Interestatal 40, una de las carreteras más largas del país.

Me siento encima de Asher cuando está intentando aparcar en el camping Village Hills. Como es un Stone muy profesional, estaciona sin problemas y luego tira del freno de mano con un poquito más de fuerza de la necesaria.

Sus grandes manos se plantan en mi cintura y empujan hacia abajo, hacia el enorme bulto que es imposible de ignorar. Su bragueta se roza justo contra mi entrepierna y lo que en un principio era una leve provocación regresa a mí como un *boomerang*. Debería saberlo ya. No puedo hacer estas cosas con Asher Stone. Está demasiado bueno y hay demasiada química entre nosotros.

—Esto no puede seguir así —dice, bajando el tono para que solo yo pueda oírlo—. Te necesito. Si tengo que cascármela una vez más pensando en lo que se siente estando dentro de ti, es posible que me quede sin mano.

Vale, eso hace que mi vagina aplauda como loca de contenta, de acuerdo y dispuesta a lo que sea por él.

Le rozo la mandíbula con los dedos, recreándome en esta cara que se parece vagamente al niño triste que conocí hace diez años. Sigue existiendo esa sombra en los ojos, y el rictus de sus labios es serio por defecto. Pero

hay mucho más. Es maniático y demasiado sensato, sí, pero también es divertido a su modo, con esas ironías y bromas que nunca esperarías de una persona así. Es intenso, y proporciona seguridad. Como si al estar a su lado supieras que las cosas se pueden arreglar porque él siempre tiene un plan.

Bajo mi escrutinio, él va tensándose más y más, sus ojos ardiendo.

Sin poder resistirlo, poso mis labios sobre los suyos en un movimiento tan ligero como una pluma. Casi como si estuviera pidiendo permiso. Una de sus manos se mueve a mi muslo desnudo, acariciando con suavidad y sin irse a zonas peligrosas. Aun así, yo lo siento como si fuera una caricia íntima, prohibida. Me hace removerme con inquietud, y el beso se transforma por completo.

Asher me toma de la nuca para moverme y tener mejor acceso a mi boca. Usa la cantidad perfecta de lengua, la cantidad perfecta de presión. Su pulgar me acaricia el interior del muslo y las posibilidades de que tenga que cambiarme de bragas antes de salir suben como la espuma.

—Me vas a romper la camiseta —dice contra mis labios.

Me aparto, jadeante. Tiene razón. He hecho un torniquete con el cuello de su camiseta, como si en realidad hubiera querido estrangularlo o algo así.

—Perdona. —Intenso alisársela—. Sé que te encanta ir con la ropa bien planchada...

—No pasa nada. —Me masajea el cuello un poco mientras sus párpados entornados me observan con deleite—. Si no estuvieran esas dos aquí, no quedaría nada de ese vestido que pudieras rescatar.

—¡Hala, qué barbaridad! —exclamo—. Lo encontré en un *outlet* de Redding a cuatro dólares. Su valor es incalculable.

—Eh, no. Acabas de decir que te costó cuatro dólares.

—Eso fue antes de que un futuro jugador de la NFL me besara con él puesto.

Asher



—¡Bebe, bebe, bebe, bebe, bebe! —Y cuando por fin hago caso, dándome por vencido, la multitud estalla en aplausos.

Hace como una hora y media que debería haber dejado de beber. Mucho antes de eso ya estaba sintiéndome como una vieja amargada intentando chafarles la fiesta a los demás, pero es que la alarma de «La cosa se está desmadrando» no paraba de sonar en mi cabeza.

¿Cómo hemos pasado de dar un pintoresco paseo en tranvía por Nashville a acabar entrando en todos los bares del Downtown? Creo que todo iba bien hasta que Joyce ha comentado que había trabajado en un *honky tonk* de la zona que lo más probable era que hubiera cerrado años atrás. Pues no, no había cerrado. Y ha resultado que el tipo de la puerta, que también era el maldito dueño, seguía siendo el mismo de hace más de cuarenta años. Y que se acordaba de Joyce. Y que no le importaba cometer el delito al dejar entrar a dos menores de veintiuno y ordenar a las camareras que las bebidas de los cuatro corrían a cargo de la casa.

Vamos, lo mismo que en Los Ángeles si eres jugador de UCLA.

Hace un rato me preguntaba qué narices habría pasado entre la Joyce de veinte años y el fornido dueño del Drunk Duck (y al que todos llaman

Daddy Duck) para que este se haya alegrado tanto de verla que a punto ha estado de pillarse el pie con la puerta. Ahora ya no me pregunto nada.

El bar es una tira estrecha y oscura iluminada con luces rojas que se estira hacia el fondo, donde hay un grupo de *country* al que creo que no está escuchando nadie. Si no lo supiera, no diría que es miércoles. Son cerca de las dos de la mañana y está tan a tope que hay que golpear literalmente a la gente para llegar a la barra. Eso, o ser una chica diminuta y encantadora que pide por favor que le abran paso y todos forman un pasillo para ella.

Todas las camareras llevan un sombrero vaquero y una placa de *sheriff* en el pecho que pone «Si miras esto durante más de tres segundos, eres hombre muerto». Para cuando levanto la vista, aturdido, la camarera me está sonriendo con sorna.

—Estás perdonado porque tienes novia —dice, cabeceando hacia Lluvia —. ¿Lo mismo otra vez, chicos?

—*Sip*.

Lluvia asiente con tanta fuerza que su moño acaba medio deshecho. Tampoco parece preocupada. Entre lo borracha que va y el calor que hace aquí dentro, es un milagro que todavía no haya empezado a desnudarse.

Se coloca de espaldas a la barra y apoya los codos. El movimiento hace que una buena porción de su vientre bronceado quede al aire. Hay varios ojos que, como los míos, no se pierden detalle. Y como existen fuerzas superiores que uno no puede controlar, me pongo delante de ella y coloco una mano a cada lado de su cuerpo. Me da igual que miren, es inevitable en lo relativo a esta chica, pero tampoco pasa nada por dejar claro con quién está.

Las veces que hagan falta.

Una sonrisa preciosa y sensual curva sus labios. Hoy se los ha pintado de rojo sangre y eso está jugando con mi cabeza. Tiene que elevar el mentón para poder mirarme, y es curioso que alguien que apenas me llega al

esternón tenga la capacidad de dejarme fuera de combate con un simple aleteo de pestañas.

Hacía meses que no bebía por encima de mi límite, que son cuatro cervezas y tres chupitos. Durante la temporada está prohibido, y antes y después el entrenador Tim nos controla como buenamente puede. Quiero decir, el hombre lo intenta. Pero once universitarios, algunos de ellos en su primer año, son peores que una guardería repleta de niños descubriéndose los dientes y la pilila.

Tíos como Dwight creo que siguen explorándosela con fascinación.

Lluvia ladea la cabeza y los mechones sueltos se desparraman por su hombro. Hay gotitas de sudor en su clavícula que lamería encantado ahora mismo.

—Hola, guapo.

—Hola, nena. —Flexiono los brazos para acercarme más a ella, consciente de que eso hará que se fije en mis músculos—. ¿Puedo invitarte a algo?

—¿Viene con segundas y después tendré que darte un beso o algo así?

—Algo así.

—Pues entonces nada. —Se encoge de hombros con indiferencia—. Tengo novio.

—Ah, ¿sí? Porque yo no lo veo por ningún lado.

—Eso dice la camarera. —Señala con el pulgar hacia atrás—. Si te digo la verdad, he perdido la memoria al entrar a este bar.

—No me digas.

Arqueo las cejas y muevo una mano con discreción hacia su espalda desnuda. Sé que no lleva sujetador, como en la mayoría de las ocasiones, pero el vestido de hoy apenas le llega a medio muslo y tengo la fuerte sospecha de que tampoco hay nada bajo la falda.

Me digo a mí mismo que ninguna chica iría sin nada de ropa interior a hacer turismo por Nashville.

Pero esta es Lluvia Clearwater, y es capaz de cualquier cosa con tal de verme perder los papeles. En el buen sentido, claro. Solo me la follaría del derecho y del revés por atormentarme de esa manera.

—¿Qué te parece si buscamos un lugar más tranquilo? —Paseo los dedos por la hendidura que recorre su espalda de arriba abajo, satisfecho cuando la veo entreabrir los labios—. Solo para hablar. No queremos que tu novio se enfade.

—No sé, es que me lo estoy pasando muy bien. —Sube una de las piernas entre las mías, apoyando el pie contra la barra, y su rodilla roza de manera peligrosa mi entrepierna—. He venido con unas amigas y es una noche de chicas, ¿sabes?

—Diles que vas al baño con un desconocido que está tremendo —murmuro, acercándome tanto que siento su aliento en los labios—. Prometo traerte de vuelta en quince minutos.

Se chupa el labio inferior y, cuando lo suelta, está más hinchado y brillante y caigo en una espiral de pensamientos muy impropios para estar rodeado de gente. Como que ese labial parece ser a prueba de saliva.

—¿Quince? Qué optimista.

Nuestra sesión de martirio se ve interrumpida cuando la multitud se vuelve loca de repente. Todo el mundo se gira hacia el escenario, y soy de los pocos que puede ver qué está ocurriendo desde aquí atrás gracias a mi altura.

Lluvia se pone de puntillas.

—¿Qué pasa? ¿Es Dolly Parton?

Cuando por fin me percato de lo que se está cociendo en el escenario, suelto una carcajada. Después, agarro a Lluvia de la cintura y la levanto, sentándola sobre la barra. Primero frunce el ceño y luego abre los ojos como platos.

—¡Ay, mierda! ¡Tenemos que ir!

Mi duro y profesional entrenamiento de fútbol universitario me sirve para abrirme paso hasta el frente del escenario. Aquí ya tenemos vistas completas de mi abuela y Joyce subidas a la tarima, tambaleándose como bebés que están aprendiendo a dar sus primeros pasos, y enredadas en el cable del micro. Joyce va vestida por completo de leopardo, sombrero incluido, y mi abuela, con su blusón blanco, su pelo engominado hacia atrás y sus grandes gafas de sol, parece Meryl Streep en *El diablo viste de Prada*.

¿Podría intentar impedir lo que sé que viene a continuación? Sí, claro. Pero llevo más de cinco semanas y media compartiendo espacio con estas tres. Mis alarmas hace rato que dejaron de ser efectivas. Es mucho más fácil dejarme arrastrar por la corriente, y ojalá lo hubiera descubierto hace años.

La banda empieza a tocar los primeros acordes de *I Walk the Line* y el bar entero se viene incluso más arriba. Lluvia se convierte en una grupi total. Si Joyce y la abuela se han puesto de acuerdo sobre qué parte canta cada una, no lo parece. Se pisan las frases y se intentan robar el micro varias veces.

—¡La bajita es mi abuela! —le está gritando Lluvia a dos mujeres.

Tres minutos después, me subo al escenario para llevarme a estas dos camorristas y consigo unos cuantos abucheos. Mi abuela me lanza un «buuuu» bien alto en el oído.

Creo que después de eso hay alguna especie de concurso de chupitos en la barra. No estoy del todo seguro. Sé que Lluvia me mete mano en incontables ocasiones y que Joyce acaba detrás de la barra sirviendo copas y enseñando a las chicas cómo se conseguían propinas en los setenta. Daddy Duck se nos une en determinado momento. Aparece un patito de goma gigante que rebota sobre las cabezas de la gente. Y juraría que mi abuela vomita en una cubitera y luego la vuelve a poner en su sitio.

El regreso a Little Hazard está borroso. Daddy Duck nos consigue un taxi y le pide el teléfono a Joyce, que se lo da entre risitas. Creo que ahí hay algo, pero ahora mismo no puedo analizarlo.

Regresamos al camping casi al amanecer. Despertamos a unas cuantas personas. La abuela me exige a gritos que abra todas las ventanas de la autocaravana si no quiero verla explotar de calor, y yo obedezco a toda prisa.

No me espabilo hasta que me descubro a mí mismo en la ducha con un chorro de agua fría cayéndome en la cara. Estoy en pelotas.

Joder, vaya noche. Creo que estas dos mujeres que rondan los setenta años dejarían tiritando los bares universitarios de Sunset Strip.

Cierro el grifo, y estoy alargando la mano hacia el gel cuando oigo el inconfundible sonido de la puerta del baño deslizándose. Sí, no me extraña que haya olvidado echar el pestillo si tampoco recuerdo entrar en la ducha. Abro un poco la mampara y me asomo, pero cualquier cosa que fuera a decir se esfuma, muere, cuando veo a Lluvia en medio del pequeño espacio del baño en el momento exacto en que el vestido cae a sus pies.

He tenido razón toda la noche.

No llevaba nada debajo.

Entonces levanta la mano y veo el destello plateado de un preservativo.

Me apoyo con las dos manos en las paredes para no desplomarme.

—Lluvia, por el amor de Dios.

Estamos los dos solos completamente desnudos en un lugar muy pequeñito, y me parece que lo veo todo en dos colores: Lluvia y sexo. Sexo y Lluvia. Ella se deshace del vestido de una patada, cosa que yo apruebo con un gruñido, y se me aproxima balanceando esas caderas tan bonitas. Abro el resto de la mampara de un tirón y por mí se puede hacer añicos el puto cristal.

—Las abuelas están K. O. —me comenta, como si me interesara una mierda—. No se despertarían ni aunque cayera un meteorito justo en el techo.

—¿Estás segura? —Eso es lo único que me importa—. Los dos estamos borrachos. No me malinterpretes, querría hacértelo con la misma fuerza

estando sobrio. Pero si esto es por el alcohol...

En lugar de contestarme con palabras, Lluvia me coge una mano y la lleva hasta su mismísima entrepierna. Muevo los dedos por instinto, haciéndola suspirar, y me encuentro la zona tan empapada que, si no tengo cuidado, acabaré metiéndoselos hasta los nudillos sin querer.

—Creo que esto no lo provoca el alcohol —me dice.

No puedo ser tan afortunado. De verdad que no.

—Joder, la hostia —farfullo, y luego tiro de ella para meterla en la ducha conmigo.

Mis manos viajan por sus costillas hasta que puedo estrujar sus tetas perfectas. Creo que los dos jadeamos a la vez. Mi boca se funde con la suya mientras la acaricio y nada me ha sabido nunca tan bien como ella. Mordisqueo su labio inferior hasta que pilla la indirecta y se abre, y entonces tengo todo el acceso a su boca.

Siento sus uñas rastrillando por mi espalda hacia abajo hasta que se clavan con ganas en mi trasero. Por si era poco evidente, mi polla, tan dura que juro que podría explotar en cualquier momento, se clava contra su abdomen de tal manera que tiene que ser incómodo para la pobre. Pero, si es así, no pronuncia ni una sola queja.

Estoy chupándole un pezón y masajeándole el otro pecho cuando me tira del pelo. Como soy un chico muy obediente, levanto la cabeza para mirarla. Pero, ups, se me resbala sin querer una mano en la grieta de su culo.

Cierra los ojos un instante, como si estuviera reuniendo fuerzas o redescubriendo cómo se habla, antes de capturarme la mano y plantarme en ella el condón.

—Llevamos días de preliminares. Póntelo ya.

—Tengo una idea mejor.

—Lo dudo.

Esta es de esas raras ocasiones en las que un tío sabe que tiene más razón que su novia y no se siente mal por ello. Tiro el preservativo al suelo de la

ducha y luego me pongo de rodillas delante de ella. Veo el momento exacto en el que se da cuenta de que soy genial y me adora cuando sus ojos se abren más y más.

Le tiemblan un montón las piernas cuando las acaricio con las manos. Me cuelgo una de un hombro, dejándola bastante expuesta. No me lo pienso mucho, porque es posible que haya estado anhelando esto días, semanas, años. Saco la lengua para probarla, dando un largo y lento lametazo, y se le escapa un sonido ahogado que vibra por todo el baño y viaja, increíblemente, hasta mi entrepierna. Joder, es como si me hubiera lanzado un hechizo en el que todo lo que hace o dice afectara de manera directa a mis testículos.

¿Habrá sido Vinanti Pezones Gigantes con su lazo plateado?

El sabor de Lluvia es brutal, creo que podría hacerme adicto a ello con mucha facilidad. Empieza a sollozar y a menear las caderas contra mi cara, tan impaciente y expresiva como siempre.

—Qué bien, qué bien. —Se retuerte y se retuerce, muerta de placer—. No pares.

Me concentro en chupar su clítoris, añado un dedo a la ecuación, y... premio. Lluvia se vuelve loca del todo. Sus músculos internos me ciñen el dedo de una manera que me hace pensar que podría perderlo, y juraría que noto palpitar su clítoris contra mi lengua. Lo chupo y relamo todo, orgulloso de saber que todo eso es gracias a mí.

Me aseguro de que está bien apoyada contra la pared y no se va a caer, y entonces me levanto y me pongo el preservativo. Me observa como atontada, pero abre los brazos al instante cuando me arrimo. La levanto en el aire y hago que me rodee la cintura con las piernas, y luego me sitúo en la entrada de su cuerpo.

Muevo el glande arriba y abajo, aprovechando esta lubricación natural que tanto me he currado.

La miro a los ojos.

—No sé si aguantaré mucho.

Juraría que le da exactamente igual, porque me urge a besarla y gime en profundidad cuando por fin me ensarto en ella. Dios, de verdad, es imposible que algo se pueda sentir tan bien. El sexo nunca había sido así, tan puto intenso que me da la sensación de que moriría y mataría por poder tener más de ella.

Empiezo con suavidad, porque hacerlo de pie no está hecho para todo el mundo, y cuando me aseguro de que solo está sintiendo placer me permito acelerar el ritmo. Mis caderas chocan contra las suyas más y más fuerte, y su boca viaja por mi cuello y me mordisquea justo donde ha aprendido que me vuelve loco. Entierro la cara entre su pelo, envolviéndome en su olor y sintiéndola, viéndola y oyéndola solo a ella.

Creía que no me iba a dar tiempo de hacer que tuviera otro orgasmo, pero noto cómo su vagina me aprieta cada vez más y más, y caigo en la cuenta de que mi pelvis roza el lugar indicado cada vez que embisto.

Y de pronto decido que no hay nada que quiera más en el mundo que correrme con ella.

Cambio un poco el ángulo para aumentar la fricción y ella solloza.

—Ash. Mierda.

—Córrete y te sigo.

Tres segundos más tarde, se deshace en mis brazos de la manera más dulce, sus dedos clavados en mi nuca. Mis movimientos se vuelven torpes y pierdo todo sentido del ritmo, pero ya es toda una proeza que siga en pie a estas alturas. Con una última embestida poderosa, llego al clímax como un caballo en celo. Madre mía, solo me falta relinchar.

Nos abrazamos durante un rato, hasta que de verdad no puedo más y tengo que dejarla en el suelo. Me deshago del condón y le damos su verdadero uso a este lugar dándonos una ducha calentita en la que ella me lava a mí y yo la lavo a ella. No puedo evitar recordar aquella otra ocasión en la que hicimos algo parecido. Hay un abismo entre entonces y ahora.

Para empezar, llevábamos ropa los dos. Y a mí jamás se me hubiera pasado por la cabeza que esto podría acabar pasando. Tenía muy asumido que ella estaba fuera de mi alcance.

Pienso en la increíble oportunidad que habría perdido si no hubiera venido a este viaje, y creo que le debo un «gracias» bien gordo a mi abuela por su chantaje emocional.

Nos acurrucamos de lado en la cama, yo abrazándola por la espalda. Don Pinchos y mi balón de la Super Bowl comparten espacio en una esquina.

—Gracias —susurra en medio de la oscuridad.

—¿Por el sexo? No suelen dármelas, pero...

—No. —Se ríe, pero noto cierta timidez y ¿preocupación?—. En general. Por todo. No sé, por dar el paso conmigo. Por lo del Smithsonian.

—Bueno, tú me llevaste al MetLife. Y no hubiera sido justo que te quedaras sin ver el museo del que parloteabas a todas horas de niña.

Se queda en silencio y pienso en lo del bosque. En su congoja y cómo le caían las lágrimas mientras dibujaba en mi brazo. La acerco más contra mí, estrechándola con suavidad.

—Sea lo que sea, se solucionará.

—Ya.

—Y sabes que puedes hablar conmigo, ¿no? Para serte sincero, gracias a mis cromosomas X e Y, soy un gran empático cognitivo y no puedo evitar buscar soluciones a cualquier problema que me cuentes.

—¿Qué? ¿De dónde has sacado eso? —Incluso sin verla, sé que está sonriendo.

—De Cooper. Estudia Psicología, y le apasionan de una manera un poco enfermiza las diferencias entre la gestión emocional de los hombres y las mujeres. Para serte sincero, creo que se inventa la mayoría de las cosas para ligar en las fiestas.

—Me lo creo.

Se produce otra pausa. No es incómoda, pero sé que en su cabecita están danzando muchas cosas.

—Así que, ya sabes, estoy aquí —añado, por si no había quedado claro.

Sus dedos me acarician el brazo.

—Captado.

Tras darle un último beso en el pelo, caigo rendido en un océano de tranquilidad y dicha.



No me extraña para nada ser el primero en levantarme unas horas más tarde. Ha sido la tónica habitual durante todo el viaje. Siento que mi cerebro ha sido sustituido por serrín y mi lengua, por algodón. Al menos no es una resaca tan gorda como la que pillé tras aquella fiesta de hermandad en la que Travis consiguió su minúscula cicatriz.

Voy hasta la cocina a ver si puedo preparar una sopa de tomate para todos. Descubrí que era lo mejor para la resaca gracias al endocrino del equipo; el señor no es tonto y sabía que no podía evitar para siempre que bebiéramos y se nos fuera de las manos, así que nos dijo que nada de comida basura o más alcohol al día siguiente. En su lugar, tomate o espinacas, para eliminar toxinas y fortalecer el hígado.

Hay algunos que dudo que tengan hígado para su último año de universidad, pero bueno.

Compruebo mi teléfono mientras la sopa se calienta en el pequeño microondas. Más follón mental de Travis, la plantilla de los ejercicios prepartido del entrenador y más de quinientos mensajes sin leer en el grupo del equipo. Como Lluvia también ha estado utilizando mi teléfono, me doy cuenta de que hace días que Danielle me escribió y la dejé en visto. Pobre.

Abro la conversación y apenas he leído el «Holaaaa» cuando un sonido estridente está a punto de provocarme un infarto. Rebusco corriendo entre todo el batiburrillo de bolsos, sombreros y chaquetas que hay sobre la mesa hasta que encuentro el teléfono de Joyce.

Alguien protesta entre murmullos, así que salgo de la autocaravana a toda prisa. Es un número desconocido, pero entonces recuerdo a Daddy Duck pidiéndole el número a Joyce. Tal vez el hombre quiere asegurarse de que seguimos vivos... o comprobar si puede verla antes de que nos marchemos.

Decido atender para que no crea que lo están ignorando.

—¿Diga?

—Buenos días. Estoy llamando al segundo teléfono de contacto de Lluvia Clearwater porque hace días que no puedo localizarla. —La voz, femenina y aguda, me parece familiar, aunque eso puede ser porque muchas personas suenan parecidas a través del teléfono, y todos tendemos a utilizar el mismo tono en esas conversaciones—. ¿Hablo con la señorita Clearwater?

Me alejo unos pasos de la autocaravana, intentando no hacer ruido en el sendero de gravilla.

—En este momento no puede ponerse. ¿Quién llama?

—Soy Sarah Trabucci, del departamento de admisiones de la Universidad de California —dice, lo cual hace que me detenga en seco—. ¿Podría...?

—¿Señora Trabucci? Soy Asher. Asher Stone.

Noto su vacilación y sorpresa incluso sin verla.

—Dios mío, Asher, eres la última persona con la que esperaba hablar hoy. Me ha tocado hacer las llamadas de los rezagados y los «especiales». Dime, ¿la señorita Clearwater es familiar tuyo? —Se oye ruido de papeles de fondo, y me la imagino a la perfección deslizando la mano libre por su

siempre atiborrado escritorio, intentando encontrar una aguja en un pajar—. Aunque no tenéis el mismo apellido.

—No, es mi vecina. Su familia y la mía son... —Dudo un poco, como siempre que tengo que ponerle nombre a la extraña relación que une los destinos de nuestras familias—. Amigos. Amigos de toda la vida.

—Eso es fantástico. Entonces me harás el favor de darle un recado de mi parte, ¿verdad? Así no tengo que preocuparme de volver a localizarla, ya que no ha devuelto ni una sola de mis llamadas desde finales de mayo.

Aunque no entiendo nada y mi cerebro no es capaz de establecer la relación entre Lluvia y UCLA, le confirmo que lo haré encantado.

—El profesor Rosaspini me ha traído de cabeza con todo lo relacionado con la señorita Clearwater, así que estaría dispuesta a ponerme de rodillas para rogarle que atendiera a ese exasperante hombre. Oh, pero ese no es el recado. Disculpa, querido, llevo un día de lo más ajetreado. ¿Podrías decirle a la señorita Clearwater que su plazo para tomar una decisión acaba el viernes de la semana que viene? A partir de entonces, ni siquiera el profesor Rosaspini podrá hacer una excepción. De hecho, esta llamada ya es excepcional. Si el director se enterase de que me hacen invertir tiempo en perseguir a una aspirante...

—Ah, eh... —Me quedo sin palabras, procesando a toda velocidad el impaciente monólogo de la señora Trabucci. Las palabras *plazo* y *aspirante* resuenan en mi mente como el eco dentro de una caverna—. Perdone que le pregunte, pero ¿a qué plazo se refiere?

Estoy seguro de que, si hubiera sido cualquier otro, me hubiera ganado un fuerte resoplido.

—Al de la solicitud de la beca completa, por supuesto. Aunque solo sería un mero trámite, porque el señor Rosaspini tiene a esa chica en el puesto número uno desde el año pasado. Si no supiera que ese hombre es un artista excéntrico, hasta me preocuparía su obsesión con la señorita Clearwater.

Pero qué puedo decir, incluso yo me quedé boquiabierta con su dosier, aunque a mí me impresionan hasta los menús de los restaurantes.

—¿Eso significa que le concedieron la beca completa el año pasado? —pregunto, sintiendo una extraña opresión en el pecho—. ¿Y la rechazó?

Hay una pausa al otro lado de la línea.

—No sé si debería compartir esa información contigo. Tal vez ya haya hablado demasiado. Me has dicho que sois buenos amigos, pero...

—Claro. —Cierro los ojos con fuerza—. Perdone, señora Trabucci, es que había malinterpretado a Lluvia. Había entendido que no la habían admitido en ninguna universidad. Creía que...

Me detengo bruscamente. Siento que estoy en medio de una situación surrealista, enlazando dos mundos que hasta este momento creía que no tenían conexión alguna: Lluvia Clearwater y UCLA.

—Asher... ¿De verdad sois cercanos la señorita Clearwater y tú?

Unas semanas antes habría dicho que somos tan cercanos como Voldemort y Harry Potter. Unidos por los lazos macabros del destino y poco más.

Ahora, sin embargo...

—Es mi novia.

—Ay, vaya —murmura la mujer—. Deberías hablar con ella. La señorita Clearwater no solo estaba en el primer puesto para conseguir nuestra beca, y me consta... Bueno, me consta que el profesor Rosaspini no es el único que ha insistido para que sea su alumna. Sé de, al menos, dos universidades más. Un talento como el suyo no debería desaprovechar esta clase de oportunidades —afirma—. Consigue que me llame antes del viernes de la semana que viene, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Muchas gracias, señora Trabucci.

—Gracias a ti. Espero verte el mes que viene y que tú mismo me presentes a esta infame artista.

Respiro hondo antes de poder contestar.

—Yo también lo espero.

Cuelgo y pienso a toda velocidad qué cojones se supone que debo hacer ahora. Sin embargo, no tengo mucho tiempo para hacerlo porque, en cuanto me doy la vuelta para regresar a la autocaravana, mi mirada se cruza con la de Joyce.

Está de pie en el último escalón de Little Hazard, con su camisón blanco impoluto y una mano sobre el corazón. Su expresión denota la desolación más pura.

¿Cómo...?

Mierda.

Las ventanas abiertas.

Lluvia



Sé que algo no va bien incluso antes de despertarme del todo. Lo sé por los cuchicheos. Es esa clase de sensación que te da el tono de voz de las personas más que sus palabras. Siento el cerebro como si un obrero y su taladro percutor hubieran decidido mudarse dentro y ponerse a hacer reformas. Me deslizo por la cama conteniendo un quejido, pero sintiendo que debo apresurarme.

Tropiezo en la escalerilla y por poco me voy de morros. Con una mano sujetándome a la encimera y con la otra sosteniéndome la cabeza, evalúo la situación. Atlanta, como yo, se acerca desde el pequeño pasillo para averiguar qué ocurre. Las caras contritas de Asher y la abuela se transforman en una patada en la barriga.

Me acerco a la abuela mientras la miro de arriba abajo con rapidez. No tiene peor color que ayer, pero...

—Abu, ¿qué...? —Alargo la mano hacia ella, pero me esquiva.

Quiero decir que se aparta de mí, como si no quisiera que la tocara.

Mi abuela.

Dios, ojalá no tuviera esta maldita resaca. No me deja procesar las cosas a la misma velocidad que siempre.

—¿Qué pasa? —Me giro hacia Asher en busca de respuestas. Caigo en la cuenta de que está sin camiseta, como cuando nos acostamos, y la puerta de la autocaravana está abierta a su espalda—. ¿Ha ocurrido algo?

Asher desplaza la mirada al suelo y aprieta el móvil que tiene en la mano.

—Por los clavos de Cristo, que alguno de los dos hable ya —exige Atlanta, incrustando su bastón en el suelo.

Siento la reverberación del golpe en los pies descalzos.

Al fin, la abuela abre la boca.

—Asher ha atendido una llamada a mi teléfono. Era el departamento de admisiones de la Universidad de California. —Sus ojos, clavados hasta ese momento en la pared, van hacia mí y me pilla tan desprevenida que me quedo sin aliento. Mi cuerpo expulsa sin permiso todo el aire y me deja sin reservas—. Creo que tienes algo que contarnos, jovencita.

Los pulmones me empiezan a protestar porque, por alguna razón, ese movimiento involuntario en el que debería aspirar aire no está funcionando. Me atasco. Me atasco muchísimo.

Esto no...

No puede ser.

Ya me había dado por vencida. Se había acabado.

No tenía por qué enterarse.

Intranquilo, Asher da un paso hacia mí.

—Lluvia.

El aire entra de golpe. Me alegro mucho de estar junto a la encimera porque, de lo contrario, creo que me habría ido al suelo de tan débiles como siento las rodillas.

—Yo... —«Di algo, di algo. Tal vez no lo sabe todo»—. ¿Es por... la solicitud del año pasado? ¿Han cambiado de idea?

Asher cierra los ojos y no sé por qué, y ahora mismo no es una prioridad. La abuela aprieta los labios en una línea muy fina.

—No es eso, y lo sabes.

—Muy bien, ¿por qué no nos sentamos para tener esta conversación? —propone/impone Atlanta—. Muchacho, cierra esa puerta.

—¡No! —exclamo, antes de pensarlo con claridad.

Todos me miran, pero... No, no. Si cierran esa puerta, es probable que me ahogue. Ya hay bastante falta de aire aquí dentro ahora mismo. Nadie se mueve para sentarse, tampoco. Es como si estuvieran esperando algo... Que yo dijera algo.

Pero ¿qué se supone que tengo que decir?

¿Por qué han llamado a la abuela? ¿Di su número?

¿Y desde cuándo las universidades están tan desesperadas por una alumna que mueven cielo y tierra para que formalice una puñetera matrícula?

—Es que no sé qué está pasando, en serio.

Algo pasa por los ojos de la abuela. ¿Decepción?

—Querida, necesito que dejes de mentir.

Mentir.

Ha dicho «mentir».

El poco, poquísimo, oxígeno que había aquí se esfuma, se extingue, y lo siguiente que sé es que tengo fuego en el pecho. Un ardor insoportable que pide salida, que me hace abrir la boca y...

—¿Yo miento? —lanzo. Dejo que las palabras lleguen como un proyectil hasta la abuela, que impacten en ella... que las comprenda. Percibo su parpadeo incrédulo. Su rigidez—. ¿Yo soy la que miente?

Atlanta y Asher están perplejos, por supuesto.

La abuela cierra las manos sobre su camisón, agarrándolo a puñados.

—¿Lo sabes? —Ay, su voz... Se ha hecho tan pequeñita...

Me encantaría poder tragarme de nuevo las palabras que acabo de soltar o haber reaccionado de otra manera, o, mejor aún, haber estado ahí para interceptar esa llamada. Pero no puedo.

Y... no sé. El enorme cansancio que llevo arrastrando todo este tiempo parece caer sobre mí de golpe, renovado porque, ahora que lo he dicho en voz alta, ahora que la punta del iceberg por fin asoma sobre la superficie, es como si lo hubiera validado. Como si hasta este momento hubiera sido solo una niebla que podía atravesar, aunque me costara en algunos puntos, y de pronto se hubiera convertido en una sólida pared de cemento.

Una parte de mí quería que pasara esto, y ha ocurrido.

Y es una mierda.

—Joyce, exijo saber qué está pasando. —Atlanta agarra a la abuela del hombro y chasquea la lengua—. ¿Quién rayos se ha muerto?

Miro a la abuela, angustiada.

Quiero ir corriendo y achucharla, pero, en cambio, aparto la mirada y me deslizo hasta el suelo. Me observo las rodillas. No tengo la capacidad ni las fuerzas de decir nada más en este momento, y creo que tampoco me corresponde.

He destapado el pastel, y ahora es el turno de la abuela.

Lo siento.

Lo siento.

Mi corazón late demasiado fuerte y hay un pitido en mis oídos que va ganando fuerza progresivamente. El ardor sigue y sigue porque me siento fatal y no quiero estar en esta situación.

Y mucho menos cuando la abuela, con un hilo de voz, dice:

—Estoy enferma, Ati.

—De acuerdo —contesta su amiga, resolutiva como siempre—. Vístete y buscaremos el hospital más cercano. Asher, guarda esa cama y ponte en marcha.

No oigo las fuertes pisadas de Asher al moverse, por lo que supongo que no está obedeciendo. No me interesa saber qué caras están poniendo, cuál es el lenguaje corporal de todos ahora mismo.

No puedo... No puedo soportarlo.

—Me lo diagnosticaron hace quince meses. —Silencio. Solo se oye el zumbido de los aparatos eléctricos de la autocaravana—. Un día empezó a dolerme mucho la espalda, y al principio estaba convencida de que me había excedido en la floristería, o incluso que eran gases. Fui a ver al doctor Schuster y me hizo varias pruebas. Y en la ecografía... apareció algo.

—Joyce.

La voz de Atlanta es como una advertencia. Como si, solo por avisar a su amiga, su historia fuera a tomar un rumbo distinto.

—Después de un TAC y una biopsia, pudimos saber la gravedad. —La oigo a la perfección tomar aire, retenerlo un segundo, y luego expulsarlo de manera temblorosa—. Es... Es cáncer de páncreas. No es operable. No hay mucho que se pueda hacer, en realidad.

Eso no es verdad.

«Podrías estar en casa, o en el hospital, o probando tratamientos alternativos.»

—¿Quince meses? —Atlanta está ultrajada, y hay esta parte de mí que la aplaude por ello—. ¿Nos has estado ocultando algo tan importante durante casi un año y medio?

Entonces la abuela suelta algo que quiere sonar como sus risitas habituales, pero que está lejos de serlo. Como si quisiera deshacer la tirantez en el ambiente solo cambiando el tono.

—El tiempo se ha pasado volando, la verdad. Lo cierto es que, cuando sientes que la vida no va exactamente como habías planeado, es como si todo aumentara de velocidad. —Eso es curioso, porque yo he sentido que había días que parecían no tener fin—. Como si tuvieras que darte prisa para hacer todo antes de...

Uf.

No.

No puedo.

Me levanto de golpe y los esquivo a todos para salir de la autocaravana. Como si hubiera activado alguna clase de reacción en cadena, se precipitan detrás de mí hablando a la vez.

«Por favor, tengo que irme. Necesito alejarme.»

Asher es el primero en alcanzarme.

—Espera, espera.

—No. —Me deshago de su agarre con brusquedad—. Déjame en paz, ¿vale?

La abuela aparece a su lado, acompañada de Atlanta.

—Lluvia, esto no cambia nada. Tenemos que hablar de lo de la universidad. Tú...

—No, ni se te ocurra darle la vuelta hacia mí. Sea lo que sea lo que yo haya hecho, me afecta solo a mí y es mi problema. ¿Por qué no hablamos mejor de lo tuyo? ¿Crees que, por decir en voz alta que tienes cáncer, ya está? ¿Ya no hay nada más que añadir?

—Niña —me regaña Atlanta.

—Claro, es que tú no sabes nada. No sabes que lleva todo este tiempo sintiéndose mal, teniendo dolores, vomitando por las noches, recostándose a escondidas cuando le daban bajones y subidones de azúcar, y luego sonriéndome como si no pasara nada y pretendiendo que yo siguiera con mi vida.

Lo escupo todo, palabra a palabra, todos los sentimientos asquerosos y agobiantes y nauseabundos que me han acompañado todo este tiempo. Esa rabia que no he podido controlar, que nunca he conseguido que desaparezca por más que me dijera a mí misma que la abuela era una persona enferma y que las personas así a veces toman decisiones que los demás no podemos comprender.

—Has sido una maldita egoísta y una irresponsable, ¿te queda claro? —Es la primera vez que le levanto la voz a la abuela y eso se nota por su

expresión. Porque también es la primera vez que la veo en ella—. ¿Y quieres que yo deje de mentir? ¿Yo?

Como ella no dice nada y yo no puedo soportar más tiempo su mirada, vuelvo a echar a andar. Una vez más, Asher se mete en mi camino.

—Lluvia, espera. Te recuerdo que el que sale corriendo soy yo, no tú. Además, vas en...

—Asher, no. En serio. No te metas.

—Por favor. —Intenta poner las manos en mis hombros, pero me retuerzo y acaba levantándolas en el aire—. Mira, no puedo ni empezar a imaginar lo que estás sintiendo. Ni siquiera he terminado de asimilar que Joyce, ella...

—Genial, date tu tiempo para procesarlo.

Vuelvo a intentar irme, y él me detiene de nuevo. Me estoy quedando sin paciencia y noto que no va a salir nada bueno de esto. Ahora mismo no siento nada compasivo o bonito por nadie. Y no se va a solucionar como la otra vez, con una broma estúpida de su parte. Además, él...

—Joder, Lluvia, para. No quiero que te vayas por ahí estando así.

—¡Eso no es asunto tuyo! De la misma forma que no era asunto tuyo atender llamadas al móvil de mi abuela, pero, vaya, a lo hecho, pecho, ¿no?

Frunce un poco el ceño y automáticamente lo retira, como si no pudiera enfadarse conmigo debido a esta situación. Y eso me indigna aún más, y no sé por qué.

—Tal vez no debería haberlo hecho, pero nunca habría imaginado...

—Me da igual —digo, pronunciando cada palabra con claridad—. Me da igual, porque lo has estropeado todo.

Empieza a molestarse. Lo noto.

Y no debería sentir satisfacción por ello, pero, joder, ahora mismo mi interior es una batidora de sentimientos de mierda.

—Tienes derecho a estar enfadada, pero yo no tengo la culpa de lo que está ocurriendo aquí. —Señala hacia la autocaravana—. Y le echas en cara

a tu abuela que es una egoísta y una irresponsable, pero ahora mismo te necesita y tú solo piensas en largarte. ¿Eso no te hace más egoísta?

Que yo... ¿soy egoísta?

Me tiembla la barbilla. Pero, si lloro otra vez delante de él, tendrá ganas de retirar sus palabras solo porque las lágrimas ablandan a las personas, y no lo necesito blando. Lo necesito cabreado, como ahora.

Además, estoy de acuerdo con él.

Pero que me caiga un puto rayo si lo admito.

—Vete a la mierda, Asher.

Me mira sin parpadear unos cuantos segundos, con la mandíbula apretada. No puedo leer nada en su expresión. Entonces, se aparta y me hace un gesto burlón con la mano.

—Adelante, haz lo que te dé la gana y págalo conmigo. Ya sabes dónde estoy cuando quieras disculparte.

Paso por su lado como una exhalación.

—No esperes de pie.

A la salida del camping, me cruzo con dos agentes de policía que me miran con curiosidad. Pero si hay alguna ley que les inste a preguntar a chicas llorosas y destrozadas qué les ocurre, ellos la desconocen o les importa un bledo.

Bien, porque es probable que también los hubiera mandado a la mierda.

Asher



Me quedo observando cómo Lluvia se marcha, con su pijama de aguacates y descalza, hasta que desaparece entre las demás autocaravanas. Luego miro a la nada, un poco en *shock*.

No sé cómo hemos pasado de una noche fantástica de borrachera, y un sexo alucinante en la ducha, a esto. El puto mundo acaba de darse la vuelta y las piernas me piden guerra, que las use, que queme todo esto que está carcomiéndome por dentro.

Sin embargo, Joyce y la abuela me necesitan. Y creía que Lluvia también, pero al parecer ahora soy el tío que lo ha estropeado todo.

Dios, ¿cómo he podido estar tan ciego? Me centré en que Lluvia no dibujara, y aunque sabía que es una chica fuerte y con los pies en la tierra, jamás se me ocurrió conectar todas las piezas sueltas con lo único que podría hacer que se sintiera tan mal: su abuela.

Joyce...

No me puedo creer que Joyce esté enferma. Se me agolpan tantas preguntas ahora mismo que ni siquiera sabría por cuál empezar. Y no sé si tendría los huevos de sentarme junto a esa mujer, que me ha dado tanto cariño y apoyo como la abuela, y tener esa conversación con ella. Ya bastante jodido ha sido oírla decir que... que no tiene remedio.

Y si para mí ha sido tan duro como recibir un ladrillazo en la frente, ¿qué habrá supuesto para Lluvia?

Un montón de momentos e imágenes empiezan a bombardearme.

Cuando me dijo que había tenido un año sabático brutal y se estaba aburriendo, y que por eso quería ir de viaje con las abuelas, y su grito de rabia esa misma noche en su habitación. Porque no le quedó más remedio que aceptar, a pesar de no estar de acuerdo.

Todas y cada una de sus sonrisas falsas.

Cuando Joyce se desvaneció en Sun Valley y Lluvia supo que necesitaba un glucómetro y no un tensiómetro.

Sus dedos moviéndose en sueños como si pintara.

«Lluvia es... Se esfuerza. A veces demasiado. Todo eso que ves... Esa chiquilla que corretea de un lado a otro intentando complacer a todo el mundo...»

Pues claro. Lluvia rechazó todas las universidades para quedarse con su abuela. Se ha negado su futuro y su carrera, su pasión, para poder estar con Joyce cuando más la necesitaba, incluso a pesar de que esta se lo ocultara.

Y yo la he llamado egoísta.

Cojonudo.

«Soy una egoísta. Y estoy cansada de esto, pero no sé cómo parar. Estoy tan tan cansada...»

—¡Joder! —gruño, dando una patada al aire que, evidentemente, solo me cabrea más.

¿Qué más puede salir mal?

—¿Asher Stone? —pregunta una voz a mi espalda.

—Sí.

Me giro con el ceño fruncido y las manos en las caderas, solo para encontrarme frente a frente con dos policías. El más bajo, que también es el mayor, enarca las cejas y mira brevemente a su compañero. Este parpadea, a todas luces sorprendido, y vuelve a preguntar:

—¿Es usted Asher Stone?

—Sí —repito, y lo acompaño de un movimiento seco de cabeza.

En medio de toda la tormenta de mierda, frustración, impotencia y mil cosas más, una pequeña parte de mí sabe que esto debería inquietarme. Dos oficiales que han aparecido en un camping aleatorio de Nashville no deberían saber mi nombre.

¿Habrán venido por esta discusión? No es posible. No hemos armado tanto escándalo. Y aunque alguien hubiera llamado a las autoridades, no habrían tenido tiempo de llegar tan rápido. Tendrían que haber estado escondidos detrás de un árbol.

Los policías vuelven a mirarse. Y luego, casi a regañadientes, el mayor se saca las esposas del cinturón y se me acerca.

—Bien, bueno... Asher Stone, queda usted detenido por transporte ilegal de materiales peligrosos.

—¿Qué?

Me alejo un paso, lo cual probablemente no sea buena idea porque al instante ambos se llevan las manos a los cinturones, donde están la pistola eléctrica, la pistola de verdad y la porra.

El más joven toma la palabra, hablando tan despacio como si yo fuera un animal salvaje y rabioso.

—¿Estuvo usted los días 10 y 11 de agosto en Lincoln Bar, en el condado de Fremont?

—¿Lincoln Bar? Sí... Nos detuvimos a ayudar con el incendio de Redem Creek.

—Hay una orden de arresto contra usted por transporte ilegal de materiales peligrosos. Ha saltado en nuestro sistema que ayer se registró en este camping. Tiene que venir con nosotros.

Estoy alucinando. Puto alucinando. Entre la resaca, lo de Joyce, la pelea con Lluvia y esto, creo que mi cerebro ha llegado a su tope y se niega a seguir trabajando.

—No sé... —Se me hace un nudo en la jodida garganta cuando siento el frío quemazón de las esposas en las muñecas—. Es que no sé a qué se refieren. ¿Transporte ilegal... de materiales peligrosos?

—Un cadáver —aclara el policía mayor—. Un cadáver robado, para ser exactos.

Los ojos están a punto de salírseme de las órbitas.

—¿Cómo dice?

Justo entonces, la abuela sale de la autocaravana como un elefante en estampida.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Qué le están haciendo a mi nieto?

—Oiga, señora, debe tranquilizarse. Nosotros solo...

—¡A mí nadie me dice lo que debo hacer!

—¡No, Nana!

Pero ya es tarde y su bastón ya está en el aire.

Lluvia



Solo he conseguido que me sirvan cerveza sin alcohol y pollo frito picante cuando la abuela entra por la puerta.

Fulmino a Daddy Duck con la mirada.

—Traidor. Pensaba que éramos amigos.

No está impresionado ni arrepentido, a juzgar por cómo sigue limpiando vasos sin levantar la mirada.

—Mis amigos no se mean detrás de la barra y luego no dicen nada.

—¡Era una emergencia!

La abuela se sube al taburete junto al mío ayudándose de la barra, que casi casi le llega a la nariz. Ella y Daddy Duck intercambian una mirada misteriosa y este se va hacia el otro extremo del mostrador. De pronto, me veo a mí misma y a la abuela en el espejo que recorre toda la pared de bebidas, y tengo que apartar la vista a toda prisa. Peor que si hubiera visto un maldito zombi en descomposición.

Capto un pequeño suspiro de alivio.

—Te han dado zapatos y algo para cubrirte. Bien.

La vergüenza me calienta las mejillas. He salido del camping en un estado tan desastroso que no me he dado cuenta de que iba con medio culo por fuera y pisando el suelo sucio hasta que un par de personas me han

mirado con lástima. Cualquier otra hubiera dado media vuelta y regresado a Little Hazard, porque nadie en su sano juicio se pasea por Nashville de esta guisa. Yo, en cambio, he pedido un taxi cuyo conductor se ha quedado boquiabierto y ahora le debo veinte pavos a Daddy Duck, una camiseta que pone «Keep calm and stay country» y unas botas cowboy verdes con llamas rojas que una de sus chicas dejó en el vestuario.

Soy Jessica Simpson en su período de decadencia.

—Querida...

La abuela no parece saber qué decir, y yo pagaría lo que fuera, vendería mi alma a un practicante de vudú novato, con tal de no escuchar cómo la he cagado, cuánto la he decepcionado y el daño que le he hecho.

—Lo siento.

Me quedo paralizada. Poco a poco, vuelvo el rostro hacia ella.

—¿Qué?

—Siento haberte puesto en esta situación. —Tiene las manitas en el borde de la barra, sus uñitas rosas haciendo contraste contra la madera—. Tiene que haber sido muy difícil para ti, ¿verdad?

Mierda.

Mierda.

Qué tramposa es.

No voy a llorar. Así no es cómo debería ir esta conversación. ¿No se supone que tendría que gritarme? ¿Echarme en cara que le haya estropeado el viaje?

Me miro mis propias manos, concentrándome en la rabia. La rabia es segura ahora mismo.

—También siento haberte increpado de esa manera en la autocaravana, delante de todos —continúa—. Pero cuando he oído a Asher hablando por teléfono... Debes saber que me ha pedido que no te dijera nada. Quería que me tranquilizara y lo analizáramos todo primero. Muy típico de un Stone, por otro lado.

Genial, ahora resulta que Asher también es maravilloso y ha gestionado esto mucho mejor yo, como siempre. Los perfectos Stone.

—Me ha cogido por sorpresa, ¿lo entiendes? Saber que fuiste tú quien decidió no ir a la universidad, y que no me lo habías contado... —De refilón, la veo sacudir la cabeza—. Y luego, en la autocaravana, Ati me ha preguntado «¿Creías que tenía sentido? ¿Pensabas que era lógico que una chica tan talentosa como Lluvia no fuera admitida en ningún lado?». Y, ¡ay, Dios!, por supuesto que no. Claro que no lo tenía. Yo...

Se le quiebra la voz.

Y a mí se me quiebra el corazón.

Se supone que yo también debería pedirle disculpas por un montón de cosas, y lo tengo en la punta de la lengua. Disculparme es algo que me sale de manera natural. Es la forma más rápida y sencilla de solucionar los conflictos y limar asperezas con todo el mundo.

Pero ahora...

Ahora mismo...

—Estoy cabreada contigo —suelto—. Y lo odio. Pero yo... creo que lo he estado todo este tiempo. Muchísimo. —Y es agotador.

La abuela exhala un largo suspiro.

—Bien.

—¿Bien? —La miro con incredulidad—. ¿Cómo que bien?

—Por todo lo que es sagrado, pequeña mía, casi había dejado de reconocerte.

—Que tú... ¿De qué estás hablando?

—Estoy diciendo que estar enfadada es normal. Estar triste es normal. —Esas manos que me sé de memoria, de dedos pequeños pero ágiles que tantos brotes han trasplantado, se posan sobre las mías. Y en estos momentos no soy capaz de adivinar a cuál de las dos le tiemblan más—. Incluso entre las personas que más se quieren, hay conflictos. Eso es la

familia, el amor, y no son sentimientos frágiles. Resisten. Aguantan auténticos temporales.

—Eso ya lo sé. Yo solo... —La garganta intenta cerrarse, tal vez algún modo de autopreservación ancestral, pero me esfuerzo por tragar saliva y dejar la vía libre—. Abuela, tú eres lo único que tengo.

—Eso no es cierto. —Sus dedos me toman de la barbilla y mueve mi rostro, buscando mi mirada—. No lo es, ¿me has oído?

Pero sí que lo es.

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Marcharme? ¿Hacer las maletas e irme a la otra punta del estado sabiendo que no ibas a decirme una palabra, que me mentirías por teléfono?

—No lo sé, querida. No sé cómo hubiéramos manejado la situación porque esto también es nuevo para mí. Pero lo que desde luego no esperaba era que echaras a perder tu vida y tus oportunidades y te adjudicaras un papel que no te corresponde.

—¿Que no me corresponde? —repito, perpleja—. ¿Estás hablando en serio?

—Lluvia, eres mi nieta.

—¡Precisamente!

—No, querida, no me estás entendiendo. Eres mi nieta. —Esas manos aprietan, instándome a algo. A escuchar. A entender—. No mi enfermera, ni mi empleada a tiempo completo, ni mi chica de los recados. Mi nieta, Lluvia Clearwater, la artista más talentosa de Santa Jacinta, la niña que dibujaba nuevos horizontes y sueños cada noche antes de irse a la cama.

La observo. Siento los ojos al rojo vivo. Sé que voy a llorar, pero ya ni sé ni puedo detenerlo. Y encuentro idénticas lágrimas no derramadas en esos ojos grisáceos.

Suspiro a trompicones.

—No puedes pretender en serio que me aleje de ti cuando más me necesitas.

—¿Y si me dejas a mí y a los demás decidir cuándo te necesitamos y así no te sentirás tan cansada todo el tiempo? —Los dedos de la abuela limpian las lágrimas antes de que caigan—. Eres un alma bondadosa, mi niña, y no voy a permitir que nadie más abuse de tu generosidad y confianza. Ni siquiera yo.

—Tú nunca...

—Sí que lo he hecho. Debería haber estado más atenta. No puedo creer que me tragara esa vil patraña sobre los rechazos. —Chasquea la lengua, disgustada consigo misma—. Pero me pasó lo mismo que a todos: me había acostumbrado a tenerte ahí, a que fueras mía y estuvieras a mi disposición, y no le di más vueltas porque no me convenía.

—No, abuela, eso no es cierto. Yo quiero estar ahí para ti. Quiero ayudarte. Siempre.

—Y lo harás. El lunes por la mañana estarás en el campus de UCLA, hablarás con esa tal Trabucci y firmarás la beca completa que prácticamente te han suplicado que aceptes. —Cuando abro la boca para protestar, la abuela frunce el ceño—. Vivirás en la residencia con más estudiantes talentosos como tú, irás a fiestas y te emborracharás, tendrás sexo con muchísima protección con Asher, y odiarás a algunos profesores y admirarás a otros.

De pronto, no solo estoy escuchando las palabras de la abuela, también las estoy viendo. Tal vez porque llevo mucho tiempo imaginándome lo mismo (a excepción del sexo ultraprotegido con Asher). Prácticamente hasta ideé los conjuntos que llevaría a la universidad, qué materiales tendría que comprar según qué clases y hasta dónde podría potenciar mi talento con la ayuda adecuada.

Sin embargo, en los últimos quince meses siempre esperaba a estar en mi habitación, de noche, para dejarme llevar por esos sueños; alguna vez hasta eché el cerrojo, como si lo que estaba a punto de hacer fuera vergonzoso. Entonces me sentaba en la cama y me imaginaba en el verdísimo césped de

un campus, bajo la sombra de un frondoso árbol, bosquejando con una mano mientras tomaba medidas con la otra, colocando el pulgar y el índice de manera que formaran una «L». Los estudiantes iban y venían. Algunos leían en grupitos, también sobre el césped; otros estaban jugando a las cartas, o simplemente relajándose al sol, o lanzándose balones de un lado a otro.

Hasta ahora siempre me había imaginado sola en ese escenario. Pero esta vez, cuando miro a la izquierda, Asher está acostado cuan largo es a mi lado, también a la sombra. Algunos puntos de luz se deslizan por su rostro siguiendo el ritmo de las hojas y el viento, y justo en ese instante abre un ojo para mirarme. Aquella inmensidad azul brilla, brilla mucho, y entonces me coge de la mano, la mano con la que tomo medidas, y entrelaza nuestros dedos. Se lleva las manos unidas al pecho, justo donde puedo sentir el fuerte latido de su corazón a través de la camiseta, y vuelve a cerrar el ojo como si eso fuera suficiente para él. Como si este momento y yo fuéramos todo lo que necesita.

Oh, mierda.

Eso me gusta. Me gusta demasiado.

Lo ansío con todo mi ser. Con las dos mitades, la lógica y la instintiva.

—Abuela —sollozo, echándole los brazos al cuello.

—Mi pequeña. Ya lo entiendes, ¿verdad? —Acaricia mi espalda y cabello con suavidad, como siempre ha hecho—. Vivir tus sueños no te hace egoísta. Y cuando los cumplas, me harás a mí la abuela más feliz del mundo.

—Hay cosas... Me tienes que prometer ciertas cosas.

—No le robes a esta abuela el placer de abrazarte. —Me estrecha con más fuerza—. Redactaremos los términos de un contrato justo para ambas partes luego.

—¿No mientes?

—No miento.

Este momento no solo es liberador para mí, también es toda una sorpresa. Porque en todas las ocasiones en las que imaginé que la verdad salía a la luz, nunca fue así. No había comprensión, lágrimas de alivio o abrazos. Solo la tristeza más profunda, resentimiento, dolor y rabia. Y esos sentimientos también están aquí ahora, sí, pero no me había percatado de que pudieran coexistir con otros y hacer que me sintiera tan... desahogada.

—Dime que volverás a dibujar —susurra en mi oído—. Y que jamás volverás a arrancarte una parte tan vital de ti misma por nadie.

Me quedo sin aliento de nuevo. Creo que no hay palabra más adecuada para describirlo que *arrancar*, y al oírlo me doy cuenta de que es tan real porque dejé algo herido y sangrante en mi interior. Suprimir la necesidad de dibujar todo este tiempo...

—Fue la única manera de intentar olvidarme de la universidad y mis planes —confieso en voz baja. Puedo decirlo. Ya no tengo que guardármelo más—. Y porque... empecé a dibujar cosas horribles poco después de descubrir lo de tu enfermedad.

—Si quieres...

—No. —Me separo de la abuela y la miro con determinación—. Ya no existen. Y aunque lo hicieran, no te los enseñaría.

Quemaba esos bocetos en cuanto los terminaba, y ahora sé que era el modo en el que hacía frente a las cosas que no podía verbalizar; lo que ni siquiera me permitía pensar. Y verlo plasmado en papel la verdad es que me asustó un poco... No sabía que podía formarse algo tan oscuro en mi interior, algo que me hiciera retratar a la abuela acostada en el sofá con una cuenta atrás sobre la cabeza.

Me pregunto qué habría pasado si me hubiera dejado llevar por esa faceta. Es probable que hubiera acabado desapareciendo conforme fuera asimilando la enfermedad de la abuela. O tal vez no. A lo mejor esa pequeña parte sigue dentro de mí, y tengo que aceptarla porque forma parte de mi psiquis. De la misma forma que otras personas se echan a correr

cuando se sienten sobrepasadas por las emociones, yo le di forma a mis miedos más profundos en un papel.

Y no lo sabía porque nunca me había sentido así antes.

—No hay nada en ti que no fuera a aceptar con los brazos abiertos. —La abuela me sonríe con ternura—. Y, oye, se suele decir que los artistas atormentados tienen mucha más inspiración. ¡Como Samuel Little!

—Solo tú podrías compararme con un asesino en serie. —Me lanzo sobre ella—. ¡Me encanta!

Daddy Duck pone dos cócteles en la barra y los desliza hacia nosotras.

—¿Ahora sí? —Entrecierro los ojos, haciendo como que no tengo toda la cara húmeda y probablemente enrojecida por el llanto—. Sabes que sigo siendo tan menor como anoche, ¿no?

—Calla y acéptalo. Será el mejor mai tai de tu vida.

La abuela se lo bebe de un tirón, como un marinero de agua salada.

—¿Otro, preciosa? —pregunta Daddy Duck.

—Mejor que no, todavía tenemos que pasar por comisaría.

Yo, que estoy tomándome con más calma la bebida, por poco me escupo en el regazo.

—¿Qué?

Se baja del taburete de un saltito muy gracioso y su rostro, también mojado y ruborizado, se transforma por la diversión.

—Querida, por primera vez en la historia, los Clearwater tienen que ir a sacar de la cárcel a los Stone.

Lluvia



El agente que se encarga de la recepción nos mira de arriba abajo y se recuesta contra su silla, gimiendo.

—¿Vosotras otra vez? ¡*Sheriff*! ¡Venga aquí! Son ellas.

Melvin Jusko, el *sheriff* veterano de sesenta y seis años que sueña con su jubilación y solo quiere días de trabajo relajados, se asoma desde el interior de la oficina e intenta escaparse antes de que lo veamos.

Tarde.

—Eso no te funcionó ayer, y no te va a funcionar hoy, Melvin —canturrea la abuela. Se ha puesto su mejor vestido de crochet y sus pendientes de perlas más conservadores—. Ven aquí. Te prometo que, si todo sale bien, hoy podremos marcharnos y no nos volverás a ver.

Eso anima al hombre a aproximarse, aunque su mirada de desconfianza duele. Después de todo, no fue culpa mía que su compañero ayer se grapara el dedo solo porque aparecí aquí vistiendo la camiseta y las botas. Y si nos hubieran dejado ver a Asher y a Atlanta, como pedimos, es probable que la abuela no los hubiera maldecido a todos con sucesos paranormales en la oficina.

Que justo entonces una fotocopiadora se pusiera a funcionar sola fue la guinda perfecta, pero ellos no le vieron la gracia. Son sureños, vaya. Creen

que, si eres capaz de darte un beso en el codo, te casarás con la persona que quieras.

—En breve recibirás una llamada del *sheriff* de Lincoln Bar —informo, apoyada sobre el mostrador—, y es probable que alguien hoy sí quiera revisar su correo electrónico. —Dirijo una sonrisa cargada de intenciones a la secretaria, quien oficialmente me odia—. Como ya dijimos, Asher Stone solo estaba en el lugar equivocado en el peor momento. Solo ayudó al señor Sokolov, o como quiera que se llame ese hombre en realidad, a trasladar el cuerpo porque los agentes del pueblo se negaron. No tiene antecedentes, es un excelente estudiante y un prometedor jugador de fútbol americano. ¿Todavía no estás revisando tu correo, Cindy?

Si hay miradas que matan, no sé cómo no estoy muerta ya.

El *sheriff* Jusko mueve el índice con dejadez hacia la secretaria.

—Compruébalo y a ver si podemos acabar con esto. —Luego exhala con pesadez, muy agotado después de las últimas veinticuatro horas—. ¿Y qué hacemos con la nariz rota de mi oficial? Eso es asalto y agresión contra un empleado público.

Señala al pobre hombre, que también nos fulmina con la mirada desde su escritorio. Ayer estaba sangrando y quejándose como un becerro recién nacido, pero es que hoy le han puesto un apósito espantoso que le ocupa media cara. La otra media está de color morado.

Madre mía, Atlanta debería dedicarse al béisbol.

—Ya le dije que no estaba estable emocionalmente, pero no me importa tener que volver a contar la historia otra vez. Ayer, mi abuela le contó a la señora Stone, su mejor amiga, que ella...

El *sheriff* levanta la mirada al techo. Si está buscando a Dios, creo que no se encarga de estos asuntos.

—Sí, sí, eso otra vez no. Muy bien. Yo...

El teléfono suena, y el recepcionista ni siquiera se molesta en atenderlo. Se lo pasa directamente al *sheriff*, quien empieza una especie de tira y afloja

con las autoridades de Lincoln Bar. La abuela me guiña un ojo. Con esto y el as que tenemos bajo la manga, que es una llamada a grito pelado del hijo de Atlanta y *sheriff* de Santa Jacinta, Gideon Stone, no deberían tardar en soltarlos.

Nuestra táctica ha consistido en demostrarles que pierden más reteniendo a Atlanta y a Asher que soltándolos.

Treinta minutos más tarde, la mitad de nuestro grupo de viaje aparece en el pasillo del fondo. Mi corazón ejecuta una pirueta Biellmann a toda velocidad cuando los ojos de Asher se encuentran con los míos. Madre mía, está más ojeroso que cuando tuvo fiebre. No debe de haber dormido en toda la noche. Su mirada es tan penetrante que quema, pero no puedo interpretar mucho.

La abuela corretea hacia su amiga y se abrazan, y creo que Atlanta va alternando entre murmurarle cosas bonitas y gritarles a los de la oficina que le devuelvan sus cosas.

Me acerco con calma a Asher. Una oficial le entrega una bolsa con su cartera, móvil y lo poco que llevaba encima cuando lo detuvieron. Llego a tiempo de oír que él dice:

—Si ese bastón desapareciera, muchas personas os lo agradecerían.

La mujer pone los ojos en blanco antes de marcharse.

Y entonces toda la atención de Asher cae sobre mí. Y yo me quedo un poco en blanco por lo guapo que es y las ganas que tengo de besarlo, así que voy a un terreno seguro.

—He hablado con tu entrenador y creo que ahora entiendo un poco el pánico que le tenéis. Le he jurado que llegarás a tiempo al partido, pase lo que pase; de lo contrario, le entregaré a mi primogénito. —Con las manos un poco temblorosas, desbloqueo el teléfono (mi teléfono, por fin) y le muestro la pantalla—. Tengo cuatro billetes de avión a Los Ángeles y apretaré el botón en cuanto des el visto bueno. Estaremos allí poco después del mediodía, y así...

Aparta con suavidad el móvil para poder mirarme. No me había dado cuenta de que estaba tapándome la cara con él... o sí.

—He acabado en la cárcel por tu culpa.

Se me ocurren un montón de argumentos contra eso. Como que era imposible que yo supiera que el supuesto señor Sokolov no trabajaba en realidad para una empresa fúnebre. Tenía el traje, el coche y el cadáver. Hablaba como uno se espera que hablen esa clase de personas, y se quedó todo un día en Lincoln Bar ayudando con el incendio. Dijo que le había encantado el estofado. Total, que a veces sí que hay que dejarse llevar por el aspecto de una persona.

Pero ¿traficante de cadáveres para venta ilegal? Vamos, si hasta engañó a los agentes del pueblo. La abuela y yo nos hemos sentido como dos tontas, porque uno de nuestros temas criminales favoritos es el de los resurreccionistas del siglo XIX.

Sin embargo, sé que Asher no va a apreciar que le diga nada de eso.

—Humm, sí. Eso es correcto, pero no te van a poner cargos —digo, haciendo mucho énfasis en el «pero».

—¿Y recuerdas cuando dije que no podía ocurrir ninguna otra catástrofe o accidente que nos retrasara? Bueno, también me refería a esto.

—Sí, estaba implícito. Pero...

De pronto, sus labios caen sobre los míos. Sus fuertes brazos me rodean la cintura y me levanta en el aire para poder saquear mi boca a placer. Me gustaría decir que me hago la sorprendida, la tímida o que me resisto un poco. La realidad es que solo ha pasado un día desde la última vez que lo vi y lo he echado tantísimo de menos que ha sido una locura. Me aferro a estos hombros que me gustan tanto y entrelazo nuestras lenguas. Deja escapar un gemido fuerte en mi boca que hace que todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo cobren vida.

—Debería haberlo sabido —murmura, su boca rozando la mía al hablar —. Los planes nunca salen bien cuando hay una Clearwater involucrada.

—Oye, solo has tardado diez años en darte cuenta.

—¡Salid de mi oficina de una vez, por el amor de Dios! —grita el *sheriff* Jusko.

Asher me deja en el suelo y enarca una ceja al más puro estilo Stone.

Me derrito.

Juro que me derrito.

—Siento haberte mandado a la mierda. Siento todo lo de ayer, en realidad.

—Lo entiendo. Me encantaría que en el futuro no lleguemos a ese punto, pero todavía sigo siendo incapaz de ponerme en tu piel y saber lo que has vivido desde el año pasado. —Me rodea el rostro con las manos y yo me arrimo a él, buscando su calor, su seguridad, ese sentido común tan odioso de su familia—. Haré que la próxima vez no dudes en contármelo todo para que no tengas que sentirte tan sola.

Eso es, sin ningún asomo de duda, lo más bonito que Asher Stone me ha dicho en la vida.

Justo después de «¿Te meto un dedo o dos?».

—Creo que te quiero —suelto sin más.

El hoyuelo queda a la vista justo cuando se inclina para besarme con suavidad.

—Menos mal, porque era o casarnos o matarnos.

Un bastón aparece de la nada y lo golpea en el trasero, haciéndolo aullar.

—¡Nana, joder!

—Contéstale de manera apropiada, zopenco.

—Ati, querida, creo que ellos tienen su propio lenguaje. Ya sabes, la juventud...

—Nada que yo le haya enseñado o que piense tolerar. —Y levanta otra vez el bastón—. Tienes tres segundos para recapacitar. Tres, dos...

—¡La quiero! ¡La quiero! —Asher se parapeta detrás de mí, lo cual no me parece un acto cobarde porque hay pocas cosas que den más miedo que

su abuela y su bastón—. Te quiero, Lluvia, ¿vale?

—¡Vale!

Asher



No viajamos a Pasadena en avión. No habría sido lo apropiado, y creo que todos estamos de acuerdo. Empezamos este viaje con Little Hazard, y debemos terminarlo con ella. A estas alturas, es una más del grupo. Así que decidimos ventilarnos treinta horas de coche respetando los límites de velocidad (porque bastante he tenido con las amenazas de daño físico por parte del entrenador Tim si aparece una sola línea en mi expediente). Lluvia y yo nos vamos intercambiando para turnos de cinco horas, y Joyce y la abuela se encargan de que durmamos y comamos, y de que yo llegue en las mejores condiciones posibles.

Hago dominadas, flexiones y carreras cortas dentro de Little Hazard, y me hincho a carbohidratos como un loco. Lluvia me besa cada vez que completo una serie, así que motivación no me falta.

Mientras tanto, Joyce y mi abuela tienen por fin una conversación que hace que a Lluvia se le humedezcan los ojos y que yo haga sentadillas como un desquiciado. Van de menos a más, como creo que es su *modus operandi* (porque cada amistad es diferente). Creo que todo el proceso habría durado varios días de no ser porque estamos aquí encerrados.

Primero, Joyce se ofrece a ayudar a la abuela con las comidas, y la abuela, a cambio, colabora con la limpieza. Se halagan mucho mutuamente.

Se lanzan miradas. Y cuando se hartan de ser cordiales entre sí, empiezan a discutir por cualquier tontería (yo escondo el bastón en uno de los compartimentos superiores de la cocina por si acaso). Por último, se sientan una al lado de la otra, se cogen de las manos y se sinceran.

No es agradable de oír. Y, al mismo tiempo, me abre los ojos acerca de lo que es el amor fiero y desinteresado entre dos personas.

Descubro bien por qué Joyce llegó a la conclusión de que ocultarlo todo era la mejor opción, qué supuso para ella, lo mucho que le influyó el comportamiento extraño de Lluvia para planear este viaje, y lo bien que se siente ahora que ya no es un secreto. Mi abuela la amenaza con enviarla directamente a la tumba si vuelve a hacer algo así, y Joyce le asegura que no tiene ganas de pasar por lo mismo de nuevo.

Más tarde, mientras Joyce dobla con mucho cuidado la ropa que he metido a toda prisa en mi bolsa de deporte, me acerco a ella y la abrazo. No le digo nada porque no soy capaz, y está claro que no lloro porque yo no hago esas cosas, pero la mujer me estrecha contra sí con tanta intensidad que parece que es ella la que me sostiene a mí y no al revés.

Y no lo descarto.

Estamos atravesando Arizona cuando me toca dormir un par de horas.

Al despertarme, para mi maldita sorpresa, nos hemos detenido y estamos en la calle principal de Williams, Arizona.

Justo al lado del Gran Cañón.

Lluvia



La conducción te permite pensar muchísimo. Haber abierto el cajón de mierda y que ahora mis ideas puedan circular de manera libre me hace caer en la cuenta de cosas diferentes. Porque, cuanto más agobiada y bloqueada está una persona, más perdida se siente.

Ahora es como si me hubiera deshecho de toda la inestabilidad que sentía en el cuerpo y que no me permitía sentirme a gusto del todo (no sin sentirme horrible por ello). Nada de chaquetas que tenga que dejar caer al suelo para engañar a mi mente.

Sobre el peso en mis hombros, ese se queda. Pero me estoy reconciliando con él. Todos los familiares de personas enfermas lo cargan y siguen viviendo, ya sea porque no les queda otro remedio o porque llegan a la conclusión, como yo, de que la imprevisibilidad de la vida a veces juega a favor, y a veces en contra. Y ese es parte de su encanto.

He repasado todo lo que ha sucedido durante este viaje y hay dos cosas que podrían quitarme el sueño si no las soluciono:

Mi fitonia.

Y la fuerte sospecha de que sé qué es lo que pasó exactamente hace cuatro años.

Al encender mi móvil, estuvo a punto de reventar por la cantidad de notificaciones que empezaron a entrar de golpe. Muchas ya eran de hacía semanas, porque Trin sabía que debía buscarme en el móvil de la abuela o de Asher. Tenía varias llamadas perdidas del departamento de admisiones de UCLA, uniéndose a las otras que llevaba ignorando desde mayo.

La única persona que había seguido enviando mensajes, ignorando que el teléfono estaba apagado, había sido Justin. No sé qué me dejó más perpleja, si que fuera consciente de que no había nadie al otro lado y continuara intentándolo o que sus mensajes no reflejaran desesperación o preocupación en ningún momento.

Como si estar desaparecida un mes fuera una chiquillada por mi parte.

> No le des más vueltas, a los dos
> se nos ha ido la pinza.
>
> Me muero de ganas de verte.
>
> Vale, supongo que estás enfadada.
> Lo entiendo. Estoy aquí para lo que necesites.
>
> Te estaré esperando en Williams,
> tal y como habíamos planeado.

Mi primer impulso fue contestarle para saber si estaba hablando en serio. ¿«A los dos» se nos había ido la pinza? ¿Suponía que estaba enfadada y lo entendía? ¿E iba a estar ahí? ¿Desde cuándo?

Abrí el teclado y moví los dedos por encima, con muchísimas ganas de exponer todo aquello, pero luego recapacité y me di cuenta de que sería absurdo.

Primero, era cierto que, aunque discutimos muchísimo, eso no era lo mismo que hablar las cosas y dejarle claro que todo había terminado... sobre todo para alguien como Justin, que no le habría dado más vueltas al tema excepto para enviarme esos mensajes.

Pensé que debía sumarme a la cada vez más larga lista de personas que tenían ganas de darle un sopapo a Justin Howard.

Y entonces...

Recordé.

«Descubrió algo una vez. Algo privado. Y se aprovechó de ello.»

«Cuando tuve la oportunidad de ir detrás de ti... Me acojoné. Hubo alguien que... Bueno, no puedo echarle la culpa porque, si hubiera tenido las cosas claras, si hubiera tenido el maldito valor de...»

Puede que estuviera equivocada.

Pero puede que no.

Y tenía una fitonia que recuperar.

Ten el móvil a mano, te escribiré
en cuanto llegue.

Les comunico a las abuelas mi plan, prometiendo que no tardaré más de media hora, llego al pintoresco pueblo de Williams, que vive gracias a la Ruta 66 y a su cercanía con el Gran Cañón, y voy al encuentro de Justin Howard.

Veo su Dodge rojo antes que a él. Está aparcado justo frente al Sultana Theatre, un pequeño edificio verde y rojo que hoy en día es una tienda de tatuajes. Justin está apoyado relajadamente contra la puerta del conductor, de brazos cruzados, y cuando me ve esboza esa sonrisa confiada y condescendiente.

Como si fuera no solo el dueño de ese coche, sino de todo su entorno.

En su día, me parecía sexy.

Qué cosas.

—¿Tienes mi *Fittonia verschaffeltii*? —pregunto de manera tajante.

Había empezado a mover las piernas para salvar los últimos metros entre nosotros, y de pronto se detiene en seco. Parpadea despacio y varias veces, la verdad, como si no estuviera seguro de lo que acaba de oír.

—Mierda, te juro que no te he entendido —dice. Sus cejas y las comisuras de sus labios tiemblan. Se sacuden, más bien. Es como si no

supiera si debe sonreír o fruncir el ceño; como si algo en mí, en mi expresión, lo dejara sumamente descolocado.

—La fitonia. Para el ramo de novia de la señora Phillips. —Como su rostro no da la más mínima muestra de que sepa de lo que estoy hablando, me impaciento—. Los Phillips celebran sus bodas de oro y llevo cultivando una preciosa fitonia de hojas magenta desde finales de primavera. Te lo dije. Te lo conté hasta en un *email* antes de que regresaras de la universidad. Y justo antes de irme de viaje, te entregué la maceta y me juraste que...

—¡Sí, sí! —Justin alza las manos, como si fuera a detener a un defensa del equipo contrario (extraña analogía)—. Joder, Lluvia, parece que te va a dar algo. Tengo tu maceta. Tranquilízate, ¿quieres?

Eso intento, procurando que no note mi respiración agitada y las ganas que tengo de resoplar otra vez porque, de hecho, no estoy ni un cincuenta por ciento alterada. Se gira un poco hacia el Dodge, pero se detiene y vacila.

—Oye... ¿de verdad no me vas a dar un beso después de seis semanas sin vernos?

Ahora soy yo la que parpadea. Creo que también son muchas veces, pero el movimiento de mis pestañas no activa nada en mi sistema psicomotriz. Mis piernas no se mueven. Mis manos se cierran hasta formar puños, pero al instante las relajo, porque, ¿y si Justin lo ve? Pero ¿qué más da si lo ve? Es decir, esa es la reacción instintiva de mi cuerpo hacia su pregunta, y es legítima. No tengo por qué esconderla, incluso aunque eso pueda dolerle u ofenderlo.

Esos son sus sentimientos, no los míos. Y debe gestionarlos él, no yo.

—¿Recuerdas cuando discutimos hace semanas? Y me colgaste diciéndome que me quedara en mi mundo de fantasía. Dime, ¿qué mundo de fantasía crees que es tener a tu abuela, tu única familia, enferma con cáncer terminal?

Juraría que Justin pasa de su bronceado natural a un dorado verdoso solo porque yo haya pronunciado la palabra *cáncer* en voz alta. En parte lo entiendo. Yo vomité el día que descubrí los *emails* del médico. Hay tanto dolor, miedo y tabú asociado a esa palabra que es como si el cerebro recibiera un puñetazo al oírla.

—Voy a serte sincera: este viaje ha sido una pasada. Sí que he estado en una especie de fantasía durante estas semanas, porque había ratos en los que incluso me olvidaba de la realidad, de lo que nos estaba esperando en casa. Incluido tú. —Eso lo hace reaccionar, envarándose, pero levanto una mano en el aire—. Mira, no sé en qué momento las cosas empezaron a ir mal entre nosotros. Durante un tiempo creía que fue cuando te marchaste a la universidad y tuvimos que esforzarnos tanto por mantener la relación a distancia y aun así todo se sentía... tirante. Pero no es así. Todo cambió cuando te conté lo de la abuela, ¿verdad? Te agobiaste, tal vez no entraba en tus planes tener una novia con una mochila así, pero el caso es que fue... egoísta de tu parte. Me hiciste sentir como si tuviera que prestarte el doble de atención solo porque necesitaba dedicarle más tiempo a mi abuela; como si fuera una competición para ver a quién quería más, o algo así.

Justin niega con la cabeza. Parece impactado, no enfadado.

—Eso no es verdad. He estado ahí para ti todo este año. Te acompañé al médico a escondidas para enterarnos de qué pasaba con tu abuela, te he escuchado, pero yo... Sí, te echaba de menos, claro que sí. No puedo negar que nada ha sido lo mismo desde entonces, pero ¿por qué es culpa mía? Me gustaba la Lluvia que siempre estaba lista para la aventura y que se moría de ganas por estar conmigo.

—Pero no te gusta la Lluvia que tiene preocupaciones, o ganas de llorar, o problemas en general.

—Oh, vamos, no lo dices en serio. —Se pasa las manos por el pelo, revolviéndolo—. Actúas como si yo no hubiera vivido este año contigo.

—Porque no lo has hecho —insisto. E insistir en ese punto, para alguien como yo, es casi doloroso. No por lo que significa para mí, sino por lo que le estoy dando a entender a él.

Me mira fijamente. Abre y cierra la boca, aturdido.

—No lo dices en serio —repite.

—Te has pasado todo este tiempo intentando que yo fuera la Lluvia de siempre, y que cada rato que pasáramos juntos actuara como si nada. Y de vez en cuando, si yo insistía mucho, podía sacarte el tema. No solo no me has apoyado, Justin, sino que me has hecho sentir que te estaba dando de lado por priorizar a mi familia.

—¿Y no lo has hecho? —me pregunta, desafiante—. ¿No crees que me has dado de lado? Porque mientras yo me quedaba tirado, tú te ibas de viaje con Stone.

Dios, no puede haber dicho eso. Le doy unos segundos para que recapacite y retire esa pregunta, pero no lo hace. Claro que no. Si tuviera esa capacidad, tal vez no estaríamos aquí ahora.

—¿Tu rivalidad con Ash empezó mucho antes de que me besaras en el armario solo para fastidiarlo?

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una risotada llena de ironía.

—Ya te lo ha contado, ¿eh? Sabía que no iba a poder resistirse.

—No, él no ha dicho ni una palabra. Pero tú sí deberías haberlo hecho.

—¿Qué más da por qué te besara entonces? Estuve meses detrás de ti después de aquello. Yo... Joder. —Se pasa las manos por el pelo, despeinando ese mechón rebelde que siempre me fascinó durante mucho tiempo—. Me gustabas de verdad. Todavía me gustas. Pero es que ya no te entiendo.

Mi pecho se contrae un poco al oír eso. No tiene nada que ver con sus palabras, sino con el trasfondo. Al fin y al cabo, él no fue mi primer amor, pero sí mi primer beso, mi primera vez, mi primera relación seria. Y quise que funcionara con todas mis fuerzas.

Y es verdad que a estas alturas lo del beso de hace cuatro años no cambia nada para nosotros dos. Pero sí se suma a mi historia con Asher. Porque pudo habérmelo contado para crear discordia con Justin, y no lo hizo. O haberlo utilizado cuando por fin me explicó sus sentimientos, en lugar de centrarse en que había sido un cobarde.

En definitiva, lo que ocurrió dice mucho más de Asher que de Justin.

—Yo a ti sí que te entiendo, y ya no me gusta nada de ello. —Luego, tomo una gran bocanada de aire—. Y en cuanto a la primera pregunta que me has hecho, no, no hay beso. Porque, aunque tú no te dieras cuenta, para mí lo del mes pasado fue una ruptura en toda regla. Y, ahora, ¿dónde está mi fitonia?

Asher



Vemos regresar a Lluvia con una planta en las manos... o lo que en su día fue una planta.

La fitonia está destrozada.

Irrecuperable.

No hay nada rescatable de ese matojo seco y grisáceo. Ni una sola hoja valdría para el *bouquet* de la señora Phillips, y hasta la maceta está bastante agrietada.

Voy a su encuentro dando grandes zancadas, escrutando su expresión, atento. No hay tristeza en su mirada ni rastro de que haya llorado, que es lo único que hace que no salga pitando en busca de Howard para hacerle entrega, por fin, de la hostia que llevo prometiéndole años.

Le quito la maceta de las manos y la lanzo por los aires. Va a parar a un contenedor de basura abierto en el exterior de una cafetería.

Ella sigue el movimiento con las cejas arqueadas.

—Buen lanzamiento, Ash Ketchum.

La cojo de la cintura y me acerco a ella.

—Dime que a ese gilipollas le ha caído una buena bronca.

Oigo la voz de la abuela a mi espalda.

—¿Ha llamado «gilipollas» a Justin Howard? ¿El hijo de Gregory y Bethany? —Joyce le murmura algo—. Es acertado, sí. Ese chico es tan atontado como sus padres.

Lluvia empieza a sonreír, pero me mira con incertidumbre.

—Pensaba que estarías cabreado.

—¿Por?

—Por hacer esta parada... para ver a Justin.

—Todo lo que suponga un mal trago para Howard tiene mi sello de aprobación.

—Pues entonces este es un buen momento para contarte que la maceta ya estaba un poco rota porque puede, es posible, cabe la posibilidad, de que la haya tirado contra su parabrisas trasero.

—¡Lluvia! —jadea Joyce—. Siempre es mejor pinchar las ruedas y que no pueda utilizar el coche.

Lluvia se ríe y yo me lanzo a intentar capturar esa risa. La beso de una forma que no tiene mucha explicación, porque todo se siente nuevo y viejo a la vez con ella. No creo que pueda cansarme jamás de esto, o que llegue el momento en el que tenga la necesidad de huir de algo tan sublime.

Llegamos a Pasadena el sábado por la mañana. Faltan diez horas para el partido y el entrenador Tim está histérico. Tira la gorra al suelo cuando me ve aparecer en el Rose Bowl y empieza a ladrarme una orden tras otra. La abuela, Joyce y Lluvia me desean mucha suerte y me prometen que estarán en las gradas viéndome.

El entrenador las examina a todas con furia.

—Tú debes de ser la novia. —Señala a Lluvia, quien se encoge un poquito ante ese dedo amenazador—. Podéis recoger las entradas prémium en taquilla. ¡Andando, Stone!

Sigo al entrenador por el pasillo, un poco aturdido.

—¿Le ha conseguido sitio en un *loge box* a mi familia?

—No me ha quedado más remedio, son un maldito dolor de cabeza —se queja—. Pagarás por esto con sudor y sangre en el partido de hoy, ¿entendido?

—Sí, entrenador.

El resto del día es una mezcla de charlas sobre estrategia, repasar una y otra vez las jugadas, ingerir Gatorade y gelatina, sesión intensiva de vídeos con partidos de Stanford y juegos de resistencia mental.

Me alegro mucho de reencontrarme con mis compañeros de equipo y, en especial, con Travis, Cooper y Dwight. Sé que van a tener muchas cosas que contarme sobre sus vacaciones, a pesar de que nos hayamos mantenido en contacto todo el verano. El que dijo que los tíos éramos peores que las chicas a la hora de cotillear puede que tuviera razón.

Falta media hora para entrar en la peor fase de todos los partidos, que son los quince minutos previos, cuando la tensión sube hasta niveles casi insoportables y es cuando todos agradecemos que tengamos un equipo de psicólogos y terapeutas detrás para equilibrar toda la presión.

Travis me da una palmada en el hombro.

—Te tengo una sorpresita, tronco.

Me lleva hasta una de las puertas de los vestuarios que da a un pasillo del interior del estadio. Allí me encuentro a Lluvia. Travis nos guiña un ojo y vuelve al vestuario.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hay dos personas que quieren desearte suerte.

Me enseña la pantalla del móvil, en la que están Trinity y Danielle. Ambas chillan muchísimo. Dani me está dando consejos para el partido, y no están nada mal. Como siga así, podrá entrenar un equipo ella sola. Trin se centra en el aspecto dramático y estético del fútbol americano, montándose una película sobre lo que ocurriría si al final del partido salto a las gradas y corro hacia Lluvia para besarla. Dice que sonaría *Anywhere But Here*, de Hilary Duff.

Unos minutos más tarde, me despido de ellas. Son la leche.

Lluvia guarda el móvil y me pestañea.

—Yo también he venido a desearte suerte.

Si su suerte consiste en empezar a ponerme cachondo a besos, creo que es una experta y que vamos a ganar el partido sin tocar el balón siquiera. La beso profundamente como el chico hambriento que soy y ella me muerde el labio en respuesta.

—¡Stone, baja tu puñetero ritmo cardiaco o chuparás banquillo!

El vozarrón del entrenador sacude el vestuario entero y llega hasta el pasillo. Lluvia pega tal respingo que, si no tuviera su bonito trasero entre las manos, habría chocado contra el techo.

—Ese hombre de verdad que me da miedo —susurra Lluvia.

Me echo a reír.

—Es por la camiseta. Es biométrica. Sirve para controlar nuestra respiración, temperatura y ritmo cardiaco durante el partido. Si algo empieza a ir mal, el entrenador lo sabe y nos saca del terreno de juego.

«Aunque sea a rastras», pienso, recordando cómo envió a Ross y a Sant Lloren para que placaran a Travis, lo medio maniataron a duras penas y lo sacaron del campo cuando estuvo a punto de darle una apoplejía por un cabreo monumental. Jugábamos en casa contra los de Washington y tenían un par de folloneros en el equipo. Fue la primera vez que lo vi tan fuera de sí y me di cuenta de que las sonrisas y el modo zen que exhibe el resto del tiempo son solo una fachada para toda la mierda que tiene dentro y que solo puede expresar en el campo de juego.

—Vaya... —Lluvia desliza las manos desde mi nuca hacia abajo. Bastante abajo. Como para recordar que no me he puesto las protecciones, en especial el suspensorio—. Entonces, ¿te estoy poniendo nervioso?

Aprieto sus nalgas hasta que la obligo a ponerse de puntillas y me inclino para besarla.

—Me estás poniendo malo —murmuro contra sus labios.

—Humm —es su respuesta, moviendo la mano de una manera que me hace empezar a ver puntitos negros danzando por todas partes.

—Para o no voy a poder ponerme las protecciones.

—Haré un esfuerzo sobrehumano y te ayudaré.

—Creía que ya habíamos aclarado que no estás preparada para manejar maquinaria pesada.

—Ay, pero soy una alumna tan aplicada...

Su risa baja y la forma en que me succiona el labio inferior hace que olvide completamente dónde estoy, quién soy y qué iba a hacer a continuación. Creo que, si ahora mismo no estuviéramos aquí ni delante de tantos testigos mirones, ya se la estaría metiendo.

—¡Stone! —vuelve a gritar el entrenador Tim.

Levanto la cabeza con un suspiro resignado.

—Mierda.

Sonriente, Lluvia se aleja y se me escapa de las manos.

—Creo que será mejor que me vaya o tu entrenador me cogerá manía.

La observo con melancolía. Tengo ganas de jugar el partido, pero también tengo ganas de volver a abrazarla, llevarla a un cuarto oscuro y darle tan duro que no sea capaz ni de pensar. La vida es muy cabrona a veces. Hace que te replantees todas tus prioridades de manera inhumana.

—¿Qué se supone que hago ahora con esto? —Señalo la erección que lucha contra las mallas amarillas.

Poco compasiva, me empuja hacia el vestuario y se queda en el umbral.

—Ya sabes, lo que hacéis los tíos cuando os juntáis todos en un vestuario: medíroslas, haceros pajas entre vosotros... —dice, devolviéndome la broma que le hice en Yellowstone sobre las fiestas de pijamas de las chicas—. Seguro que a Travis no le importa hacerte el favor.

Y como buen cotilla desvergonzado que es, Travis grita desde su taquilla:

—¡Ven aquí, Peque, que hago unos trabajos manuales de sobresaliente!

—Te dejo en buenas manos, entonces. —Lluvia me guiña un ojo—. ¡Que se jodan los de Stanford! —grita.

Como recompensa, recibe una algarabía de respuestas, insultos a los contrincantes, aullidos, silbidos y golpes en las taquillas. Tras dedicarme una última sonrisa, se va.

La puerta apenas se ha cerrado tras ella cuando once gilipollas inmaduros me caen encima. Cooper es el primero que engancha mi cuello con uno de sus brazos desproporcionados. Está intentando ponerme en la posición correcta para hacernos un selfi porque dice que soy el vivo retrato del enamoramiento. Travis se ha colocado justo delante mí y estirado los brazos alrededor de mi pelvis en plan barrera protectora porque, según él, mi erección (que pierde fuelle en segundos) es una especie animal protegida. Juraría que Dwight está recogiendo billetes con una sonrisa de oreja a oreja, por lo que debe de haber ganado alguna clase de apuesta.

Los demás se turnan para felicitarme y recordarme lo buena que está Lluvia y cómo de rápido harían un movimiento con ella si me despisto.

Yo suspiro y me dejo hacer con expresión estoica. Por dentro estoy haciendo la croqueta.

Y esa noche, le damos apropiadamente por culo a los de Stanford.

Epílogo



Lluvia

Ese otoño, la mayor parte de Santa Jacinta acudió a las bodas de oro de los Phillips. No hubo fitonia en el ramo de la señora Phillips, pero se armó un buen *bouquet* con los ranúnculos que la abuela y yo rescatamos en Chicago. Y en la cena, el primer plato fue una ensalada aderezada con los tomates (no acelgas) del señor Mottram.

Al menos eso nos contaron la abuela y Atlanta por videollamada. Para ese entonces, Asher y yo ya estábamos en UCLA. Él, empezando su segundo año en Ciencias de la Computación, y yo, al fin, dando mis primeros pasos en Arte. Debería decir que me costó muchísimo volver a dibujar, regresar a esa rutina de sumergirme en mi tableta gráfica, en el olor sofocante de las pinturas, en el universo alternativo al que voy cada vez que creo cosas. Pero no fue así. Igual que en el bosque de Yellowstone, regresar a lo que uno es por naturaleza no supone ningún esfuerzo. Lo difícil era lo contrario.

No hubo más mentiras entre la abuela y yo, por cierto. Hasta le conté la vez que Asher y yo nos encerramos en su piso (ignorando las protestas falsas de sus compis) todo el fin de semana y tuve trece orgasmos.

Trin, que estaba viviendo su propio año sabático tras hacer frente a sus padres, vino a visitarnos muchas veces. Asistió de oyente a varias clases de Travis (con quien, para sorpresa de todos, no se acostó), y decidió que ese mismo enero solicitaría la admisión en Producción Cinematográfica. No me cabía ninguna duda de que lo iba a lograr.

En invierno, la abuela y Atlanta volvieron a la carretera con Little Hazard. Se detuvieron en todos los lugares y estados que no habíamos podido ver en verano. Se tomaron tantas fotos que, cuando Asher y yo fuimos a revelarlas, supimos que podríamos rellenar decenas de álbumes con ellas.

En primavera, la abuela se marchó. El pitido en mis oídos era tan fuerte aquel último día que solo pude oír su última frase: «La vida no me debe ni un minuto». Solo veía su temblorosa sonrisa, su pequeño cuerpo prácticamente comido por las mantas del hospital; solo era capaz de sentir la suave mano apretando la mía. No dejaba de repetirme a mí misma que era afortunada por tener aquella oportunidad, que muchos otros enfrentaban la muerte de un familiar como una ráfaga de viento repentina.

Pero no me sentí nada afortunada aquel día, ni los siguientes. Asher y Atlanta estuvieron conmigo en todo momento, y probablemente eso es quedarme corta. Ati y yo lloramos juntas en la escalera de casa después del entierro, aferradas la una a la otra. Si le transmití mi dolor o ella me traspasó el suyo, ni lo sentí ni me importó. En aquel momento fuimos el reflejo la una de la otra. Yo había perdido a la persona que me había sostenido y formado, pero Atlanta había perdido a su eterna compañera de juegos.

Asher y Trin se turnaron para dormir conmigo todas y cada una de las noches de las vacaciones de primavera. Trin me hacía compañía sin

rechistar cuando me deshacía en lágrimas involuntarias, o cuando el silencio se apoderaba de mí porque el cerebro se me agotaba de tanto pensar y sentir.

A la hora de comer, Asher me ponía delante el plato y me observaba. Y a veces, cuando volvía a la realidad y lo miraba de vuelta, no hacía nada excepcional. Otra persona tal vez hubiera sonreído, o hubiera aprovechado el momento para aliviar la tensión. Él no. Pero sus ojos lo decían todo. Y si notaba que la barbilla comenzaba a temblarme, su gran y áspera mano tomaba la mía y simplemente se quedaba allí, a mi lado. Como diciendo «Esto no es nada. Es solo el principio de todo lo que te daré, todo lo que estoy dispuesto a entregarte». Bueno, puede que, en una ocasión, acurrucados bajo mis sábanas, él me lo susurrara al oído. Y puede que a mí se me enroscaran un poquitín los dedos de los pies.

Regresamos a UCLA tras intentar convencer a Atlanta de que alquilara un piso en Pasadena, al menos durante unos meses, para así poder estar más cerca. Se negó, porque, por supuesto, ella no necesitaba ayuda. Y es probable que no. Esa mujer es biónica.

Un día de mayo, me di cuenta de que acababan de cumplirse dos años exactos desde que me llegó un correo electrónico por error que cambió las prioridades en mi vida y la forma que tenía de ver las cosas.

En aquella ocasión, lo odié. Muchas veces deseé que mi cuenta y la de la abuela jamás se hubieran sincronizado para poder vivir en la ignorancia, tal y como fue su intención.

Pero dos años más tarde...

Doy las gracias.

A los dioses de la tribu Klamath, a las tormentas eléctricas, a los espíritus de Vinanti, a los fantasmas que perseguimos por medio país, al destino, a la casualidad; a quien sea que pudo haber estado involucrado en ese error informático, porque, al final, la vida siempre tiene su propio plan de juego.

Agradecimientos

El viaje de Asher, Lluvia, Joyce y Atlanta no habría sido posible sin dos personitas que han estado escuchándome, dándome consejos increíbles y *fangirleando* conmigo a lo largo de todo el proceso: Nana (@nanaliteraria) y Yaiza (@yaiza_ser). Creo que el grupo de VerNano se ha alargado un pelín más de lo que habíamos planeado, jajaja. ¡Y espero que dure mucho más!

Gracias a mi familia, porque en casa soy «la escritora» y, aunque no siempre entiendan lo que supone esta pasión/profesión, lo intentan con todas fuerzas.

Gracias a mis lectoras beta ahora y siempre: mamá y Tata.

Gracias a Esther, por la confianza ciega (literalmente) que ha depositado en esta historia.

Gracias a todas las que habéis estado pendientes de #ProyectoClearwater a través de Instagram y que os habéis venido arriba con los *updates* y las noticias. Os prometí salseo y mamarracheo y espero que hayáis tenido suficiente (seguro que no, que nos conocemos...).

Fotos y *reels* de Henry Cavill para todas.

Un abrazo, Nira.

Banda sonora

La Cucaracha, ℗ 2012 Essential World Masters, interpretada por El Grupo De Zapatos.

Hound Dog, ℗ 2007 Sony Music Entertainment, interpretada por Elvis Presley.

La Sinfonía n.º 5 en do menor, op. 67, de Beethoven, ℗ 2009 Warner Music Group - X5 Music Group, interpretada por la Orquesta Filarmónica de Londres, David Parry.

Dancing Queen, esta compilación ℗ 2014 Polar Music International AB, interpretada por ABBA.

Super Trouper, ℗ 2014 Polar Music International AB, interpretada por ABBA.

You're The One that I Want, esta compilación ℗ 2015 Universal International Music BV, interpretada por John Travolta y Olivia Newton-John.

I Walk the Line, ℗ 2017 Charly Acquisitions Ltd., interpretada por Johnny Cash.

Anywhere But Here, ℗ 2003 Hollywood Records, Inc., interpretada por Hilary Duff.

Notas

1. Peligro, riesgo.

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Corazón en fuera de juego
Nira Strauss

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Lettering de la cubierta: Sophie Güet
© Ilustración de la cubierta: Marga Cong
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Ilustraciones del interior: Marga Cong

© Nira Strauss, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-08-27257-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


Carmen M. Darie
@theromanticcorner
Arizona in Love
matchstories

Arizona in Love

M. Darie, Carmen

9788408272557

320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

A menudo conducir te lleva a tu destino, pero ¿qué pasa cuando el destino te pilla por el camino? Descúbrelo en esta novela romántica *new adult* con un Cupido en forma de Mustang.

La vida es eso que pasa mientras haces otros planes…

Lo único que quería Scarlett era pasar las vacaciones en Utah con su madre.

Lo único que Christopher ansiaba era poder escapar de una vez por todas de la telaraña de su familia.

Pero con lo que ninguno de los dos contaba era con que el Mustang de Scarlett dejaría de funcionar en mitad de la nada y **los planes de ambos se verían truncados para siempre**.

Christopher será el mecánico encargado de arreglar el coche y, quizás, de **ponerpatas arriba el corazón de la chica**.

Una historia de pasión e intriga en la que **Scarlett y Christopher se verán obligados a dejar de lado su orgullo y apartar sus diferencias**.

A veces, aunque no busques el amor, **solo hay que dejar que dos corazones latan al mismo tiempo**.

Cómpralo y empieza a leer


Ese
Algo
especial
Sandra Miró
matchstories

Ese algo especial

Miró, Sandra

9788408263340

416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una novela romántica juvenil con la que aprenderás que es mejor arriesgarse y equivocarse que quedarse con las ganas.

¿Te gustaría saber qué rumbo tomó el grupo de amigos que conocimos en *Tal y como eres*?

Unos terminaron la carrera y siguieron estudiando; otros se pusieron a trabajar. Incluso uno de ellos se fue a vivir a Australia una temporada.

Clara continúa compartiendo piso con su hermano Kevin, lo que le ha permitido estudiar un máster, seguir dando clases de refuerzo a niños y ahorrar algo de dinero. Ella se niega a reconocerlo, pero **en su corazón hay alguien con quien no se atrevió a dar el paso en su momento**.

Didi terminó el doble grado y decidió ponerse a trabajar para poder pagarse un máster de Educación Inclusiva. Aunque **sigue sin creer en el amor** (eso no es para ella), le encanta ver a sus amigos enamorados. Hasta que se topa con **la persona que le hace volver a sentir ese «algo especial»** que había experimentado tiempo atrás.

¿Se dejarán llevar Clara y Didi por sus sentimientos o, por miedo, se quedarán con las ganas?

En *Ese algo especial* descubrirás que siempre es mejor ser valiente y arriesgarse.

Cómpralo y empieza a leer


Ona Spell
Hasta que dejemos de ser idiotas
matchstories

Hasta que dejemos de ser idiotas

Spell, Ona

9788408272649

416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Dicen que lo peor de un amor es que no sea correspondido, pero nada es peor que un amor que solo existe en tu imaginación.

Lena Rose es una chica extraña o, como le gusta denominarse, peculiar. Le encanta llevar ropa extravagante y decir palabras que no entendería ni Einstein.

Noel Martín, en cambio, siempre ha luchado por ser el chico más popular del instituto. Para eso, tiene que cumplir las tres normas básicas:

* no hablar con los pringados (como Lena Rose);

* no tener nunca sentimientos (que acabará teniendo por culpa de Lena Rose);

* no dejar que se descubran sus secretos.

Sin embargo, nadie los había avisado de que llegaría Alek, un empollón que dará mucho que hablar y que cambiará todos sus planes.

Cuando Noel se dé cuenta de que su popularidad corre peligro, no le quedará más remedio que pedir ayuda a Lena y, con ello, romper sus tres reglas.

«Tierna, divertida y plagada de sensibilidad. Una guía para dejar de estar perdido», **Alina Not.**

«Una novela adictiva, divertida y, sobre todo, emotiva. La historia de Lena y Noel te regalará un gran mensaje y te robará alguna que otra lágrima», **Jon Azkueta**.

"Novela juvenil romántica de las que me encantan. Dos personajes, cada uno a su manera, que me han enamorado", **Coffeeandbooks-13.**

"Me ha gustado mucho esta historia llena de amor, perdón, valentía, decisión y, sobre todo, de amor propio", **Elena Ramírez.**

"Una lectura muy fresca... que me ha hecho desconectar y emocionarme con los personajes", **Enara Ziaran.**

Cómpralo y empieza a leer


Cristina Prada
TIGERS
LSU
LSU
Somos invencibles
TEXAS A&M
matchstories

Somos invencibles

Prada, Cristina

9788408268932

544 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tommy y Helsey están a punto de descubrir que el amor de verdad no se puede controlar y que un beso puede hacerte volar hasta tocar las estrellas.

Helsey solo tiene dos reglas:

*Nunca te relaciones con los chicos del equipo de fútbol.

*Nunca seas el centro de atención.

Porque Helsey tiene dos objetivos:

*Mantenerse en su zona de confort.

*Conseguir que su secreto siga siendo un secreto.

Solo hay una cosa con la que Helsey no ha contado: Tommy Taylor.

Siendo concretos: Tommy Taylor y tener que fingir que son novios para que su familia no piense que es una negada total.

¿Qué podría salir mal?

¿Lo de fingir una relación? ¿Lo de hacerse amigos en el proceso? O, quizás, ¿lo de dejarse llevar?

Sí, seguramente será eso último…

Lo que Helsey no imagina es lo increíble que va a resultar, cuánto va a reír, cuánto va a soñar y, sobre todo, cuánto va a sentir.

Cómpralo y empieza a leer


INES GARBER
Kate & Ethan
Amores platónicos, 1
matchstories

Kate & Ethan

Garber, Ines

9788408272632

400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un *friends to lovers* tierno y adictivo que hará que quieras vivir un romance igual de dulce que el de los protagonistas.

Kate siempre ha estado enamorada de Ethan, pero nunca ha tenido el valor de confesarle su amor; al menos no directamente, porque las canciones y poemas que escribe gritan: «Amo a Ethan West», se miren por donde se miren.

A pesar de que ella **se había jurado mantener sus sentimientos ocultos**, durante la fiesta de cumpleaños de su hermano algo le hace darse cuenta de que no puede obviar lo que siente y que necesita que él lo sepa.

Kate **deberá escoger entre superar su enamoramiento y continuar como amigos, o arriesgarlo todo y confesarle su amor.**

¿Qué harías si tuvieras que poner en peligro una amistad por un amor que parece imposible?

Más de 8.000.000 de lecturas en Wattpad.

Opiniones de los lectores:

"Kate y Ethan son la esencia de las primeras veces. El reflejo de un amor adolescente que no se piensa, sino que se vive", Ana Cresswell (@be.betweenbooks).

"Amé este libro... Entiendo el hype que tiene.", Sofi (sofi.bookshelf).

"No sabría decirte si me gustó más la trama, los personajes o la forma de describir que tiene Inés, que logra llevarte al sitio que te nombra", Teguise Dgc.

"Esta novela tiene todo lo que está bien en la literatura romántica", Annyquilada Annyquilada.

"Un libro increíblemente tierno y romántico", Catalina.

Cómpralo y empieza a leer